El Evangelio de Jesucristo

(Los Cuatro Evangelios)

Tabla de contenido

Introducción

«El Verbo se hizo carne» (1) (Juan 1:1-4, 9-14)

«El Verbo se hizo carne» (2) (Juan 1:1-4, 9-14)

«El Verbo se hizo carne» (3) (Juan 1:1-4, 9-14)

«El Verbo se hizo carne» (4) (Juan 1:1-4, 9-14)

«El Verbo se hizo carne» (5) (Juan 1:1-4, 9-14)

«El Verbo se hizo carne» (6) (Juan 1:1-4, 9-14)

«El Verbo se hizo carne» (7) (Juan 1:1-4, 9-14)

«El Verbo se hizo carne» (8) (Juan 1:1-4, 9-14)

Jesús se retira (Mateo 2:13-18)

Profecía de su muerte y resurrección (1) (Mateo 16:21-23)

Profecía de su muerte y resurrección (2) (Mateo 16:21-23)

Profecía de su muerte y resurrección (3) (Mateo 16:21-23)

La oración en Getsemaní (1) (Lucas 22:39-46)

La oración en Getsemaní (2) (Lucas 22:39-46)

La oración en Getsemaní (3) (Lucas 22:39-46)

La oración en Getsemaní (4) (Lucas 22:39-46)

La oración en Getsemaní (5) (Lucas 22:39-46)

La oración en Getsemaní (6) (Lucas 22:39-46)

La oración en Getsemaní (7) (Lucas 22:39-46)

La oración en Getsemaní (8) (Lucas 22:39-46)

Jesús es arrestado (Juan 18:1-14)

Jesús ante el tribunal (1) (Juan 18:28–19:16)

Jesús ante el tribunal (2) (Juan 19:13-16)

Jesús camino al Gólgota (1) (Lucas 23:26-32)

Jesús camino al Gólgota (2) (Lucas 23:26-32)

Jesús camino al Gólgota (3) (Lucas 23:26-32)

Jesús es crucificado (1) (Marcos 15:21-32)

Jesús es crucificado (2) (Marcos 15:21-32)

Jesús es crucificado (3) (Marcos 15:21-32)

Las siete palabras desde la cruz (1) (Lucas 23:34-43)

Las siete palabras desde la cruz (2) (Lucas 23:34-43)

Las siete palabras desde la cruz (3) (Juan 19:25-27)

Las siete palabras desde la cruz (4) (Mateo 27:45-49)

«Eli, Eli, Lama Sabachthani» (Marcos 15:33-36)

Las siete palabras desde la cruz (5) (Juan 19:28-30)

Las siete palabras desde la cruz (6) (Juan 19:28-30)

Las palabras pronunciadas desde la cruz: Las siete frases (7) (Lucas 23:44–46)

Jesús muere en la cruz (Juan 19:30; Marcos 15:42–46)

Jesús resucitado (1) (Juan 20:1–10)

Jesús resucitado (2) (Mateo 28:1–15)

Jesús resucitado (3) (Lucas 24:1–12)

Conclusión

Introducción

Deseamos proclamar el evangelio de Jesucristo. Todos nosotros, cristianos, debemos predicar el evangelio de Jesucristo. Debemos voluntariamente compartir las buenas nuevas de Jesucristo. Aun si no es voluntariamente, hemos recibido la misión de predicar el evangelio. Por lo tanto, debemos obedecer inmediatamente por fe y seguir la guía del Espíritu Santo para predicar el evangelio de Jesucristo. Si no predicamos el evangelio, sufriremos desgracias (1 Corintios 9:16-17, Biblia para Gente Moderna).

El año pasado, en la celebración del 42º aniversario de la fundación de la Iglesia Presbiteriana Victory, agradecemos a Dios por permitirnos publicar por primera vez el libro del Pastor Emérito Misionero Changse Kim, basado en los capítulos 5 a 8 de Romanos, que proclamó cada miércoles durante la pandemia bajo el título “El evangelio de Dios (Romanos 5-8).”

Al comenzar este nuevo año, estamos agradecidos y alegres de poder publicar el segundo libro del Pastor Emérito Changse Kim, titulado “El evangelio de Jesucristo (Los cuatro evangelios).” Este libro también fue elaborado a partir de sus sermones proclamados cada miércoles en el servicio de oración, centrados en Mateo, Marcos, Lucas y Juan, donde el siervo imperfecto tomó notas y organizó estas meditaciones en un libro. Nuestra esperanza es que el Señor use este libro conforme a Su voluntad para que el evangelio de Jesucristo se proclame aún más ampliamente y eficazmente.

Deseando que el evangelio de Jesucristo se difunda más y más,

Pastor James Kim(En la oficina pastoral de la Iglesia Presbiteriana Victory, enero de 2023)

«El Verbo se hizo carne» (1)

[Juan 1:1-4, 9-14]

Todos deberíamos desear conocer a Jesús más profundamente (Nuevo Himnario 453: «Quiero conocer más a Jesús»). Oro para que todos crezcamos en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, y para que comprendamos la verdad de que el conocimiento de Jesús es del más alto valor (Fil. 3:8). A medida que llegamos a conocer a Jesús más profundamente —particularmente su muerte y resurrección—, oro para que seamos llenos de certeza.

¿Quién es Jesús? Juan 1:14 declara: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad». Jesús es Aquel que se hizo carne: el Verbo hecho carne. Aquí, «el Verbo» se refiere a Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios Padre. Juan 1:1 dice: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios». El «principio» que se menciona aquí difiere del «principio» del que se habla en Génesis 1:1. El «principio» en Génesis 1:1 se refiere al comienzo de toda la creación: «los cielos y la tierra» [la Biblia china traduce esto como *shichu*, que significa «el mismo inicio» o «fundamento»]. Dado que nosotros también pertenecemos a este orden creado, tenemos un principio (un cumpleaños). Sin embargo, el «principio» del que se habla en Juan 1:1 no se refiere al comienzo de la creación; más bien, habla de la existencia de «el Verbo». ¿Cuándo existió «el Verbo»? Él existía antes de que cualquier otra cosa en la creación llegara a ser (vv. 2-3). Juan 17:5 dice: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú en tu misma presencia con la gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera» [(Versión Coreana

Contemporánea) «Padre, glorifícame ahora en tu presencia con la gloria que compartí contigo antes de que el mundo llegara a existir»]. Jesús, el Hijo —quien es el Verbo—, existía antes de la creación del mundo y compartía gloria con Dios Padre. Colosenses 1:17 afirma: «Él es antes de todas las cosas, y en él todas las cosas subsisten» [(Versión Coreana Contemporánea) «Y Él existía antes de todas las cosas, y todas las cosas son sostenidas por Él»]. Aquí, «Él» se refiere a Jesús, el Hijo. Jesús, el Hijo —quien es el Verbo— es Aquel que existía antes de todas las cosas. En este contexto, la afirmación «En el principio era el Verbo» (Juan 1:1) no implica que Jesús —Dios el Hijo— comenzara a existir solo a partir de ese momento específico al que se denomina «el principio». La existencia de Dios —es decir, Su ser— no tiene principio. En otras palabras, Dios es Aquel cuya existencia no tiene punto de partida. La razón de esto es que Dios es el Autoexistente. Este pasaje se encuentra en Éxodo 3:13-14: «Dijo Moisés a Dios: "Supongamos que voy a los israelitas y les digo: 'El Dios de sus padres me ha enviado a ustedes', y ellos me preguntan: '¿Cuál es su nombre?', entonces, ¿qué les responderé?" Dios dijo a Moisés: "Yo soy el que soy". Y añadió: "Di esto a los israelitas: 'YO SOY me ha enviado a ustedes'"» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Si voy a los israelitas y les digo: 'El Dios de sus antepasados me ha enviado a ustedes', y ellos me preguntan: '¿Cuál es Su nombre?', entonces, ¿qué debería decirles?" "Yo soy el Autoexistente. Di a los israelitas: 'El Autoexistente me ha enviado a ustedes'"]. Este pasaje sirve como registro del llamado de Dios a Moisés: Su comisión divina. Para cumplir las promesas que había hecho a Abraham, Dios llamó a Moisés y lo envió a Egipto, encomendándole la misión de sacar a los descendientes de Abraham de la esclavitud y guiarlos hacia la tierra prometida de Canaán. En ese momento, Moisés preguntó a Dios: «Supongamos que voy a los israelitas y les digo: "El Dios de sus padres me ha enviado a ustedes", y ellos me preguntan: "¿Cuál es su nombre?", entonces, ¿qué les responderé?». (v. 13), y la respuesta de Dios fue: «Yo soy el Autoexistente». A los hijos de Israel, Él declaró: «YO SOY EL QUE SOY me ha enviado a ustedes» (v. 14, *The Contemporary Bible*). El Hijo, Jesús —el Verbo que es uno con Dios Padre (Juan 10:30)— es también «Aquel que existe por Sí mismo» [«el Autoexistente» (*The Contemporary Bible*)]. Aquí, la frase «era» (Juan 1:1) no significa meramente que el Hijo —el Verbo— cobró existencia en ese momento particular;

más bien, afirma que Él es Aquel que ha existido por Sí mismo eternamente: Aquel que estaba presente incluso en el principio. Además, la afirmación «Él estaba con Dios» (v. 1) describe al Padre —el único y verdadero Dios— como alguien que se encuentra en comunión con el Hijo (afirmando al Dios Trino). Finalmente, la declaración «El Verbo era Dios» (v. 1) asevera la igualdad del Hijo, Jesús, con Dios Padre: el único y verdadero Dios. Esto se ve reflejado en Filipenses 2:6: «Quien, siendo por naturaleza misma Dios, no consideró la igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse».

Debemos reflexionar sobre el Dios Trino. Mateo 28:19 declara: «Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Este pasaje sirve como base bíblica para que los pastores administren el bautismo «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». 2 Corintios 13:13 declara: «Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes». Este pasaje sirve como base bíblica para que los pastores pronuncien la bendición. Juan 1:4 declara: «En él estaba la vida, y esa vida era la luz de toda la humanidad». La «Palabra» (v. 1) es «Vida» (v. 4). En otras palabras, Jesús es la Vida. Juan 6:48 declara: «Yo soy el pan de vida». Juan 11:25 declara: «Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá, aunque muera”». Juan 14:6 declara: «Jesús respondió: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí”». La afirmación «esa vida era la luz de toda la humanidad» (1:4) significa que Jesús, el Hijo, es la Luz. Dios Padre es Luz. 1 Juan 1:5 declara: «Este es el mensaje que hemos oído de él y que les anunciamos a ustedes: Dios es luz; en él no hay ninguna oscuridad». Dios Padre y Jesús el Hijo son Luz (el Dios Trino). Dediquémonos todos a llegar a conocer a Jesús. Todos debemos crecer en el conocimiento de Jesús. Dado que el Espíritu Santo sirve como nuestro Maestro y nos instruye en la verdad, oramos fervientemente para que Él nos capacite para llegar a conocer a Jesús a través de la Palabra de Dios. El deseo de toda la vida de nuestros corazones es comprender profundamente el amor redentor de Jesucristo (Nuevo Himnario, N.º 453).

Jesús es Aquel que se hizo carne: la Palabra Encarnada (Juan 1:14). Jesús, quien es esta «Palabra», es el Autoexistente (Éxodo 3:14); Él estaba con Dios Padre, y esta Palabra es Dios mismo (Juan 1:1). Dios Padre y Dios Hijo —Jesús— son uno (Juan 10:30): el Dios Trino. Dios Hijo —Jesús— es la Vida y la Luz. Oramos fervientemente para que el Espíritu Santo nos conceda a todos una firme convicción respecto a esta Palabra.

«El Verbo se hizo carne» (2)

[Juan 1:1–4, 9–14]

Juan 1:1 dice: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios». Aquí, el «Verbo» se refiere a Jesucristo, Dios el Hijo. La afirmación «el Verbo estaba con Dios» (v. 1) significa que Dios el Hijo estaba en la presencia de Dios el Padre: el único y verdadero Dios. La afirmación «el Verbo era Dios» (v. 1) declara que Dios el Hijo —Jesús— es igual en naturaleza a Dios el Padre: el único y verdadero Dios (el Dios Trino).

Esta es una reflexión fundamental sobre el Dios Trino. Aunque el término específico «Dios Trino» no aparece en la Biblia, las Escrituras dan testimonio de que Dios es, en efecto, un Dios Trino. La Biblia declara que hay un solo Dios: «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es» [(Biblia Contemporánea) «Escuchen atentamente, todos. Nuestro Dios, el SEÑOR, es el único y verdadero SEÑOR»] (Deuteronomio 6:4); «Ahora bien, un mediador implica más de una parte, pero Dios es uno» [(Biblia Contemporánea) «Sin embargo, la Ley, que requería un mediador, hacía necesaria la presencia de dos partes; no obstante, para el establecimiento de una promesa, Dios solo es suficiente»] (Gálatas 3:20); y «Tú crees que hay un solo Dios. ¡Bien! Incluso los demonios creen eso, y tiemblan» (Santiago 2:19). Los demonios, sin embargo, no creen en Dios en el sentido propio. Si verdaderamente creemos que Dios es uno, debemos acercarnos a Él, clamando: «¡Abba, Padre!» (Marcos 14:36; Rom. 8:15; Gál. 4:6). La Biblia utiliza la palabra «Dios» no en forma singular, sino en plural. Considere Génesis 1:26: «Entonces dijo Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerzan dominio sobre los peces del mar, sobre las aves

del cielo, sobre el ganado, sobre toda la tierra y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra"». Aquí, si la Biblia hubiera tenido la intención de retratar a Dios en singular, habría utilizado «mi imagen», «mi semejanza» y «yo»; en cambio, emplea las formas plurales: «nuestra imagen», «nuestra semejanza» y «nosotros». La razón de esto es que Dios es el Dios Trino: la Trinidad. Considere Isaías 6:8: «También oí la voz del Señor que decía: "¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?". Entonces dije: "¡Heme aquí! Envíame a mí"». En este pasaje, «yo» está en singular y se refiere a Dios Padre, mientras que «nosotros» está en plural y se refiere al Dios Trino. La Biblia identifica a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo, colectivamente, como «Dios». Considere el Salmo 110:1: «El SEÑOR dijo a mi Señor: "Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies"». Aquí, «el SEÑOR» se refiere a Dios Padre, y «mi Señor» se refiere a Dios Hijo. Dios Padre le dijo a Dios Hijo que se «sentara a mi diestra», una afirmación que también encontramos en Romanos 8:34: «¿Quién es el que condena? Cristo Jesús es el que murió —más aún, el que resucitó—, el que está a la diestra de Dios, el que además intercede por nosotros». Mientras que el Antiguo Testamento se refiere a «Jehová», el Nuevo Testamento atribuye esto al «Espíritu Santo»: «He aquí, vienen días —declara el SEÑOR— en que haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá» (Jeremías 31:31); y «Y también el Espíritu Santo nos da testimonio; pues después de haber dicho: "Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días —declara el Señor—..."» (Hebreos 10:15-16). En Jeremías 31:31, el texto habla de «Jehová», mientras que en Hebreos 10:15 habla del «Espíritu Santo». Además, si bien el Antiguo Testamento se refiere a «Jehová», el Nuevo Testamento identifica esto con «Dios el Hijo, Jesucristo»: «Y sucederá que todo aquel que invoque el nombre de Jehová será salvo. Pues en el monte Sion y en Jerusalén habrá quienes escapen, tal como ha dicho Jehová, y entre los sobrevivientes estarán aquellos a quienes Jehová llame» (Joel 2:32); y «Porque "todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo"» (Romanos 10:13). Joel 2:32 habla del «nombre de Jehová», mientras que Romanos 10:13 habla del «nombre del Señor»; y aquí, «el Señor» se refiere a Dios el Hijo, Jesucristo. Dios Padre es Dios. ¿Es Dios el Hijo, Jesús, también Dios? ¿Es Dios el Espíritu Santo también Dios? Hoy consideraremos si Dios el

Espíritu Santo es, en efecto, Dios; la próxima semana consideraremos si Dios el Hijo, Jesús, es también Dios.

La Biblia declara que el Espíritu Santo es Dios. Hechos 5:3–4 afirma: «Pedro dijo: "Ananías, ¿por qué ha llenado Satanás tu corazón para mentir al Espíritu Santo y retener parte del precio del terreno? Mientras permanecía sin venderse, ¿acaso no seguía siendo tuyo? Y una vez vendido, ¿no estaba bajo tu control? ¿Por qué has concebido esto en tu corazón? No has mentido simplemente a seres humanos, sino a Dios"». En el versículo 3, el texto se refiere al «Espíritu Santo», pero en el versículo 4, se refiere a «Dios». En otras palabras, esto significa que el Espíritu Santo es Dios. Filipenses 2:13 dice: «Porque es Dios quien obra en ustedes, dándoles tanto el querer como el hacer para su buen propósito». Aquí, «Aquel que obra en ustedes» se refiere al Espíritu Santo. El texto identifica a este Espíritu Santo como «Dios». La Biblia afirma además que el Espíritu Santo posee atributos que pertenecen exclusivamente a Dios Padre. Uno de esos atributos de Dios Padre es su naturaleza eterna; del mismo modo, la Biblia describe al Espíritu Santo como el «Espíritu eterno». Hebreos 9:14 declara: «¿Cuánto más, entonces, la sangre de Cristo —quien por medio del Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios— limpiará sus conciencias de los actos que llevan a la muerte, para que puedan servir al Dios vivo?». Otro atributo de Dios Padre es su omnipresencia: el hecho de que está presente en todas partes; la Biblia afirma que el Espíritu Santo también es omnipresente. Salmos 139:7–8 dice: «¿A dónde podría ir lejos de tu Espíritu? ¿A dónde podría huir de tu presencia? Si subo a los cielos, allí estás tú; si tiendo mi lecho en las profundidades, allí estás tú». El Espíritu Santo es también omnipresente. Por lo tanto, el Espíritu Santo es Dios. La Biblia afirma que el Espíritu Santo realiza obras que solo Dios puede llevar a cabo:

(1) La Creación:

Génesis 1:1–2 dice: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo. Y el Espíritu de Dios se

movía sobre la faz de las aguas». Al igual que Dios, el Espíritu Santo creó los cielos y la tierra. Job 33:4 dice: «El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me da vida». Al igual que Dios, el Espíritu Santo creó a los seres humanos.

(2) La Resurrección:

Romanos 8:11 dice: «Si el Espíritu de aquel que levantó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, aquel que levantó a Cristo Jesús de entre los muertos también dará vida a sus cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en ustedes». Al igual que Dios, el Espíritu Santo efectúa la resurrección. El Espíritu Santo levantó a Jesús de entre los muertos. Cuando Jesús regrese en su Segunda Venida, el Espíritu Santo también resucitará nuestros cuerpos mortales transformándolos en cuerpos gloriosos. Aunque el profeta Elías restauró la vida del hijo de la viuda de Sarepta cuando este murió (1 Reyes 17:17–22), aquello fue una restauración al mismo cuerpo físico, no una resurrección a un cuerpo glorioso.

(3) La Vida Eterna:

Juan 6:63 dice: «El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que les he hablado están llenas del Espíritu y de vida». El Espíritu Santo también otorga la vida eterna: un don que solo Dios puede conceder. Por lo tanto, ¡el Espíritu Santo es Dios!

«El Verbo se hizo carne» (3)

[Juan 1:1–4, 9–14]

La Biblia declara que el Hijo, Jesucristo —quien es el «Verbo»— es también Dios. Esto se afirma en Juan 1:1: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios». La Biblia asevera que Jesucristo, el «Verbo», es «Dios mismo». Isaías 9:6 dice: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, y el gobierno estará sobre sus hombros. Y será llamado Consejero Admirable, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz». Este pasaje es una profecía del profeta Isaías referente al nacimiento (encarnación) del Hijo, Jesús; se refiere al Jesús venidero como «Dios Poderoso». 1 Juan 5:20 declara: «Y sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento, para que conozcamos a aquel que es verdadero; y estamos en aquel que es verdadero: en su Hijo Jesucristo. Él es el Dios verdadero y la vida eterna». La Biblia afirma que el Hijo, «Jesucristo, es el Dios verdadero y la vida eterna» (v. 20).

La Biblia declara además que el Hijo, Jesucristo —quien es el «Verbo»— posee las mismas características (atributos) que pertenecen exclusivamente a Dios:

(1) Jesucristo es inmutable:

Aunque todas las cosas en la creación puedan cambiar, Dios —quien creó todas las cosas— permanece inmutable. Hebreos 1:11–12 dice: «Ellos perecerán, pero Tú permaneces; y todos ellos envejecerán como una vestidura; como un manto los doblarás, y serán

cambiados. Pero Tú eres el mismo, y Tus años no se acabarán». La Biblia afirma: «Tú permaneces el mismo» [«Tú eres inmutable y constante» (Modern Man's Bible)]. Hebreos 13:8 dice: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y para siempre». La Biblia declara: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y para siempre» (v. 8, Modern Man's Bible). Santiago 1:17 dice: «Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en quien no hay variación ni sombra de cambio». La Biblia afirma: «Dios nunca cambia como una sombra cambiante» (v. 17).

(2) Jesucristo es eterno:

Isaías 9:6 dice: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; y el gobierno estará sobre su hombro. Y su nombre será llamado Admirable, Consejero, Dios Poderoso». La Biblia se refiere al venidero Jesucristo como el «Padre Eterno» (v. 6).

(3) Jesucristo está en todas partes (es omnipresente):

Mateo 18:20 dice: «Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Dios está presente dondequiera que dos o tres personas se reúnan en el nombre de Jesús. Sin embargo, Satanás no puede estar en todas partes a la vez; Satanás nunca puede ser omnipresente. La razón de esto es que Satanás es un ser creado por Dios. Por lo tanto, Satanás no puede estar dentro de mí, ni puede estar físicamente presente a mi alrededor. No es Satanás mismo quien nos tienta en nuestro entorno inmediato, sino más bien sus secuaces.

La Biblia afirma que el Hijo —Jesucristo, quien es el «Verbo»— realiza obras que solo Dios es capaz de hacer:

(1) Jesucristo crea:

Juan 1:3 dice: «Todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho». Aquí, «Él» se refiere al Hijo —Jesucristo—, quien es el «Verbo» y es Dios (v. 1). La Biblia declara que todo fue creado por medio del Hijo —Jesucristo—, quien es el «Verbo» y es Dios (v. 3). Hebreos 1:2 dice: «En estos últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, por medio de quien también hizo los mundos». La Biblia afirma que el Hijo —Jesucristo, quien es el «Verbo» y es Dios— creó todos los mundos en conjunto con Dios el Padre. (2) Jesucristo efectúa la resurrección (Él restaura la vida):

Juan 11:25 dice: «Jesús le dijo: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá"». El Hijo —Jesucristo, quien es el «Verbo» y es Dios— no solo declaró: «Yo soy la resurrección», sino que también afirmó: «El que cree en mí, aunque muera, vivirá»; aquí, la frase «aunque muera, vivirá» hace referencia a la resurrección. El pasaje se extrae de 1 Tesalonicenses 4:14 y 16: «Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios traerá con él, por medio de Jesús, a los que han dormido... Pues el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios. Y los muertos en Cristo resucitarán primero». Aquí, la frase «Jesús murió y resucitó» (v. 14) se refiere a la resurrección de Jesús. En este contexto, el verbo traducido como «resucitó» no está en voz pasiva, sino más bien en voz activa e intransitiva; esto significa que Jesús murió y luego, por su propio poder, volvió a la vida.

Jesús posee la autoridad de la resurrección. Juan 10:18 declara: «Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre». Aquí, la frase «los que durmieron en Cristo» (1 Tesalonicenses 4:16) se refiere a los santos (creyentes) que han muerto en Cristo. Además, la frase «resucitarán primero» significa que volverán a la vida; es decir, serán resucitados. Cuando Dios y su Hijo, Jesús, lleguen (versículo 14) —específicamente, cuando el Señor regrese en su Segunda Venida—, los santos que han muerto en Cristo serán resucitados. En este contexto, la frase «el Señor mismo descenderá con voz de mando» (versículo 16)

implica que los muertos volverán a la vida porque el Señor emite un grito de autoridad. Jesús fue a la tumba de Lázaro —quien ya llevaba cuatro días muerto (Juan 11:39)— y exclamó (dio una orden) «a gran voz: "¡Lázaro, ven fuera!"» (versículo 43). Como resultado, el difunto salió, con las manos y los pies aún envueltos en las vendas fúnebres (versículo 44). Cuando el Señor regrese en su Segunda Venida y ordene a los santos difuntos: «¡Levántense!», estos serán resucitados con cuerpos gloriosos. En ese mismo instante, los santos que aún estén vivos serán transformados y revestidos de cuerpos gloriosos. Así, Jesucristo —quien es tanto la Palabra como Dios mismo— devuelve la vida a los santos difuntos (los resucita) con cuerpos gloriosos.

(3) Jesucristo otorga la vida eterna:

Juan 14:6 declara: «Jesús le dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí"». La Biblia declara que Jesucristo —el Hijo de Dios, quien es tanto la «Palabra» como Dios mismo— es «la Vida»; es decir, la vida eterna. Además, la Biblia afirma que el Hijo de Dios —quien es la vida eterna— otorga la vida eterna a otros. Esto se encuentra en Juan 10:28: «Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán; ni nadie las arrebatará de mi mano». La Biblia afirma que el Hijo de Dios —quien es el «Verbo»— otorga la vida eterna.

La Biblia enseña que Dios Padre, Jesús el Hijo y el Espíritu Santo son todos Dios; todos son iguales, y, sin embargo, Dios es uno. En otras palabras, la Biblia describe a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo como un solo Dios que existe como tres Personas distintas. Esto se declara en 2 Corintios 13:13: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes». Durante los servicios de adoración dominicales, cuando los pastores pronuncian la bendición, lo hacen con las palabras: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo». Esto significa que el Señor Jesucristo, Dios Padre y el Espíritu Santo son todos Dios, son todos iguales y constituyen un solo Dios. Esto se afirma además en Mateo 28:19: «Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del

Espíritu Santo». Cuando los pastores administran el bautismo, realizan el rito «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Según un teólogo, la razón por la cual el Señor nos mandó bautizar «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» —en lugar de decir «en el nombre del Padre, y en el nombre del Hijo, y en el nombre del Espíritu Santo»— es que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo son un solo Dios. Esto se afirma en Filipenses 2:6: «Quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró la igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse». La Biblia declara que «Él» —es decir, Cristo Jesús— es «por naturaleza Dios» y es «igual a Dios». Sin embargo, a pesar de no considerar «la igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse», el Hijo, Jesucristo —quien es el Verbo y es Dios— se hizo carne (v. 7; Juan 1:14). Juan 10:30 declara: «El Padre y yo somos uno». La Biblia afirma que «yo» —el Hijo, Jesucristo— soy uno con Dios el Padre.

La Biblia también afirma que el Hijo, Jesucristo —quien es el «Verbo»— es Dios (y el Espíritu Santo es Dios también). Las Escrituras identifican al Hijo, Jesucristo (el Verbo), como Dios; declaran que el Hijo, Jesucristo (el Verbo), posee la misma naturaleza (atributos) que pertenecen exclusivamente a Dios; y testifican que el Hijo, Jesucristo (el Verbo), realiza obras que solo Dios puede llevar a cabo. La Biblia enseña que Dios el Padre, Dios el Hijo (Jesús) y Dios el Espíritu Santo son todos Dios, que todos son iguales y que hay un solo Dios. En otras palabras, la Biblia revela que Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo constituyen una Trinidad: tres Personas que, sin embargo, son un solo Dios. Debemos aferrarnos al Dios Trino revelado en las Escrituras y mantenernos firmemente cimentados en la doctrina de la Trinidad. Por lo tanto, cuando los herejes atacan e intentan desviarnos, no debemos vacilar; más bien, debemos ayudar a guiarlos hacia el camino correcto.

«El Verbo se hizo carne» (4)

[Juan 1:1–4, 9–14]

Nuestro texto de hoy proviene de la primera mitad de Juan 1:14: «El Verbo se hizo carne…». Centrando nuestros pensamientos en este versículo, meditemos en tres puntos clave y busquemos recibir la gracia que Dios nos ofrece a través de ellos:

En primer lugar, ¿cuál es el significado de «carne»?

El «Verbo» es «Dios» (v. 1), y la «carne» se refiere a un ser humano. Aquí, podemos clasificar ampliamente el concepto de «carne» en dos tipos: (1) Una persona asociada con el pecado —es decir, una persona que posee pecado o pertenece al ámbito del pecado—; y (2) Una persona no asociada con el pecado —es decir, una persona sin pecado o que no pertenece al ámbito del pecado—. En la frase «El Verbo se hizo carne», el término «carne» se refiere a esta última categoría: una persona no asociada con el pecado; específicamente, Jesucristo, quien estaba libre de pecado y no pertenecía al ámbito del pecado. Si bien la palabra «carne» conlleva diversos matices, aquí me gustaría centrarme en un solo significado específico. Dirijámonos a 2 Corintios 10:4: «Las armas con las que luchamos no son las armas del mundo. Por el contrario, tienen poder divino para derribar fortalezas. Derribamos argumentos…». Aquí, la frase «las armas con las que luchamos» se refiere a la «buena batalla» —es decir, la guerra espiritual—. Además, estas «armas» no son de naturaleza mundana ni carnal. Más bien, estas «armas» son el poder de Dios [tal como lo traduce la *Modern People's Bible*: «armas que son poderosas en Dios»]. Por lo tanto, poseen la capacidad de derribar cualquier fortaleza, por muy fortificada que esté. La Escritura declara:

«Las armas con las que luchamos no son las armas del mundo [la carne]»; en este contexto específico, el término «carne» significa impotencia —es decir, debilidad humana—. El hecho de que Dios el Hijo —el «Verbo»— se hiciera carne en la persona de Jesucristo puede, en cierto sentido, ser visto como un acto de impotencia o vulnerabilidad. Esto significa que Jesús experimentó fatiga cuando no podía dormir, hambre cuando no podía comer y sed cuando no podía beber. Mateo 4:2 afirma: «Después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Jesús ayunó durante 40 días y tuvo muchísima hambre»]. Fue precisamente mientras Jesús se encontraba en este estado de hambre que Satanás lo tentó tres veces; la primera tentación fue: «Si eres el Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en pan» (v. 3). En ese momento, Jesús venció la tentación de Satanás mediante el poder de la Palabra, declarando: «Escrito está: "No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"» (v. 4; citando Deut. 8:3). Satanás busca tentarnos y conducirnos a pruebas precisamente cuando nos encontramos en nuestro momento de mayor debilidad. Al igual que Jesús, nosotros debemos superar estos desafíos a través de la Palabra de Dios. Juan 4:6 dice: «Allí estaba el pozo de Jacob; y Jesús, cansado del viaje, se sentó junto al pozo. Era cerca del mediodía». Cuando Jesús salió de Judea y emprendió nuevamente el camino hacia Galilea (v. 3), tuvo que pasar por Samaria en su trayecto (v. 4). Al llegar a una aldea samaritana llamada Sicar (v. 5), Jesús —agotado por sus viajes— se sentó junto al pozo de Jacob (v. 6). Fue precisamente en este pozo donde Jesús se encontró con una mujer samaritana; entabló una conversación con ella, compartió el Evangelio y obró su salvación. Nosotros también debemos encontrarnos y conversar con las personas, tal como lo hizo Jesús, y compartir el Evangelio con ellas. La Escritura en Juan 19:28 dice: «Después de esto, Jesús, sabiendo que ya todo estaba consumado, dijo (para que se cumpliera la Escritura): "Tengo sed"». Jesús tenía sed; experimentó sed física. Sin embargo, Jesús no sucumbió al pecado ni cometió ninguna transgresión a causa de esa sed.

La Escritura en Mateo 26:41 dice: «Velad y orad para que no caigáis en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil». Jesús fue al Huerto de Getsemaní con sus discípulos;

dejó a nueve de ellos en la entrada del huerto y llevó solo a tres —Pedro y los dos hijos de Zebedeo— más adentro en el huerto para orar (versículos 36–37). Jesús dijo a estos tres discípulos: «Mi alma está abrumada de tristeza hasta el punto de la muerte. Quédense aquí y velen conmigo» (versículo 38); sin embargo, cuando regresó después de orar, encontró que los tres discípulos se habían quedado dormidos (versículos 39–40). En ese momento, Jesús dijo a esos tres discípulos: «Velen y oren para que no caigan en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil» (versículo 41). Aunque los espíritus de esos tres discípulos estaban dispuestos, su carne era débil; en consecuencia, no pudieron permanecer despiertos y orar, y en su lugar se quedaron dormidos. Después de que Jesús se apartó por segunda vez para orar y luego regresó, encontró que los tres discípulos estaban «profundamente dormidos de nuevo, pues sus ojos estaban pesados de sueño» (v. 43, *The Contemporary Bible*). Como resultado, Pedro negó a Jesús tres veces: (1) Negó a Jesús delante de todos (v. 70); (2) hizo un juramento y lo negó de nuevo (v. 72); y (3) maldijo e hizo un juramento, negando siquiera conocer a Jesús (v. 74). Esto es pecado. Pedro cometió este pecado por debilidad. Sin embargo, Pedro se arrepintió de su pecado (v. 75). La debilidad en sí misma no es pecado; no obstante, Satanás y sus secuaces explotan nuestra fragilidad para tentarnos, haciendo que caigamos en la tentación y cometamos pecado.

En esta batalla espiritual, poseemos el arma poderosa de Dios: la Palabra de Dios. Debemos luchar —y vencer— usando esa misma Palabra. Esto es lo que dice 1 Juan 2:13–14: «…Jóvenes, les escribo porque han vencido al maligno… Jóvenes, les escribo porque son fuertes, y la Palabra de Dios permanece en ustedes, y han vencido al maligno». Por lo tanto, al igual que los creyentes de la iglesia de Tesalónica, cuando escuchamos la Palabra de Dios proclamada por medio de los siervos del Señor, no debemos recibirla meramente como palabras humanas, sino aceptarla como la misma Palabra de Dios; al hacerlo, esa Palabra obrará poderosamente en nosotros, los que creemos (1 Tes. 2:13), capacitándonos para fortalecernos espiritualmente (1 Juan 2:14). La letra de la tercera estrofa del Himno n.º 11 del *Nuevo Himnario* —titulado «Al único y solo Dios»— dice así: «Encomienda tu vida entera al Espíritu Santo, nuestro Consolador; Él nos ayuda por medio de la Palabra y nos

concede la fuerza para vencer el pecado. Él nos ayuda por medio de la Palabra y nos concede la fuerza para vencer el pecado». Hebreos 4:15 dice: «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo tal como nosotros, aunque sin pecado». Jesucristo fue tentado en todo aspecto tal como nosotros, y sin embargo, estuvo libre de pecado. Nosotros también debemos triunfar en la batalla espiritual, tal como lo hizo Jesús. Para ganar esta batalla espiritual, todos debemos buscar el poder de Dios. Además, debemos luchar contra las tentaciones de Satanás y sus secuaces, y vencerlas, por medio de la poderosa Palabra de Dios.

En segundo lugar, ¿cómo se convirtió Dios —quien es el «Verbo»— en «carne» (un ser humano)?

El pasaje proviene de Filipenses 2:6–8: «Quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró la igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse; más bien, se despojó de sí mismo tomando la naturaleza misma de siervo, haciéndose semejante a los seres humanos. Y al encontrarse en condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte —¡y muerte de cruz!». Aquí, el pronombre «él» se refiere a Jesucristo: aquel que es, a la vez, el «Verbo» y «Dios» (Juan 1:1). Jesucristo posee la naturaleza misma de Dios y es igual a Dios; sin embargo, no consideró esta igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse, sino que, en su lugar, se hizo semejante a los seres humanos (Fil. 2:6–7). Dado que Jesucristo es plenamente humano, ¿por qué dijo el apóstol Pablo que Él se hizo *semejante* a los seres humanos, en lugar de simplemente afirmar que Él *se hizo* un ser humano? Según la interpretación de un teólogo, la razón es que Jesús no es meramente humano, sino que también es Dios. En otras palabras, Jesús es plenamente Dios y también plenamente humano. Es por ello que se afirma que Él se hizo *semejante* a los seres humanos. El texto añade, además, que Jesucristo apareció en semejanza humana (v. 8). Jesús experimentó la Encarnación (cuyo significado es: el descenso de lo Divino). Él vino al mundo como un niño (un ser humano). Asimismo, debido a que Jesús creció y vivió como una persona común, todos lo percibían como alguien ordinario. Habiendo vivido una vida tan humilde, Jesús se

sometió a la voluntad de Dios Padre —incluso hasta el punto de la muerte— y, de este modo, murió en la cruz. Jesús entró en este mundo a través del vientre de una mujer. Mateo 1:18 dice: «Así fue el nacimiento de Jesús el Mesías: Su madre, María, estaba comprometida para casarse con José; pero antes de que se unieran, se halló que ella estaba encinta por obra del Espíritu Santo». Si observamos Génesis 3:15 —la palabra pactual de Dios—, este declara lo siguiente: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella; Él te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón». Aquí, la «descendencia de la mujer» se refiere a Jesucristo, quien nació de la Virgen María (Mateo 1:18). ¿Cómo pudo María —una virgen que aún no estaba casada— dar a luz a Jesucristo? Fue posible porque el Espíritu Santo obró la concepción. Mateo 1:18 y 20 dice: «El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntaran, se halló que había concebido del Espíritu Santo... Pero pensando él en esto, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: "José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es"». Gálatas 4:4–5 declara: «Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la adopción como hijos». El propósito por el cual Dios Padre envió a su Hijo, Jesucristo —nacido de mujer y nacido bajo la ley—, fue redimir a aquellos que estaban bajo la ley y capacitarnos para llegar a ser hijos de Dios (v. 5, *The Contemporary Bible*). Ahora que somos hijos de Dios, Él ha enviado el Espíritu de su Hijo —el Espíritu Santo— a nuestros corazones, capacitándonos para clamar a Dios: «¡Abba! ¡Padre!» (v. 6). Para salvarnos, Dios envió a su Hijo unigénito, Jesucristo, a esta tierra; también envió al Espíritu Santo a nuestros corazones, capacitándonos para invocar a Dios como «Abba, Padre» y para presentarle nuestras peticiones.

En tercer lugar, ¿cuál es el resultado de que Dios —quien es la «Palabra»— se haya hecho «carne» (humano)? El resultado consta de dos puntos: (1) Jesús se hizo plenamente Dios y plenamente humano, y (2) Jesús se convirtió en un ser humano eterno. Jesús vivió en esta tierra durante treinta y tres años, murió en la cruz, resucitó de la tumba y, posteriormente,

ascendió al cielo, donde ahora se sienta a la diestra del trono de Dios. Jesús regresará en el tiempo señalado por Dios. Además, Jesús vive eternamente. Esto se afirma en Apocalipsis 1:18: «Yo soy el Viviente; estuve muerto, y ahora, ¡mira!, vivo por los siglos de los siglos! Y tengo las llaves de la muerte y del Hades». [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Yo soy el Viviente. Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre, y tengo las llaves de la muerte y del infierno»].

La afirmación de que «el Verbo se hizo carne» (Juan 1:14) implica que la naturaleza humana —la «carne»— cobró existencia en el preciso momento en que este «Verbo» comenzó a adoptar esa forma. En cuanto a la existencia de «Dios» —quien es el «Verbo» (v. 1)— no existe principio alguno, ni podrá haberlo jamás. Sin embargo, en lo que respecta al Hijo de Dios, Jesucristo —quien es el «Verbo»— *sí* existe un principio, en el sentido específico de que Él se hizo «carne» (humano). Esto se declara en Lucas 2:11: «Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador; él es Cristo el Señor». Aunque no podemos saber con absoluta certeza el día exacto en que nació Jesús, indudablemente existe un momento específico en el tiempo que marca el comienzo de Jesús como ser humano. Jesús —Dios el «Verbo», el Dios perfecto sin principio, y el Hombre perfecto y eterno— se hizo «carne» (humano) por medio de la Virgen María, descendiente de una mujer, habiendo sido concebido por el Espíritu Santo; de este modo, experimentó tanto un principio (el nacimiento) como un fin (la muerte) durante su tiempo en esta tierra. El propósito de esto fue capacitarnos —a nosotros, que, al igual que Él, tenemos un principio y un fin en este mundo; y, además, a nosotros, que estábamos espiritualmente muertos y destinados a la muerte eterna— para convertirnos en seres eternos que vivan para siempre en el eterno Reino de los Cielos, un reino sin principio ni fin. Por lo tanto, debemos mantenernos firmes en la convicción de que la Palabra, en efecto, se hizo carne. Mediante la fe en nuestro Señor Jesucristo —quien es, a la vez, Dios perfecto, Hombre perfecto y Hombre eterno— debemos vivir una vida de victoria, luchando y triunfando en la guerra espiritual, empoderados por el poder de Dios. Debemos permanecer vigilantes en la oración, buscando el poder de Dios de nuestro «Abba Padre» y —armados con la poderosa Palabra de Dios— debemos, por medio de la fe, repeler las

tentaciones de Satanás y sus secuaces. Dado que Jesucristo ya ha derrotado a Satanás en la cruz, oro para que todos nosotros —aferrándonos a la certeza de la victoria— podamos triunfar en nuestras continuas batallas espirituales contra nosotros mismos, el mundo, el pecado y Satanás, mientras recorremos nuestro camino de fe.

«El Verbo se hizo carne» (5)

[Juan 1:1-4, 9-14]

¿Por qué Dios el Hijo —quien es el «Verbo»— se hizo «carne» (un ser humano)? ¿Cuál fue el propósito detrás de esto? Hubo tres propósitos: (1) habitar entre nosotros; (2) convertirse en un Mediador entre Dios y nosotros; y (3) convertirse en un Sacrificio propiciatorio.

El primer propósito por el cual Dios el Hijo —el «Verbo»— se hizo «carne» (un ser humano) fue para habitar entre nosotros.

Juan 1:14 declara: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros...». Aquí, la palabra «habitar» conlleva el significado de «montar una tienda» o «vivir en una tienda». Si observamos el Antiguo Testamento, el primer pasaje bíblico donde aparece la palabra «tienda» es Génesis 4:20: «Ada dio a luz a Jabal; él fue el padre de los que habitan en tiendas y tienen ganado». La Biblia registra que un hombre llamado Jabal vivía en tiendas. Cuando Abraham —el padre de la fe— recibió el llamado de Dios (Gén. 12:1-3) y entró en la tierra de Canaán (la tierra que Dios le mostraría) a la edad de 75 años, no construyó una casa permanente para vivir en ella, como había hecho en su ciudad natal; en su lugar, montó tiendas y vivió en ellas, habitando en tiendas durante aproximadamente cien años (puesto que murió a la edad de 175 años). La razón de esto fue que Dios no le había dado la tierra de Canaán a Abraham personalmente, sino a sus descendientes; por lo tanto, Abraham vivió en la tierra de Canaán como un peregrino, montando tiendas y habitando en ellas durante cerca de cien años antes de fallecer a la edad de 175 años (Gén. 25:7). Durante la época del

Éxodo, el pueblo de Israel también vivió en tiendas mientras se encontraba en el desierto. Los siguientes versículos provienen de Éxodo 25:8 y 26:1: «Que me hagan un santuario, para que yo habite en medio de ellos... Además, harás el tabernáculo con diez cortinas de lino fino torcido, y de hilo azul, púrpura y escarlata; con diseños artísticos de querubines las tejerás». Dios instruyó a Moisés para que construyera un santuario —o Tabernáculo— donde Él habitaría en medio del pueblo de Israel. Dentro de este santuario (o Tabernáculo) había un velo, cuyo propósito era separar el Lugar Santo del Lugar Santísimo (26:33). La razón de esta separación era que Dios mismo iba a habitar dentro del Lugar Santísimo. Mientras que el Lugar Santo contenía un candelabro de siete brazos que iluminaba la cámara día y noche, el Lugar Santísimo no requería tal candelabro. Esto se debía a que la presencia del Dios santo, que habitaba allí, proveía su propia luz radiante. El rey Salomón dedicó siete años a la construcción de este santuario (estableciendo así la separación entre el Lugar Santo y el Lugar Santísimo).

Al volvernos hacia el Nuevo Testamento, encontramos que la Palabra se hizo carne; en lugar de habitar dentro de un santuario físico, un Tabernáculo o un Templo, Él vino a habitar entre *nosotros* (Juan 1:14). Mateo 27:51 declara: «Entonces, he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron». Debido a que el velo —que anteriormente había separado el Lugar Santo del Lugar Santísimo— se rasgó en dos, se abrió el camino para que las personas pudieran entrar en el Lugar Santísimo. En consecuencia, Dios —quien anteriormente había habitado exclusivamente dentro del Lugar Santísimo— vino a habitar también dentro del Lugar Santo, estableciendo así su morada en medio de su pueblo. La primera parte de Juan 1:14 dice: «Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros...». Finalmente, Mateo 1:23 declara: «He aquí, la virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y llamarán su nombre Emanuel», lo cual se traduce como «Dios con nosotros». Este pasaje es una profecía pronunciada por el profeta Isaías aproximadamente 700 años antes de la encarnación de Jesús (Isaías 7:14); Declara que «Dios está con nosotros» —el significado de «Emanuel»—. Dios se hizo hombre y habita entre nosotros.

¿Dónde se encuentra el templo en nuestra era actual? Hallamos la respuesta en 1 Corintios 6:19-20: «¿Acaso no saben que sus cuerpos son templos del Espíritu Santo, que está en ustedes, a quien han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren a Dios con sus cuerpos». La Biblia nos dice que nuestros cuerpos son «templos del Espíritu Santo». En otras palabras, el Espíritu Santo habita dentro de nosotros, al igual que Dios el Hijo: el Verbo que se hizo carne. Ellos habitan con nosotros; de hecho, Jesús declaró: «Yo estaré siempre con ustedes, hasta el fin de los tiempos» (Mateo 28:20). ¿Por qué habita con nosotros Dios el Hijo —el Verbo—? ¿Cuál es el propósito detrás de esto? Existen tres razones:

(1) Es para revelarnos a Dios.

Moisés deseaba ver a Dios y le suplicó, diciendo: «Por favor, muéstrame Tu gloria». Esto está registrado en Éxodo 33:18: «Dijo Moisés: "Por favor, muéstrame Tu gloria"». Así como un niño anhela fervientemente ver el rostro de sus padres, Moisés —un hijo de Dios— deseaba con fervor ver a Dios y, por ello, elevó esta súplica; sin embargo, la respuesta de Dios fue: «No podrás ver Mi rostro; porque ningún hombre Me verá y vivirá» (v. 20). Por consiguiente, Jesús —el Hijo de Dios, quien es Dios mismo— se hizo ser humano y habita entre nosotros para poder revelarnos a Dios. Felipe también deseaba ver a Dios. Aunque Jesús había dicho: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por Mí. Si Me hubierais conocido, también habríais conocido a Mi Padre; y desde ahora lo conocéis y lo habéis visto» (Juan 14:6–7), Felipe aun así dijo: «Señor, muéstranos al Padre, y nos basta» (v. 8). En ese momento, Jesús le dijo a Felipe: «¿He estado con vosotros tanto tiempo, y todavía no Me has conocido, Felipe? El que Me ha visto a Mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices: "Muéstranos al Padre"?» (v. 9) [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Jesús le dijo: "Felipe, he estado contigo durante tanto tiempo, ¿y aun así todavía no Me conoces? Cualquiera que Me ha visto a Mí, ha visto al Padre; entonces, ¿por qué Me pides que te muestre al Padre?"»]. Juan 1:18 dice: «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Dios único, que está al lado del Padre, Él lo ha dado a conocer» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Nadie ha visto jamás a Dios. Pero el Hijo

único, que está en los brazos del Padre, lo ha dado a conocer»]. La manifestación de Jesucristo —el Dios único que reside en el seno de Dios Padre— tuvo precisamente el propósito de revelar a Dios Padre. Aquí, la expresión «dado a conocer» significa que Él lo reveló todo: clara y detalladamente, y sin ocultamiento alguno. El Hijo Unigénito, Jesús, reveló a Dios Padre. Por consiguiente, cuanto más llegamos a conocer a Jesús, más llegamos a conocer a Dios Padre. Conocer a Jesús es conocer a Dios Padre; a la inversa, no conocer a Jesús es no conocer a Dios Padre. Juan 8:19 afirma: «Entonces le preguntaron: "¿Dónde está tu Padre?". "Ustedes no me conocen a mí ni a mi Padre —respondió Jesús—. Si me conocieran a mí, conocerían también a mi Padre"». Así pues, el propósito primordial por el cual Dios Hijo —el Verbo— se hizo carne (humano) y habitó entre nosotros fue darnos a conocer a Dios Padre y revelárnoslo.

(2) Es conocernos a nosotros.

Dado que Él es el Dios que nos creó a nosotros, los seres humanos, ¿cómo podría el Dios omnisciente no conocernos? Él nos conoce sumamente bien. Sin embargo, a pesar de ello, Dios Hijo se hizo humano con el fin de conocernos. Aquí, «conocer» no implica meramente poseer un conocimiento intelectual, sino conocer a través de la experiencia personal. 2 Corintios 5:21 dice: «A aquel que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que en él llegáramos a ser justicia de Dios». La afirmación de que Jesucristo «no conoció pecado» significa que no conoció el pecado de manera experiencial. Jesús nunca cometió pecado alguno. Jesús está libre de pecado. En resumen, Jesús es el Dios justo. El propósito por el cual Dios hizo que Jesucristo —quien no conoció pecado— se hiciera pecado fue para justificarnos. Hebreos 2:9 declara: «Pero vemos a Jesús, quien fue hecho un poco inferior a los ángeles por un breve tiempo, ahora coronado de gloria y honra a causa de haber padecido la muerte, para que por la gracia de Dios gustara la muerte por todos». Jesucristo, quien es Dios, sufrió la agonía de la muerte por amor a nosotros y, en realidad, gustó la muerte por nosotros. La enseñanza de la Biblia es que no debemos limitarnos a conocer estas verdades intelectualmente, sino que debemos gustarlas. El Salmo 38:8 dice: «Gustad

y ved que el SEÑOR es bueno…». 1 Pedro 2:3 dice: «Si en verdad habéis gustado que el Señor es bondadoso». Debemos gustar la bondad de Dios y la gracia del Señor. Cuanto más la gustamos, más nos sentimos impulsados a anhelarla. Cuando contemplamos —mediante la fe— la verdad de que Dios el Hijo, el Verbo, se hizo humano para conocernos de manera experiencial, nosotros también debemos esforzarnos por conocer a Jesús de manera experiencial. El segundo propósito por el cual Dios el Hijo —el Verbo, Jesucristo— se hizo humano y habitó entre nosotros es conocernos.

(3) Es para ayudarnos.

Debido a que Dios el Hijo —el Verbo— se hizo humano y conoce por experiencia incluso el sufrimiento de la muerte, Él es capaz de compadecerse de nosotros. Hebreos 4:15 afirma: «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo, tal como nosotros, aunque sin pecado». Además, Jesús es plenamente capaz de ayudarnos. Hebreos 2:18 declara: «Porque él mismo sufrió cuando fue tentado, es capaz de ayudar a aquellos que están siendo tentados» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Puesto que el Señor mismo fue tentado y sufrió, Él es plenamente capaz de ayudar a aquellos que están pasando por la tentación»].

El propósito principal por el cual Dios el Hijo —el «Verbo»— se hizo «carne» (humano) fue para habitar entre nosotros (Juan 1:14). El propósito de que Dios el Hijo habitara entre nosotros es revelarnos a Dios, conocernos y también ayudarnos. Es mi esperanza que todos lleguemos a conocer más profundamente a Emanuel —el Dios que está con nosotros para siempre—; y que, al conocerlo no meramente a través del conocimiento intelectual, sino también mediante la experiencia personal, lleguemos a conocer aún mejor a Dios el Padre. Además, confiando en que Dios el Hijo —quien nos conoce mejor que nadie— se compadecerá de nuestras debilidades y ciertamente vendrá en nuestra ayuda, caminemos todos por fe junto a Emanuel y vivamos nuestras vidas en esta tierra saboreando ya la realidad de la vida eterna.

«El Verbo se hizo carne» (6)

[Juan 1:1-4, 9-14]

El segundo propósito por el cual Dios el Hijo —quien es el «Verbo»— se hizo «carne» (un ser humano) fue para servir como Mediador entre Dios y nosotros.

Originalmente, no existía necesidad de un mediador entre Dios y nosotros. Al principio, Dios mantenía comunión directa con Adán. Esto se registra en Génesis 2:7: «Entonces el SEÑOR Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente». Dios formó al hombre (Adán) del polvo de la tierra y sopló el aliento de vida en sus narices, y este se convirtió en un alma viviente. En otras palabras, Adán fue creado específicamente para poder mantener comunión con Dios. Además, Dios creó un huerto en Edén, hacia el oriente, colocó allí a Adán y mantuvo comunión con él (v. 8). Dios también estableció un pacto con Adán. Génesis 2:16-17 declara: «Y el SEÑOR Dios mandó al hombre, diciendo: "De todo árbol del huerto podrás comer libremente; mas del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás"». Al establecer este pacto con el primer hombre, Adán, Dios le ordenó no comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. La razón de esto era que Dios deseaba continuar compartiendo comunión con Adán. En otras palabras, si Adán hubiera obedecido el mandato de Dios y se hubiera abstenido de comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, habría podido continuar manteniendo comunión con Dios. Adicionalmente, Dios capacitó a Adán para establecer una familia. El pasaje proviene de

Génesis 2:18–24: «El Señor Dios dijo: "No es bueno que el hombre esté solo. Le haré una ayuda idónea para él". Ahora bien, el Señor Dios había formado de la tierra a todos los animales del campo y a todas las aves del cielo. Los trajo al hombre para ver cómo los llamaría; y cualquiera que fuera el nombre que el hombre diera a cada ser viviente, ese sería su nombre. Así que el hombre puso nombre a todo el ganado, a las aves del cielo y a todos los animales del campo. Pero para Adán no se encontró ninguna ayuda idónea. Entonces el Señor Dios hizo que el hombre cayera en un sueño profundo; y mientras dormía, tomó una de las costillas del hombre y luego cerró el lugar con carne. Luego el Señor Dios hizo una mujer de la costilla que había sacado del hombre, y la trajo al hombre. El hombre dijo: "¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Se llamará 'mujer', porque fue sacada del hombre". Por eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su esposa, y se convierten en una sola carne». Al crear una ayuda idónea para Adán, Dios le permitió establecer una familia. Así, como observamos en el capítulo 2 de Génesis, no hubo necesidad de un mediador entre Dios y Adán.

Sin embargo, para cuando llegamos al capítulo 3 de Génesis, se hizo necesario un mediador entre Dios y Adán. La razón de esto es que la mujer sucumbió a la tentación de la serpiente; cuando miró el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, vio que era «bueno para comer, agradable a la vista y también deseable para adquirir sabiduría». En consecuencia, tomó el fruto y lo comió, y luego le dio un poco a su esposo (Adán), que estaba con ella, y él también lo comió (Gén 3:6). Como resultado, se les abrieron los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos; así que cosieron hojas de higuera y se hicieron coberturas para sí mismos. Cuando soplaba la brisa aquel día, oyeron el sonido del Señor Dios caminando por el jardín, y Adán y su esposa se escondieron entre los árboles del jardín para escapar de la presencia del Señor Dios (versículos 7–8). Entonces Adán fue puesto bajo una maldición: «A Adán le dijo: “Por cuanto escuchaste a tu esposa y comiste del árbol del cual te ordené: ‘No debes comer de él’, maldito es el suelo por tu causa; con penoso trabajo comerás de él todos los días de tu vida. Te producirá espinos y cardos, y comerás las plantas del campo. Con el sudor de tu frente comerás tu alimento hasta que vuelvas al suelo, puesto que de él

fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás"» (versículos 17–19). Así, Adán y Dios terminaron convirtiéndose en enemigos: «...mientras éramos enemigos de Dios...» (Romanos 5:10). Dios nos considera enemigos, dirige su ira hacia nosotros y se alza en nuestra contra. Es por eso que llegamos a necesitar un Mediador.

Un mediador no debe actuar únicamente en nombre de una de las partes; más bien, debe representar a ambos lados y ser idóneo para el cargo. Como Mediador, Dios el Hijo posee la misma naturaleza de Dios y es capaz de llevar a cabo todo aquello que Dios mismo puede realizar. Además, en su calidad de Mediador, Dios el Hijo se hizo ser humano —["El Verbo se hizo carne..." (Juan 1:14)]—; no obstante, es un ser humano perfecto. El Mediador, Dios el Hijo, está libre de pecado. Si poseyera pecado, no podría servir como mediador. La razón de ello es que Dios es santo. Romanos 8:3 declara: "Porque lo que la ley no pudo hacer, ya que era impotente debido a la naturaleza pecaminosa, Dios lo hizo al enviar a su propio Hijo en semejanza de hombre pecador para que fuera una ofrenda por el pecado. Y así condenó el pecado en el hombre pecador". Si Jesucristo —Dios el Hijo— hubiera venido en "carne pecaminosa", no habría podido servir como mediador. Sin embargo, la Biblia afirma que vino "en semejanza de hombre pecador". Esto significa que Jesucristo —Dios el Hijo— vino en un cuerpo sujeto a la fragilidad humana (experimentando hambre, sed y cansancio). Dicha fragilidad, en sí misma, no constituye pecado. Aunque Satanás tentó a Jesús en aquel preciso momento, Jesús lo repelió utilizando la Palabra de Dios; por consiguiente, no se cometió pecado alguno. Jesús soportó toda clase de tentaciones, pero las superó todas; de este modo, permanece sin pecado. En consecuencia, solo Jesús es el verdaderamente cualificado para servir como Mediador entre Dios y nosotros.

El único Mediador entre Dios y la humanidad es el hombre Cristo Jesús. 1 Timoteo 2:5 dice: "Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús". Como Dios el Hijo, Jesucristo posee la plena capacidad para desempeñar eficazmente el papel de Mediador. El pasaje proviene de 1 Timoteo 2:6: "Él se entregó a sí mismo como rescate por todos: el testimonio dado a su debido tiempo". Él se entregó a sí mismo como rescate para redimirnos de nuestros pecados. Él es un Mediador magnífico.

Jesucristo nos reconcilió con Dios al morir en la cruz en un momento en que éramos enemigos de Dios (Rom 5:10). Por lo tanto, ahora también nos regocijamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos recibido esta reconciliación (v. 11). El pasaje proviene de Efesios 2:11–13: «Por tanto, recordad que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne —llamados incircuncisión por la que se llama circuncisión (hecha con mano en la carne)—, recordad que en aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo». Aquí, «en aquel tiempo» (vv. 11, 12) se refiere al momento en que éramos enemigos de Dios. «En aquel tiempo» significa el momento en que éramos pecadores y el problema de nuestro pecado permanecía sin resolver. «En aquel tiempo», no conocíamos a Cristo y estábamos fuera de Cristo (v. 12). Estábamos sin Dios (v. 13). Éramos enemigos de Dios. También estábamos sin esperanza (v. 12). Sin embargo, «pero ahora» (v. 13) —donde el «ahora» conlleva un fuerte énfasis—, nosotros, que «en otro tiempo estábamos lejos», hemos sido hechos cercanos en Cristo Jesús por medio de la sangre de Cristo (v. 13). En otras palabras, mediante la muerte de Jesucristo en la cruz, Él derribó el muro divisorio —la misma enemistad que se interponía entre Dios y nosotros—, estableciendo así la paz con Dios (versículos 14–15). Cuando el velo del santuario —que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo— se rasgó en dos (Mateo 27:51), se concedió a las personas acceso al Lugar Santísimo. Además, Dios, que anteriormente habitaba exclusivamente en el Lugar Santísimo, pasó entonces a habitar también en el Lugar Santo; de este modo, vino a residir entre las personas, entrando en comunión con ellas y estableciendo la paz. Este es el mensaje que se encuentra en Efesios 2:16–19: «Y mediante la cruz, reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, dando muerte en ella a su hostilidad. Él vino y predicó la paz a ustedes que estaban lejos y la paz a los que estaban cerca. Pues por medio de Él, ambos tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu. Por lo tanto, ustedes ya no son extranjeros ni extraños, sino conciudadanos del pueblo de Dios y también miembros de su familia». Mediante su muerte en la cruz, Jesucristo abolió la hostilidad que existía entre Dios y nosotros, reconciliándonos con Él; por consiguiente, a partir de este

momento, ya no somos extraños ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. Aquí, el término «familia de Dios» significa que nos hemos convertido en miembros de la propia familia de Dios. Así pues, Jesús es ahora nuestro Hermano Mayor (Rom. 8:29) y, como nuestro Hermano Mayor, Jesús no se avergüenza de llamarnos sus «hermanos» (Heb. 2:11). ¡Cuán verdaderamente gloriosa es nuestra transformación: nosotros, que en otro tiempo fuimos enemigos de Dios, hemos sido —mediante la cruz del Mediador, Dios el Hijo, Jesucristo— reconciliados con Dios, acogidos en su familia y recibidos a Jesús como nuestro Hermano Mayor, mientras que nosotros nos hemos convertido en sus hermanos menores! Debemos dar gracias siempre por esta inmensa gracia y acercarnos a Dios Padre, confiando únicamente en los méritos de la cruz de Jesucristo, nuestro Mediador.

«El Verbo se hizo carne» (7)

[Juan 1:1-4, 9-14]

El tercer propósito por el cual Dios el Hijo —quien es el «Verbo»— se hizo «carne» (un ser humano) fue para morir (para convertirse en un sacrificio propiciatorio).

En el acto de Dios de salvarnos, era necesario que alguien muriera en nuestro lugar. Nosotros, los seres humanos, somos incapaces de morir como sustitutos, y lo mismo se aplica a los ángeles. Fue Cristo —quien es Dios— quien se hizo humano y murió, salvándonos así de la destrucción eterna.

Dios el Hijo se hizo humano y nos sirvió, incluso hasta el punto de la muerte. Esto se afirma en Mateo 20:28: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos». Aquí, la frase «el Hijo del Hombre vino» se refiere al acontecimiento en el que «el Verbo se hizo carne» (Juan 1:14). Esta venida tuvo dos propósitos: (1) El primer propósito fue servir; (2) El segundo propósito fue dar Su vida en rescate.

Hoy meditaremos sobre el primer propósito —el de «servir»— y, durante la reunión de oración del miércoles de la próxima semana, meditaremos sobre el segundo propósito: el de «dar Su vida en rescate». Es instinto humano desear ser servido; en otras palabras, disfrutamos de recibir servicio. Sin embargo, Jesucristo no vino para ser servido, sino para servir. Si hemos de servir, debemos humillarnos y exaltar a la otra persona. Esto se expresa en la última parte de Filipenses 2:3: «…sino que con humildad consideren a los demás como

superiores a ustedes mismos». Jesús se humilló a Sí mismo. El mismo acto de Jesús —quien es Dios— de hacerse humano constituyó un acto de humillación (una humillación tan profunda que nunca podremos comprenderla plenamente). La medida en que Jesús, el Hijo de Dios, se humilló —asumiendo forma humana— representa un descenso tan profundo que desafía toda comparación, incluso con la noción de que nosotros nos convirtiéramos en perros o cerdos. Filipenses 2:6–8 describe cuán profundamente se humilló el Hijo de Dios: «Quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró la igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse; más bien, se despojó de sí mismo tomando la naturaleza misma de siervo, haciéndose semejante a los seres humanos. Y al ser hallado en condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!». Aquel que es la naturaleza misma de Dios e igual a Dios —Dios mismo (el «Verbo»)— se convirtió en un ser humano (la «carne»); se hizo siervo; y permaneció obediente incluso hasta la muerte. Jesús se humilló a sí mismo hasta el punto de la muerte; específicamente, la muerte en una cruz. En aquella época, la crucifixión era un castigo tan brutal que invariablemente se reservaba para los estratos más bajos de la sociedad. El hecho de que Jesús de Nazaret fuera sometido a la crucifixión dice mucho sobre su posición social en aquel tiempo. Revela que, a pesar de ser el Hijo de Dios, pertenecía a la clase más baja de la sociedad en la que vivió. Así pues, Jesucristo —quien es Dios— se humilló a sí mismo y sirvió a los demás.

Pasando a Juan 13:3–14 —un pasaje que ilustra aún más la profundidad de la humildad del Hijo de Dios—, vemos que Jesús sirvió a sus doce discípulos hasta el punto de lavarles los pies. Preste especial atención a los versículos 13 y 14: «Ustedes me llaman "Maestro" y "Señor", y tienen razón, porque eso es lo que soy. Ahora bien, si yo, su Señor y Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros». Así como el Señor Jesucristo —quien es Dios— se humilló a sí mismo hasta el punto de lavar los pies de sus discípulos para servirlos, nosotros también debemos humillarnos y servirnos unos a otros con tal humildad que estemos dispuestos a lavarnos los pies mutuamente. La iglesia en Filipos se enfrentaba a una situación en la que sus líderes femeninas no lograban servirse unas a otras con la misma humilde abnegación demostrada por Jesús. Para comprender

este contexto, primero debemos examinar los antecedentes de la iglesia de Filipos: esta tuvo sus inicios en el hogar de una mujer llamada Lidia —una vendedora de telas de púrpura— a quien el Señor le abrió el corazón para que prestara atención a la predicación del apóstol Pablo durante su ministerio evangelístico en Filipos, lo cual la llevó a depositar su fe en Jesús (Hechos 16:14). En consecuencia, la iglesia de Filipos contaba con mujeres líderes, como Lidia; de hecho, los nombres de dos de estas mujeres aparecen registrados en Filipenses 4:2: «Ruego a Evodia y ruego a Síntique que sean de un mismo sentir en el Señor». El hecho de que el apóstol Pablo utilizara la palabra «ruego» en dos ocasiones subraya su énfasis central: que estas dos mujeres —Evodia y Síntique— debían cultivar una misma mentalidad dentro del Señor. La razón de esta exhortación parece radicar en que estas dos mujeres no lograban mantener la unidad de pensamiento en el Señor y, de hecho, se encontraban en conflicto la una con la otra. Al parecer, estas dos mujeres no prestaron atención a la instrucción de «no hacer nada por ambición egoísta o vanidad, sino que con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos» (2:3). No se esforzaron al máximo por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz (Efesios 4:3). Como resultado, la iglesia de Filipos no logró alcanzar una verdadera unidad. Fue precisamente por esta razón que el apóstol Pablo exhortó con tanta vehemencia a estas dos mujeres a ser de un mismo sentir en el Señor.

¿Podría ser que nuestras propias familias e iglesias de hoy en día estén fallando de manera similar en alcanzar la unidad? Si deseamos preservar y fomentar eficazmente la unidad dentro de nuestros hogares e iglesias, debemos humillarnos —rebajándonos tal como lo hizo Jesús— y servirnos los unos a los otros. En lugar de buscar ser servidos dentro de nuestras familias e iglesias, debemos ser nosotros quienes sirvamos. Debemos servir humillándonos a nosotros mismos, al tiempo que exaltamos a quienes nos rodean. Si servimos —incluso hasta el punto de la muerte— tal como lo hizo Jesús (Filipenses 2:8), podremos preservar eficazmente la unidad de nuestras familias y de nuestra iglesia. Sin embargo, si no hemos servido hasta el punto de la muerte, no podemos afirmar verdaderamente haber servido en absoluto. Este es el resultado de que Jesús se humillara a

sí mismo con humildad y sirviera incluso hasta el punto de la muerte: «Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo y le dio el nombre que está sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (versículos 9–11). Debido a que Jesús sirvió humillándose hasta las profundidades más bajas, Dios lo exaltó hasta el lugar más alto. Nosotros también debemos seguir el ejemplo de Jesús y servir humillándonos hasta las profundidades más bajas.

«El Verbo se hizo carne» (8)

[Juan 1:1-4, 9-14]

Permítanme plantear una pregunta: Cuando Dios creó a Adán y a Eva, ¿era Su voluntad que ellos fueran servidos, o que sirvieran? La respuesta es que Dios creó a Adán y a Eva con el propósito mismo de servir. Por lo tanto, si bien Adán y Eva ciertamente sirvieron bien al principio, para cuando llegamos al capítulo 3 de Génesis, Eva —la mujer— es engañada por la serpiente, la más astuta de todas las bestias del campo (Gén 3:1). El núcleo de ese engaño fue la promesa de «llegar a ser como Dios»: «Pues Dios sabe que el día que coman de él, se les abrirán los ojos y serán como Dios, conociendo el bien y el mal» (v. 5). ¿Por qué la serpiente —que es Satanás— engañó a Eva de esta manera? La razón es que el propio Satanás —un ángel caído y malvado— deseaba llegar a ser como el Dios Altísimo. Esto se articula en Isaías 14:12-14: «¡Cómo has caído del cielo, lucero de la mañana, hijo de la aurora! ¡Has sido derribado a la tierra, tú que una vez abatiste a las naciones! Dijiste en tu corazón: "Ascenderé a los cielos; levantaré mi trono por encima de las estrellas de Dios; me sentaré entronizado en el monte de la asamblea, en las alturas extremas del monte sagrado. Ascenderé por encima de las cimas de las nubes; seré como el Altísimo"». Satanás desea «levantar su trono»; no solo anhela ocupar esa posición exaltada, sino que también ansía llegar a ser como el Dios Altísimo. Por consiguiente, cuando Satanás —disfrazado de serpiente— buscó engañar a Eva para que comiera del fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal (Gén 2:9), le dijo: «Serán… como Dios» (3:5). Sucumbiendo a este engaño, Eva finalmente tomó y comió del fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal —un fruto que era agradable a la vista, deleitable de contemplar y deseable por la sabiduría que prometía—; y le dio un poco a su esposo, Adán, que estaba con ella, y él también comió (v.

6). Habiendo caído presa del engaño de Satanás —quien se disfrazó de serpiente—, Adán y Eva desobedecieron el mandamiento del pacto de Dios: «No debes comer del árbol del conocimiento del bien y del mal» (2:17); al cometer este pecado, el pecado entró en este mundo y, a través del pecado, entró también la muerte (Rom. 5:12). En última instancia, mediante la transgresión de un solo hombre —el «primer Adán»—, el pecado entró en el mundo, lo que resultó en que todas las personas pecaran; y debido a que la muerte entró por medio del pecado, la muerte se ha extendido a todas las personas (v. 12).

El núcleo mismo del engaño de Satanás reside en el deseo de que seamos exaltados, de que ocupemos posiciones de alta autoridad y de que lleguemos a ser como el mismo Dios Altísimo: ser servidos en lugar de servir. Un excelente ejemplo de esto se encuentra en la persona llamada «Diótrefes», descrita en 3 Juan 1:9-10: «Escribí unas pocas palabras a la iglesia, pero Diótrefes, a quien le encanta ser el primero entre ellos, no acepta nuestra autoridad. Así que, cuando yo vaya, llamaré la atención sobre lo que él está haciendo: difamar maliciosamente sobre nosotros. No satisfecho con eso, él mismo se niega a recibir a los misioneros itinerantes, impide que lo hagan aquellos que desearían hacerlo e incluso los expulsa de la iglesia» (Modern People's Bible). Diótrefes era un hombre a quien «le encantaba ser el primero». Él «se negó a recibir a los misioneros itinerantes» e incluso «impidió que lo hicieran aquellos que deseaban recibirlos». Incluso hoy, dentro de la iglesia, hay quienes, al igual que Diótrefes, aman ser los primeros. Tales individuos prefieren ocupar posiciones elevadas en lugar de humildes, y prefieren ser servidos en lugar de servir a los demás. Satanás engaña a estas personas, llevándolas a desobedecer la Palabra de Dios y a cometer pecado; al hacerlo, les impide «tener la misma disposición en el Señor» (Fil. 4:2) y obstaculiza sus esfuerzos por mantener la unidad de la iglesia: la unidad «producida por el Espíritu Santo» (Ef. 4:3). Sin embargo, Jesucristo —el «segundo» Adán y el «último Adán» (1 Co. 15:45, 47)— vino a este mundo para salvarnos a nosotros, quienes, a través del primer Adán, habíamos sucumbido a la muerte a causa del pecado. Aunque por su propia naturaleza era Dios, no consideró la igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse; más bien, se despojó a sí mismo, tomando la naturaleza misma de siervo, y se hizo semejante a

los seres humanos (Fil. 2:6–7). Mateo 20:28 declara: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos». En una palabra, los treinta y tres años de vida de Jesús en esta tierra fueron una «vida de servicio». Jesús no solo lavó los pies de sus discípulos, sino que también alimentó a los hambrientos, sanó a los enfermos y, de innumerables otras maneras, vivió una vida dedicada a servir a los demás. Y en su servicio, Jesús llegó incluso a entregar su propia vida; es decir, sirvió hasta el punto de derramar su sangre y morir en la cruz. 1 Timoteo 2:6 dice: «Él se dio a sí mismo en rescate por todas las personas: el testimonio dado a su debido tiempo». Aquí, «Él» se refiere a Cristo Jesús: el único Mediador entre Dios y la humanidad, quien es, a su vez, plenamente humano (v. 5). Jesucristo, el Mediador, se entregó a sí mismo en rescate por nosotros, para nuestra salvación. Según Éxodo 21:28–36 en el Antiguo Testamento, si el dueño de un buey sabía que su animal tenía propensión a cornear a las personas y, aun así, no tomaba precauciones, y posteriormente ocurría un accidente, tanto el buey como su dueño quedaban sujetos a la pena capital; específicamente, a ser apedreados hasta morir. Esta severa pena se imponía porque el dueño, a pesar de ser plenamente consciente del peligro inherente, había permitido negligentemente que la situación persistiera; en consecuencia, se le hacía responsable de la muerte causada por su animal. Sin embargo, el texto incluía una excepción: el dueño del buey podía librarse de la ejecución si pagaba una indemnización monetaria a la familia de la víctima, cuyo monto sería determinado por el juez presidente. La lógica detrás de esta disposición radicaba en una cuestión práctica: el sustento de la familia sobreviviente. [Por ejemplo, si la víctima corneada por el buey resultara ser el cabeza de familia, ejecutar tanto al buey como a su dueño podría satisfacer el deseo de retribución, pero simultáneamente sumiría a los familiares sobrevivientes en un peligro financiero inmediato. Además, desde la perspectiva del dueño del buey —la parte responsable del accidente— la pérdida de su propia vida dejaría, asimismo, a sus familiares sobrevivientes enfrentando un futuro sombrío e incierto en cuanto a sus propios medios de subsistencia (Fuente: Internet).] Por lo tanto, al pagar la suma indemnizatoria prescrita por el juez, el dueño del buey podía asegurar su exención de la pena de muerte. Comprender el concepto de "ofrenda por el pecado" (o "expiación"), tal como se describe en el Antiguo Testamento,

nos ayuda a captar el significado de 1 Timoteo 2:6, el cual afirma que Jesús se entregó a sí mismo como "rescate" por todos. Del mismo modo que un amo podía pagar el precio de mercado para adquirir un esclavo —ya fuera un siervo por contrato, un prisionero de guerra o un esclavo como propiedad— con el fin de poner en libertad a ese individuo, Jesucristo pagó el precio supremo con su preciosa sangre derramada en la cruz. Él hizo esto para liberarnos a nosotros —quienes, a causa de la transgresión del "primer Adán", nos habíamos convertido en pecadores, esclavizados al pecado y destinados a la muerte— y para concedernos la verdadera libertad de la esclavitud del pecado. Efesios 1:7 dice: "En Él tenemos redención por medio de su sangre, el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia". A través de la sangre de Jesucristo, hemos recibido la redención —es decir, el perdón de los pecados— y, por consiguiente, hemos sido liberados de la esclavitud del pecado.

Por lo tanto, nosotros también debemos seguir el ejemplo de Jesús y vivir una vida de servicio. Al vivir esta vida de servicio, debemos esforzarnos —tal como lo hizo Jesús— por servir incluso hasta el punto de entregar nuestra propia vida. En otras palabras, debemos servir incluso hasta la muerte, tal como lo hizo Jesús (Fil. 2:8). Sin embargo, debido a nuestra fragilidad humana, somos incapaces de vivir semejante vida de servicio por nuestras propias fuerzas. No obstante, el Espíritu Santo —quien es el mismo Espíritu de Jesús— acude en nuestra ayuda. Dicho de otro modo, el Espíritu Santo —el Espíritu de Servicio— nos asiste en nuestra debilidad, capacitándonos para imitar a Jesús y vivir una vida dedicada a servir a los demás. Romanos 8:26a afirma: «Asimismo, el Espíritu también nos ayuda en nuestras debilidades…». El Espíritu Santo no solo nos asiste en la oración; nos ayuda en cada empresa que emprendemos en el poder del Espíritu. En consecuencia, el Espíritu Santo aporta belleza y armonía a todo lo que hacemos en el Señor. Por lo tanto, debemos orar para ser llenos del Espíritu Santo. Dios Padre ha prometido dar el Espíritu Santo a aquellos que se lo pidan (Lucas 11:13). En lugar de embriagarnos y vivir en la disipación, debemos ser llenos del Espíritu Santo (Efesios 5:18) para que podamos vivir una vida de servicio modelada a imagen de Jesús. Al vivir tal vida de servicio a semejanza de Jesús,

nuestras vidas no solo rebosarán de gozo personal y gratitud, sino que también comenzaremos a establecer un anticipo del cielo dentro de nuestros hogares y de nuestra comunidad eclesial. Que todos sigamos el ejemplo de Jesús —esforzándonos por servir a los demás en lugar de buscar ser servidos— y, de este modo, nos convirtamos en personas que traigan deleite no solo a nosotros mismos, a nuestras familias y a nuestra iglesia, sino también al Señor mismo.

Jesús en huida

[Mateo 2:13-18]

El Evangelio es Jesucristo. El núcleo del Evangelio es la muerte y resurrección de Jesucristo. Por lo tanto, deseando obtener una comprensión más profunda tanto de Jesucristo —el Evangelio mismo— como del núcleo del Evangelio —Su muerte y resurrección—, participamos anteriormente en ocho sesiones de meditación centradas en Juan 1:1-4, 9-14, bajo el tema: «El Verbo se hizo carne». ¿Quién es Jesucristo? Él es Aquel que existía desde el principio (Juan 1:1); Él estaba con Dios —lo que significa que Jesucristo es Dios (v. 1)— y Él es el Creador que hizo todas las cosas (v. 3). En Jesucristo hay vida, la cual es la luz de la humanidad (v. 4). ¿Cuál fue el propósito de que Jesucristo se hiciera humano —de que «el Verbo se hiciera carne» (v. 14)—? Fue para habitar entre nosotros. Miren Juan 1:14: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros…». Además, fue para convertirse en el Mediador entre Dios y nosotros. Primera de Timoteo 2:5 declara: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús». Y, finalmente, fue para morir. Mateo 20:28 dice: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos». En un sentido amplio, este pasaje habla del sufrimiento de Jesucristo. Habiéndose hecho humano, Jesucristo soportó el sufrimiento a lo largo de los treinta y tres años que vivió en esta tierra. En resumen, los treinta y tres años de vida de Jesús fueron una vida de sufrimiento. El sufrimiento de Jesús no se limitó a Su muerte en la cruz a la edad de treinta y tres años; como vemos en el pasaje de hoy —Mateo 2:13-18—, Él también soportó el sufrimiento durante Su infancia. En otras palabras, Jesús experimentó la vida como un refugiado durante sus primeros años. Mateo 2:13 dice: «Después de que ellos se marcharon, un ángel del Señor se apareció a José en un sueño y le dijo: "Levántate, toma

al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, pues Herodes va a buscar al niño para matarlo"». Aquí, «ellos» se refiere a los Magos de Oriente (v. 1). No se sabe con certeza cuántos sabios vinieron exactamente de Oriente; por lo general, se cree que eran tres. La razón de esta suposición es que, cuando adoraron al niño Jesús, abrieron sus cofres del tesoro y le ofrecieron regalos de oro, incienso y mirra (v. 11). Cuando estos Magos —quienes habían seguido una estrella para encontrar y adorar al niño Jesús, nacido como Rey de los judíos— llegaron a Jerusalén, el rey Herodes y toda la ciudad de Jerusalén se inquietaron profundamente al oír la noticia (vv. 1–3). El rey Herodes convocó a todos los sumos sacerdotes y a los escribas del pueblo y les preguntó: «¿Dónde ha de nacer el Mesías?» (v. 4). Ellos respondieron: «En Belén de Judea», basando su respuesta en los escritos de los profetas (vv. 5–6). En consecuencia, el rey Herodes llamó en secreto a los Magos, los interrogó minuciosamente sobre el momento exacto en que había aparecido la estrella y los envió a Belén con estas instrucciones: «Vayan y busquen con diligencia al niño. Tan pronto como lo encuentren, avísenme para que yo también pueda ir a adorarlo» (vv. 7–8). Después de escuchar al rey Herodes, los Magos partieron; entonces, la misma estrella que habían visto en Oriente reapareció, fue delante de ellos y, finalmente, se detuvo justo sobre el lugar donde se encontraba el niño Jesús (v. 9). Al ver la estrella, se llenaron de una inmensa alegría (v. 10). Al entrar en la casa, vieron al Niño con su madre, María; se postraron y lo adoraron; luego abrieron sus cofres del tesoro y le ofrecieron sus regalos (v. 11). Habiendo sido advertidos en un sueño de no regresar ante Herodes, partieron hacia su propio país por otro camino (v. 12). Después de que ellos se marcharon, un ángel del Señor se apareció a José en un sueño y le dijo: «Herodes va a buscar al Niño para matarlo; levántate, toma al Niño y a su madre, huye a Egipto y permanece allí hasta que yo te avise» (v. 13). Entonces José se levantó, tomó al Niño y a su madre, María, durante la noche y partió hacia Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes (vv. 14–15). ¿Por qué el niño Jesús «huyó» y descendió a Egipto? La razón fue para cumplir lo que el Señor había dicho por medio del profeta: «De Egipto llamé a mi Hijo» (v. 15). El mensaje expresado por medio del profeta aquí hace referencia a la profecía pronunciada por el profeta Oseas. Se encuentra en Oseas 11:1: «Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi Hijo».

Jesucristo vino a esta tierra para cumplir todo lo que Él había prometido. Por ejemplo, con respecto al pacto que se encuentra en Génesis 3:15 —el cual declara: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella; Él te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón»—, Jesús declaró desde la cruz: «Consumado es», y luego murió (Juan 19:30). Jesucristo vino a esta tierra para cumplir la voluntad de Dios en el tiempo señalado por Dios. Jesucristo murió en el tiempo señalado por Dios. Romanos 5:6 dice: «Porque cuando aún éramos débiles, a su debido tiempo, Cristo murió por los impíos». Jesucristo murió por los impíos «a su debido tiempo» —es decir, en el tiempo señalado por Dios—. Jesucristo vino a esta tierra en el tiempo señalado por Dios (la Primera Venida de Jesús). Gálatas 4:4 dice: «Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley». Dios, «cuando vino la plenitud del tiempo» —es decir, en el tiempo señalado por Dios—, envió a su Hijo, a su Hijo unigénito Jesucristo, para que naciera de la Virgen María. Jesucristo regresará a esta tierra en el tiempo señalado por Dios (la Segunda Venida de Jesús). El pasaje de 1 Timoteo 6:14–15 dice: «Guarda este mandamiento sin mancha ni reproche hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual Dios hará que ocurra en su propio tiempo…» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Debes guardar fielmente este mandamiento hasta que nuestro Señor Jesucristo regrese, para que puedas ser hallado sin mancha ni reproche. Cuando sea el momento oportuno, Dios revelará a Cristo».] Jesucristo no huyó a Egipto porque fuera débil o porque temiera al rey Herodes; más bien, fue porque el tiempo señalado por Dios aún no había llegado (Mateo 2:13–14). Jesucristo no huyó solamente a Egipto; continuó retirándose y buscando refugio también en ocasiones posteriores. La razón de esto era que aún no era el tiempo de Dios. Juan 8:59 afirma: «Ante esto, recogieron piedras para arrojárselas; pero Jesús se ocultó y salió furtivamente del templo». Cuando los judíos intentaron apedrear a Jesús, Él se ocultó y se marchó del templo [retiró su cuerpo y salió del templo (Biblia Coreana Contemporánea)]. En resumen, Jesús eludió la muerte porque aún no había llegado el tiempo establecido por Dios. Juan 10:39 dice: «Una vez más intentaron apresarlo, pero Él escapó de sus manos». Los judíos intentaron nuevamente detener a Jesús, pero Él se les escurrió de las manos y escapó. La razón de esto era que aún no había llegado el tiempo que

Dios había fijado para su muerte. El pasaje de Juan 11:53-54 dice: «Así que, desde aquel día, tramaron quitarle la vida. Por lo tanto, Jesús ya no se movía públicamente entre los judíos, sino que se retiró a una región cercana al desierto, a una aldea llamada Efraín, donde permaneció con sus discípulos». Dado que aún no había llegado el tiempo que Dios había fijado para su muerte, Jesús ya no caminaba abiertamente entre los judíos; en su lugar, se marchó de aquel sitio y se retiró. Juan 12:36 afirma: «Crean en la luz mientras tengan la luz, para que lleguen a ser hijos de la luz». Cuando Jesús hubo terminado de decir esto, se marchó y se ocultó de ellos. Juan 2:4 dice: «Jesús le respondió: "Mujer, ¿por qué me involucras? Aún no ha llegado mi hora"». Y Juan 7:8 dice: «Vayan ustedes a la fiesta. Yo no iré a esta fiesta, porque mi hora aún no ha llegado plenamente».

Nuestro Señor no se ocultó ni se retiró por ser un individuo frágil y lleno de miedo; nada más lejos de la realidad. Jesús convirtió el agua en vino (Juan 2:1-11); alimentó a una multitud de cinco mil hombres —sin contar a las mujeres y los niños— con tan solo dos peces y cinco panes (6:1-15); caminó sobre el mar (vv. 16-21); Y Él resucitó a los muertos, devolviéndoles la vida —incluyendo a la hija de Jairo (Marcos 5:21–24, 38–43), al hijo de la viuda de Naín (Lucas 7:11–17) y a Lázaro (Juan 11:1–44). Ciertamente, Jesús no huyó a Egipto por miedo al rey Herodes; se retiró porque aún no había llegado el tiempo señalado por Dios —es decir, todavía no era el tiempo de Dios. Pilato también se esforzó por evitar crucificar a Jesús. Cuando toda la multitud se levantó, arrastró a Jesús ante Pilato y presentó cargos en su contra, Pilato procuró ponerlo en libertad (v. 20). Declaró a los sumos sacerdotes y a la multitud: «No hallo en este hombre [Jesús] ningún motivo de acusación» (Lucas 23:1–4); «Me habéis traído a este hombre bajo la acusación de incitar a la rebelión entre el pueblo. Lo he examinado en vuestra presencia y no he hallado fundamento para vuestros cargos contra él. Tampoco Herodes, pues nos lo ha devuelto; como veis, no ha hecho nada que merezca la muerte» (vv. 14–15); y nuevamente: «Por tercera vez les dijo: "¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido este hombre? No he hallado en él motivos para la pena de muerte. Por tanto, lo haré azotar y luego lo pondré en libertad"» (v. 22). Sin embargo, dado que el tiempo señalado por Dios había llegado finalmente, Dios entregó a Jesucristo a la cruz. Para consumar

nuestra salvación, Dios procedió a cumplir —en su propio tiempo señalado— el plan que había trazado antes de la fundación del mundo.

En este mundo, que está plagado de adversidades, hay muchos que viven como refugiados o que actualmente están padeciendo sufrimiento (por ejemplo, refugiados políticos, aquellos afligidos por enfermedades, y demás). Al reflexionar sobre Jesucristo, quien en una ocasión buscó refugio en Egipto, debemos aguardar con fe paciente, aferrándonos a la convicción de que Dios, en su propio y perfecto tiempo, llevará a buen término sus propósitos redentores. En particular, debemos cumplir fiel y firmemente con nuestras propias responsabilidades, confiando con absoluta certeza en que Dios, a Su propio tiempo y a Su propia manera, llevará fielmente a su plenitud el pacto que ha establecido con nosotros. Por ejemplo —aferrándonos a la seguridad de que el Señor ciertamente edificará Su iglesia, de conformidad con la promesa que hizo a la iglesia (Su propio cuerpo), tal como se registra en Mateo 16:18—, debemos participar humilde y fielmente en la obra de establecer Su iglesia. Al hacerlo, aunque indudablemente encontraremos muchas dificultades, en cada uno de esos momentos debemos refugiarnos en el Señor, quien es nuestro santuario; aferrándonos a las palabras de Su promesa y presentando nuestras peticiones con fe, debemos llevar a cabo de manera constante el llamamiento específico y el ministerio encomendado a cada uno de nosotros, firmemente convencidos de que el Señor —el fiel Guardián del Pacto— cumplirá ciertamente Sus promesas al tiempo y a la manera de Dios. Cuando procedemos de esta manera, el Señor, con total certeza, llevará a feliz término Su voluntad: a Su propio tiempo y a Su propia manera.

Profecía de Su Muerte y Resurrección (1)

[Mateo 16:21-23]

Mateo 16:21 dice: «Desde entonces comenzó Jesús a explicar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas a manos de los ancianos, de los jefes de los sacerdotes y de los maestros de la ley, y que debía ser matado y al tercer día resucitar». Este pasaje registra la profecía de Jesús con respecto a Su propia muerte y Su resurrección tres días después. Durante la reunión de oración del miércoles de la semana pasada —centrada en Mateo 2:13-18— aprendimos que Jesús, quien vino a esta tierra para morir en el tiempo señalado por Dios (Gálatas 4:4), huyó a Egipto porque el momento específico designado por Dios para Su muerte aún no había llegado. A lo largo de Sus treinta y tres años de vida en esta tierra, Jesús huyó y se ocultó con frecuencia; la razón de esto era que el tiempo que Dios había señalado para Su muerte aún no había llegado. Sin embargo, finalmente, Jesús murió en el tiempo señalado por Dios (Romanos 5:6). Así pues, Jesús —quien vino a esta tierra en el tiempo señalado por Dios (Gálatas 4:4) y murió en el tiempo señalado por Dios (Romanos 5:6)— regresará a esta tierra en el tiempo señalado por Dios (1 Timoteo 6:14-15). Jesús, quien vino a esta tierra para cumplir la voluntad de Dios, ciertamente cumplió la voluntad de Dios en el tiempo señalado por Dios. Nosotros también debemos seguir el ejemplo de Jesús y cumplir la voluntad de Dios en el tiempo señalado por Dios. Habiendo cumplido así la voluntad de Dios en el tiempo señalado por Dios, Jesús declaró entonces que moriría en el lugar específico designado por Dios. Ese lugar no es otro que «Jerusalén» (Mateo 16:21). Al observar el pasaje bíblico de hoy, Mateo 16:21, encontramos la frase: «Desde entonces... comenzó a explicar». Aquí, «desde entonces» se refiere al momento en que Jesús, habiendo llegado a la región de Cesarea de Filipo, preguntó por primera vez a Sus

discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?». (v. 13), y luego les preguntó directamente: «Pero ustedes, ¿quién dicen que soy yo?» (v. 15); momento en el cual Simón Pedro hizo su confesión de fe: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (v. 16). En consecuencia, Jesús le dijo a Pedro: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no la vencerán. A ti te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (vv. 17–19). Inmediatamente después de pronunciar estas palabras, Él «advirtió a sus discípulos que no dijeran a nadie que Él era el Cristo» (v. 20). Fue precisamente después de hacer estas declaraciones —es decir, «desde ese momento»— que Jesús comenzó a hablar de cómo debía subir a Jerusalén, padecer y ser ejecutado (v. 21). En otras palabras, la frase «desde ese momento» significa que, tras su declaración a los discípulos —«Sobre esta roca edificaré mi iglesia» (v. 18)—, Jesús procedió a profetizar su propia muerte en Jerusalén (v. 21). Aunque Jesús había hablado de su muerte y resurrección en ocasiones anteriores, no lo había hecho explícitamente; más bien, había hablado de ellas de una manera más velada. Con respecto a su muerte, Jesús afirmó: «Vendrán días en que el novio les será arrebatado» (Mateo 9:15); con respecto a su resurrección, declaró: «Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré» (Juan 2:19). Sin embargo, «desde ese momento» (Mateo 16:21), Jesús comenzó a hablar explícitamente tanto de su muerte como de su resurrección. Además, en Mateo 16:21, Jesús abordó su muerte y su resurrección de manera conjunta. Desde el momento en que Jesús habló explícitamente sobre su muerte —«desde entonces»—, también identificó a «Jerusalén» como el lugar específico donde moriría (v. 21). La razón de ello es, precisamente, que «Jerusalén» era el lugar que Dios había ordenado para la muerte de Jesús.

Por lo tanto, consideremos tres puntos con respecto a «Jerusalén»: el lugar ordenado por Dios.

(1) En Génesis 22, cuando «Dios puso a prueba a Abraham» (v. 1), el lugar específico que Dios designó para que este ofreciera a su amado y único hijo, Isaac, como holocausto fue el monte Moriah —situado en la «tierra de Moriah» (v. 2)—, en el mismo sitio que Dios le había indicado (vv. 3, 9). Y este monte Moriah es, de hecho, Jerusalén [cf. 2 Crónicas 3:1: «Entonces Salomón comenzó a edificar la casa del SEÑOR en Jerusalén, en el monte Moriah…»]. En obediencia al mandato de Dios, Abraham se levantó temprano por la mañana, ensilló su asno y —llevando consigo a dos siervos, a su hijo Isaac y la leña que había partido para el holocausto— emprendió el camino (v. 3). Al tercer día (v. 4; *Modern People's Bible*), llegó a la tierra de Moriah; divisando desde la distancia el monte Moriah (v. 4), Abraham dijo a sus dos siervos: «Quédense aquí con el asno mientras el muchacho y yo vamos hasta allá. Adoraremos y luego regresaremos a ustedes» (v. 5). Posteriormente, colocó la leña para el holocausto sobre Isaac, mientras él mismo tomaba el fuego y el cuchillo en sus manos; mientras caminaban juntos (v. 6), conversaban. Su hijo Isaac preguntó a su padre Abraham: «Aquí están el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?» (v. 7). La respuesta de Abraham fue: «Hijo mío, Dios mismo proveerá el cordero para el holocausto» (v. 8). Y, en efecto, Dios mismo proveyó un carnero (v. 13); Así pues, Abraham ofreció aquel carnero en holocausto en lugar de su amado hijo, Isaac (v. 13). En consecuencia, llamó a aquel lugar «Jehová-Jireh» (que significa «El Señor proveerá en Su monte») (v. 14). Sin embargo, cuando Dios Padre —cuyo Hijo amado y en quien tiene complacencia, Su Hijo unigénito Jesucristo (Mt. 13:7), estaba siendo ejecutado en Jerusalén (tal como Jesús había profetizado en Mateo 23:21)— clamó a gran voz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» (27:46), Dios no proveyó un cordero para el holocausto de Su Hijo, como había hecho para sí mismo en el pasado (Gn. 22:8). En otras palabras: para el padre Abraham, el monte Moriah (Jerusalén) fue «Jehová-Jireh»; mas para Dios Padre, Jerusalén —donde murió Su Hijo unigénito, Jesús— no fue «Jehová-Jireh». La razón de ello es que el «Cordero» que Dios había preparado (v. 8) no era otro sino Jesucristo: el mismísimo «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn. 1:29).

(2) Según el capítulo 24 de 2 Samuel, el rey David ordenó realizar un censo de Israel, un acto que desagradó a los ojos de Dios (versículos 1–4). Como resultado, una terrible plaga asoló todo Israel durante tres días, cobrándose la vida de 70.000 personas (versículo 15). Para poner fin a esta calamidad (versículo 21), David —actuando conforme al mandato del Señor transmitido a través del profeta Gad— acudió a la era de Arauna (Ornán) el jebuseo y edificó allí un altar (versículos 18–25); esta misma era de Arauna (Ornán) es el emplazamiento de Jerusalén.

2 Crónicas 3:1 declara: «Entonces Salomón comenzó a edificar el templo del Señor en Jerusalén, en el monte Moriah, donde el Señor se había aparecido a su padre David. Estaba situado en la era de Arauna el jebuseo, el lugar que David había designado». David no deseaba ofrecer un holocausto a Dios sin pagar un precio por ello, por lo que adquirió la era de Arauna (Ornán) por una suma considerable (1 Crónicas 21:24). Allí edificó un altar al Señor, ofreció holocaustos y ofrendas de comunión, e invocó al Señor. El Señor le respondió enviando fuego desde el cielo sobre el altar del holocausto; entonces el Señor dio una orden al ángel, y este envainó su espada (versículos 26–27). En última instancia, cuando el ángel extendió su mano hacia Jerusalén para destruirla, el SEÑOR se arrepintió de la calamidad y dijo al ángel que estaba destruyendo al pueblo: «¡Basta ya! Retira ahora tu mano». En ese preciso instante, el lugar donde se hallaba el ángel era «la era de Arauna el jebuseo» (el monte Moriah, o Jerusalén) (2 Samuel 24:16). Sin embargo, cuando Dios Padre derramó Su santa ira sobre Su amado y complaciente Hijo único, Jesucristo —quien moría en Jerusalén— Él no se detuvo; por el contrario, derramó Su ira en su plenitud. La razón de esto es que Dios envió a Su Hijo, Jesucristo, a este mundo como propiciación para expiar nuestros pecados (1 Juan 4:10).

(3) Según 2 Crónicas 3:1, la Escritura declara: «Entonces Salomón comenzó a edificar el templo del SEÑOR en Jerusalén, en el monte Moriah, donde el SEÑOR se le había aparecido a su padre David. Fue en la era de Arauna el jebuseo, el lugar que David había designado». De este pasaje podemos discernir que, ya sea el «monte Moriah» —donde Dios ordenó a

Abraham ofrecer a su amado hijo único, Isaac, como holocausto— o «la era de Arauna el jebuseo» —el sitio donde Dios, por medio del profeta Gad, ordenó a David ofrecer holocaustos y ofrendas de paz—, ambos se refieren a ese mismo lugar que Dios había designado como «Jerusalén».

Fue en esta Jerusalén donde el rey Salomón edificó el Templo de Jerusalén; sin embargo, Jesús dijo a los judíos: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Juan 2:19). Aquí, el Templo de Jerusalén al que Jesús se refería constituía una referencia a Su propio cuerpo físico [«Su propio cuerpo» (tal como se traduce en la *Modern Man's Bible*)]. ...sucederá (Versículo 21). En resumen, el Templo de Jerusalén sirve como un símbolo que apunta al cuerpo físico de Jesús; por lo tanto, en el pasaje de hoy —Mateo 16:21— Jesús profetizó (declaró) que subiría a Jerusalén y sería ejecutado.

Jesús murió no solo en el tiempo señalado por Dios, sino también en el lugar señalado por Dios: a saber, «Jerusalén». Nosotros también, siguiendo el ejemplo de Jesús —nuestro Hermano Mayor—, debemos morir en el tiempo y el lugar señalados por Dios. En otras palabras, debemos vivir conforme a la voluntad de Dios y morir conforme a la voluntad de Dios. Tal muerte de un santo es preciosa a los ojos de Dios (Salmos 116:15). Aunque a los ojos humanos pueda parecer una muerte miserable —quizás incluso una muerte maldita—, lo que verdaderamente importa es esto: a la vista de Dios, vivir conforme a Su voluntad y morir conforme a Su voluntad constituye la vida más preciosa y la muerte más estimada. Este es el mensaje del Salmo 116:15: «Preciosa a los ojos del SEÑOR es la muerte de Sus santos» [(Biblia Coreana Contemporánea) «El SEÑOR considera preciosa la muerte de Sus santos»].

Profecía de su muerte y resurrección (2)

[Mateo 16:21–23]

Mateo 16:21 dice: «Desde entonces, Jesucristo comenzó a explicar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas a manos de los ancianos, los sumos sacerdotes y los maestros de la ley, y que debía ser matado y, al tercer día, resucitar». Este pasaje marca la primera ocasión en la que Jesús profetizó que sufriría, sería matado y resucitaría al tercer día; esta profecía aparece dos veces más en el texto (17:22–23; 20:18–19). El primer pasaje de este tipo en el Evangelio de Marcos se registra de la siguiente manera: «Entonces comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía sufrir muchas cosas y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los maestros de la ley, y que debía ser matado y, después de tres días, resucitar. Habló abiertamente sobre esto...» (Marcos 8:31–32). Esta profecía también aparece dos veces adicionales en Marcos (9:30–32; 10:32–34). Asimismo, en el Evangelio de Lucas, el primer pasaje de este tipo se registra así: «Y dijo: "El Hijo del Hombre debe sufrir muchas cosas y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los maestros de la ley, y debe ser matado y, al tercer día, resucitar"» (Lucas 9:22). A diferencia de los relatos en Mateo y Marcos, este pasaje en Lucas no contiene ningún registro que indique que Jesús *comenzó* a revelar esto a sus discípulos o que habló de ello *abiertamente* (con claridad). Por el contrario, la segunda declaración registrada en el Evangelio de Lucas parece afirmar exactamente lo opuesto: «Dejen que estas palabras penetren en sus oídos: El Hijo del Hombre está a punto de ser entregado en manos de los hombres. Pero ellos no entendieron esta declaración; su significado les estaba oculto, de modo que no podían comprenderlo, y tenían miedo de preguntarle al respecto» (Lucas 9:44–45). Mientras que el primer dicho en los Evangelios de Mateo y Marcos (Mateo 16:21; Marcos

8:31–32) registra que Jesús reveló —o habló abiertamente— a sus discípulos *por primera vez* que debía padecer muchas cosas, ser ejecutado y resucitar al tercer día, el segundo dicho en el Evangelio de Lucas (Lucas 9:44–45) registra que los discípulos de Jesús no comprendieron sus palabras, pues su significado les estaba «oculto, de modo que no podían captarlo». Aunque los relatos de Mateo/Marcos y Lucas puedan parecernos contradictorios, sostenemos como premisa de nuestra fe que las palabras escritas de las Escrituras nunca se contradicen ni se oponen verdaderamente entre sí; pues «toda la Escritura es inspirada por Dios» (2 Timoteo 3:16) y, además, «nunca tuvo su origen en la voluntad humana, sino que los profetas —siendo humanos— hablaron de parte de Dios impulsados por el Espíritu Santo» (2 Pedro 1:21). A mi juicio, el segundo relato en Lucas —«Dejen que estas palabras penetren en sus oídos: El Hijo del Hombre está a punto de ser entregado en manos de los hombres. Pero ellos no entendieron este dicho; su significado les estaba oculto, de modo que no podían captarlo, y tenían miedo de preguntarle al respecto» (Lucas 9:44–45)— no debería compararse con los *primeros* relatos de Mateo y Marcos, sino más bien con los *segundos* relatos de Mateo y Marcos. Consideremos el segundo relato en el Evangelio de Mateo: «Cuando se reunieron en Galilea, Jesús dijo a sus discípulos: “El Hijo del Hombre está a punto de ser entregado en manos de los hombres; lo matarán, y al tercer día resucitará”. Y ellos se entristecieron profundamente» (Mateo 17:22-23). Ahora, consideremos el segundo relato en el Evangelio de Marcos: «Salieron de allí y pasaron por Galilea; y no quería que nadie lo supiera, pues enseñaba a sus discípulos y les decía: "El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará". Pero ellos no entendían esta palabra y tenían miedo de preguntarle» (Marcos 9:30-32). Al comparar estos tres pasajes, los Evangelios de Marcos y Lucas revelan que la reacción común de los discípulos —cuando Jesús hizo su segunda profecía (declaración) de que sería entregado en manos de los hombres y asesinado— fue que «no sabían» o «no entendían» sus palabras. Por lo tanto, con respecto a la afirmación en el Evangelio de Lucas de que el significado «les estaba encubierto» (Lucas 9:45), creo que Lucas lo registró de esta manera no porque Jesús ocultara intencionalmente la profecía a sus discípulos (pues ya les había comunicado su primera profecía en Lucas

9:22), sino más bien debido a la propia torpeza de los discípulos y a su naturaleza de ser «tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho» (Lucas 24:25). En otras palabras, interpreto la afirmación de que la profecía «les estaba encubierta» a los discípulos en aquel momento como un reflejo de su propia falta de entendimiento —derivada de su propia torpeza y lentitud de corazón para creer—, más que como una indicación de que Jesús les ocultara deliberadamente los detalles de su sufrimiento, muerte y resurrección. A partir de ese momento, Jesús habló abiertamente sobre su inminente muerte, identificando específicamente a «Jerusalén» como el lugar donde moriría; la razón de esto era precisamente que «Jerusalén» era el lugar mismo que Dios había ordenado para la muerte de Jesús (Mateo 16:21). Esta Jerusalén —el sitio designado para la muerte de Jesús— es (1) el monte Moriah, el lugar donde Dios instruyó a Abraham que ofreciera a Isaac como holocausto al poner a prueba su fe (Génesis 22:2, 3, 9; 2 Crónicas 3:1); (2) la era de Arauna, el lugar donde Dios —habiendo airado por el censo de David, el cual fue desagradable a Sus ojos, y habiendo enviado una plaga sobre la tierra— instruyó a David, por medio del profeta Gad, que le ofreciera un holocausto (2 Sam 24:16); y además, (3) el «monte Moriah en Jerusalén», el mismo sitio donde Salomón edificó el Templo del Señor (2 Crón 3:1). Jesús no solo declaró que Jerusalén sería el lugar de Su muerte, sino que también afirmó que Él «debía resucitar al tercer día» (Mat 16:21). Al hacerlo, profetizó que sería resucitado tres días después de Su muerte.

Las palabras proféticas concernientes a la resurrección de Jesús aparecen con frecuencia a lo largo del Antiguo Testamento. Por ejemplo, consideremos Oseas 6:2: «Después de dos días nos revivirá; al tercer día nos levantará, para que vivamos en su presencia». Aquí, la frase «al tercer día» apunta, en última instancia, a la resurrección de Jesucristo. Observemos Jonás 1:17 y 2:10: «Pero el SEÑOR había dispuesto un gran pez para que se tragara a Jonás. Y Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches... Entonces el SEÑOR habló al pez, y este vomitó a Jonás en tierra firme». En este pasaje, la afirmación de que el profeta Jonás permaneció en el vientre del gran pez durante «tres días y tres noches» —seguida por la orden de Dios al pez de vomitar a Jonás en tierra firme— sirve como una

prefiguración de la muerte de Jesús y su posterior resurrección tres días después. Consideremos el Salmo 16:10: «Porque no dejarás mi alma en el sepulcro, ni permitirás que tu Santo sufra corrupción». Este versículo profetiza la resurrección de Jesús; de hecho, en el Día de Pentecostés, el apóstol Pedro —lleno del Espíritu Santo— citó este mismo versículo del Salmo 16:10 mientras proclamaba la resurrección de Jesús. Hechos 2:27 dice: «Porque no dejarás mi alma en el sepulcro, ni permitirás que tu Santo sufra corrupción». El apóstol Pablo también citó este versículo del Salmo 16:10: «Como también se dice en otro Salmo: "No permitirás que tu Santo sufra corrupción"». «...tal como Él dijo» (Hechos 13:35). Esto hace referencia a las palabras que se encuentran en el Salmo 110:1: «El Señor dice a mi Señor: "Siéntate a mi derecha hasta que haga de tus enemigos un estrado para tus pies"». El apóstol Pedro citó este versículo del Salmo 110:1 durante su sermón en Hechos 2:34-35: «Porque David no ascendió al cielo, sino que él mismo dijo: "El Señor dijo a mi Señor: 'Siéntate a mi derecha hasta que haga de tus enemigos un estrado para tus pies'"». Este pasaje atestigua que Jesucristo no solo resucitó de entre los muertos, sino que también ascendió al cielo y está sentado a la derecha de Dios. El apóstol Pablo también dio testimonio de esto: «¿Quién es, entonces, el que condena? Nadie. Cristo Jesús, el que murió —más aún, el que resucitó— está a la derecha de Dios y también intercede por nosotros» (Romanos 8:34). Así pues, el Antiguo Testamento predijo de antemano la muerte y la resurrección de Jesucristo, y, de conformidad con esta profecía, Jesús murió y resucitó tres días después.

En el Nuevo Testamento también aparecen profecías que afirman que Jesús resucitaría de entre los muertos tres días después de su muerte. Estas palabras se encuentran en 1 Corintios 15:3-4: «Porque lo que recibí, se lo transmití a ustedes como de primera importancia: que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; que fue sepultado; que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras». El apóstol Pablo testificó que Jesús murió «conforme a las Escrituras» y que también resucitó al tercer día «conforme a las Escrituras». En este contexto, la expresión «conforme a las Escrituras» hace referencia al Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento profetizó que Jesucristo moriría en nuestro

lugar: «por nuestros pecados». Consideremos el Credo de los Apóstoles: «...padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, murió y fue sepultado; al tercer día resucitó de entre los muertos...». Mediante nuestra oración de fe, confesamos nuestra creencia de que Jesús murió conforme a las Escrituras y resucitó conforme a las Escrituras.

No debemos albergar dudas con respecto a la resurrección de Jesús; por el contrario, debemos aferrarnos a ella con absoluta certeza. Debemos estar plenamente convencidos de que Jesús murió conforme a las Escrituras y que, asimismo, resucitó al cabo de tres días en cumplimiento de las Escrituras. Jesús se ha convertido en las «primicias» para nosotros. Nosotros también resucitaremos, tal como lo hizo Jesús. Si ya hemos fallecido para el momento de la Segunda Venida de Jesús, el mismo Señor descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero (1 Tesalonicenses 4:16) [Nota: (1 Corintios 15:52) «Porque sonará la trompeta, los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados»]. Sin embargo, si aún estamos vivos cuando Jesús regrese, todos seremos transformados instantánea y repentinamente —en un abrir y cerrar de ojos—, recibiendo un cuerpo transformado para ser semejante al cuerpo glorioso de Jesús. Este es el mensaje de 1 Corintios 15:51: «He aquí, les digo un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos transformados —en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta—». Y aquí está el pasaje de Filipenses 3:21 (tomado de *The Bible for Modern People*): «Cuando Él venga, por el poder que le permite someter todas las cosas bajo su control, transformará nuestros cuerpos humildes para que sean semejantes a su cuerpo glorioso». Oro para que, aferrándose firmemente a esta fe en la resurrección, ustedes lleguen a ser proclamadores del Evangelio —compartiendo las buenas nuevas del Señor Jesucristo, específicamente que Él murió y resucitó conforme a las Escrituras— hasta el día en que el Señor nos llame a su hogar, o hasta el preciso momento de su segunda venida.

Profecía de su muerte y resurrección (3)

[Mateo 16:21–23]

El pasaje de Mateo 16:21–23 dice así: «Desde entonces comenzó Jesús a explicar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas a manos de los ancianos, de los jefes de los sacerdotes y de los maestros de la ley, y que debía ser ejecutado y resucitar al tercer día. Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderlo: "¡Nunca, Señor! —le dijo—. ¡Esto jamás te sucederá a ti!". Jesús se volvió y le dijo a Pedro: "¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres un tropiezo para mí; no tienes en mente los intereses de Dios, sino meramente los intereses humanos"». Aquí, la frase «desde entonces» se refiere al momento en que Simón Pedro, mediante una revelación de Dios Padre en el cielo, hizo su confesión de fe —declarando: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (v. 16)— y recibió grandes elogios de parte de Jesús. Al escuchar la confesión de fe de Pedro, Jesús dijo: «Sobre esta roca [esta confesión de fe de Pedro] edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no la podrán vencer. Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo» (vv. 18–19). Además, el lugar al que aquí se hace referencia como «Jerusalén» (v. 21) es la ubicación específica designada por Dios: (1) en la época de Abraham, fue el monte Moriah (Gén. 22:2, 3, 9; 2 Crón. 3:1); (2) en la época de David, fue la era de Arauna (2 Sam. 24:16); y (3) en la época de Salomón, fue el monte Moriah en Jerusalén, el mismo sitio donde se construyó el Templo del SEÑOR (2 Crón. 3:1). Nosotros también debemos ofrecer nuestra alabanza y adoración a Dios en el lugar que Él ha designado. Los «ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas» mencionados en Mateo 16:21 eran los individuos que constituían el Consejo del Sanedrín. En aquel entonces, el Sanedrín fungía como el órgano de gobierno supremo del pueblo judío, ejerciendo así una

autoridad inmensa —incluyendo incluso el poder de condenar a muerte a una persona. Jesús profetizó que, al subir a Jerusalén, sufriría grandemente a manos de estos hombres, sería ejecutado y, posteriormente, resucitaría al tercer día. Además, Mateo 16:21 afirma que Jesús «comenzó a mostrar a sus discípulos» estas cosas; la frase «comenzó a mostrar» significa que habló de estos asuntos «abiertamente» o «con franqueza» (Marcos 8:32). Antes de este momento —es decir, antes de la confesión de fe de Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»—, Jesús no había hablado abiertamente respecto a su muerte y resurrección, sino que más bien había abordado estos temas en privado (a menudo mediante parábolas). Mateo 9:14-15 dice: «Entonces los discípulos de Juan vinieron a él y le preguntaron: "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo, pero tus discípulos no ayunan?". Jesús respondió: "¿Acaso pueden guardar luto los invitados del novio mientras él todavía está con ellos? Llegará el tiempo en que el novio les será arrebatado; entonces ayunarán"». Al examinar la respuesta de Jesús (v. 15) a la pregunta planteada por los discípulos de Juan el Bautista (v. 14), se observa que, si bien no existe una profecía explícita que declare que Jesús moriría públicamente, la frase «llegará el tiempo en que el novio les será arrebatado» significa que Jesús, en efecto, moriría. Juan 2:18–22 declara: «Entonces los judíos le respondieron: "¿Qué señal puedes mostrarnos para probar tu autoridad para hacer todo esto?". Jesús les contestó: "Destruyan este templo, y lo levantaré de nuevo en tres días". Los judíos replicaron: "Se han tardado cuarenta y seis años en construir este templo, y, después de todo, ¿tú lo levantarás en tres días?". Pero el templo del que Él había hablado era su cuerpo. Después de que Él resucitó de entre los muertos, sus discípulos recordaron lo que Él había dicho. Entonces creyeron en la Escritura y en las palabras que Jesús había pronunciado». Cuando se acercaba la Pascua, Jesús subió a Jerusalén; allí, al ver a quienes vendían ganado, ovejas y palomas, así como a los cambistas sentados dentro del templo, Él hizo un látigo de cuerdas, expulsó del templo a todas las ovejas y al ganado, derramó las monedas de los cambistas, volcó sus mesas y, de este modo, purificó el templo (vv. 13–16). En aquel momento, los judíos le preguntaron a Jesús: «¿Qué señal puedes mostrarnos para probar tu autoridad para hacer todo esto?» (v. 18). Jesús respondió: «Destruyan este templo, y lo levantaré de nuevo en tres días». Aquí, la palabra «templo» se refería al propio cuerpo de

Jesús (v. 21); el mandato «destruyan este templo» profetizaba la muerte de Jesús, mientras que la promesa «lo levantaré de nuevo en tres días» predecía su resurrección. Sin embargo, ni siquiera los discípulos de Jesús comprendieron el significado de estas palabras en aquel momento; fue solo después de que Jesús hubo muerto y resucitado que recordaron sus palabras y llegaron a creer tanto en las Escrituras como en lo que Jesús había dicho (v. 22). Así pues, antes de la confesión de fe de Pedro, Jesús no habló abiertamente de su muerte y resurrección, sino que habló únicamente en parábolas (en privado); sin embargo, tras la confesión de Pedro, comenzó a hablar de estos asuntos públicamente (abiertamente). Fue en ese momento cuando «Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderlo: "¡Nunca, Señor!", le dijo. "¡Esto jamás te sucederá a ti!"» (Mateo 16:22). Si bien los discípulos no habían logrado comprender las profecías relativas a la muerte y resurrección de Jesús cuando Él hablaba únicamente en parábolas, captaron claramente el significado de sus palabras una vez que comenzó a hablar de ellas abiertamente. Por eso Pedro tomó a Jesús aparte y lo reprendió, diciendo: «¡Señor, eso no puede ser! ¡Tal cosa nunca debe sucederte!» (v. 22, *The Contemporary Bible*). En ese momento, Jesús se volvió, miró a Pedro y lo reprendió: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres un tropiezo para mí; no tienes en mente las cosas de Dios, sino meras preocupaciones humanas» (versículo 23). ¡Qué tentación tan astuta fue esta: una tentación proveniente de Satanás! Esta tentación no estaba dirigida únicamente al apóstol Pedro; los otros discípulos también habían caído presa de ella. Podemos discernir esto al observar Marcos 8:33: «Jesús se volvió y miró a sus discípulos; luego reprendió a Pedro y le dijo: "¡Ponte detrás de mí, Satanás! No tienes en mente las cosas de Dios, sino meras preocupaciones humanas"». Este versículo en Marcos 8:33 afirma: «Jesús se volvió y miró a sus discípulos...» (mientras que Mateo 16:23 afirma: «Jesús se volvió y le dijo a Pedro...»). Dado que los otros discípulos compartían la misma mentalidad que Pedro, Jesús miró no solo a Pedro, sino también a los demás discípulos, y luego reprendió a Pedro como su representante.

¿Qué hay de nosotros hoy en día? ¿Acaso no estamos también nosotros, con frecuencia, sujetos a tales tentaciones por parte de Satanás, tal como lo estuvieron los discípulos de

Jesús? ¿No caemos a menudo en las tentaciones de Satanás —al igual que ellos— y «no ponemos la mente en las cosas de Dios, sino en las de los hombres»? (Mateo 16:23; Marcos 8:33). El apóstol Pedro y los demás discípulos advirtieron a Jesús que, si bien Él debía pensar en las cosas de los hombres, su muerte jamás debía ocurrir (Mateo 16:22, *Modern English Version*). Este es, precisamente, el propósito de la tentación de Satanás. Dado que Satanás creía que la muerte de Cristo por nuestros pecados —conforme a las Escrituras (1 Corintios 15:3)— nunca debía suceder, tentó a Jesús en tres ocasiones, incluso mientras Él pendía de la cruz: (1) La primera tentación: (Lucas 23:35) «El pueblo estaba allí observando, y los gobernantes se burlaban, diciendo: "¡A otros salvó; si Él es el Cristo, el elegido de Dios, que se salve a sí mismo!"». (2) La segunda tentación: (Versículos 36-37) «Los soldados se acercaron para burlarse de Él y le ofrecieron vino agrio, diciendo: "¡Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo!"». (3) La tercera tentación: (Versículo 39) «Uno de los criminales que pendían allí se burlaba de Él, diciendo: "¿Acaso no eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!"». El núcleo de estas tres tentaciones de Satanás reside en que Jesús debía salvarse a sí mismo de la cruz y vivir, en lugar de morir. En otras palabras, puesto que Satanás nunca quiso que Jesús cargara con nuestros pecados en nuestro favor ni que muriera una muerte expiatoria en la cruz, utilizó a los «gobernantes» (versículo 35), a los «soldados» (versículo 36) y a «uno de los criminales que pendían allí» (versículo 39) para tentar a Jesús en tres ocasiones a que se «salvara a sí mismo». Las astutas tentaciones de Satanás provocan que nos centremos únicamente en la muerte de Jesús e impiden que nos enfoquemos en su resurrección. En otras palabras, Satanás nos tienta omitiendo de la profecía de Jesús (Mateo 16:21) la parte referente a Su resurrección al tercer día —aquella en la que Él dijo que «debía padecer muchas cosas, ser muerto y resucitar al tercer día»—, mientras enfatiza únicamente los muchos sufrimientos y la muerte que Jesús habría de soportar. En particular, Satanás se nos acerca y nos tienta cuando mueren nuestros seres queridos, provocando que nos aflijamos como incrédulos sin esperanza (1 Tesalonicenses 5:13). Para evitar caer en esta tentación de Satanás y ganar la batalla espiritual, debemos mantenernos firmes en el evangelio de Jesucristo. Debemos cimentar firmemente nuestra fe en la palabra de verdad: que Cristo murió por nuestros pecados y fue sepultado conforme

a las Escrituras, y que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras (1 Corintios 15:3-4). Esto se debe a que este evangelio es el poder de Dios que trae salvación a todo aquel que cree (Romanos 1:16). Jesús cumplió esa profecía al morir tal como lo había profetizado y al resucitar al tercer día. Por lo tanto, aunque suframos terriblemente, debemos aferrarnos a la certeza y a la esperanza de la resurrección, rechazando y venciendo las tentaciones de Satanás. Esto es lo que leemos en 1 Corintios 15:42-44: «Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, se resucita en incorrupción; se siembra en deshonra, se resucita en gloria; se siembra en debilidad, se resucita en poder; se siembra un cuerpo físico, se resucita un cuerpo espiritual. Si hay un cuerpo físico, hay también un cuerpo espiritual». Así como Jesús resucitó con un cuerpo glorioso, nosotros también resucitaremos con un cuerpo glorioso. Al creer esto firmemente, debemos luchar contra las tentaciones de Satanás y triunfar. Además, debemos esforzarnos por predicar este evangelio de Jesucristo.

La oración en Getsemaní (1)

[Lucas 22:39–46]

Lucas 22:39–46 registra el contenido de la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní; un relato que aparece en los cuatro Evangelios (Mateo, Marcos, Lucas y Juan). Anteriormente hemos meditado sobre las palabras que Jesús profetizó a sus discípulos —en tres ocasiones distintas, tal como se registra en Mateo 16:21–23—, afirmando que Él "debía ir a Jerusalén y padecer muchas cosas de parte de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día" (v. 21). El pasaje que hoy tenemos ante nosotros —Lucas 22:39–46, que narra la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní— describe los acontecimientos que se desarrollaron mientras Él ascendía a Jerusalén para cumplir precisamente esas profecías; habiendo soportado el sufrimiento y ofrecido su oración en el huerto, fue crucificado al día siguiente.

Lucas 22:39 declara: "Jesús salió y se dirigió al Monte de los Olivos, como solía hacerlo...". Mateo 26:36 ofrece un relato paralelo: "Entonces Jesús fue con ellos a un lugar llamado Getsemaní...". Aquí, la conjunción "entonces" sirve como nexo conector con la narrativa precedente; esa narrativa precedente —que se encuentra en el capítulo 17 de Juan— contiene el contenido de la oración que Jesús ofreció a Dios en su calidad de Gran Sumo Sacerdote. En otras palabras: habiendo ofrecido primero su oración a Dios como el Gran Sumo Sacerdote (Juan 17), Jesús salió entonces (Lucas 22:39). Según Mateo 26:36, Jesús salió "con sus discípulos" y se dirigió al Huerto de Getsemaní; aquí, el término "discípulos" se refiere a los once discípulos, excluyendo a Judas Iscariote, quien había salido para traicionar a Jesús. Lucas 22:39 afirma que Jesús fue al Monte de los Olivos "según su

costumbre"; esto implica que, cada vez que Jesús visitaba Jerusalén, frecuentaba ese lugar específico con tanta asiduidad que se había convertido en un hábito para Él. Así pues, aunque era de noche, Jesús pudo encontrar el camino hacia el Huerto de Getsemaní junto con sus discípulos. Juan 18:2 señala: «Y Judas, el que lo traicionaba, conocía también aquel lugar, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos». En consecuencia, Judas Iscariote se dirigió hacia allí —acompañado por un destacamento de soldados y oficiales enviados por los sumos sacerdotes y los fariseos— portando linternas, antorchas y armas (v. 3). Nosotros también deberíamos imitar el hábito de oración de Jesús, asegurándonos de que la oración se convierta en un hábito también en nuestras propias vidas. Si bien Lucas 22:39 y Marcos 14:26 afirman que Jesús «fue al Monte de los Olivos», Mateo 26:36 y Marcos 14:32 identifican específicamente la ubicación como «Getsemaní». Estos relatos se registran de este modo debido a que el Huerto de Getsemaní se encuentra situado dentro del Monte de los Olivos.

A continuación, se presenta la primera parte de Mateo 26:36-37: «Entonces Jesús fue con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos: "Siéntense aquí mientras yo voy y oro allá". Y llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo…». Siguiendo su costumbre, Jesús llegó a «un lugar llamado Getsemaní», situado en el Monte de los Olivos (Lucas 22:39). En la entrada, instruyó a ocho de sus discípulos: «Siéntense aquí mientras yo voy allá y oro». Luego, llevando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo —Santiago y Juan (Mateo 26:37; Marcos 14:33)—, se adentró más en el Huerto de Getsemaní (Mateo 26:36-37) y pronunció estas palabras: «Mi alma está abrumada de tristeza hasta el punto de la muerte. Quédense aquí y velen conmigo» (v. 38). Dejando atrás a esos tres discípulos, Jesús se apartó a la distancia de un tiro de piedra, se arrodilló y oró (Lucas 22:41). Dada esta distancia —«a tiro de piedra»—, parece plausible que Pedro, Juan y Santiago hayan podido escuchar la oración de Jesús. Mientras que el Evangelio de Lucas afirma que Él «se arrodilló y oró» (v. 41), Mateo 26:39 lo describe como alguien que «cayó con el rostro en tierra y oró». Al examinar el contenido de la oración de Jesús, vemos que imploró fervientemente a Dios Padre: «Abba, Padre… todo es posible para ti. Aparta de mí esta copa. Sin embargo, no sea lo que yo quiero,

sino lo que tú quieres» (Marcos 14:36). Aunque el pasaje de hoy, Lucas 22:42, registra que Él dijo simplemente «Padre», Marcos 14:36 registra el trato más íntimo: «Abba, Padre». Así, mientras Jesús ofrecía esta primera oración en el Huerto de Getsemaní, un ángel del cielo se le apareció y lo fortaleció (Lucas 22:43). Entonces Jesús, luchando y forcejeando, oró con aún mayor fervor, y su sudor se volvió como gotas de sangre que caían al suelo (versículo 44).

El pasaje proviene de Lucas 22:45–46: «Cuando se levantó de la oración y regresó a sus discípulos, los encontró dormidos, agotados por la pena. "¿Por qué duermen?", les preguntó. "Levántense y oren para que no caigan en tentación"». Después de que Jesús hubo ofrecido su primera y ferviente oración, se dirigió a sus discípulos —Pedro, Santiago y Juan—, solo para descubrir que los tres se habían quedado dormidos. Al ver esto, Jesús les dijo: «Levántense y oren para que no caigan en tentación» (vv. 45–46). (El Evangelio de Lucas registra solo hasta este punto; es decir, Lucas consigna únicamente la primera de las tres oraciones de Jesús en el Huerto de Getsemaní). Jesús ya les había dicho a los once discípulos: «Todos ustedes tropezarán, pues está escrito: "Heriré al pastor, y las ovejas se dispersarán". Pero después de que haya resucitado, iré delante de ustedes a Galilea». En aquel momento, Pedro declaró: «Aunque todos tropiecen, yo no» (Marcos 14:27–29). Jesús entonces respondió: «En verdad te digo que hoy —esta misma noche—, antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces». Pedro insistió enfáticamente: «Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré»; y todos los demás discípulos dijeron lo mismo (vv. 30–31). Sin embargo, Pedro, Juan y Santiago fueron incapaces de permanecer despiertos junto a Jesús ni siquiera una hora (Mateo 26:40). Por consiguiente, Jesús les dijo: «Velen y oren para que no caigan en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil» (v. 41). (Mateo registra la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní con el mayor detalle; el pasaje que llega hasta el versículo 41 constituye aquí el registro de la primera oración de Jesús). Jesús elevó Su oración a Dios Padre, diciendo: «Yendo por segunda vez, oró diciendo: "Padre mío, si no es posible que esta copa pase de Mí a menos que la beba, hágase Tu voluntad"» (Mateo 26:42). (Marcos 14:39 lo expresa de esta manera: «Yendo de nuevo, oró diciendo las mismas

palabras»). Estas palabras representan el contenido de la segunda oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní, tal como la registró Mateo. Después de que Jesús hubo elevado esta segunda oración, regresó junto a Pedro, Jacobo y Juan; al mirarlos, descubrió que estaban durmiendo, pues sus ojos estaban pesados de sueño (v. 43). En ese momento, Pedro, Jacobo y Juan no supieron qué responder a Jesús (Marcos 26:40). Mateo 26:44–46 dice lo siguiente: «Así que los dejó y se apartó una vez más, y oró por tercera vez, diciendo lo mismo. Luego regresó a los discípulos y les dijo: "¿Siguen durmiendo y descansando? Miren, la hora está cerca, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. ¡Levántense! ¡Vámonos! ¡Miren, Mi traidor está cerca!"» [(Marcos 14:41–42) «Regresando por tercera vez, les dijo: "¿Siguen durmiendo y descansando? ¡Basta ya! La hora ha llegado. Miren, el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. ¡Levántense! ¡Vámonos! ¡Miren, Mi traidor está cerca!"»]. Estas palabras fueron pronunciadas por Jesús a Sus discípulos después de haber elevado Su tercera oración en el Huerto de Getsemaní y de haber regresado junto a ellos. Mientras Él hablaba, llegó Judas Iscariote —uno de los Doce—, acompañado por una gran multitud enviada por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo, armados con espadas y garrotes (Mateo 26:47; cf. Marcos 14:43). Después de ofrecer la «Oración Sacerdotal» registrada en el capítulo 17 de Juan, Jesús se dirigió al Huerto de Getsemaní con sus once discípulos. Dado que este era un lugar donde Jesús y sus discípulos se reunían con frecuencia, Judas —quien estaba a punto de traicionarlo— también conocía bien su ubicación (Juan 18:1–2). Aunque Jesús sabía que Judas Iscariote se acercaba con una gran multitud enviada por los sumos sacerdotes y los ancianos para traicionarlo, no obstante, fue al Huerto de Getsemaní para orar, siguiendo su costumbre habitual. Esto hace eco de las palabras que se encuentran en Daniel 6:10: «Cuando Daniel se enteró de que el decreto había sido publicado, fue a su casa, subió a su habitación, cuyas ventanas daban hacia Jerusalén. Tres veces al día se ponía de rodillas y oraba, dando gracias a su Dios, tal como lo había hecho antes». Sabiendo todo lo que estaba a punto de sobrevenirle, Jesús dio un paso al frente y preguntó a la gran multitud: «¿A quién buscan?». Ellos respondieron: «A Jesús de Nazaret», y Jesús dijo: «Yo soy». En ese momento, Judas —aquel que estaba a punto de traicionar a Jesús— también se encontraba allí de pie con ellos (Juan 18:4–5). Cuando

Jesús les dijo: «Yo soy», ellos retrocedieron y cayeron al suelo (v. 6). Jesús había recibido una respuesta a su oración, y su autoridad se hizo manifiesta. Incluso en medio de esta conmoción, Jesús dijo a la gran multitud: «Si me buscan a mí, dejen ir a estos hombres» (v. 8). Aun mientras era detenido, Jesús se aseguró de que sus discípulos pudieran escapar. La razón de esto era cumplir las palabras que había pronunciado: «No he perdido a ninguno de los que el Padre me dio» (v. 9). En ese momento, el apóstol Pedro desenvainó su espada, hirió a Malco —el siervo del sumo sacerdote— y le cortó la oreja derecha (v. 10). Entonces Jesús le dijo a Pedro: «Vuelve a envainar tu espada. ¿Acaso no he de beber la copa que el Padre me ha dado?» (v. 11). Jesús debía ser detenido para poder beber esa copa. Debemos permanecer firmes en nuestra convicción respecto a la oración que Jesús ofreció en el Huerto de Getsemaní.

La oración en Getsemaní (2)

[Lucas 22:39–46]

El pasaje proviene de Mateo 26:36–38: «Entonces Jesús fue con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo: “Siéntense aquí mientras yo voy allá y oro”. Llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dijo: “Mi alma está abrumada de tristeza hasta el punto de la muerte. Quédense aquí y velen conmigo”». Aquí, la conjunción «entonces» (v. 36) sirve como un nexo que conecta este pasaje con lo que le precede; indica que Jesús salió (Lucas 22:39) *después* de haber ofrecido Su oración a Dios en Su calidad de Sumo Sacerdote (Juan 17). Esta conjunción «entonces» (Mateo 26:36) actúa como un puente que conecta los versículos precedentes —Mateo 26:31–35— con los versículos que siguen. Al observar el pasaje anterior, encontramos que Jesús dijo: «En aquel momento Jesús dijo a sus discípulos: “Esta misma noche todos ustedes tropezarán a causa de mí, pues está escrito: ‘Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño se dispersarán’”» (v. 31). Aquí, la afirmación «escrito está: "Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño se dispersarán"» constituye la cita que hace Jesús de la profecía que se encuentra en Zacarías 13:7: «"¡Despierta, espada, contra mi pastor, contra el hombre que es mi compañero!", declara el SEÑOR Todopoderoso. "Hiere al pastor, y las ovejas se dispersarán; y volveré mi mano contra los pequeños"». En este contexto, el significado detrás de la declaración de Jesús —«Escrito está: "Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño se dispersarán"»— es que Él estaba profetizando que Dios Padre («Yo») heriría a su Hijo, Jesús —el buen «pastor» (Juan 10:11, 14)— y que, en consecuencia, las «ovejas del rebaño» —los discípulos de Jesús (los once discípulos, excluyendo a Judas Iscariote)— se dispersarían. Al escuchar esta palabra profética de Jesús, Pedro declaró: «Aunque todos los

demás te abandonen, yo nunca te abandonaré» (Mateo 26:33). Entonces Jesús le dijo a Pedro: «En verdad te digo: esta misma noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces» (v. 34). Ante esto, Pedro afirmó con valentía: «Aunque tenga que morir contigo, nunca te negaré» (v. 35). Y todos los demás discípulos dijeron lo mismo (v. 35).

Después de esto, Jesús —acompañado por los once discípulos (excluyendo a Judas Iscariote, quien había salido para traicionarlo)— fue, como era su costumbre, al Huerto de Getsemaní, situado en el Monte de los Olivos (Lucas 22:39) [cf. Mateo 26:36: «Entonces Jesús fue con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní»]. Luego, Jesús dejó a ocho de sus discípulos en la entrada del Huerto de Getsemaní, diciéndoles: «Siéntense aquí mientras yo voy allá y oro» (Mateo 26:36). Llevando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo —Jacobo y Juan (v. 37)—, se adentró más en el huerto (Marcos 14:33; Mateo 26:36–37). A medida que avanzaba, Jesús comenzó a angustiarse y a turbarse profundamente (v. 37), y dijo a Pedro, a Jacobo y a Juan: «Mi alma está abrumada de tristeza hasta el punto de la muerte. Quédense aquí y velen conmigo» (v. 38). Luego, dejando atrás a esos tres discípulos, Jesús avanzó una corta distancia más —aproximadamente un tiro de piedra (unos 10 metros)—, se arrodilló y oró (Lucas 22:41). En este punto, cuando Jesús dijo a Pedro, a Jacobo y a Juan que «velaran con Él» (v. 38), su intención era que estos tres discípulos se unieran a Él para «velar y orar, a fin de no caer en tentación» (v. 41). Aquí, Jesús no pidió a los tres discípulos que se mantuvieran despiertos y oraran por su propio bien —a pesar de que Él estaba angustiado y entristecido (v. 37), y su alma estaba abrumada de tristeza hasta el punto de la muerte (v. 38)—, pues Jesús no vino a este mundo para ser servido ni ayudado, sino más bien para servir y ayudar a otros (20:28). En cambio, Jesús instruyó a los discípulos para que se mantuvieran despiertos y oraran *por su propio bien* —específicamente, para que no cayeran en tentación (v. 41). Lo hizo porque, tal como había citado al profeta Zacarías —diciendo: «Escrito está: "Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño se dispersarán"» (v. 31)—, Él sabía que cuando Dios Padre lo hiriera a Él, el Pastor, todos sus discípulos lo abandonarían y se dispersarían (v. 31); además, sabía que, en el caso de Pedro, el discípulo lo negaría, exactamente como Jesús había predicho: «Esta misma noche, antes de que

cante el gallo, me negarás tres veces» (v. 34). Sin embargo, aunque el espíritu de los discípulos estaba dispuesto, su carne era débil (v. 41); En consecuencia, no pudieron permanecer despiertos y orar con Jesús; en su lugar, se durmieron a causa de su tristeza (Lucas 22:45; Marcos 14:40).

Jesús triunfó en su oración en Getsemaní; enfrentando su muerte en la cruz al día siguiente, oró con tal intensidad y fervor (Lucas 22:44) que agotó por completo la «copa del sufrimiento» (v. 42, *The Contemporary Bible*) por amor a nosotros, en conformidad con la voluntad de Dios Padre [New Hymnal 154, «Lord of Life, the Crown», v. 4]. En contraste, los discípulos de Jesús —a pesar de haber escuchado su mandato: «Quédense aquí y velen conmigo» (Mateo 26:38)— es decir, a «velar y orar» con Él para no caer en la tentación (v. 41)— fueron incapaces de hacerlo. Aunque su espíritu estaba dispuesto, su carne era débil (v. 41); en consecuencia, no lograron permanecer despiertos ni orar con Jesús, sino que, por el contrario, se quedaron dormidos (Lucas 22:45; Marcos 14:40), sucumbiendo finalmente a la tentación y cometiendo pecado. Nosotros no somos diferentes de los discípulos de Jesús. También nosotros pecamos contra Dios porque no logramos permanecer despiertos ni orar con Jesús para evitar caer en la tentación. Si bien nuestro espíritu desea permanecer despierto y orar con Jesús —evitando así el pecado— nuestra carne es débil; por ello, fallamos en velar y orar con Él y, al hacerlo, cometemos pecados contra Dios que no teníamos la intención de cometer. ¿Qué debemos hacer, entonces?

En primer lugar, debemos aferrarnos por la fe a las palabras que se encuentran en Romanos 8:26–27 y 34: «El Espíritu Santo también nos ayuda en nuestra debilidad. Cuando no sabemos cómo orar, el Espíritu intercede por nosotros con gemidos que las palabras no pueden expresar. Y Dios, que escudriña nuestros corazones, conoce la mente del Espíritu, porque el Espíritu intercede por el pueblo de Dios en conformidad con la voluntad de Dios. … Cristo Jesús, quien murió y resucitó, está a la diestra de Dios y siempre está intercediendo por nosotros» (*The Contemporary Bible*). En segundo lugar, siguiendo la guía del Espíritu Santo —quien nos ayuda en «nuestra debilidad» (Rom 8:26) y nos «fortalece» (Lucas 22:43)

para que no caigamos en la tentación (Mateo 26:41)—, debemos «velar y orar» (Mateo 26:41) «juntos» (Mateo 26:38; Rom 8:34) con Jesús, el Hijo de Dios.

En tercer lugar, debemos escuchar continuamente la «semilla de Dios» (1 Juan 3:9) que habita en nuestro interior —a saber, el «Evangelio» de Dios (1 Pedro 1:23–25), que es la «semilla imperecedera» y la «Palabra de Dios viva y permanente»—; y debemos vencer mediante la fe en Jesucristo, siendo el Evangelio de Jesucristo el poder de Dios que trae salvación a todos los que creen (Rom 1:16).

Mediante la fe, debemos vencer la tentación de abandonar al Señor, la tentación de negar al Señor y la tentación de apartarnos del Señor. Aun si nos hallamos en circunstancias que impliquen tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada (muerte), en todas estas cosas seremos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó (Rom 8:35, 37). Que todos nosotros, imitando la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní, triunfemos sobre la tentación.

La oración en Getsemaní (3)

[Lucas 22:39–46]

Al reflexionar sobre los acontecimientos que tuvieron lugar tanto antes como después de la oración de Jesús en Getsemaní, ruego que ustedes adquieran la firme convicción y la certeza de que Jesús amó a los suyos hasta el final. El pasaje proviene de Juan 13:1: «Era justo antes de la fiesta de la Pascua. Jesús sabía que había llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre. Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el final». Este versículo significa que Jesús —sabiendo que había llegado el momento de partir del cielo (de donde Él provenía) y regresar a él— amó a los suyos que se encontraban en este mundo, y los amó hasta el final.

Los acontecimientos que precedieron a la oración de Jesús en Getsemaní (específicamente, los sucesos ocurridos durante el banquete de la Última Cena, que tuvo lugar justo antes de la Pascua) son los siguientes:

(1) Jesús lavó los pies de los discípulos.

Juan 13:8 declara: «Pedro le dijo: "¡Jamás me lavarás los pies!". Jesús le respondió: "Si no te lavo, no tienes parte conmigo"». Jesús lavó los pies de los discípulos —la parte más sucia de sus cuerpos— precisamente para establecer y mantener una relación con ellos («Si no te lavo, no tienes parte conmigo»). Dado que el santo Jesús no podía entablar una relación con los discípulos si persistía alguna impureza (pues tal impureza podría romper incluso un vínculo ya establecido), Él lavó sus pies. La mayor impureza es el pecado; y, puesto que

Jesús es el único capaz de limpiar ese pecado por completo, demostró su amor por los discípulos al lavar sus pies sucios.

(2) Jesús instituyó y presidió el Sacramento de la Cena del Señor. Lucas 22:19–20 dice: «Y tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio a ellos, diciendo: "Este es mi cuerpo, entregado por ustedes; hagan esto en memoria de mí". De la misma manera, después de la cena, tomó la copa, diciendo: "Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por ustedes"». Aquí, el «pan» simboliza el cuerpo de Jesús, y la «copa» simboliza la sangre de Jesús. Con respecto a esta «sangre» de Jesús, Mateo 26:28 afirma: «Esta es mi sangre del pacto, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados». Jesús amó a sus discípulos hasta el final mismo, incluso hasta el punto de entregar su propio cuerpo y su sangre; es decir, su propia vida.

(3) Jesús enseñó diversas lecciones.

(a) Enseñó la lección de amarse unos a otros. Juan 13:34 dice: «Un mandamiento nuevo les doy: Ámense unos a otros. Así como yo los he amado, también ustedes deben amarse unos a otros».

(b) Enseñó que Jesús mismo es el único camino hacia el Padre. Juan 14:6 dice: «Jesús respondió: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí"».

(c) Enseñó mediante la parábola de la vid. Juan 15:1 y 5 dicen: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador... Yo soy la vid; ustedes son las ramas. Si permanecen en mí y yo en ustedes, darán mucho fruto; separados de mí no pueden hacer nada».

(d) Enseñó acerca de la presencia y el ministerio del Espíritu Santo. Las palabras de Juan 16:7–8, 13–14 son las siguientes: «Sin embargo, les digo la verdad: Les conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a ustedes. Pero si me voy, se lo enviaré.

Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio... Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él los guiará a toda la verdad. Porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga, y les hará saber las cosas que han de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y se lo hará saber a ustedes».

(e) Jesús intercedió por su propio pueblo. Jesús intercedió por individuos. Las palabras de Lucas 22:31–32 son las siguientes: «Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido tenerlos para zarandearlos como a trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no falle. Y tú, una vez vuelto, fortalece a tus hermanos». Jesús oró por Simón Pedro, pidiendo que su fe no fallara. Jesús intercedió por todos los elegidos. Después de comenzar su oración «alzando los ojos al cielo y diciendo: "Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique a ti"» (Juan 17:1), Jesús concluyó su oración diciendo: «Les he dado a conocer tu nombre, y lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos» (v. 26).

Este es un acontecimiento que tuvo lugar mientras Jesús se dirigía al Huerto de Getsemaní para orar (un relato registrado en los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan). El suceso en cuestión involucra a Jesús dirigiéndose a sus discípulos —con la excepción de Judas Iscariote— y declarando: «Todos ustedes me abandonarán». Al hacerlo, citó las palabras proféticas del profeta Zacarías (quien vivió aproximadamente 500 años antes de la llegada de Jesús), específicamente Zacarías 13:7: «Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas». En esencia, esta profecía de Jesús transmite que si Dios Padre —referido aquí como «Yo»— no perdona a «su propio Hijo», Jesucristo (quien es el «Pastor» mencionado en Zac. 13:7), sino que, por el contrario, lo entrega a la cruz por el bien de todos nosotros (Rom. 8:32), entonces los discípulos —quienes son las «ovejas» (Zac. 13:7)— serán todos dispersados. Tras hacer esta declaración, Jesús les dijo además a sus discípulos que, tres días después de su muerte en la cruz, resucitaría y «irá delante de ustedes a Galilea» (Marcos 14:28). En ese momento, Pedro declaró: «Aunque todos los demás te abandonen, yo nunca lo haré» (v. 29). Jesús entonces le respondió: «En verdad te digo que esta misma noche —antes de que

el gallo cante dos veces— me negarás tres veces» (v. 30). Al oír esto, Pedro insistió con firmeza: «Aunque tenga que morir contigo, nunca te negaré», y todos los demás discípulos se hicieron eco de sus sentimientos (v. 31). Si bien las Escrituras habían predicho que, si Dios Padre hería a Jesús —el Pastor—, las ovejas serían inevitablemente dispersadas, los discípulos de Jesús, confiados, afirmaron que nunca negarían (o abandonarían) al Señor, incluso si ello implicaba morir junto a Él. Esto es lo que ocurrió después de que Jesús fuera arrestado tras su oración en el Huerto de Getsemaní. El pasaje se encuentra en Juan 18:8–9: «Jesús respondió: "Les he dicho que yo soy. Si me buscan a mí, dejen ir a estos hombres". Esto sucedió para que se cumplieran las palabras que Él había dicho: "No he perdido a ninguno de los que me diste"». Incluso mientras era llevado detenido, Jesús —decidido a no perder a ni una sola de las personas que Dios Padre le había confiado— dijo a sus captores: «Dejen ir a estos hombres». Al hacerlo, Jesús se aseguró de que todos sus discípulos pudieran escapar. Tras huir, Pedro regresó finalmente y siguió a distancia mientras llevaban a Jesús a la casa del sumo sacerdote Caifás (Lucas 22:54; Juan 18:13). Más tarde, mientras Jesús era interrogado ante el sumo sacerdote Caifás, Pedro —que se encontraba en el patio de la casa de Caifás (Juan 18:15)— negó a Jesús tres veces. Justo cuando Pedro pronunciaba su tercera negación de Jesús, un gallo cantó de inmediato (Lucas 22:55–60). En ese momento, aun mientras era sometido a interrogatorio, Jesús se volvió y miró directamente a Pedro; recordando las palabras del Señor —que «antes de que cante el gallo hoy, me negarás tres veces»—, Pedro salió fuera y lloró amargamente en arrepentimiento (versículos 61–62).

Esto es lo que ocurrió mientras Jesús cargaba su cruz camino al Gólgota. Por favor, miren Lucas 23:27–28: «Una gran multitud de personas lo seguía, incluidas mujeres que se lamentaban y lloraban por Él. Jesús se volvió hacia ellas y dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloren por mí; lloren por ustedes mismas y por sus hijos"». Jesús dijo a la gran multitud de mujeres que lloraban: «No lloren por mí; lloren por ustedes mismas y por sus hijos». La razón de esto era que un tiempo de tribulación estaba aún por venir.

Esto tuvo lugar mientras Jesús estaba siendo crucificado. Lucas 23:34 declara: «Jesús dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”...». Desde la cruz, Jesús oró: «Padre, perdónalos». Lucas 23:42–43 dice: «Entonces él dijo: "Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino". Jesús le respondió: "En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso"». Cuando uno de los dos criminales crucificados junto a Él preguntó: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino», Jesús respondió: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso». De este modo, Jesús amó a los suyos —amándolos hasta el final mismo, incluso mientras soportaba el sufrimiento en la cruz.

Nuestro Señor nos ama hasta el final. Nuestro Señor nos ama eternamente. Mantengámonos todos firmes en la certeza del amor de nuestro Señor: un amor que nos abraza hasta el final y por toda la eternidad.

La oración en Getsemaní (4)

[Lucas 22:39–46]

¿Dónde oró Jesús cuando se encontraba en el Huerto de Getsemaní? (El lugar de la oración). Jesús dejó a ocho de sus discípulos a la entrada del Huerto de Getsemaní, diciéndoles: «Sentaos aquí mientras yo voy allá y oro» (Mateo 26:36). Luego tomó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo —Jacobo y Juan (v. 37)— (Marcos 14:33), se adentró más en el huerto (Mateo 26:36–37), se apartó de ellos a la distancia de un tiro de piedra (Lucas 22:41) y elevó su oración. Dado que Jesús se sentía angustiado y apesadumbrado —de hecho, tan profundamente angustiado que sentía que estaba «triste hasta la muerte» (Mateo 26:37–38)—, ¿no habría sido mejor para Él orar junto a, al menos, esos tres discípulos: Pedro, Jacobo y Juan? Consideremos las palabras de Eclesiastés 4:12: «Aunque uno sea vencido, dos pueden defenderse. Un cordel de tres hebras no se rompe pronto» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Un ataque que una sola persona no puede resistir puede ser bloqueado eficazmente por dos personas; pues un cordel de tres hebras no se rompe fácilmente»]. Sin embargo, Jesús no oró con ellos; en su lugar, se retiró a solas —alejándose a la distancia de un tiro de piedra de donde ellos se encontraban— y elevó su oración a Dios Padre en soledad. ¿Por qué estableció Jesús tal distancia entre Él y sus discípulos para orar a Dios a solas? Según el Dr. Park Yun-sun, el hecho de que Jesús estableciera esta distancia respecto a sus discípulos guarda semejanza con la estructura institucional del Templo. En otras palabras, el Templo constaba del Atrio de los Israelitas, el Atrio de los Sacerdotes y el Lugar Santísimo: un santuario al que solo se le permitía entrar al Sumo Sacerdote, y únicamente una vez al año. Jesús, de manera paralela, dejó a ocho de sus discípulos a la entrada del Huerto de Getsemaní (lo cual corresponde al Atrio de los Israelitas); Luego tomó a tres discípulos —

Pedro, Santiago y Juan— y los llevó más adentro en el huerto, dejándolos allí (lo cual corresponde al Atrio de los Sacerdotes); y, finalmente, se retiró a la distancia de un tiro de piedra más allá de ese punto (lo cual corresponde al Lugar Santísimo) para orar a solas a Dios Padre. Aquí, el «Lugar Santísimo» representa la morada misma de Dios, y dentro de él se hallaban tres elementos específicos: (1) el Arca del Pacto [que contenía (a) los Diez Mandamientos, inscritos personalmente por Dios mismo en dos tablas de piedra; (b) una vasija de maná —el alimento celestial que Dios proveyó a los israelitas durante su travesía por el desierto tras el Éxodo—; y (c) la vara de Aarón que había florecido]; (2) el Propiciatorio [una cubierta hecha de oro puro, de dos codos y medio de largo y un codo y medio de ancho, diseñada para cubrir el Arca del Pacto (Éxodo 25:17)]; y (3) los dos querubines [dos figuras angélicas situadas en cada extremo del Propiciatorio, con sus alas extendidas para dar sombra y cubrirlo (Éxodo 25:18–20; 37:6–9)]. Una vez al año, en el Día de la Expiación (Yom Kippur), el Sumo Sacerdote entraba en el Lugar Santísimo llevando la sangre de una ofrenda sacrificial; luego rociaba esa sangre sobre el Propiciatorio y delante de él para expiar los pecados del pueblo de Israel (Levítico 16:14–19). Este es el mensaje que se encuentra en Éxodo 25:22: «Allí me reuniré contigo, y desde encima del Propiciatorio —entre los dos querubines que están sobre el Arca del Testimonio— hablaré contigo acerca de todo lo que te ordene con respecto al pueblo de Israel». En el Propiciatorio («allí»), Jehová Dios («Yo») se reunía con el Sumo Sacerdote Aarón («contigo»). En otras palabras, simbólicamente hablando, el Propiciatorio significa el lugar donde Dios se reúne con el pueblo de Israel (Éxodo 30:6; Números 7:89). Cuando Jesús entró en el Huerto de Getsemaní —dejando atrás a Pedro, Jacobo y Juan, y apartándose a la distancia de un tiro de piedra—, el lugar mismo al que se dirigió fue el Lugar Santísimo, el sitio donde Dios se encuentra con el hombre.

¿Cómo se aplica esto a nosotros hoy? El apóstol Pedro declaró: «Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pedro 2:9). En otras palabras, esto significa que somos un «real sacerdocio». Además, la Biblia nos dice que Jesús es el «Gran Sumo Sacerdote». Hebreos 4:14 dice: «Por tanto, teniendo un gran sumo

sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión». Jesús es un Sumo Sacerdote infinitamente superior a Aarón. Hoy, como miembros de un real sacerdocio, tenemos la posibilidad de encontrarnos con Dios ante el Propiciatorio gracias a la muerte sacrificial de Jesús —nuestro Gran Sumo Sacerdote— en la cruz. Levítico 16:2 declara: «Y Jehová dijo a Moisés: "Di a tu hermano Aarón que no en todo tiempo entre en el santuario detrás del velo, ante el propiciatorio que está sobre el arca, para que no muera; porque yo apareceré en la nube sobre el propiciatorio"». No era posible simplemente entrar ante el Propiciatorio y encontrarse con Dios en cualquier momento que uno deseara. Hacerlo habría acarreado la muerte, incluso para el propio Sumo Sacerdote. Sin embargo, gracias a la muerte sacrificial en la cruz de Jesucristo —nuestro Sumo Sacerdote superior— se nos ha concedido acceso al Propiciatorio en todo momento. Mateo 27:50-51 dice: «Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu. Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron». En virtud de la muerte de Jesús, el velo del templo —que anteriormente había servido como una barrera que impedía a cualquiera entrar en el Lugar Santísimo— se rasgó en dos, de arriba abajo; En consecuencia, ahora podemos entrar y salir libremente del Lugar Santísimo. Hebreos 10:20 declara: «Por el camino nuevo y vivo que Él nos consagró a través del velo, es decir, Su carne». Ahora, habiendo sido justificados por la fe, nosotros —como hijos de Dios— somos facultados por medio de Jesucristo para acercarnos a Dios con fe en todo momento y en toda circunstancia (Rom 5:1–2). Así, hemos recibido la inmensa bendición de poder ofrecer alabanza y adoración a Dios, y de darle gloria, en cualquier instante. Además, hemos sido capacitados para orar constantemente en el Espíritu Santo. Efesios 6:18 dice: «Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos». El Espíritu Santo, que mora en nosotros, acude en auxilio de nuestra debilidad —pues a menudo no sabemos cómo orar como es debido— e intercede en nuestro favor ante Dios con gemidos inefables, en perfecta armonía con Su voluntad (Rom 8:26–27). Por lo tanto, debemos orar sin cesar (1 Tes 5:17).

La oración en Getsemaní (5)

[Lucas 22:39-46]

¿Cuándo ofreció Jesús la oración en Getsemaní? (El momento de la oración) Jesús ofreció la oración en Getsemaní cuando se sentía angustiado y apesadumbrado; cuando su alma estaba abrumada de tristeza hasta el punto de la muerte (Mateo 26:37-38). Los discípulos de Jesús debieron haber orado para no caer en la tentación cuando llegara el momento de la prueba. Aquí, la «tentación» o «prueba» que enfrentaban los discípulos se refiere al acontecimiento en el cual todos ellos abandonarían a Jesús y huirían; es decir, su dispersión (vv. 31, 56). Entre ellos, Pedro siguió a Jesús desde la distancia, llegando hasta el patio de la casa del sumo sacerdote; allí, negó a Jesús tres veces (v. 58). En la tercera negación (v. 58), Pedro llegó incluso a maldecir y a prestar juramento, insistiendo en que no conocía a Jesús (Marcos 14:71).

¿Dónde ofreció Jesús la oración en Getsemaní? (El lugar de la oración) Jesús dejó a ocho de sus discípulos en la entrada del Huerto de Getsemaní y les dijo: «Sentaos aquí mientras yo voy allá y oro» (Mateo 26:36); el sitio donde se sentaron esos ocho discípulos se convirtió en su lugar de oración designado. Posteriormente, Jesús tomó a los tres discípulos restantes —Pedro y los dos hijos de Zebedeo (v. 37), Santiago y Juan (Marcos 14:33)— y se adentró más en el Huerto de Getsemaní (Mateo 26:36-37); el lugar donde permanecieron esos tres discípulos se convirtió en su lugar de oración designado. Finalmente, Jesús se apartó a la distancia de un tiro de piedra del lugar donde esperaban

esos tres discípulos (Lucas 22:41) y oró; ese sitio específico se convirtió en el propio lugar de oración de Jesús. ¿Por qué oró Jesús de esta manera, manteniendo una separación espacial entre Él y los grupos de ocho y tres discípulos? La razón es que Jesús pretendía ilustrar el sistema del Templo de Jerusalén. El Templo constaba del Atrio de los Israelitas, el Atrio de los Sacerdotes y el Lugar Santísimo —un santuario accesible únicamente para el Sumo Sacerdote una vez al año. Jesús situó a los ocho discípulos a la entrada del Huerto de Getsemaní (representando el Atrio de los Israelitas); luego llevó a los tres discípulos —Pedro, Santiago y Juan— más hacia el interior del huerto y los ubicó allí (representando el Atrio de los Sacerdotes); finalmente, se retiró a una distancia de un tiro de piedra más allá (representando el Lugar Santísimo) para ofrecer sus oraciones a Dios Padre en soledad. En este contexto, el «Lugar Santísimo» simboliza la morada de Dios, y contenía tres elementos específicos: (1) El Arca del Pacto [la cual guardaba (a) los Diez Mandamientos, inscritos personalmente por Dios en dos tablas de piedra; (b) una vasija de maná —el alimento celestial que Dios proveyó a los israelitas durante su travesía por el desierto tras el Éxodo; y (c) la vara de Aarón que había florecido]; (2) El Propiciatorio [una cubierta hecha de oro puro que cubría el Arca del Pacto, con unas dimensiones de dos codos y medio de largo y un codo y medio de ancho (Éxodo 25:17)]; y (3) Los Dos Querubines [dos figuras angelicales situadas en cada extremo del Propiciatorio, con sus alas extendidas para cubrirlo con su sombra (Éxodo 25:18–20; 37:6–9)]. Una vez al año, en el Día de la Expiación (Yom Kippur), el Sumo Sacerdote entraba en el Lugar Santísimo portando la sangre de una ofrenda sacrificial; acto seguido, rociaba esta sangre sobre el Propiciatorio y delante de él para expiar los pecados del pueblo de Israel (Levítico 16:14–19). Éxodo 25:22 dice: «Allí me reuniré contigo, y desde encima del propiciatorio —de entre los dos querubines que están sobre el Arca del Testimonio— hablaré contigo acerca de todo lo que te daré por mandamiento para el pueblo de Israel». En el propiciatorio («allí»), Jehová Dios («Yo») se reunía con el Sumo Sacerdote Aarón («contigo»). En otras palabras, hablando simbólicamente, el propiciatorio representa el lugar donde Dios se

encuentra con el pueblo de Israel (Éxodo 30:6; Números 7:89). Dicho de otro modo, el lugar donde uno se encuentra con Dios era sobre el propiciatorio, situado dentro del Lugar Santísimo. Cuando Jesús entró en el Huerto de Getsemaní —dejando atrás a Pedro, Jacobo y Juan— y se retiró a un sitio a la distancia de un tiro de piedra, estaba, en esencia, entrando precisamente en ese Lugar Santísimo donde Dios se reúne con Su pueblo. Jesús entró en el Lugar Santísimo y ofreció Sus oraciones ante Dios. Nosotros también debemos acercarnos a Dios y orar. ¿Dónde se encuentra ahora el propiciatorio? Dios es omnipresente; Él está en todas partes. Por lo tanto, a través del Espíritu Santo, nuestros espíritus deben dirigirse hacia Dios y ofrecerle nuestras oraciones. Efesios 6:18 declara: «Oren en el Espíritu en toda ocasión, con toda clase de oraciones y peticiones. Teniendo esto presente, manténganse alerta y oren siempre por todo el pueblo del Señor».

¿Cómo oró Jesús en Getsemaní? (Su postura en la oración). Jesús oró poniéndose de rodillas, postrándose en el suelo y oprimiendo Su rostro contra la tierra. Lucas 22:41 dice: «Se retiró de ellos a la distancia de un tiro de piedra, se puso de rodillas y oró». Marcos 14:35 dice: «Avanzó un poco más, cayó al suelo y oró para que, si fuera posible, pasara de Él aquella hora». Mateo 26:39 dice: «Avanzó un poco más, cayó rostro en tierra y oró, diciendo...». Esta postura de oración revela cuán sobrecogedor resulta acercarse al santo Dios. Aunque Jesús era sin pecado y justo, cargó con todo el peso de nuestros pecados; por ello, al entrar en la presencia del glorioso y santo Dios, se puso de rodillas, se postró en el suelo y oró con el rostro oprimido contra la tierra. Debemos reflexionar profundamente sobre esta postura de la oración de Jesús en Getsemaní. En efecto, ¿cuál es la postura de *nuestras* oraciones? ¿Nos acercamos verdaderamente al glorioso y santo Dios con una postura que reconoce que estamos de pie —o, mejor dicho, de rodillas— en Su misma presencia? Si incluso Jesús se arrodilló, se postró y oró a Dios con el rostro en tierra, ¿cuánto más, entonces, deberíamos nosotros —Sus seguidores— emular precisamente esta postura de oración? Nuestras almas deben humillarse hasta lo

más profundo, postrándose mientras oramos a Dios. Debemos orar con un espíritu de reverencia y asombro hacia Dios, afligiéndonos y doliéndonos por la carga de nuestros propios pecados.

La oración en Getsemaní (6)

[Lucas 22:39–46]

¿Cuál fue el contenido de la oración de Jesús en Getsemaní? (El contenido de la oración) El pasaje de Marcos 14:35–36 dice: «Avanzando un poco más, cayó en tierra y oró para que, si fuera posible, pasara de él aquella hora. "¡Abba, Padre!", exclamó, "todo es posible para ti. Aparta de mí esta copa. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres"» (Referencia: Lucas 22:42; Mateo 26:39).

(1) El contenido de la primera oración: «Avanzando un poco más, cayó en tierra y oró para que, si fuera posible, pasara de él aquella hora. "¡Abba, Padre!", exclamó, "todo es posible para ti. Aparta de mí esta copa"» (Marcos 14:35–36).

Aquí, «esta hora» y «esta copa» tienen el mismo significado. Cuando Jesús suplicó a Dios —su «¡Abba, Padre!»— que «pasara de él aquella hora» e imploró: «Aparta de mí esta copa», el significado de su petición era una solicitud para ser librado de (para ser eximido de, o para evitar) su muerte en la cruz. Claramente, el propósito mismo por el cual Jesús vino a esta tierra fue para cargar con el peso de todos nuestros pecados y para morir, derramando su sangre, en la cruz; ¿por qué, entonces, ofreció Jesús tal oración? Esto demuestra que Jesús era plenamente humano. En otras palabras, Jesús —aunque sin pecado y justo— poseía las fragilidades humanas propias de un ser humano completo (por ejemplo: si Jesús no comía, sentía hambre; si no dormía, sentía cansancio).

Ser frágil no es pecado. Sin embargo, Satanás y sus secuaces explotan nuestras debilidades para tentarnos y conducirnos a pruebas; si sucumbimos ante tal prueba, cometemos pecado; pero si la superamos, no lo cometemos. Los seres humanos frágiles suelen temer a la muerte y desean evitarla; sin embargo, no todos comparten este sentimiento. Por ejemplo, los mártires que sacrifican sus vidas para defender su fe —tales como Santiago, Pedro y otros— no temen a la muerte y, en consecuencia, no buscan eludirla. ¿Por qué, entonces, imploró Jesús a Dios Padre que lo librara de la muerte en la cruz? La razón es que, aunque Jesús mismo estaba totalmente libre de pecado —y, por tanto, no merecía morir en una cruz—, Él debía cargar con los pecados colectivos de toda la humanidad y soportar la pena completa por esos pecados: una muerte que conllevaba incluso la agonía del propio infierno; fue por esta razón que elevó tal súplica. Además, oró de esta manera porque su muerte en la cruz significaba ser abandonado por Dios Padre. Tal como se registra en Marcos 15:34: «A la hora novena, Jesús clamó a gran voz: "Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?" —que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"».

(2) La segunda oración: «Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (Marcos 14:36).

Esta constituye una oración de ferviente petición por parte de Jesús. Específicamente, Jesús elevó esta ferviente oración a Dios —a quien se dirigió como «Abba, Padre»— diciendo: «No sea como yo quiero, sino como tú quieres». En este contexto, «como el Padre quiere» se refiere a la voluntad divina de Dios Padre: que su Hijo unigénito, Jesús, fuera «herido y sufriera» para convertirse en la «ofrenda sacrificial que expía todos nuestros pecados» mediante su muerte en la cruz (Isaías 53:10). Por lo tanto, si observamos Romanos 8:32, este pasaje nos dice que Dios Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros.

Debido a nuestra fragilidad humana, hay ocasiones en las que nuestras oraciones fervientes no se alinean con la voluntad de Dios Padre. En otras palabras, precisamente a causa de nuestra debilidad, a menudo pedimos a Dios que se cumpla nuestra propia voluntad en

lugar de la Suya. En el capítulo 8 de Mateo, vemos a un leproso que se acercó a Jesús, se postró ante Él y le hizo esta petición: «Señor, si quieres, puedes limpiarme» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Señor, si quieres, puedes sanarme por completo»] (v. 2). Esto demuestra que el leproso buscaba la voluntad del Señor. En respuesta, Jesús extendió Su mano, lo tocó y dijo: «Quiero; sé limpio» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Quiero. Queda completamente sanado»] (v. 3). Tan pronto como Jesús pronunció estas palabras, el leproso quedó instantáneamente limpio de su lepra (v. 3).

Debemos buscar la voluntad de Dios por encima de la nuestra. Esta debe ser la postura de nuestra fe, y también debe ser la práctica de nuestra fe. Debemos comprometernos a confiar en la voluntad de Dios y a seguirla. Filipenses 2:8 declara: «Y hallándose en condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». Jesús no se limitó a buscar la voluntad de Dios el Padre; Él obedeció la voluntad de Dios el Padre incluso hasta el punto de la muerte. Siguiendo el ejemplo de Jesús, nosotros también debemos no solo buscar la voluntad de Dios, sino también obedecerla, incluso hasta el punto de la muerte. Que lleguemos a ser aquellos que hacen únicamente la voluntad de Dios (1 Juan 2:17), y que nuestras oraciones sean ofrecidas exclusivamente de acuerdo con Su voluntad (1 Juan 5:14). «Señor mío, hágase Tu voluntad; a Ti encomiendo enteramente todos mis asuntos. Mientras camino apaciblemente hacia la ciudad celestial, ya sea que viva o muera, que sea conforme a Tu voluntad». (Nuevo Himnario 549, «Señor mío, conforme a Tu voluntad», Estrofa 3)

La oración en Getsemaní (7)

[Lucas 22:39–46]

Jesús oró fervientemente en Getsemaní. Al venir a esta tierra y llevar a cabo Su ministerio, Jesús hizo todo con celo; y al ofrecer Sus oraciones a Dios Padre, lo hizo con igual fervor.

Jesús demostró este celo al comienzo mismo de Su ministerio público. Según Juan 2:13–16, al acercarse la Pascua, Jesús subió a Jerusalén. Dentro del Templo, hizo un látigo de cuerdas y expulsó a todas las ovejas y el ganado; derramó las monedas de los cambistas, volcó sus mesas y dijo a los que vendían palomas: «¡Saquen estas cosas de aquí inmediatamente! No conviertan la casa de Mi Padre en un mercado». De esta manera, Jesús purificó el Templo. En aquel momento, Sus discípulos recordaron las palabras de las Escrituras —específicamente la primera parte del Salmo 69:9 (citado en Juan 2:17)—: «El celo por Tu casa me consume…». En otras palabras, el Señor purificó el interior del Templo impulsado por un celo ferviente por Su propio santuario. Aquí, la palabra «consume» conlleva el significado de «destruye» o «mata»; esto prefigura el hecho de que Jesús —cuyo cuerpo físico era el verdadero «templo» (Juan 2:21)— moriría en la cruz para purificarnos de todo pecado y transformarnos en «el templo de Dios» (1 Corintios 3:16).

Jesús continuó demostrando este celo incluso en el mismo final de Su ministerio público. Según Lucas 22:44, la noche antes de cargar con todos nuestros pecados en la cruz y morir, Jesús oró en Getsemaní con tal intensidad de esfuerzo y agonía que se volvió aún más ferviente en Su súplica. ¿Con qué vehemencia debió haber orado Jesús para que Su sudor

se volviera como gotas de sangre que caían al suelo? (v. 44). Aquí, el hecho de que Jesús orara «vehementemente» conlleva tres significados distintos:

(1) El primer significado es que Jesús oró «con todo Su ser».

Esto se encuentra en Marcos 12:30: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas». En Getsemaní, Jesús oró con todo su corazón. Sin embargo, a menudo fallamos en orar a Dios con todo nuestro corazón. La razón de esto es que otras cosas han entrado en nuestros corazones y están obstaculizando nuestras oraciones. En otras palabras, a menudo nos acercamos a Dios en oración mientras albergamos una «doble mente» (Santiago 1:8; 4:8). En Getsemaní, Jesús oró con toda su alma; es decir, con su propia vida. Sin embargo, a menudo fallamos en orar a Dios con tal compromiso total de nuestras vidas. La razón es que, en lugar de estar dispuestos a perder nuestras vidas por causa de Jesús y del Evangelio, tenemos miedo de morir y, en cambio, buscamos salvar nuestras propias vidas (Marcos 8:35). Jesús oró con toda su mente; es decir, con toda su voluntad. Sin embargo, a menudo fallamos en orar a Dios con tal alineación completa de nuestra voluntad. La razón es que deseamos que se haga nuestra propia voluntad en lugar de la voluntad de Dios (cf. Lucas 22:42). Jesús oró con todas sus fuerzas. Sin embargo, a menudo fallamos en orar a Dios con tal despliegue total de nuestras fuerzas. La razón de esto es que, en lugar de confiar en Dios —quien es nuestra fortaleza (Sal 18:1; Jer 16:19)—, confiamos en cambio en nuestras propias fuerzas (cf. Deut 8:17).

(2) El segundo significado es que Jesús oró mientras derramaba su propia fuerza vital.

(a) Cuando Jesús oró en Getsemaní, presentó sus súplicas a Dios Padre mientras derramaba lágrimas. Hebreos 5:7 declara: «En los días de su carne, ofreció oraciones y súplicas, con clamor vehemente y lágrimas, a Aquel que era capaz de salvarlo de la muerte, y fue oído a causa de su temor reverente».

(b) Cuando Jesús oró en Getsemaní, presentó sus súplicas a Dios Padre mientras sudaba. Lucas 22:44 afirma: «Y estando en agonía, oraba más intensamente; y su sudor se volvió…». Cuando Jesús oraba mientras sudaba, la temperatura no era en absoluto cálida; más bien, hacía frío [(Juan 18:18): «Y estaban en pie los siervos y los oficiales que habían hecho un fuego de brasas, pues hacía frío, y se calentaban. Y Pedro estaba con ellos y se calentaba»]. Así pues, en un clima tan frío que la gente tuvo que encender un fuego para mantenerse caliente, Jesús oró a Dios Padre con tal fervor que incluso sudó.

(c) Cuando Jesús oró en Getsemaní, elevó sus súplicas a Dios Padre mientras derramaba sangre. Lucas 22:44 declara: «Y estando en agonía, oraba más intensamente; y su sudor se volvió como grandes gotas de sangre que caían hasta el suelo». Jesús no se limitó a suplicar a Dios Padre mientras derramaba lágrimas y sudor; más bien, oró con tal intensidad que su «sudor se volvió como gotas de sangre que caían al suelo». Aunque los poros de nuestra piel son invisibles a simple vista, existen no obstante; por ello, cuando tenemos calor, el sudor brota a través de ellos. El relato bíblico que afirma que el sudor de Jesús se volvió «como gotas de sangre que caían al suelo» —a pesar del clima frío en el momento de su súplica— significa que el sudor y la sangre se entremezclaron al fluir de su cuerpo, cayendo a la tierra en forma de gotas.

(3) El tercer significado es que Jesús oró a Dios Padre de una manera muy similar a como se extrae el aceite utilizando una prensa de aceite.

Mientras que los Evangelios de Mateo y Marcos se refieren al lugar como «Getsemaní» (Mateo 26:36; Marcos 14:32), el Evangelio de Lucas lo identifica como el «Monte de los Olivos» (Lucas 22:39). El Huerto de Getsemaní estaba situado dentro del Monte de los Olivos; la razón por la que Lucas cita específicamente el «Monte de los Olivos» es que dicha montaña abundaba en olivos —los cuales producían frutos en abundancia— y, por consiguiente, albergaba prensas utilizadas para extraer aceite. Jesús oró allí mientras

derramaba su propia esencia —sus lágrimas, su sudor y su sangre— al suplicar a Dios Padre. La razón por la que Jesús oró de esta manera fue su ferviente deseo de ver cumplida la voluntad de Dios: la salvación de nosotros, los pecadores.

Jesús oró con perseverancia en Getsemaní. Las Escrituras, en Mateo 26:42 y 44, afirman: «Se fue por segunda vez y oró: "Padre mío, si no es posible que esta copa sea apartada a menos que yo la beba, hágase Tu voluntad"... Dejándolos de nuevo, se fue y oró por tercera vez, diciendo las mismas cosas». En Getsemaní, situado en el Monte de los Olivos, Jesús derramó lágrimas, sudor y sangre mientras imploraba a Dios Padre; oró con perseverancia hasta recibir una respuesta a su oración. Aunque Jesús no recibió respuesta de Dios ni siquiera después de orar una «segunda vez», solo recibió una respuesta después de orar una «tercera vez»; en consecuencia, la Biblia no registra que Jesús fuera a orar una «cuarta vez» o una «quinta vez». En Lucas 18:1–8, Jesús utilizó una parábola para enseñar que se debe orar y no desanimarse (Lucas 18:1). En cierta ciudad, había una viuda que se acercaba con frecuencia a un juez injusto —alguien que ni temía a Dios ni respetaba a las personas— y le suplicaba: «Hazme justicia contra mi adversario». Finalmente, el juez atendió su súplica y le hizo justicia, razonando que si no resolvía su agravio, ella seguiría viniendo a molestarlo incesantemente. «¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche? ¿Seguirá dándoles largas? Les digo que Él hará que reciban justicia, y pronto...» (Versículos 7–8). Mateo 7:7–8 dice: «Pidan, y se les dará; busquen, y hallarán; llamen, y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá la puerta». En estos versículos, Jesús promete que nuestras oraciones serán respondidas. Aferrándonos firmemente a esta promesa de oración respondida, debemos continuar —con paciencia— pidiendo, buscando y llamando ante Dios hasta recibir Su respuesta. Sin embargo, la Biblia también presenta casos de personas que recibieron respuestas inmediatas a sus oraciones sin necesidad de una súplica prolongada y paciente. Nehemías es un ejemplo claro de esto. Según Nehemías 2:4–8, el rey Artajerjes (2:1) le preguntó a Nehemías qué deseaba (v. 4); en ese momento, Nehemías elevó una breve oración al Dios de los cielos (v. 4) antes de responder al rey (v. 5). Debido a que la buena mano de Dios

estaba sobre Nehemías para ayudarlo, el rey concedió su petición (v. 8); y, gracias a esta asistencia divina, Nehemías y el pueblo de Judá lograron completar la reconstrucción de las murallas de Jerusalén en tan solo 52 días, a pesar de la persecución por parte de sus adversarios (6:15–16). En contraste, el profeta Elías recibió respuesta a su oración solo después de haber presentado su petición en siete ocasiones (1 Reyes 18:42–45). Asimismo, George Müller —un hombre reconocido por haber recibido respuesta a sus oraciones en más de 50.000 ocasiones— oró durante 25 años por la salvación de las almas de dos amigos; sin embargo, no recibió respuesta sino hasta después de haber fallecido. Dios responde las oraciones fervientes que le ofrecemos, haciéndolo en Su propio tiempo y a Su propia manera. Nosotros también debemos imitar la oración de Jesús en Getsemaní, orando a Dios con fervor y perseverancia. Al igual que Jesús, debemos suplicar a Dios con intensidad, no solo al iniciar nuestro ministerio, sino hasta llevarlo a su plena realización. Al orar con fervor, debemos —tal como lo hizo Jesús— entregar nuestra propia fuerza vital en nuestras oraciones. Aun cuando no derramemos nuestra propia sangre, debemos suplicar a Dios con vehemencia, derramando en el proceso nuestras lágrimas y nuestro sudor. Además, debemos perseverar en nuestras súplicas a Dios con paciencia hasta recibir respuesta a nuestras oraciones. Sin duda alguna, Dios escuchará nuestras súplicas fervientes y pacientes y, en Su propio tiempo —y a Su propia manera—, responderá a nuestras oraciones.

La oración en Getsemaní (8)

[Lucas 22:39-46]

He aquí el fervor de la oración de Jesús en Getsemaní: (1) Jesús oró a Dios Padre con todo su corazón, toda su alma, toda su mente y todas sus fuerzas (Marcos 12:30). Los discípulos de Jesús —quienes obedecen la primera parte de su «Doble Mandamiento» (que dice: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas» —versículo 30)— siguen el ejemplo de Jesús; así como aman a Dios con todo su corazón, alma, mente y fuerzas, también presentan sus peticiones a Dios fervientemente con todo su corazón, alma, mente y fuerzas. (2) Jesús oró a Dios Padre mientras derramaba toda su esencia vital (fluidos corporales) (Lucas 22:44). Jesús suplicó fervientemente a Dios Padre mientras derramaba lágrimas, sudor y sangre puros y limpios. Sin embargo, las lágrimas y el sudor que nosotros derramamos al suplicar a Dios Padre no son fluidos puros y limpios. En otras palabras, nuestras lágrimas y nuestro sudor son fluidos manchados por el pecado. (3) Jesús oró a Dios Padre como si estuviera siendo prensado en un lagar de aceite (Lucas 22:39). El «Monte de los Olivos» abundaba en olivos que daban mucho fruto; por consiguiente, el aceite se extraía de estas aceitunas utilizando un lagar. Jesús suplicó a Dios mientras derramaba toda su esencia vital (lágrimas, sudor y sangre puros y limpios). Nuestras oraciones, sin embargo, parecen tener meramente la intensidad que hace que uno «arda en angustia» (ser consumido por la aflicción interior).

He aquí la perseverancia de la oración de Jesús en Getsemaní. Jesús no presentó su súplica a Dios Padre una sola vez (Lucas 22:45–46); más bien, oró dos veces (Mateo 26:42; Marcos 14:39) y tres veces (Mateo 26:44; Marcos 14:41), perseverando en la oración hasta recibir

una respuesta de Dios Padre. (Aunque Él podría haber orado más de tres veces, dejó de orar después de la tercera vez porque había recibido Su respuesta de Dios Padre). Así pues, Jesús oró usando las mismas palabras tres veces hasta que recibió Su respuesta (Mateo 26:44; Marcos 14:39), derramando la misma esencia total —lágrimas puras y limpias, sudor y sangre— mientras suplicaba a Dios Padre. Nosotros también debemos emular la perseverancia de la oración de Jesús en Getsemaní; debemos orar a Dios con paciencia hasta recibir una respuesta, orando específicamente hasta que se cumpla la voluntad de Dios.

A continuación, se presentan los resultados de la oración de Jesús en Getsemaní:

(1) El resultado de la primera oración es este: después de recibir Su respuesta, Jesús salió con valentía para enfrentarse a la turba malvada que había venido a apresarlo a Él y a Sus once discípulos.

Mateo 26:46 dice: «Levantaos, vámonos; mirad, el que me traiciona está cerca». Después de orar por tercera vez usando las mismas palabras, y al darse cuenta de que quien lo traicionaría se acercaba, Jesús dijo a Sus discípulos: «Levantaos, vámonos» (Marcos 14:42). Mientras pronunciaba estas palabras, llegó Judas Iscariote —acompañado por una gran multitud armada con espadas y garrotes, enviada por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo— para enfrentarse a Jesús y a Sus discípulos (Mateo 26:47). Debido a que Jesús recibió una respuesta a Su oración, dio un paso al frente con valentía para encarar a esa gran y malvada turba, dispuesto a aceptar «esta copa de sufrimiento» de acuerdo con la voluntad de Dios Padre (v. 39).

(2) El resultado de la segunda oración fue la manifestación del asombroso poder (autoridad) del Señor.

Cuando Jesús preguntó a la multitud: «¿A quién buscáis?», ellos respondieron: «A Jesús de Nazaret». En ese momento, Jesús declaró: «Yo soy Él» [«Yo soy la persona misma»]. Al oír estas palabras de Jesús, retrocedieron y cayeron al suelo [«Asombrados por las palabras de Jesús —"Yo soy esa misma persona"—, tropezaron hacia atrás y se desplomaron en el suelo»] (Juan 18:4–6). Jesús había orado únicamente para que se cumpliera la voluntad de Dios Padre; sin embargo, a través de esta oración, el poder (la autoridad) del Señor se reveló cuando aquella turba malvada retrocedió en desbandada y cayó a tierra. Cuando oramos conforme a la voluntad de Dios, Él no solo lleva a cabo aquello que solicitamos específicamente, sino que también realiza otras obras asombrosas como esta. Como se afirma en Mateo 6:33: «Mas buscad primeramente su reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas». Y como se afirma en 1 Reyes 18:46: «El poder del SEÑOR vino sobre Elías; él se ciñó la cintura y corrió delante de Acab hasta la entrada de Jezreel». El contenido de la oración que el profeta Elías ofreció en el monte Carmelo fue una súplica para que Dios enviara una lluvia refrescante que pusiera fin a la sequía; sin embargo, Dios no se limitó a enviar una lluvia torrencial (v. 45), sino que también hizo que el poder del Señor viniera sobre Elías, capacitándolo para correr desde el monte Carmelo hasta Jezreel (una distancia de aproximadamente 27 km) por delante del carro del rey Acab (v. 46; *Modern People's Bible*). Por favor, observe 1 Reyes 3:13: «También te daré riquezas y honra, las cuales no has pedido; de modo que en todos tus días no habrá nadie entre los reyes que sea igual a ti». Debido a que el rey Salomón pidió a Dios únicamente la sabiduría para discernir y juzgar las disputas legales (v. 11) —una petición que agradó al Señor (v. 10)—, Dios le concedió no solo esa sabiduría, sino también las riquezas y la honra que Salomón no había solicitado (v. 13). Así pues, Dios es Aquel que, cuando oramos conforme a Su voluntad —tal como hizo Jesús—, nos concede con mucha más abundancia de lo que pedimos o incluso imaginamos. Este es el mensaje que se encuentra en Efesios 3:20 (*Modern People's Bible*): «A Dios, que es capaz de hacer mucho más abundantemente que todo lo que pedimos o pensamos, según el poder que actúa en nosotros».

(3) En tercer lugar, el resultado de la oración es que Dios cumple Sus pactos.

Juan 18:8 declara: «Jesús respondió: “Les dije que yo soy Él. Así que, si me buscan a mí, dejen ir a estos hombres”». Cuando Jesús estaba siendo arrestado por aquella turba malvada, tras Su oración en el Huerto de Getsemaní, les dijo: «Dejen ir a estos hombres» [«Si me buscan a mí, dejen ir a estos hombres» (*Modern People’s Bible*)] —refiriéndose a Sus once discípulos (v. 8). Aquella turba malvada no había venido solo para apresar a Jesús, sino también para detener a Sus discípulos (pues, si se llevaban a los discípulos y los interrogaban, ¿no sería probable que hallaran pruebas para presentar cargos contra Jesús?). Sin embargo, Jesús les instruyó que lo apresaran solo a Él y que dejaran ir libres a los once discípulos. La razón por la que Jesús habló de este modo fue para cumplir las palabras que había pronunciado anteriormente: «No he perdido a ninguno de los que me diste» (versículo 9). Esta acción sirvió para cumplir la declaración que Jesús hizo en Juan 17:12 —pronunciada justo antes de partir hacia el Huerto de Getsemaní—, la cual dice: «Mientras estaba con ellos, los protegía y los guardaba en Tu nombre, el nombre que me diste. Ninguno de ellos se ha perdido, excepto aquel destinado a la destrucción, para que se cumpliera la Escritura». Así, nuestro Señor, quien es la encarnación misma de la verdad, es Aquel que fielmente lleva a buen término las promesas del pacto que ha hecho. Cuando Jesús declaró: «Consumado es», en Juan 19:30, estaba cumpliendo la promesa que Dios había hecho unos 4.000 años antes en Génesis 3:15: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella; Él te aplastará la cabeza, y tú le herirás el talón». Debemos esforzarnos por convertirnos en personas de oración: individuos que ponen en práctica las lecciones divinas que hemos recibido al observar el fervor, la perseverancia y el desenlace de la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní. Por ello, oro para que todos nosotros seamos utilizados como instrumentos del Señor, a fin de asegurar que la voluntad de Dios Padre se cumpla en la tierra tal como se cumple en el cielo (Mateo 6:10).

Jesús es arrestado

[Juan 18:1–14]

Cuando Jesús se enfrentó a su inminente muerte, elevó su oración en Getsemaní. En cuanto al *escenario* de la oración, Jesús oró en la presencia de Dios (Lucas 22:41). En cuanto a la *postura* de la oración, Jesús se arrodilló, se postró en el suelo y oró con el rostro tocando la tierra (Mateo 26:39; Marcos 14:35; Lucas 22:41). En cuanto al *contenido* de la oración, Jesús oró: «Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres, Padre» (Marcos 14:35–36). En cuanto al *fervor* de la oración, Jesús oró con aún mayor intensidad, esforzándose y agonizando en su súplica (Lucas 22:44). En cuanto a la *persistencia* de la oración, Jesús continuó orando hasta que Dios Padre le concedió su respuesta (Mateo 26:42, 44). En cuanto al *resultado* de la oración, tras recibir la respuesta a su plegaria, Jesús dio un paso al frente con valentía para confrontar a la turba malvada que había venido a arrestarlo a Él y a sus once discípulos (Mateo 26:46). El asombroso poder (autoridad) del Señor se manifestó (Juan 18:4–6). Cuando Jesús preguntó a la multitud: «¿A quién buscáis?», ellos respondieron: «A Jesús de Nazaret». En ese instante, Jesús declaró: «Yo soy» [lo que significa: «Yo soy el que es» (Éxodo 3:14)]; ante estas palabras de Jesús, la multitud retrocedió y cayó al suelo. Dado que Jesús es Dios, la multitud se vio abrumada por su autoridad divina —la autoridad de Dios mismo—, lo que hizo que todos tropezaran hacia atrás y se desplomaran sobre la tierra (Juan 18:6). Cuando Jesús oró en conformidad con la voluntad de Dios, Dios obró una maravilla: una obra que trascendió las peticiones específicas que Jesús había formulado (cf. Mateo 6:33; 1 Reyes 3:13, 18:46; Efesios 3:20). Dios cumplió su pacto (Juan 18:8). Al decir a la multitud: «Dejen ir a estos hombres [los discípulos]» (Juan 18:8), Jesús cumplió la palabra de que no perdería ni a uno solo de aquellos que Dios el Padre le había dado (v. 9).

Después de ofrecer su oración en Getsemaní, Jesús fue arrestado. ¿Quiénes vinieron a apresar a Jesús? Los relatos registrados en los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas (los Evangelios sinópticos), así como en el Evangelio de Juan, parecen diferir ligeramente: (1) Los Evangelios sinópticos: «Una gran multitud enviada por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo» (Mateo 26:47); «Una multitud enviada por los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos» (Marcos 14:43); y «Los sumos sacerdotes, los oficiales de la guardia del templo y los ancianos que habían venido a arrestarlo» (Lucas 22:52). Aquí, los «oficiales de la guardia del templo» se refieren a los comandantes responsables de custodiar el Templo. El cargo inmediatamente subordinado al Sumo Sacerdote era el del comandante de la guardia del Templo, seguido por los ancianos. Mientras que Mateo (26:47) y Marcos (14:43) registran que una gran multitud —enviada por los sumos sacerdotes y los ancianos [y «escribas» (Marcos 14:43)]— vino a arrestar a Jesús, Lucas (22:52) registra que los sumos sacerdotes, los oficiales de la guardia del templo y los ancianos vinieron en persona para arrestarlo. Estos sumos sacerdotes, comandantes de la guardia del templo y ancianos son los individuos que representan al estamento religioso judío. (2) El Evangelio de Juan: «El destacamento de soldados y los oficiales de parte de los sumos sacerdotes y de los fariseos» (Juan 18:3); «el destacamento de soldados, el comandante y los oficiales judíos» (v. 12). Aquí, el término «destacamento de soldados» se refiere a soldados romanos, mientras que el «comandante» —un líder a cargo de 1.000 tropas— puede describirse como la figura representativa de la presencia militar romana. ¿Qué trajeron consigo cuando vinieron a arrestar a Jesús? Los relatos que se encuentran en Mateo, Marcos y Lucas (los Evangelios sinópticos) parecen diferir ligeramente del de Juan: (1) Los Evangelios sinópticos: «espadas y garrotes» (Mateo 26:47); «espadas y garrotes» (Marcos 14:43; Lucas 22:52). (2) El Evangelio de Juan: «linternas, antorchas y armas» (Juan 18:3). ¿Ante quién llevaron a Jesús después de arrestarlo? Una vez más, los relatos de los Evangelios sinópticos difieren en cierto modo del de Juan: (1) Los Evangelios sinópticos: «Caifás, el sumo sacerdote» (Mateo 26:57; Marcos 14:54; Lucas 22:54). (2) El Evangelio de Juan: Primero lo llevaron ante Anás, el suegro de Caifás, el sumo sacerdote (Juan 18:13). Posteriormente, lo llevaron ante Caifás, el sumo sacerdote (v. 15).

Aunque Jesús podría haber escapado fácilmente cuando aquella gran multitud acudió para arrestarlo, decidió no huir. Esto se afirma en Mateo 26:53: «¿Acaso piensas que no puedo invocar a mi Padre, y que él no pondría de inmediato a mi disposición más de doce legiones de ángeles?». Jesús se dirigió a Pedro —quien había desenvainado su espada y cortado la oreja de Malco, el siervo del sumo sacerdote (v. 51; Juan 18:10)— diciéndole que Él podría haberle pedido a Dios Padre que le enviara más de doce legiones de ángeles; sin embargo, decidió no hacerlo (Mateo 26:53). En este contexto, una «legión» hace referencia a una unidad del ejército romano que, según se estima, constaba de aproximadamente 6.500 a 7.000 soldados. Por lo tanto, las doce legiones de ángeles de las que habló Jesús equivaldrían a, grosso modo, entre 78.000 y 84.000 seres celestiales. La gran multitud que acudió para arrestar a Jesús sumaba alrededor de 3.000 personas [compuesta por un «comandante» (Juan 18:12) —que representaba a 1.000 soldados romanos—, más aproximadamente entre 1.500 y 2.000 sumos sacerdotes, guardias del templo, ancianos y sus asistentes; totalizando entre 2.500 y 3.000 personas]. Si Jesús le hubiera pedido a Dios Padre que le enviara esas doce legiones de ángeles —que sumaban entre 78.000 y 84.000 ángeles—, ¿acaso no habrían sido más que capaces de proteger a Jesús de esa gran multitud de 2.500 a 3.000 personas que había venido a arrestarlo? ¿Por qué, entonces —dado que podría haber evitado ser capturado por esa gran multitud—, decidió Jesús no escapar, sino que, por el contrario, permitió voluntariamente ser detenido? Las razones de esto son: (1) Jesús actuó para cumplir la voluntad de Dios, tal como había orado (Mateo 26:39, 42, 44; Marcos 14:36, 39, 41; Lucas 22:42); (2) Jesús actuó para cumplir la palabra del pacto (promesa) que Dios había hecho; y (3) Jesús lo hizo con el fin de obrar nuestra salvación.

Por lo tanto, debemos estar agradecidos por el arresto de Jesús. La razón es que —precisamente porque Jesús fue apresado, atado, llevado, interrogado, hecho sufrir y murió en la cruz— hemos obtenido nuestra libertad y recibido la salvación. Debemos amar al Señor con todo nuestro corazón, alma y mente, y debemos vivir conforme a Su voluntad para agradarle. Oro para que todos nosotros tomemos la firme decisión: «Viviré para el Señor».

Jesús a juicio (1)

[Juan 18:28–19:16]

Juan 18:28 dice: «Entonces llevaron a Jesús de la casa de Caifás al Pretorio; era ya muy de mañana. Pero ellos mismos no entraron en el Pretorio, para no contaminarse, sino para poder comer la cena de la Pascua» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Temprano en la mañana, los líderes judíos llevaron a Jesús de la casa de Caifás a la residencia del gobernador. Sin embargo, ellos mismos no entraron en la residencia del gobernador, para no contaminarse y así poder comer la cena de la Pascua»]. Aquí, «ellos» (v. 28) se refiere a los «líderes judíos» (v. 28; Versión en Inglés Contemporáneo): aquellos que habían apresado y atado a Jesús, lo habían llevado ante el Consejo del Sanedrín —reunido en la casa del sumo sacerdote Caifás— para interrogarlo y que, tras hallarlo culpable de blasfemia merecedora de la pena capital, lo arrastraron posteriormente ante el gobernador romano Pilato; su intención era lograr que fuera ejecutado mediante crucifixión bajo la ley romana, en lugar de por lapidación bajo la ley judía. Además, si bien la Biblia afirma: «llevaron a Jesús de la casa de Caifás al Pretorio» (v. 28), la *Versión en Inglés Contemporáneo* traduce esto como: «llevaron a Jesús de la casa de Caifás a la residencia del gobernador». En este contexto, el término «palacio del gobernador» (traducido como «residencia oficial» en *La Biblia para el Hombre Moderno*) hace referencia a la residencia oficial del gobernador romano, Pilato. Aunque Pilato solía desempeñar sus funciones en Cesarea —donde se encontraba su residencia principal—, el «palacio del gobernador» mencionado en el texto de hoy, Juan 18:28, se refiere específicamente a su residencia en Jerusalén. Este era el lugar al que Pilato se trasladaba expresamente para cumplir con sus deberes oficiales durante las festividades judías; lo hacía con el fin de mantener el orden, previendo que los cientos de

miles —quizás incluso un millón— de hombres judíos que se habían congregado en Jerusalén, procedentes de toda la región, para celebrar la fiesta, pudieran llegar a incitar un levantamiento. En consecuencia, los líderes judíos, deseosos de evitar la impureza ritual para poder participar en la fiesta de la Pascua, se negaron a entrar en la residencia del gobernador romano —un gentil— y, en su lugar, obligaron al gobernador Pilato a salir para reunirse con ellos (versículos 28–29). ¡Qué líderes tan engañosos, ritualistas e hipócritas eran estos judíos! Precisamente estos individuos —quienes habían tendido una trampa al Jesús sin pecado, el verdadero Cordero Pascual, bajo acusaciones de blasfemia y lo habían entregado al gobernador romano gentil, Pilato, en un intento desesperado por lograr que fuera ejecutado mediante crucifixión bajo la ley romana— eran los mismos que evitaban tan escrupulosamente la impureza para poder participar en la fiesta de la Pascua (la cual duraba una semana). Su falta de fe en el Jesús sin pecado constituía, en sí misma, un pecado [(Juan 16:9: «en cuanto al pecado, porque no creen en mí»)], y el haber llegado al extremo de conspirar para causar su muerte constituía un pecado aún mayor [(19:11: «...por tanto, el que me entregó a ti tiene mayor pecado...»)]; sin embargo, ajenos a este hecho, se negaron a entrar en el pretorio del gentil Pilato: una actitud que no puede calificarse de otra manera que como falsa, ritualista e hipócrita.

El pasaje se encuentra en Juan 18:29–31: «Entonces Pilato salió hacia ellos y dijo: "¿Qué acusación traen contra este Hombre?". Ellos respondieron y le dijeron: "Si este Hombre no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado". Entonces Pilato les dijo: "Tómenlo ustedes y júzguenlo conforme a su ley". Por lo tanto, los judíos le dijeron: "A nosotros no nos es lícito dar muerte a nadie"». Debido a que los líderes judíos —deseosos de participar en la fiesta de la Pascua sin incurrir en impureza ritual— se negaron a entrar en el pretorio del gobernador romano gentil, Pilato salió hacia ellos y preguntó: «¿Qué acusación traen contra este Hombre [Jesús]?» (vv. 28–29). En ese momento, los líderes judíos respondieron: «Si este Hombre [Jesús] no fuera un malhechor, no se lo habríamos entregado a usted» (v. 30). La razón por la que tildaron a Jesús de «malhechor» fue que, a su juicio, Él había cometido «malas acciones» (v. 30, *Contemporary English Version*). Específicamente, esta «mala

acción» consistía en la afirmación de Jesús de ser el «Hijo de Dios: el Cristo»; desde su perspectiva, tal afirmación constituía un acto de «blasfemia» (Mateo 26:63–66). Además, creían firmemente que el perverso pecado de blasfemia de Jesús merecía, con toda justicia, la «pena de muerte» (versículo 66, *The Contemporary Bible*). En ese punto, Pilato dijo a los líderes judíos: «Tómenlo (a Jesús) ustedes mismos y júzguenlo conforme a su ley (judía)» (Juan 18:31). La razón por la que el gobernador romano Pilato habló de esta manera fue que no deseaba involucrarse en este juicio. Hubo cuatro razones para ello:

(1) Desde la perspectiva de Pilato, él no creía que Jesús hubiera cometido un delito lo suficientemente grave como para justificar la ejecución por crucifixión bajo la ley romana.

He aquí las acusaciones que Pilato escuchó de parte de ellos: «Toda la multitud se levantó y llevó a Jesús ante Pilato, presentando cargos contra Él y diciendo: "Hemos hallado a este hombre engañando a nuestro pueblo, prohibiéndoles pagar impuestos al César y afirmando ser el Cristo, un Rey"» (Lucas 23:1–2). Esta fue la respuesta de Pilato: «Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a las multitudes: "No hallo fundamento alguno para un cargo contra este hombre"» (versículo 4).

(2) Pilato era muy consciente de que los líderes judíos le habían entregado a Jesús únicamente por envidia.

Mateo 27:18 (*The Contemporary Bible*) afirma: «Pilato sabía muy bien que los líderes judíos le habían entregado a Jesús por envidia».

(3) Pilato actuó de esta manera porque su esposa le había dicho: «No tengas nada que ver con ese hombre inocente (Jesús)». He aquí el pasaje de Mateo 27:19 (de *La Biblia para el Hombre Moderno*): «Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió un mensajero con este recado: “No tengas nada que ver con ese hombre inocente, pues anoche sufrí mucho en un sueño a causa de él”».

(4) Esto se debía a que Pilato se dio cuenta de que interrogar y juzgar a Jesús era una empresa temible.

He aquí el pasaje de Juan 19:7–8: «Los judíos le respondieron: “Nosotros tenemos una ley, y según esa ley él debe morir, porque pretendió ser el Hijo de Dios”. Cuando Pilato escuchó esta declaración, tuvo aún más miedo». Desde la perspectiva de Pilato —un gobernador romano gentil—, este sintió temor al oír que la razón por la cual los líderes judíos habían acusado a Jesús ante él era que Jesús había pretendido ser el «Hijo de Dios». He aquí el pasaje de Juan 19:10–11: «Pilato le dijo: “¿No me hablas? ¿Acaso no sabes que tengo autoridad para ponerte en libertad y autoridad para crucificarte?”. Jesús le respondió: “No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no se te hubiera dado de lo alto; por eso, el que me entregó a ti tiene un pecado mayor”». Otra razón por la que Pilato tuvo miedo fue que Jesús había dicho: «No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no se te hubiera dado de lo alto (es decir, a menos que Dios Padre le hubiera concedido esa autoridad a Pilato); por eso, el que me entregó a ti tiene un pecado mayor». Desde el punto de vista de Pilato, al escuchar estas palabras, sintió temor porque se dio cuenta de que, si procedía con este juicio, él mismo se convertiría en un pecador. He aquí el pasaje de Juan 18:36–37 (Versión Coreana Moderna): «Mi reino no pertenece a este mundo. Si mi reino perteneciera a este mundo, mis siervos habrían luchado para impedir que yo fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de este mundo». «¿Entonces eres rey?». «Sí. Como dices, soy rey…». Al oír estas palabras de Jesús, Pilato no pudo evitar llenarse de temor.

Por lo tanto, el gobernador romano Pilato hizo esfuerzos por liberar a Jesús:

(1) Primer esfuerzo: Pilato declaró tres veces que Jesús era inocente.

Juan 18:38 afirma: «Pilato preguntó: "¿Qué es la verdad?". Dicho esto, salió de nuevo hacia los judíos y les dijo: "No hallo en él ningún motivo de acusación"». Juan 19:4 afirma: «Pilato

salió de nuevo y les dijo: "Mirad, os lo traigo fuera para que sepáis que no hallo en él ningún motivo de acusación"». Juan 19:6 afirma: «Cuando los sumos sacerdotes y sus oficiales lo vieron, gritaron: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!". Pero Pilato respondió: "Tomadlo vosotros y crucificadlo; porque yo no hallo en él ningún motivo de acusación"».

(2) Segundo esfuerzo: Pilato envió a Jesús al rey Herodes.

Lucas 23:6–7 afirma: «Al oír esto, Pilato preguntó si el hombre era galileo. Cuando supo que Jesús estaba bajo la jurisdicción de Herodes, lo envió a Herodes, quien también se encontraba en Jerusalén en aquel tiempo». Herodes tampoco halló culpa alguna en Jesús (v. 15). Sin embargo, los líderes judíos permanecieron allí y acusaron a Jesús con vehemencia (v. 10).

(3) Tercer esfuerzo: Pilato intentó liberar a Jesús siguiendo la costumbre de poner en libertad a un prisionero durante la fiesta de la Pascua.

Juan 18:39 afirma: «Pero es costumbre vuestra que yo os ponga en libertad a un prisionero en el tiempo de la Pascua. ¿Queréis, pues, que os ponga en libertad al "Rey de los judíos"?». Sin embargo, gritaron a voz en cuello: «¡A este no! ¡Libera a Barrabás!». Barrabás era un ladrón (Versículo 40, *The Bible for Modern People*).

(4) Cuarto intento: Pilato entregó a Jesús a los soldados romanos, instruyéndoles que lo flagelaran y le infligieran otros abusos, en un esfuerzo final por liberar a Jesús —incluso si ello implicaba apelar al sentido de compasión del pueblo. El pasaje de Juan 19:1–4 dice: «Entonces Pilato tomó a Jesús y mandó azotarlo. Los soldados trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza; también le vistieron con un manto púrpura. Acercándose a Él, gritaban: "¡Salve, Rey de los judíos!", y le golpeaban repetidamente con las manos. Pilato salió de nuevo y dijo a la multitud: "Mirad, os lo traigo fuera para que sepáis que no hallo fundamento alguno para acusarlo"». Cuando la gente contempló a Jesús —

azotado tan severamente que su carne estaba desgarrada y sangrante, llevando una corona de espinas y empapado en sangre de pies a cabeza—, ¿acaso no habrían sentido compasión por Él? Pilato pretendía liberar a Jesús exhibiendo ante la multitud su condición de absoluta miseria, suscitando así su compasión. Sin embargo, al ver a Jesús, los sumos sacerdotes y los guardias del templo gritaron a voz en cuello: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» (Versículo 6, *The Bible for Modern People*).

Así pues, el gobernador romano Pilato realizó cuatro intentos distintos para liberar a Jesús; sin embargo, al final, todos sus esfuerzos resultaron en fracaso. El pasaje proviene de Juan 19:12: «Desde entonces, Pilato trató de poner en libertad a Jesús, pero los judíos seguían gritando: "Si dejas ir a este hombre, no eres amigo del César. Todo aquel que se proclama rey se opone al César"». [Nota: (Lucas 23:20) «Pilato, queriendo liberar a Jesús, se dirigió a ellos de nuevo»]. Aunque Pilato ejercía un poder inmenso como gobernador romano, el fuerte clamor de aquellos judíos terminó prevaleciendo [(Lucas 23:23, *Contemporary English Version*): «Pero ellos gritaban aún con más fuerza, exigiendo obstinadamente que Jesús fuera crucificado; y, finalmente, sus voces se impusieron»]. En consecuencia, Pilato sacó a Jesús, tomó asiento en el tribunal de justicia en un lugar conocido como el Empedrado (en hebreo, *Gabbatha*) (Juan 19:13), y declaró que accedería a las demandas de los líderes judíos (Lucas 23:24, *Contemporary English Version*). Entonces puso en libertad al hombre que le habían solicitado —un prisionero encarcelado por insurrección y asesinato— y les entregó a Jesús para que hicieran con él lo que quisieran (v. 25, *Contemporary English Version*).

Aunque el gobernador romano Pilato se esforzó por poner en libertad a Jesús, esa no era la voluntad de Dios; por lo tanto, en conformidad con Su propósito soberano, Dios permitió que prevalecieran las voces a gritos de los líderes judíos, propiciando así la crucifixión y muerte de Jesús. Esto constituye el cumplimiento de la Palabra que se halla en Génesis 3:15: el *evangelio original* de Dios (la primera profecía mesiánica del Antiguo Testamento): «Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella; Él

te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón». Dios le dijo a la «serpiente» (Satanás): «La descendencia de la mujer te herirá en la cabeza»; aquí, la «descendencia de la mujer» se refiere a Jesucristo: Aquel que fue concebido por el Espíritu Santo a través de María (Mateo 1:18) —quien estaba desposada con José, aunque aún no casada con él— y que posteriormente nació de ella (v. 25). Además, Dios le dijo a la «serpiente» (Satanás): «Tú le herirás en el talón» (Génesis 3:15); el significado de esto es que, en la cruz del monte Calvario, Satanás utilizaría a su propia descendencia (por ejemplo, a los sumos sacerdotes Anás y Caifás, y a los líderes judíos) para crucificar a Jesucristo. Por favor, véase Hechos 2:23: «A este, entregado por el propósito determinado y el conocimiento previo de Dios, ustedes lo han tomado por manos inicuas, lo han crucificado y le han dado muerte» [(Contemporary Korean Bible) «Este Jesús les fue entregado conforme al plan predeterminado y al conocimiento previo de Dios, y ustedes utilizaron las manos de hombres malvados para crucificarlo y darle muerte»]. El propósito predeterminado y el conocimiento previo de Dios consistían en que Jesús fuera crucificado y ejecutado a manos de los gentiles: los «inicuos». Así pues, aunque el gobernador romano gentil Pilato se esforzó por liberar a Jesús e impedir su muerte en la cruz, finalmente se cumplió la voluntad de Dios. Este hecho me trajo a la mente las palabras que se encuentran en el capítulo 1 de Jonás. La voluntad de Dios era que Jonás —quien había desobedecido— fuera arrojado al mar (Jonás 1:12, 14); sin embargo, los marineros incrédulos, en un intento por salvar a Jonás, lucharon contra la «gran tormenta» (v. 12) enviada por Dios el Creador, remando con todas sus fuerzas para hacer regresar el barco hacia tierra (v. 13). No obstante, a medida que el mar se volvía cada vez más violento contra ellos y, al no lograr prevalecer, «clamaron al SEÑOR y dijeron: "¡Oh SEÑOR, te rogamos, no permitas que perezcamos por la vida de este hombre, y no nos imputes sangre inocente; pues Tú, oh SEÑOR, has hecho conforme a tu voluntad!"»; y dicho esto, levantaron a Jonás y lo arrojaron al mar (vv. 13–15). En ese preciso momento, el SEÑOR ya había preparado un gran pez para que se tragara a Jonás, salvándole así la vida (v. 17). Sin embargo, conforme a su propia voluntad —y para concedernos la vida eterna—, Dios permitió que su único Hijo, Jesucristo, fuera crucificado y muriera, dándonos así vida a nosotros, que estábamos espiritualmente muertos en nuestras transgresiones y pecados

(Ef. 2:1; *The Modern English Bible*). En última instancia, conforme a la voluntad de Dios —y debido a que su único Hijo, Jesucristo, fue crucificado y murió—, nosotros hemos llegado a ser hijos de Dios. Observemos Efesios 1:5: «Él nos predestinó para ser adoptados como hijos por medio de Jesucristo para sí mismo, conforme al buen propósito de su voluntad» [(según *The Modern English Bible*: «Dios nos predestinó para ser sus hijos por medio de Jesucristo, conforme a su propio buen propósito»)]. He aquí las palabras de 1 Juan 3:1 (*The Modern English Bible*): «Simplemente piensen en cuán grande es el amor que Dios Padre nos ha otorgado. Gracias a ese gran amor, nos hemos convertido en hijos de Dios...». Romanos 8:17, de *The Bible for Modern People*, dice: «Si somos hijos de Dios, entonces somos herederos de Dios y coherederos con Cristo. Por lo tanto, si hemos de compartir la gloria de Cristo, también debemos compartir sus sufrimientos».

Jesús a juicio (2)

[Juan 19:13–16]

El juez que presidía era Pilato. Juan 19:13 afirma: «Cuando Pilato oyó esto, sacó a Jesús y se sentó en el tribunal, en un lugar conocido como el Empedrado (que en arameo es Gabata)». Sentado en el tribunal, Pilato —en su calidad de gobernador romano— gobernaba sobre la tierra de Judea. En su función de juez, se esforzó por evitar someter a juicio a Jesús, si ello era posible. Había cuatro razones para esto: (1) La primera razón era que, según el criterio de Pilato, no creía que Jesús hubiera cometido un delito lo suficientemente grave como para justificar la ejecución por crucifixión bajo la ley romana. Las acusaciones que Pilato escuchó de la multitud fueron las siguientes: «Toda la asamblea se levantó y lo llevó ante Pilato. Y comenzaron a acusarlo, diciendo: "Hemos hallado a este hombre subvirtiendo a nuestra nación; se opone al pago de impuestos al César y afirma ser el Mesías, un rey"» (Lucas 23:1–2). La respuesta de Pilato fue: «Entonces Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a las multitudes: "No hallo fundamento para una acusación contra este hombre"» (v. 4). (2) La segunda razón era que Pilato sabía muy bien que los líderes judíos le habían entregado a Jesús por pura envidia. La *Contemporary English Version* de Mateo 27:18 dice: «Pilato sabía muy bien que los líderes judíos le habían entregado a Jesús por envidia». (3) La tercera razón era que la esposa de Pilato le había dicho: «No tengas nada que ver con ese hombre inocente [Jesús]». Mateo 27:19 (de la *Modern People's Bible*) dice: «Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió un mensajero con este recado: "No tengas nada que ver con ese hombre inocente, pues anoche sufrí mucho en un sueño a causa de él"». (4) La cuarta razón es que Pilato se dio cuenta de que interrogar y juzgar a Jesús era una empresa temible. Juan 19:7–8 declara: «Los judíos le respondieron: "Nosotros tenemos una

ley, y según esa ley él debe morir, porque pretendió ser el Hijo de Dios". Cuando Pilato oyó esta declaración, tuvo aún más miedo». Desde la perspectiva de Pilato —un gobernador romano gentil—, este sintió temor al oír que la razón por la cual los líderes judíos habían acusado a Jesús ante él era que Jesús había pretendido ser el «Hijo de Dios». Juan 19:10–11 dice: «Pilato le dijo: "¿No me hablas a mí? ¿No sabes que tengo autoridad para ponerte en libertad y autoridad para crucificarte?". Jesús le respondió: "No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no se te hubiera dado de arriba; por eso, el que me entregó a ti tiene mayor pecado"». Otra razón por la que Pilato tuvo miedo fue que Jesús había dicho: «No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no se te hubiera dado de arriba [es decir, a menos que Dios Padre le hubiera concedido esa autoridad a Pilato]; por eso, el que me entregó a ti tiene mayor pecado». Desde el punto de vista de Pilato, tras haber oído estas palabras, sintió temor porque se dio cuenta de que, si procedía a llevar a cabo este juicio, él mismo se convertiría en un pecador. Juan 18:36–37 dice lo siguiente (tomado de *The Bible for Modern Man*): «Mi reino no pertenece a este mundo. Si mi reino perteneciera a este mundo, mis siervos habrían luchado para impedir que yo fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de este mundo». «¿Entonces eres rey?». «Sí. Como tú dices, soy rey...». Al oír estas palabras de Jesús, Pilato no pudo evitar sentir cierto temor. Así pues, por estas cuatro razones, Pilato se esforzó por evitar someter a juicio a Jesús; sin embargo, la razón por la que finalmente procedió con el juicio fue que los acusadores presionaron su caso con gran intensidad.

Los acusadores estaban compuestos por Caifás, el Sumo Sacerdote, y los miembros del Consejo del Sanedrín. En aquel tiempo, el Consejo del Sanedrín era el tribunal religioso supremo de Israel: el mismo organismo que tomó la iniciativa para lograr que Jesús fuera crucificado. El presidente del Consejo era el Sumo Sacerdote —específicamente José Caifás— y su autoridad era inmensa. Sus miembros estaban compuestos por otros sumos sacerdotes, ancianos y escribas (Mateo 16:21). Mientras que el juez presidente —el gobernador romano Pilato— se esforzaba por liberar a Jesús (Juan 19:12), la parte acusadora —el Sumo Sacerdote Caifás— ponía todo su empeño en lograr que Jesús fuera condenado

a muerte. Juan 11:50 declara: «Ustedes no se dan cuenta de que es mejor para ustedes que un solo hombre muera por el pueblo, y no que perezca toda la nación». Estas palabras fueron pronunciadas por el acusador, el Sumo Sacerdote Caifás (versículo 49); la expresión «un solo hombre» se refería a Jesús, y la frase «muera por el pueblo» reflejaba la intención de Caifás de hacer matar a Jesús. La razón aparente detrás de esto era que Caifás argumentaba que la muerte de Jesús sería beneficiosa para el pueblo judío —ya que evitaría que pereciera toda la nación judía—, algo que, según él, ellos no lograban reconocer. La importancia de esto radica en el capítulo 11 del Evangelio de Juan: este capítulo relata el milagro en el que Jesús resucitó a Lázaro. Debido a este milagro —y a que muchos judíos que presenciaron la obra de Jesús llegaron a creer en Él (v. 45)—, los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron al Consejo. Argumentaron: «Si lo dejamos [a Jesús] seguir así, todos creerán en Él; y si eso sucede, los romanos —quienes gobernaban la nación judía en aquel entonces— vendrán y nos arrebatarán tanto nuestra tierra como nuestra nación» (v. 48). Sin embargo, en lo más profundo del corazón del acusador —el Sumo Sacerdote Caifás— yacía la intención de matar a «un solo hombre»: Jesús. Esto se afirma en Juan 11:53: «Así que, desde aquel día, tramaron quitarle la vida» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Desde aquel día, comenzaron a conspirar para matar a Jesús»]. La parte acusadora estaba, de hecho, conspirando para determinar cuándo y cómo debía darse muerte a Jesús. Marcos 14:61–64 dice lo siguiente: «Pero Él permaneció en silencio y no dio respuesta alguna. De nuevo el sumo sacerdote le preguntó: "¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?". Jesús respondió: "Yo soy. Y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poderoso y viniendo en las nubes del cielo". El sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y dijo: "¿Para qué necesitamos más testigos? Habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?". Todos lo condenaron, declarándolo digno de muerte». Jesús permaneció en silencio y no ofreció respuesta alguna ante el falso testimonio presentado por los falsos testigos (v. 61). En ese momento, el sumo sacerdote Caifás preguntó directamente a Jesús: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios?»] (v. 61). Así, Jesús respondió: «Sí, es tal como dices. Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Todopoderoso y viniendo en las nubes del cielo» (v. 62, *Modern People's Bible*). Al oír esta respuesta de

Jesús, el sumo sacerdote Caifás rasgó sus vestiduras y exclamó: «¡Habéis oído su blasfemia! ¿Cuál es vuestro veredicto?» (v. 64). En respuesta, la asamblea declaró unánimemente: «Él merece la pena de muerte» (v. 64, *Modern People's Bible*). Habiendo condenado así a Jesús, los acusadores —compuestos por los sumos sacerdotes, Caifás y los miembros del Sanedrín— deberían haber apedreado a Jesús hasta morir, de acuerdo con la ley referente a la blasfemia; en su lugar, el sumo sacerdote Caifás procuró que fuera ejecutado colgándolo de un madero. La razón de esto era que cualquiera que fuera colgado de un madero se consideraba maldito por Dios (Deuteronomio 21:23; Gálatas 3:13); por lo tanto, pretendían utilizar este método para presentar públicamente a Jesús como alguien maldito por Dios.

El acusado en este juicio era Jesucristo. Como acusado, Jesús estaba totalmente libre de pecado. Como se afirma en Hebreos 4:15: «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo, tal como nosotros, pero sin pecado». El autor de Hebreos afirma que Jesús fue «tentado en todo, tal como nosotros, pero sin pecado». Esto significa que, aunque Jesús enfrentó exactamente las mismas tentaciones que nosotros, no sucumbió a ellas, sino que las venció, permaneciendo así completamente libre de pecado. Incluso en el momento de su nacimiento en este mundo —aunque nació del cuerpo de la Virgen María, un ser humano sujeto al pecado— fue concebido por medio del Espíritu Santo (Mateo 1:18, 20) y, por lo tanto, nació sin pecado. Es por ello que incluso el gobernador romano gentil, Pilato, declaró en tres ocasiones que Jesús estaba libre de pecado (Juan 18:38; 19:4, 6). Sin embargo, Jesús —el Acusado— era, de hecho, culpable de pecado. Esto no significa que Jesús se volviera pecador por haber sucumbido a la tentación; más bien, significa que, aunque Él mismo estaba libre de pecado, fue considerado culpable porque Dios había transferido todos nuestros pecados sobre Él. Este es el mensaje de Isaías 53:6: «…el SEÑOR cargó en Él la iniquidad de todos nosotros». Y este es el mensaje de 2 Corintios 5:21: «Porque a quien no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en Él» [(Biblia Coreana Contemporánea): «Dios puso nuestros pecados sobre Cristo —quien no conoció pecado alguno— para que, en Cristo, fuéramos reconocidos como justos

ante Dios»]. Así pues, Jesús compareció ante un tribunal en calidad de acusado. No obstante, este desenlace no provino del acusador —el sumo sacerdote Caifás—, ni del juez presidente —el gobernador romano Pilato—, ni de ningún otro ser humano; más bien, fue Dios cumpliendo las mismas profecías que Él había pronunciado por medio de los profetas del Antiguo Testamento. Este es el mensaje de Lucas 18:31: «Entonces tomó a los doce aparte y les dijo: "He aquí, subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre"». Y este es el mensaje de Mateo 20:18-19: «He aquí, subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de Él, lo azoten y lo crucifiquen. Y al tercer día resucitará». Tal como Jesús lo predijo —en cumplimiento de todo lo que estaba escrito por medio de los profetas—, Él fue entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y posteriormente entregado a los gentiles —específicamente al gobernador romano Pilato y a sus soldados—, quienes se burlaron de Él, lo azotaron y lo crucificaron.

El día del juicio fue el «Día de la Preparación de la Pascua» [(Modern Man's Bible) «el día antes de la Pascua»], y la hora del juicio fue «la hora sexta» [(Modern Man's Bible) «alrededor del mediodía»]. Esto se registra en Juan 19:14: «Era el Día de la Preparación de la Pascua, y cerca de la hora sexta...». Aunque los relatos en Mateo, Marcos y Lucas (los Evangelios Sinópticos) parecen diferir en cierto modo con respecto a este hecho, nosotros —como aquellos que presuponen la inerrancia de las Escrituras, creyendo que la Biblia no contiene errores y refleja el carácter perfecto del Dios infalible— debemos esperar humildemente la revelación de Dios. Debemos esperar hasta que el Espíritu Santo nos conceda entendimiento con respecto a aquellos pasajes que, a los ojos humanos, parecen estar en conflicto entre sí. La Biblia afirma de sí misma que es perfecta: «Las palabras del SEÑOR son palabras puras, como plata probada en horno de tierra, refinada siete veces» (Sal. 12:6); «La ley del SEÑOR es perfecta» (Sal. 19:7); y «Toda palabra de Dios es pura» (Prov. 30:5). Las afirmaciones hechas en estos versículos con respecto a la pureza y perfección de la Biblia son declaraciones absolutas. Además, la Biblia refleja a su Autor: Dios, el Espíritu Santo.

Dios utilizó autores humanos para registrar las Escrituras mediante el proceso de inspiración divina: «Toda la Escritura es inspirada por Dios» (2 Tim. 3:16; 2 Ped. 1:21; cf. Jer. 1:2).

El resultado del juicio fue un veredicto que sentenciaba a Jesús a ser crucificado. Cuando Pilato, el gobernador romano que presidía desde el tribunal, dijo a los acusadores —los sumos sacerdotes, los ancianos, los escribas y otros judíos—: «¡He aquí a vuestro Rey!» (Juan 19:14), ellos gritaron a voz en cuello: «¡Mátalo! ¡Crucifícalo!» (v. 15). Entonces Pilato les preguntó: «¿He de crucificar a vuestro Rey?», a lo cual los sumos sacerdotes respondieron: «No tenemos más rey que el Emperador romano» (v. 15). En consecuencia, Pilato finalmente les entregó a Jesús para que fuera crucificado (v. 16). Como resultado, Jesús fue crucificado y murió. Esto constituye el cumplimiento de Génesis 3:15: el «evangelio original» de Dios (la primera profecía mesiánica en el Antiguo Testamento): «Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella; él te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón». Dios declaró a la «serpiente» (Satanás): «La descendencia de la mujer te herirá en la cabeza»; aquí, la «descendencia de la mujer» se refiere a Jesucristo —concebido por el Espíritu Santo a través de María (Mateo 1:18), quien estaba desposada con José, pero aún no casada con él— y, posteriormente, nacido de ella (v. 25). Además, Dios dijo a la «serpiente» (Satanás): «Tú le herirás en el talón» (Génesis 3:15); el significado de esto alude a Satanás —actuando a través de sus descendientes (p. ej., los sumos sacerdotes Anás y Caifás, y los líderes judíos)— clavando a Jesucristo en la cruz en el monte Calvario. Así, en conformidad con Su plan divino para salvarnos, Dios transfirió todos nuestros pecados sobre el impecable Jesús y lo entregó a la cruz.

Jesús en el camino al Gólgota (1)

[Lucas 23:26–32]

Lucas 23:26 dice: «Mientras se llevaban a Jesús, tomaron a un hombre llamado Simón, de Cirene, que venía del campo, y le pusieron la cruz encima para que la llevara mientras seguía a Jesús» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Mientras se llevaban a Jesús, tomaron a Simón, un cireneo que subía desde el campo; le pusieron la cruz encima y le hicieron seguir detrás de Jesús»]. Marcos 15:21–22 dice: «Justo entonces, un hombre llamado Simón de Cirene —padre de Alejandro y de Rufo— pasaba por allí de camino desde el campo. Lo obligaron a cargar la cruz, y llevaron a Jesús a un lugar llamado Gólgota (que significa "El Lugar de la Calavera")». Aquí, se dice que el lugar conocido como «Gólgota» (Mateo 27:33; Marcos 15:22; Juan 19:17) estaba situado aproximadamente a 700 metros del sitio donde Jesús había sido juzgado. La razón por la que este lugar era llamado «El Lugar de la Calavera» (Mateo 27:33; Marcos 15:22) o «el lugar llamado La Calavera (en hebreo, Gólgota)» (Juan 19:17) es que, visto desde arriba, el terreno se asemejaba a la forma de un cráneo humano. Habiendo sido condenado a muerte durante su juicio, Jesús fue llevado al Gólgota para ser ejecutado mediante la crucifixión. En el trayecto de Jesús hacia el Gólgota, tuvieron lugar tres acontecimientos específicos: (1) Simón de Cirene fue obligado a cargar la cruz de Jesús en su lugar (Lucas 23:26); (2) cuando una multitud de personas y mujeres seguía a Jesús, llorando y lamentándose (v. 27), Jesús se volvió para dirigirse a ellas (vv. 28–31); y (3) otros dos criminales, también condenados a muerte, fueron llevados junto con Jesús (v. 32). En el texto de hoy —Lucas 23:26—, el pronombre «ellos» se refiere a la multitud responsable de crucificar a Jesús (específicamente, los soldados romanos). La frase: «Mientras llevaban a Jesús… le pusieron la cruz encima…» refleja la costumbre de aquella época, según la cual

se esperaba que un criminal condenado cargara su propia cruz hasta el lugar de la ejecución (según Park Yun-sun). Sin embargo, los soldados romanos apresaron a Simón de Cirene y lo obligaron a cargar la cruz en lugar de Jesús. El nombre «Simón» conlleva el significado de «Dios responde»; dado que en aquel tiempo se consideraba un nombre de buen augurio, era muy común entre la gente. Por ejemplo, si se examinan los nombres de los doce apóstoles de Jesús, se encuentran tanto a «Simón (llamado Pedro)» como a «Simón el Zelote» (Mateo 10:2, 4). Debido a que el nombre «Simón» era tan frecuente, a menudo se añadía una designación geográfica o descriptiva antes del nombre para distinguir a un individuo de otro [p. ej., «Simón el Zelote» (v. 4), donde «el Zelote» sirve como identificador específico para ese Simón en particular]. En la frase «un hombre llamado Simón, cireneo» (Lucas 23:26), «Cirene» hace referencia a la región donde vivía Simón; específicamente, esta región de Cirene correspondía a la ciudad capital de Libia, una nación situada al sur de Egipto [(Hechos 2:10): «...Egipto y las regiones de Libia cercanas a Cirene...»]. Cirene era una ciudad situada a lo largo de la costa mediterránea del norte de África, que se corresponde con la actual Trípoli, en Libia (según Park Yoon-sun). Fue este Simón de Cirene quien recorrió la gran distancia —aproximadamente entre 270 y 280 kilómetros— desde Libia hasta llegar a Jerusalén para celebrar la Pascua (un viaje que, probablemente, tomó alrededor de un mes). Sin embargo, si observamos el texto de hoy —Lucas 23:26—, este afirma que los soldados romanos, al ver a Simón de Cirene que venía del campo, lo «apresaron». En los Evangelios de Mateo y de Marcos, la expresión utilizada no es «apresado», sino más bien «obligado»: (Mateo 27:32) «Al salir, se encontraron con un hombre de Cirene llamado Simón, y lo obligaron a cargar la cruz de Jesús»; (Marcos 15:21) «Cierto hombre de Cirene, Simón (padre de Alejandro y de Rufo), pasaba por allí de regreso del campo, y lo obligaron a cargar la cruz». Simón no tenía intención alguna de cargar la cruz de Jesús en lugar de Él. Aunque no deseaba hacerlo, los soldados romanos lo apresaron y lo obligaron a cargarla; por consiguiente, Simón cargó la cruz de Jesús «bajo coacción». La pregunta que aquí se plantea es la siguiente: «¿Constituyó verdaderamente una ayuda para Jesús el acto de Simón de cargar Su cruz —aunque fuera bajo coacción— hasta el lugar de la ejecución en el Gólgota?». Muchos comentaristas interpretan este acontecimiento en el sentido de que, precisamente

por haber cargado Simón la cruz —aun con reticencia—, prestó asistencia a Jesús; en consecuencia, él y su familia fueron bendecidos, llegando finalmente a creer en Jesús y a servir con distinción dentro de la iglesia. El Dr. Park Yun-sun, sin embargo, ofrece una interpretación algo diferente. Él sostiene que el acto de Simón de cargar la cruz de Jesús bajo coacción no constituyó, de hecho, una ayuda para Jesús. La razón de ello es doble: en primer lugar, porque Jesús es Dios, y Dios no requiere asistencia de los seres humanos; y en segundo lugar, porque la ardua obra de la expiación era una tarea que solo Jesús podía llevar a cabo, y ninguna otra persona —siendo pecadora— podía aportar mérito alguno a la misma. Simón no asistió a Jesús; más bien, fue obligado a asistir precisamente a la multitud que se encontraba en el proceso de crucificarlo.

La Biblia no nos instruye a actuar «bajo coacción». Actuar bajo coacción es desviarse del camino correcto. Dios desea que actuemos con alegría, con un corazón gozoso y con un espíritu dispuesto. Esto se afirma en Éxodo 35:21 y 29: «Y vino todo aquel a quien su corazón impulsó, y todo aquel a quien su espíritu movió, y trajeron la ofrenda del SEÑOR para la obra del tabernáculo de reunión, para todo su servicio y para las vestiduras sagradas... Tanto hombres como mujeres, todos aquellos a quienes su corazón movió a traer algo para la obra que el SEÑOR había mandado hacer por medio de Moisés, lo trajeron como ofrenda voluntaria al SEÑOR». Además, consideren las palabras que se encuentran en Éxodo 36:3 y 5: «Recibieron de Moisés todas las ofrendas que los israelitas habían traído para llevar a cabo la obra de la construcción del santuario... Pero el pueblo continuó trayendo ofrendas voluntarias mañana tras mañana... El pueblo está trayendo muchísimo más de lo necesario para la obra que el SEÑOR mandó hacer; más de lo que se necesita». Al participar en la obra del Señor, no debemos hacerlo por obligación, sino más bien con un corazón alegre y dispuesto. Oro para que, a partir de hoy, decidan llevar a cabo la obra del Señor con un espíritu de gozo y disposición.

Jesús en el camino al Gólgota (2)

[Lucas 23:26–32]

Durante la reunión de oración del miércoles de la semana pasada, bajo el título «Jesús en el camino al Gólgota (1)», meditamos sobre el primero de los acontecimientos que tuvieron lugar en el camino al Gólgota: el incidente en el que Simón de Cirene fue obligado a cargar la cruz de Jesús en su lugar. El pasaje bíblico de hoy proviene de Lucas 23:26: «Mientras lo llevaban, echaron mano de un hombre, Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron la cruz encima para que la llevara detrás de Jesús». Simón de Cirene había subido a Jerusalén; allí fue reclutado por los soldados romanos, apresado y obligado, contra su voluntad, a cargar la cruz. Esta cruz constaba de un madero horizontal y un madero vertical (o poste); en cuanto a su composición, existen dos teorías predominantes. Una teoría sugiere que el poste vertical ya estaba erigido en el lugar de la ejecución, y que el criminal condenado cargaba únicamente el madero horizontal, el cual se dice que pesaba aproximadamente 20 kilogramos. Por supuesto, el camino al Gólgota era una senda escarpada y cuesta arriba; no obstante, para un hombre de unos treinta años —como lo era Jesús—, cargar tal cruz habría sido, probablemente, físicamente posible. Sin embargo, aunque Jesús —al igual que otros prisioneros condenados— había soportado una severa flagelación como parte del proceso de crucifixión, Él había sufrido penurias que superaban con creces las de los demás prisioneros. Había entregado su propia fuerza vital en oración en el Huerto de Getsemaní, y había pasado toda la noche siendo interrogado y juzgado ante Anás, Caifás, el Consejo del Sanedrín y el tribunal de Pilato. En consecuencia, debido a que

se encontraba tan físicamente exhausto que parecía incapaz de llegar hasta el lugar de la ejecución en el Gólgota, los soldados romanos apresaron a Simón de Cirene y lo obligaron a cargar la cruz de Jesús en su lugar, forzándolo a seguir detrás de Él. Sin embargo, mientras Jesús se dirigía al Gólgota, no pronunció ni una sola palabra —salvo el mensaje registrado en Lucas 23:28–31, que dirigió al pueblo y, específicamente, a las mujeres que lo seguían— hasta que llegó al lugar de la ejecución. Incluso después de haber sido clavado en la cruz, permaneció en silencio durante tres horas, soportando la magnitud total de aquella agonía; y durante esas tres horas de total oscuridad, sufrió el dolor insoportable de ser abandonado por Dios Padre. ¿Podría ser cierto que este mismo Jesús careciera de la fuerza necesaria para cargar su cruz desde el tribunal de Pilato —donde había sido interrogado— hasta el lugar de la ejecución en el Gólgota? Muchas personas preguntan: «Si uno carga la cruz —aunque sea solo por obligación—, ¿conducirá ese acto a la fe y resultará en la salvación de toda su familia?». Sin embargo, en lugar de instar a las personas a actuar bajo coacción, deberíamos animarlas a tomar la cruz con un corazón lleno de gozo y gratitud, haciéndolo con espíritu de oración. Cuando actuamos así, resulta mucho más agradable a los ojos de Dios. Por lo tanto, no carguemos nuestras cruces de mala gana, sino tomémoslas voluntariamente —con corazones gozosos y agradecidos— mientras seguimos al Señor.

Hoy me gustaría reflexionar sobre el segundo de los acontecimientos que tuvieron lugar a lo largo del camino hacia el Gólgota: las personas que seguían a Jesús. Nuestro texto de hoy proviene de Lucas 23:27: «Lo seguía una gran multitud de gente, incluidas mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él». Dirigiéndose a esta gran multitud de mujeres, Jesús dijo: «Hijas de Jerusalén» (v. 28). En efecto, había mujeres que seguían a Jesús. El pasaje se encuentra en Lucas 8:1–3: «Después de esto, Jesús viajaba de pueblo en pueblo y de aldea en aldea, proclamando las buenas nuevas del reino de Dios. Los Doce estaban con él, y también algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y enfermedades: María (llamada Magdalena), de quien habían salido siete demonios; Juana, esposa de Cuza, el administrador de la casa de Herodes; Susana; y muchas otras. Estas mujeres ayudaban a sustentarlos con sus propios recursos». Estas mujeres seguían a Jesús,

tal como lo hacían los discípulos (la mayoría de los cuales provenían de Galilea), y servían al Señor utilizando sus propios recursos. Sin embargo, las mujeres mencionadas en el texto de hoy —Lucas 23:27—, que se golpeaban el pecho y lloraban amargamente mientras seguían a Jesús en su camino hacia el lugar de la ejecución en el Gólgota, no eran las mismas mujeres descritas en Lucas 8:1–3; se trataba de un grupo de mujeres diferente. Esto plantea la siguiente pregunta: ¿Ofrecieron algún consuelo a Jesús, en medio de su sufrimiento, las lágrimas derramadas por estas mujeres —quienes seguían a Jesús con amargo dolor, golpeándose el pecho tal como se describe en el texto de hoy (Lucas 23:27)—? La respuesta a esa pregunta es que las lágrimas que estas mujeres derramaron no brindaron a Jesús ni consuelo ni ayuda alguna. La razón es que estas mujeres no comprendían *por qué* Jesús cargaba con la cruz. Jesús cargaba con esta cruz por *nuestra* causa; si ellas creían que la cargaba a causa de sus *propios* pecados, ¿qué consuelo podrían haberle ofrecido sus lágrimas? No le brindaron absolutamente ninguna ayuda. Un pastor sugiere que este comportamiento era, sencillamente, una práctica funeraria judía habitual. En otras palabras, sostiene que es probable que estas mujeres derramaran sus lágrimas meramente por costumbre. Si este es, en efecto, el caso, entonces sus lágrimas ciertamente no habrían servido como fuente de consuelo para Jesús.

El pasaje bíblico de hoy proviene de Lucas 23:28: «Jesús se volvió hacia ellas y dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloren por mí; lloren por ustedes mismas y por sus hijos"». Estas palabras fueron pronunciadas por Jesús a las mujeres que lo seguían, golpeándose el pecho y llorando amargamente. Jesús les dijo: «Lloren por ustedes mismas y por sus hijos». ¿Por qué dijo esto Jesús? El versículo 29 lo explica: «Porque vendrán días en que la gente dirá: "¡Benditas sean las mujeres estériles, los vientres que nunca concibieron y los pechos que nunca amamantaron!"». El simple hecho de que la gente considere como una bendición la incapacidad de una mujer para concebir indica que algo anda terriblemente mal. ¿Acaso no solemos considerar la incapacidad de una mujer para concebir como una falta de bendición —o incluso como una maldición—? Sin embargo, Jesús declaró que la mujer estéril —junto con el vientre que nunca dio a luz (porque no pudo concebir) y los pechos que nunca

amamantaron (porque no nació ningún niño)— son benditas. ¿Es eso verdaderamente una bendición? No obstante, Jesús afirmó que tal día, en efecto, llegaría. El versículo 30 dice: «En aquel tiempo, la gente dirá a las montañas: "¡Caigan sobre nosotros!", y a las colinas: "¡Cúbrannos!"». Aquí, «aquel tiempo» se refiere precisamente a los «días» mencionados en el versículo 29. El pasaje de Lucas 19:41-44 dice: «Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella y dijo: "¡Si tan solo tú —sí, tú— hubieras sabido en este día lo que te traería paz! Pero ahora eso está oculto a tus ojos. Vendrán días sobre ti en que tus enemigos construirán un terraplén contra ti, te rodearán y te acorralarán por todos lados. Te derribarán hasta el suelo —a ti y a los niños que están dentro de tus muros—; no dejarán piedra sobre piedra, porque no reconociste el tiempo en que Dios vino a salvarte"». ¿Por qué, entonces, dijo Jesús en Lucas 23:29 que aquellas que no pueden concebir, los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han amamantado son benditos? La razón es que, dado que se avecinaban los desastres —las calamidades y la destrucción— descritos en Lucas 19:41–44, no tener hijos o tener una familia pequeña sería considerado una bendición mayor durante tales tiempos. Al entrar Jesús en Jerusalén, contempló la ciudad y lloró, pues previó su inminente destrucción. La causa de ello radicaba en que el pueblo era perverso y había cometido muchas malas acciones. Aproximadamente cuarenta años después de que Jesús pronunciara estas palabras, se cumplió la profecía que se halla en Lucas 19:43–44: «Vendrán días sobre ti en que tus enemigos construirán un terraplén contra ti, te rodearán y te sitiarán por todos lados. Te derribarán hasta el suelo —a ti y a los niños que están dentro de tus muros—; no dejarán piedra sobre piedra, porque no reconociste el tiempo de la venida de Dios para salvarte». Aquí, «tus enemigos» hace referencia al ejército romano, y el «terraplén» alude a las obras de asedio construidas contra Jerusalén, una ciudad que se erigía como una fortaleza natural sobre altos acantilados por todos sus flancos. Esta fortaleza era una ciudadela rodeada por robustos muros de piedra y elevadas torres de vigilancia, fortificada con capa tras capa de baluartes defensivos. Además, dado que el Templo de Jerusalén también estaba circundado por una doble muralla —lo cual hacía absolutamente imposible que los soldados romanos franquearan las defensas—, estos recurrieron a construir un «montículo» (o, como lo expresa la *Modern Man's Bible*, a

«construir una rampa de asedio»). En otras palabras, levantaron una colina artificial. De este modo, cercaron por completo a Jerusalén por sus cuatro costados. Como consecuencia, los habitantes que quedaron atrapados dentro de la ciudad de Jerusalén agotaron por completo sus provisiones de alimento. Por consiguiente, comenzaron a morir de inanición, y algunos llegaron incluso al extremo de comerse a sus propios hijos. ¡Qué situación tan verdaderamente desdichada y trágica fue aquella! El pasaje bíblico de hoy proviene de Lucas 23:30: «Entonces la gente dirá a las montañas: "¡Caed sobre nosotros!"». y a los montes: «¡Cubridnos!»». En aquel tiempo, la gente dentro de Jerusalén —es decir, los judíos— se encontraba en tal agonía que, incapaces de suicidarse (pues hacerlo los condenaría al infierno), llegaron a un punto en el que habrían preferido que las montañas se desplomaran sobre ellos, aplastándolos hasta morir bajo los escombros. El versículo 31 dice: «Porque si hacen esto cuando el árbol está verde, ¿qué sucederá cuando esté seco?». Aquí, el «árbol verde» simboliza al justo Jesús, mientras que el «árbol seco» se refiere a los impíos; específicamente, a los judíos dentro de Jerusalén que, a pesar de haber seguido a Jesús, resultaron ser, en última instancia, injustos. Incluso el gobernador romano Pilato, quien interrogó a Jesús y presidió su juicio, sabía que Jesús era inocente; intentó ponerlo en libertad, pero al final entregó a Jesús para que fuera crucificado. Si incluso el justo Jesús —el «árbol verde»— tuvo que cargar con la cruz, entonces, desde la perspectiva de los romanos, ¿qué calamidad no caería sobre *vosotros*, judíos —los impíos «árboles secos»—? (Versículo 31, *The Contemporary Bible*). Es por eso que, en el pasaje de hoy —Lucas 23:28—, Jesús dijo: «No lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos». Aquellos que prestaron atención a estas palabras de Jesús —siguiendo la guía de los apóstoles— y lloraron por sí mismos, por sus hijos y por Jerusalén, se salvaron de esta destrucción. La iglesia de Jerusalén lloró y oró por sí misma y por sus hijos. Actuando conforme a una revelación divina recibida por sus líderes, huyeron de Jerusalén antes de que estallara la guerra, refugiándose en una región al este del Jordán conocida como Perea —específicamente en una ciudad llamada Pella—, donde finalmente se establecieron (fuentes de internet). Solo después de esto, el general romano Tito sitió Jerusalén, la conquistó y redujo la ciudad a tierra arrasada. Se dice que, en aquel tiempo,

aproximadamente 2,7 millones de personas vivían dentro de las murallas de Jerusalén. Según Josefo, 1,1 millones de judíos perecieron en esa guerra y 97.000 fueron tomados cautivos. Los combatientes judíos de la resistencia que quedaban se atrincheraron en un sitio llamado Masada, pero, finalmente, todos ellos perecieron también. ¿Cuál es, entonces, el estado de nuestras vidas hoy? Actualmente nos encontramos paralizados —incapaces de movernos libremente— debido al virus Ómicron, y estamos soportando muchas adversidades. Si surgiera otro virus más, inevitablemente enfrentaríamos dificultades aún mayores. Además, incontables personas están sufriendo a causa de diversas otras pruebas, tales como fuertes nevadas, terremotos y desastres naturales. En tiempos como estos, ¿qué debemos hacer exactamente y cómo debemos proceder? Debemos tomar muy en serio y reflexionar profundamente sobre las palabras de Jesús: «Llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos» (Lucas 23:28). Estamos llamados a obedecer la Palabra de Dios, a permanecer fieles al Señor sin traicionarlo y a seguirlo hasta el final; sin embargo, ¿cómo podría lograrse esto si no oramos y meditamos en la Palabra de Dios día y noche? ¿Qué será, entonces, de las generaciones que nos sigan? ¿Acaso no se volverán aún más severas sus luchas? Por lo tanto, debe surgir entre nosotros un movimiento para llorar y orar, tanto por nosotros mismos como por nuestros hijos. El libro del Apocalipsis, en la Biblia, predice que los tiempos de tribulación no harán más que intensificarse. Se nos hará cada vez más difícil —tanto a nosotros como a nuestros hijos— soportar estas adversidades. Por consiguiente, debemos permanecer vigilantes, llorando y suplicando ante Dios en favor de nosotros mismos y de nuestros hijos. En consecuencia, que todos nosotros seamos aquellos que reciban la liberación de Dios de todas estas tribulaciones y que seamos hallados listos para recibir al Señor.

Jesús en el camino al Gólgota (3)

[Lucas 23:26–32]

El primer acontecimiento que tuvo lugar en el camino al Gólgota fue que Simón de Cirene fue obligado a cargar la cruz de Jesús por Él (Lucas 23:26). El segundo acontecimiento fue que una gran multitud de personas seguía a Jesús (v. 27). El tercer acontecimiento fue que otros dos criminales también fueron llevados junto a Jesús. Por favor, observen el texto de hoy, Lucas 23:32: «Llevaban también con él a otros dos, que eran criminales, para ser ejecutados». Aquí, la expresión «dos criminales» es referida como «dos hombres» en el Evangelio de Juan (Juan 19:18); como «dos ladrones» (Mateo 27:38) o «los ladrones» (v. 44) en el Evangelio de Mateo; y como «dos ladrones» en el Evangelio de Marcos (Marcos 15:27). En aquella época, la crucifixión no era la única forma de castigo prescrita para los ladrones. Sin embargo, el hecho de que estos dos ladrones fueran conducidos hacia el Gólgota junto a Jesús sugiere que eran criminales particularmente atroces. ¿Acaso el hecho de que estos dos ladrones acompañaran a Jesús resultó ser de alguna ayuda o beneficio para Él? Ciertamente no. ¿Cómo podemos saber esto?

Cuando Jesús resucitó a Lázaro —quien ya llevaba cuatro días muerto y cuyo cuerpo había comenzado a descomponerse— (Juan 11:41–44), las personas que presenciaron este milagro se dividieron en dos grupos. Muchos de los judíos que habían acudido para consolar a la hermana de Lázaro, María, y que presenciaron lo que Jesús había hecho, llegaron a creer en Él (v. 45). Sin embargo, entre aquellos que presenciaron el milagro de Jesús, algunos fueron a los fariseos e informaron sobre lo que Jesús había hecho (v. 46). En consecuencia, los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron al Consejo y deliberaron (versículos 47–48);

en ese momento, Caifás —quien era el sumo sacerdote de aquel año— se dirigió a ellos (versículos 49–52); Y, en definitiva, desde aquel día en adelante, comenzaron a conspirar para dar muerte a Jesús (versículo 53). Cuando Jesús entró en Jerusalén montado en un pollino, una gran multitud le dio la bienvenida extendiendo sus mantos por el camino y cortando ramas de los árboles para tenderlas, mientras gritaban a viva voz: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» (Mateo 21:7–9). Al entrar Jesús en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, preguntando: «¿Quién es este?» (versículo 10). Las multitudes respondieron: «Este es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea» (versículo 11). Aquí, el término «Profeta» hace referencia a un profeta semejante a Moisés —[Deuteronomio 18:15: «El Señor tu Dios levantará para ti un Profeta como yo de entre tus propios hermanos. A Él debéis escuchar»]—, señalando específicamente al Mesías que el pueblo judío había esperado durante tanto tiempo: Jesucristo. Posteriormente, Jesús sanó a los ciegos y a los cojos que se encontraban en el Templo; sin embargo, los sumos sacerdotes y los escribas se indignaron al presenciar las «cosas maravillosas» que Jesús realizaba y al oír a los niños en el Templo gritar: «¡Hosanna al Hijo de David!». Entonces preguntaron a Jesús: «¿Oyes lo que dicen estos niños?» (Mateo 21:14–16). Así pues, citando el Salmo 8:2, Jesús les respondió: «Sí; ¿nunca habéis leído: "De los labios de los niños y de los que maman has perfeccionado la alabanza"?» (Mateo 21:16). En última instancia, los sumos sacerdotes no creyeron que Jesús fuera el «profeta como yo [Moisés]» del que habló Moisés en Deuteronomio 18:15, a pesar de que las multitudes lo identificaban como «Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea» (v. 11). Precisamente por esta razón, cuando Jesús resucitó a Lázaro de entre los muertos, comenzaron a conspirar para matarlo (Juan 11:53). En consecuencia, presentaron acusaciones contra Jesús ante el gobernador romano, Pilato (Lucas 23:2). Aunque Pilato declaró tres veces que Jesús era inocente (vv. 4, 14, 22) y se esforzó por ponerlo en libertad (v. 20), sus esfuerzos resultaron inútiles. Al final, las multitudes gritaron a viva voz, presionando a Pilato y exigiendo que Jesús fuera crucificado; sus voces prevalecieron (v. 23). Pilato declaró que accedería a su petición; así, les entregó a Jesús para que hicieran con él lo que quisieran (vv. 24–25). Acto seguido, los sumos sacerdotes dispusieron que otros dos criminales —dos ladrones violentos

(Mateo 27:38, 44; Marcos 15:27)— fueran llevados al Gólgota junto con Jesús. Su motivo era sugerir sutilmente a las multitudes que Jesús no era diferente de aquellos dos ladrones violentos. Y, hasta cierto punto, el plan de los sumos sacerdotes tuvo éxito. Podemos comprender mejor cómo sucedió esto al examinar Mateo 27:38–42: «En aquel momento fueron crucificados con Jesús dos ladrones: uno a su derecha y otro a su izquierda. Los que pasaban por allí lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo: "¡Tú, que vas a destruir el templo y a reconstruirlo en tres días, sálvate a ti mismo! ¡Baja de la cruz si eres el Hijo de Dios!". De la misma manera, los sumos sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos se burlaban de él, diciendo: "¡Salvó a otros, pero no puede salvarse a sí mismo! ¡Es el Rey de Israel! ¡Que baje ahora de la cruz y creeremos en él!"». Así, cuando Jesús fue crucificado junto a los dos ladrones, los transeúntes —a quienes se unieron los sumos sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos— lo insultaron y se burlaron de él. Sin embargo, este suceso fue, de hecho, el cumplimiento de la profecía de Isaías 53:12, un pasaje predicho por el profeta Isaías aproximadamente 700 años antes de la venida de Jesús a la tierra: «Por tanto, le daré una parte entre los grandes, y repartirá el botín con los fuertes, porque derramó su vida hasta la muerte, y fue contado entre los transgresores. Porque llevó el pecado de muchos, e intercedió por los transgresores». De acuerdo con la profecía del profeta Isaías, Jesús fue, en efecto, «contado entre los transgresores». En otras palabras, al ser crucificado junto a los dos ladrones, Jesús fue considerado uno de los criminales condenados a muerte. ¿Por qué Jesús, que era inocente (incluso el gobernador romano gentil Pilato declaró tres veces su inocencia), fue tratado como un criminal condenado a muerte, como un ladrón atroz? Precisamente para perdonar los pecados de los condenados como nosotros, destinados a morir eternamente como ladrones infames, y para salvarlos. Por lo tanto, debemos dar gracias, alabar y adorar a Dios por esta asombrosa gracia y amor salvador, consagrarnos al Señor y difundir el evangelio de Jesucristo por todo el mundo.

(Versículo 1) ¡Asombrosa es la gran gracia del Señor! Para expiar nuestros pecados, derramó la preciosa sangre del Cordero en la cruz del Calvario.

(Versículo 2) El pecado amenaza nuestras almas como olas embravecidas, pero la gracia inconmensurable del Señor se reveló en la cruz.

(Versículo 3) El Señor lava las almas manchadas por el pecado con su sangre; lávense ustedes, más blancos que la nieve, en esa sangre que fluye ahora.

(Versículo 4) Esa gracia incomparable se concede gratuitamente a los que creen; hermano, ven ante el Señor, no tardes más, recíbela de inmediato.

(Coro) La gracia del Señor ha borrado todos nuestros pecados; la gracia del Señor ha borrado todos nuestros pecados.

[Himno «La gran gracia del Señor es asombrosa»]

Jesús Crucificado (1)

[Marcos 15:21–32]

El pasaje de Marcos 15:22–25 dice lo siguiente: «Llevaron a Jesús a un lugar llamado Gólgota (que significa Lugar de la Calavera). Le ofrecieron vino mezclado con mirra, pero él no lo tomó. Y lo crucificaron. Repartiéndose sus ropas, echaron suertes para ver qué se llevaría cada uno. Era la hora tercera cuando lo crucificaron». Aquí, la frase «un lugar llamado Gólgota (que significa Lugar de la Calavera)» se refiere al sitio de ejecución donde Jesús fue crucificado. Otros Evangelios lo registran en términos similares: «un lugar llamado Gólgota (que significa Lugar de la Calavera)» (Mateo 27:33); «el lugar llamado la Calavera» (Lucas 23:33); y «el Lugar de la Calavera (que en hebreo se llama Gólgota)» (Juan 19:17). La Versión del Rey Jacobo (King James Version) traduce la frase «el lugar llamado la Calavera» (Lucas 23:33) como «Calvario». Si bien el texto de hoy, Marcos 15:23, se refiere a esta bebida como «vino mezclado con mirra», Mateo 27:34 la registra como «vino mezclado con hiel». Aunque la mirra se deriva de plantas y la hiel de animales —lo que las convierte en sustancias distintas—, compartían una característica común: ambas contenían propiedades anestésicas. Según la tradición, el pueblo judío tenía la costumbre de ofrecer bebidas alcohólicas que contenían ingredientes anestésicos a los criminales violentos; el propósito de esta práctica era aliviar el sufrimiento de los prisioneros condenados que padecían el castigo de la crucifixión (fuentes de Internet). Es probable que los dos ladrones crucificados junto a Jesús bebieran de ella; sin embargo, Jesús la probó, pero decidió no beberla (Mateo 27:34). La razón es que Jesús, quien estaba libre de pecado, soportó un sufrimiento tan profundo porque vino a este mundo para llevar a cabo la obra monumental de la salvación: perdonar todos nuestros pecados y trasladarnos del infierno eterno a la vida eterna. En aras

de nuestra salvación, Jesús soportó no solo una severa agonía física, sino también angustia mental y el tormento espiritual de ser abandonado por Dios Padre; Para enfrentar todo esto con una mente lúcida, Él se negó a beber el vino mezclado con mirra, una sustancia que contenía un anestésico que habría mitigado Su dolor. Para Jesús, este sufrimiento era gloria. Las Escrituras en Juan 12:23–24 y 28 dicen: «Jesús les respondió diciendo: "Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, se queda solo; pero si muere, produce mucho fruto". [...] "Padre, glorifica tu nombre". Entonces vino una voz del cielo que decía: "Lo he glorificado y volveré a glorificarlo"». El tiempo en que Jesús sufrió en la cruz y murió fue el momento en que alcanzó la gloria. Esto trajo gloria no solo al mismo Jesús, sino también a Dios Padre. Juan 17:1 afirma: «Jesús habló estas palabras, alzó los ojos al cielo y dijo: "Padre, la hora ha llegado. Glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti"». Al llevar a cabo esta gran obra de salvación, Jesús no buscó aliviar Su sufrimiento bebiendo vino mezclado con hiel —soportando así Su agonía en un estado de semiconsciencia—, ni sufrió y murió en la cruz con la mente nublada. Por el contrario, en el acto de perdonar nuestros pecados y asegurar nuestra salvación, Él nunca buscó disminuir Su propio dolor, sino que soportó la medida completa del sufrimiento.

Al observar el texto de hoy —Marcos 15:24—, la Escritura declara: «Lo crucificaron». El momento específico en que Jesús fue crucificado se registra como «la hora tercera» (v. 25); es decir, «alrededor de las 9:00 a. m.» (v. 25, *Modern People's Bible*). Sin embargo, en Juan 19:14, la Escritura señala que el momento en que el gobernador romano Pilato interrogó a Jesús fue «el Día de la Preparación de la Pascua, y alrededor de la hora sexta» [o «alrededor de ese momento» (*Modern People's Bible*)]. Existen diversas teorías con respecto a esta discrepancia; una de ellas sugiere que la diferencia es análoga a la distinción entre los calendarios solar y lunar en Corea. A nuestros ojos, el momento de la crucifixión de Jesús y el momento de Su interrogatorio por parte de Pilato parecen estar en conflicto; sin embargo, dado que nuestra premisa fundamental es la creencia en la inerrancia de la Biblia —es decir, que no contiene errores—, concluimos que esta aparente discrepancia es simplemente una

cuestión que aún no hemos comprendido plenamente. Cuando Jesús fue crucificado, se le clavaron clavos tanto en las manos como en los pies. La inscripción fijada en la cruz —la cual indicaba la acusación en Su contra— decía: «El Rey de los judíos» (Marcos 15:26, *Modern People's Bible*). Dos ladrones fueron crucificados junto a Jesús: uno fue colocado a Su derecha y el otro a Su izquierda (v. 27). Además, al examinar el texto de hoy —Marcos 15:24—, la Biblia afirma: «Y repartieron Sus vestiduras, echando suertes sobre ellas para decidir qué se llevaría cada uno». En Juan 19:23–24 se registra información más detallada sobre este acontecimiento: «Los soldados que crucificaron a Jesús tomaron Sus ropas y las dividieron en cuatro partes, dando una a cada soldado. Sin embargo, Su túnica interior estaba tejida de una sola pieza de arriba abajo, sin costuras; por lo que los soldados se dijeron unos a otros: "No la rasguemos; mejor echemos suertes para ver quién se la queda". Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura que dice: "Se repartieron entre sí Mis vestiduras exteriores y echaron suertes sobre Mi túnica interior". Y así, eso fue lo que hicieron los soldados» (*Modern People's Bible*). Aquí, el texto indica que los soldados que crucificaron a Jesús tomaron Sus ropas, las dividieron en cuatro partes y cada uno tomó una porción. No obstante, eruditos como el pastor Hendricksen y el pastor James Boice han interpretado estas «cuatro partes» como compuestas por: (a) una cubierta para la cabeza, (b) sandalias, (c) una faja o cinturón, y (d) una vestidura exterior; concluyendo que cada uno de los cuatro soldados tomó uno de estos artículos. En cuanto a la «túnica interior» de Jesús, los soldados decidieron no rasgarla, sino echar suertes sobre ella; con esto se cumplió la profecía que se encuentra en el Salmo 22:18: «Se repartieron entre sí Mis vestiduras exteriores y echaron suertes sobre Mi túnica interior» (*Modern People's Bible*). El pasaje de Marcos 15:29–32 dice: «Los que pasaban por allí lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo: "¡Vaya! Tú, que vas a destruir el templo y a reconstruirlo en tres días, ¡baja de la cruz y sálvate a ti mismo!". De la misma manera, los sumos sacerdotes y los maestros de la ley se burlaban de él entre sí. "Salvó a otros —decían—, ¡pero no puede salvarse a sí mismo! Que este Mesías, este Rey de Israel, baje ahora de la cruz para que veamos y creamos". También los que habían sido crucificados con él lo colmaban de insultos». Un relato similar se registra en Mateo 27:39–44; al examinar ese texto, vemos que los «transeúntes» —

quienes insultaban a Jesús acusándolo de profanar el templo y cometer blasfemia— desafiaron a Jesús con burla mediante dos exigencias específicas. Estas dos exigencias eran: «Si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo» y «Baja de la cruz» (Mat. 27:40). Las personas que unieron sus voces a estas burlas no eran otras que los sumos sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos. Ellos también se unieron para burlarse (ridiculizar) a Jesús de esta manera: «¡Salvó a otros, pero no puede salvarse a sí mismo! ¡Él es el Rey de Israel! Que baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Él confía en Dios; que Dios lo rescate ahora si es que lo quiere, pues dijo: "Soy el Hijo de Dios"» (vv. 42–43). Al observar el contenido de estas burlas, resulta evidente que ellos, al igual que los transeúntes, exigían que Jesús bajara de la cruz. Esto revela que todos se burlaban de Jesús dando a entender que, si él fuera verdaderamente el Hijo de Dios, no debería morir en la cruz, sino salvarse a sí mismo o ser rescatado por Dios. Esta es, precisamente, la obra de Satanás. Satanás no quería que Jesús muriera en la cruz. Para ser más específicos, Satanás no quería que Jesús cargara con el peso de todos nuestros pecados y muriera en la cruz. Esto se debe a que Satanás no tiene absolutamente ningún deseo de que nosotros recibamos el perdón de los pecados y alcancemos la salvación. Sin embargo, Dios —quien ama y se deleita en su Hijo unigénito, Jesús (3:17)— quiso que Él fuera herido y padeciera aflicción (Isa 53:10); en última instancia, Dios incluso apartó su rostro del clamor que Jesús profirió en la cruz —¿«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mat 27:46)?— y quiso que Él muriera allí. La razón de esto es que Dios desea que todas las personas sean salvas y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2:4). Incluso los ladrones que fueron crucificados junto a Él se unieron para ultrajarlo de esta manera (Mat 27:44).

Jesús cargó en nuestro lugar con todo aquello que nosotros estábamos destinados a padecer; al tomar sobre sí la cruz de la ignominia y permitir ser crucificado, Él consumó nuestra salvación. Jesús recibió gloria y, a su vez, dio gloria a Dios Padre. Por consiguiente, con el corazón rebosante de gratitud, debemos dedicar nuestras vidas en esta tierra a dar gloria únicamente al Señor.

Jesús Crucificado (2)

[Marcos 15:21–32]

Marcos 15:22–23 dice: «Llevaron a Jesús al lugar llamado Gólgota (que significa "Lugar de la Calavera"). Le ofrecieron vino mezclado con mirra, pero él no lo tomó». Antes de llegar al lugar de la ejecución —el Lugar de la Calavera, o Gólgota— y de ser crucificado, Jesús se negó a aceptar el vino mezclado con mirra. Este vino mezclado con mirra servía como anestésico, administrado habitualmente a los que iban a ser crucificados para aliviar su sufrimiento; sin embargo, Jesús se negó a aceptarlo porque no deseaba que sus efectos lo adormecieran. La razón de ello era que, en la obra de nuestra salvación, Jesús tenía la intención de soportar el sufrimiento en su totalidad, sin buscar disminuirlo. Jesús soportó tal sufrimiento en su máxima expresión para poder salvarnos a nosotros —que somos incluso más miserables que los criminales crucificados junto a Él— y transformarnos en santos que llevan la semejanza del Hijo de Dios. Este acto de Jesús —soportar el sufrimiento en su máxima expresión por el bien de nuestra salvación— da gloria al Señor. Nosotros también —quienes, por la gracia de Dios, hemos depositado nuestra fe en este Jesús— debemos cultivar una fe madura y desbordante y, con corazón dispuesto, abrazar la medida plena del sufrimiento por amor a Jesús y al Evangelio (cf. Marcos 8:35; 15:23; Filipenses 1:29). El pasaje proviene de Juan 12:23–24 y 28: «Jesús les respondió, diciendo: "Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, se queda solo; pero si muere, produce mucho fruto". […] "Padre, glorifica tu nombre". Entonces vino una voz del cielo, que decía: "Ya lo he glorificado y volveré a glorificarlo"». Entre los que habían subido a Jerusalén para adorar durante la fiesta de la Pascua, había varios griegos; estos se acercaron a Felipe y le pidieron con insistencia

ver a Jesús. En consecuencia, Felipe fue y habló con Andrés; y juntos, Andrés y Felipe acudieron a Jesús y le transmitieron esta petición (Juan 12:1, 12, 20–22). Jesús entonces ofreció su respuesta a esta consulta (v. 23). Jesús declaró: «Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado». Esta afirmación puede interpretarse de dos maneras: (1) Significa que había llegado el momento de que Jesús muriera en la cruz —muy parecido a «un grano de trigo [que] cae en la tierra y muere» (v. 24)—, tal como Él mismo declaró en el versículo 23; y (2) Significa que, así como «un grano de trigo» produce «mucho fruto» al caer en la tierra y morir, del mismo modo Jesús daría «mucho fruto» a través de su muerte en la cruz (v. 24). En este contexto, el «mucho fruto» se refiere a los gentiles —tales como los griegos que se habían acercado a Felipe solicitando ver a Jesús—, quienes serían salvados mediante la muerte de Jesús en la cruz; la salvación de estas almas constituye el «fruto», y es a este resultado a lo que Jesús se refiere como «gloria» (v. 23). El pasaje proviene de Juan 12:28: «Padre, glorifica tu nombre». Entonces se oyó una voz desde el cielo que decía: «Ya lo he glorificado, y volveré a glorificarlo». Jesús oró a Dios Padre, diciendo: «Padre, glorifica tu nombre». En ese instante, se oyó una voz desde el cielo, y Dios Padre respondió (habló), declarando que ya lo había glorificado. ¿Cuál es, entonces, el significado detrás de la declaración de Dios Padre en este pasaje, al afirmar que ya había glorificado a Jesús? La respuesta se encuentra en Lucas 2:14: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre aquellos en quienes Él se complace!». Este pasaje hace referencia a la Encarnación (el nacimiento) de Jesús, afirmando: «Porque hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor» (v. 11). Por consiguiente, Dios Padre ya había recibido gloria a través de la Encarnación (el nacimiento) de Jesús (Juan 12:28). ¿Cuál es, entonces, el significado detrás de la declaración de Dios Padre: «Lo glorificaré de nuevo»? (v. 28). Esto significa que, en el futuro, Dios Padre glorificaría a Jesús propiciando Su muerte en la cruz, resucitándolo (devolviéndole la vida) después de tres días y sentándolo a Su propia diestra. El apóstol Pablo describe esto en Filipenses 2:9–11 de la siguiente manera: «Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús toda rodilla se doble —en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra— y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre». Aquí, la frase

«por lo cual» hace referencia al hecho de que Jesús, habiendo tomado forma humana, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta el punto de la muerte; específicamente, la muerte en una cruz (v. 8). Dios exaltó sumamente y glorificó a Jesús, quien había permanecido obediente a Dios Padre incluso hasta el punto de morir en la cruz (vv. 9–11).

El pasaje de Juan 12:32–33 dice: «Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí». Él dijo esto para indicar el tipo de muerte que iba a sufrir. Cuando Jesús declaró: «cuando sea levantado de la tierra», se refería a Su crucifixión, haciéndose eco de las palabras que se encuentran en Juan 3:14: «Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también debe ser levantado el Hijo del Hombre». Por favor, consulte Números 21:9 (de *The Contemporary Bible*): «Así que Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó sobre un poste; y siempre que alguien que había sido mordido por una serpiente miraba la serpiente de bronce, vivía». Tal como Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó sobre un poste (Núm. 21:9), Jesús estaba declarando que Él también sería levantado y crucificado en la cruz (Juan 3:14; 12:32–33). Además, cuando Jesús dijo: «Yo atraeré a todos hacia mí» (Juan 12:32), el significado es que, mediante su elevación y crucifixión en la cruz, Él atraería a todas las personas que Dios había elegido antes de la creación del mundo —referidas aquí como «todos»—, conduciéndolas a la salvación e introduciéndolas en el Reino de Dios. En este contexto, la palabra «conducir» significa que Jesús —el Buen Pastor descrito en el capítulo 10 de Juan— guía a sus ovejas con amor, tal como un pastor guía a su rebaño. Esto encuentra eco en Oseas 11:3-4: «Yo mismo enseñé a caminar a Efraín, tomándolo de los brazos; pero ellos no supieron que yo los sanaba. Los atraje con cuerdas humanas, con lazos de amor; fui para ellos como quien levanta el yugo de su cuello; puse alimento ante ellos». Del mismo modo en que un padre enseña a caminar a un niño pequeño, Dios libró al pueblo de Israel («Efraín») de Egipto; les enseñó a caminar por el desierto, los estrechó entre sus brazos y los guio con los lazos de su amor. De igual manera, Jesús —el Buen Pastor— condujo a sus ovejas con estos lazos de amor, llegando incluso a entregar su propia vida por ellas (Juan 10:11, 15). Al conducir así a la salvación a todo el pueblo elegido de Dios, Jesús dio gloria al nombre de Dios Padre (Juan 12:28). Asimismo, con el fin de

cumplir la voluntad redentora de Dios Padre, Jesús llegó a «un lugar llamado Gólgota (que significa Lugar de la Calavera)»; allí, se negó a aceptar el vino mezclado con mirra y, al someterse a la crucifixión y soportar la medida plena del sufrimiento (Marcos 15:22-24), dio gloria al nombre de Dios Padre (Juan 12:28). Tal como Dios Padre le dijo a Su Hijo unigénito, Jesucristo —quien de este modo glorificó el nombre de Su Padre—: «Ya lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo» (Juan 12:28), Él, en efecto, glorificó a Jesús a través de Su encarnación (nacimiento) y lo glorificó una vez más a través de Su crucifixión y muerte. En última instancia, el Hijo, Jesús, glorificó el nombre de Dios Padre al venir a este mundo conforme a la voluntad de Dios (Su encarnación/nacimiento) y al ser crucificado y morir —también conforme a la voluntad de Dios (Su muerte)—. En otras palabras, tanto el principio (el nacimiento) como el fin (la muerte) de la vida terrenal de Jesús sirvieron enteramente para glorificar a Dios Padre. Siguiendo el ejemplo de Jesús, nosotros también —habiendo llegado a ser «personas nuevas» mediante la fe en Jesucristo, únicamente por la gracia de Dios (el comienzo de nuestra nueva vida)— debemos glorificar a Dios desde ese momento hasta el día en que muramos en esta tierra. Primera de Corintios 10:31 (de *La Biblia para la Gente Moderna*) declara: «Por lo tanto, ya sea que coman o beban, o cualquier cosa que hagan, háganlo todo para la gloria de Dios». Mientras vivamos en esta tierra, hagamos lo que hagamos, debemos vivir para la gloria de Dios. La primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster plantea: «¿Cuál es el fin principal del hombre?». La respuesta a esta pregunta es: «El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre». Al gozar de Dios para siempre, no debemos limitarnos a glorificarlo únicamente durante nuestro tiempo en la tierra; más bien —tal como hizo Jesús— debemos glorificarlo incluso a través de nuestra propia muerte. Es más, al igual que Abel, el patriarca de la fe, debemos continuar glorificando a Dios incluso después de haber muerto; pues, a través de nuestra fe, él «todavía habla» (Hebreos 11:4, *La Biblia para la Gente Moderna*) a nuestros hijos, a nuestros descendientes y a todas las personas, incluso hasta el día de hoy.

Jesús Crucificado (3)

[Marcos 15:21–32]

Mientras Jesús sufría en la cruz, la gente se burlaba de Él, lo insultaba, lo ridiculizaba y lo ultrajaba. ¿Quiénes fueron los que se burlaron, insultaron, ridiculizaron y ultrajaron a Jesús crucificado? Los que pasaban por allí insultaban a Jesús. Marcos 15:29–30 dice: «Los que pasaban por allí lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo: "¡Ajá! Tú, que vas a destruir el templo y a reconstruirlo en tres días, ¡sálvate a ti mismo y baja de la cruz!"». Los sumos sacerdotes ridiculizaban a Jesús. Marcos 15:31–32 dice: «De la misma manera, los sumos sacerdotes, junto con los maestros de la ley, se burlaban de Él entre sí. "Salvó a otros —decían—, ¡pero no puede salvarse a sí mismo! Que este Mesías, este Rey de Israel, baje ahora de la cruz para que veamos y creamos". Los que fueron crucificados con Él también le lanzaban insultos». Los maestros de la ley también ridiculizaban a Jesús. Marcos 15:31 dice: «De la misma manera, los sumos sacerdotes, junto con los maestros de la ley, se burlaban de Él...». Mateo 27:41 dice: «De la misma manera, los sumos sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos se burlaban de Él». Los ancianos también ridiculizaban a Jesús. Mateo 27:41–43 dice: «De la misma manera, los sumos sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos se burlaban de Él. "Salvó a otros —decían—, ¡pero no puede salvarse a sí mismo! ¡Es el Rey de Israel! Que baje ahora de la cruz, y creeremos en Él. Confía en Dios; que Dios lo rescate ahora si lo quiere, pues dijo: 'Soy el Hijo de Dios'"». Como miembros del Sanedrín —los líderes y funcionarios judíos—, ridiculizaban a Jesús. Lucas 23:35 afirma: «La gente se quedó allí observando, e incluso los gobernantes se mofaban de Él. Decían: "Salvó a otros; que se salve a sí mismo si es el Cristo de Dios, el Elegido"». Los soldados también se burlaban de Jesús. Lucas 23:36–37 dice: «También los soldados se acercaron y se

burlaron de él. Le ofrecieron vinagre y le dijeron: "Si eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo"». Los ladrones lanzaron insultos contra Jesús. Mateo 27:44 afirma: «De la misma manera, los ladrones que fueron crucificados con él también le lanzaron insultos». ¿Cuál era la esencia de la burla, el escarnio y los insultos dirigidos al Jesús crucificado por estos siete grupos de personas: (1) los transeúntes, (2) los sumos sacerdotes, (3) los maestros de la ley, (4) los ancianos, (5) los oficiales, (6) los soldados y (7) los ladrones? Su mensaje era este: «Sálvate a ti mismo y baja de la cruz». En otras palabras, le estaban diciendo que se salvara a sí mismo por su propio poder; que eligiera vivir en lugar de morir en la cruz. Esta es, de hecho, la obra de Satanás. Satanás no quería que Jesús muriera en la cruz. Para ser más específicos, Satanás no quería que Jesús cargara con el peso de todos nuestros pecados y muriera en la cruz. Esto se debe a que Satanás no tiene absolutamente ningún deseo de que nosotros recibamos el perdón de los pecados y alcancemos la salvación.

Si bien Jesús fue tentado tres veces por Satanás (el Diablo) antes de comenzar su ministerio (Lucas 4:1–13), también fue sometido a tres tentaciones mientras pendía crucificado en la cruz, buscando llevar su ministerio a su consumación (basándonos únicamente en el relato del Evangelio de Lucas). Estas son las tres tentaciones que Jesús enfrentó mientras estaba en la cruz: (1) La primera tentación: «La gente estaba allí observando, y hasta los gobernantes se burlaban de él. Decían: "Salvó a otros; que se salve a sí mismo si es el Mesías de Dios, el Elegido"» (23:35); (2) La segunda tentación: «También los soldados se acercaron y se burlaron de él. Le ofrecieron vinagre y le dijeron: "Si eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo"» (vv. 36–37); (3) La tercera tentación: «Uno de los criminales que estaban allí colgados le lanzó insultos: "¿Acaso no eres el Mesías? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!"» (v. 39). El objetivo detrás de estas tres tentaciones por parte de Satanás era incitar a Jesús a salvarse a sí mismo de la cruz; a elegir vivir en lugar de morir. En otras palabras, dado que Satanás no quería en absoluto que Jesús cargara vicariamente con el peso de nuestros pecados y muriera una muerte redentora en la cruz, utilizó a los «gobernantes» (v. 35), a los «soldados» (v. 36) y a «uno de los criminales que estaban allí colgados» (v. 39) para tentar a Jesús —en tres ocasiones distintas— con el desafío de «salvarse a sí mismo». ¿Qué lección

nos ofrece este hecho? Satanás nos tienta incesantemente, desde el principio hasta el final de nuestras vidas en esta tierra. Nos tienta —burlándose, ridiculizándonos y calumniándonos— para que vivamos conforme a la voluntad humana en lugar de morir de acuerdo con la voluntad de Dios. Satanás emplea una estrategia de tentación progresiva: primero nos tienta a través de personas que nos resultan algo distantes —tales como los «oficiales»—; luego nos tienta a través de aquellos que están más cerca —tales como los «soldados»—; y, finalmente, nos tienta a través de aquellos que son los más cercanos de todos —tales como «uno de los criminales crucificados junto a nosotros»—. Satanás nos tienta a través de estas tres categorías de personas; sin embargo, a mi juicio, la tentación más letal de todas es aquella que proviene de los propios miembros de nuestro hogar: aquellos que nos son más cercanos. Por ejemplo, en el caso de Job, mientras este soportaba su sufrimiento, su esposa le dijo: «¿Todavía mantienes tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!» (Job 2:9). «Pero Job respondió: "Hablas como una mujer insensata. ¿Aceptaremos de Dios solo lo bueno, y no también lo malo?". En todo esto, Job no pecó con sus labios» (v. 10).

¿Por qué Jesús, quien fue crucificado, fue objeto de tales burlas, escarnios e insultos? Fue a causa de nuestros pecados. Jesús soportó todas las burlas, escarnios e insultos que, por derecho, estaban destinados a nosotros. La Biblia revela que el sufrimiento de Jesús fue profetizado en el Salmo 22:6–8 (Versión en Inglés Contemporáneo): «Pero ahora no soy más que un gusano, no un hombre; soy despreciado incluso por mi propio pueblo y me he convertido en objeto de burla para todos. Todos los que me ven se mofan y me insultan; sacuden la cabeza y dicen: "¿Acaso no era él quien confiaba en el SEÑOR? ¿Por qué, entonces, no lo salva Él? Si el SEÑOR verdaderamente se deleita en él, ¿por qué no acude en su ayuda?"». La voluntad de Dios es salvar a aquellos a quienes Él ha —en Su presciencia— amado, elegido, llamado, justificado y glorificado (Romanos 8:30). Fue para cumplir esta voluntad divina que Jesús soportó toda humillación concebible en la cruz.

Jesús soportó toda indignidad y sufrimiento en la cruz por amor a nosotros —por nosotros, que merecíamos justamente la pena por nuestros pecados— mientras «aún éramos impotentes» (Romanos 5:6), «mientras aún éramos pecadores» (v. 8) y «mientras éramos enemigos [de Dios]» (v. 10). Por lo tanto, cuando contemplamos a Jesús —quien soportó tal humillación y sufrimiento en la cruz— deberíamos derramar lágrimas de gratitud y profunda emoción. A continuación se presentan las letras de las estrofas 4 y 5 del Himno 143 del *Nuevo Himnario*, titulado «¡Qué amor tan maravilloso es este!»: (Estrofa 4) «Cuando estoy ante la cruz, tan agradecido por ese acto, no me atrevo a alzar el rostro, sino solo a derramar mis lágrimas». (Estrofa 5) «Aunque llore por siempre, sé que mis lágrimas no pueden pagar; no teniendo nada más que dar, me ofrezco a mí mismo por completo». Al contemplar a Jesús —quien fue crucificado y soportó toda humillación y sufrimiento— deberíamos sentirnos tan abrumados de gratitud por el hecho de que Él cargó con todos nuestros pecados y recibió todo castigo en nuestro nombre, muriendo en la cruz, que ni siquiera podamos alzar el rostro; en su lugar, derramando lágrimas de acción de gracias, debemos dedicar nuestros cuerpos, mentes y vidas enteras a vivir para el Señor. Sin embargo, parece que, si bien comprendemos esta verdad intelectualmente, no la hemos interiorizado verdaderamente en nuestros corazones. La razón de esto es que nuestros corazones se han vuelto como diamantes (Zac. 7:12), y nuestras frentes también se han vuelto más duras que el pedernal, como diamantes (Ez. 3:9). ¿Qué debemos hacer, entonces? La segunda estrofa del *Nuevo Himnario* n.º 87, «La vestidura que mi Señor vistió», ofrece la respuesta: «Mi Señor soportó todo amargo sufrimiento; al contemplar la cruz que Él llevó, derramo mis lágrimas». Debemos acercarnos a la cruz que el Señor llevó con humildad y fe. Debemos meditar profundamente en toda la humillación y el sufrimiento que Él soportó en nuestro lugar, y ofrecer nuestras súplicas al Señor. Por lo tanto —dejando de lado todo deseo mundano vano y todo pensamiento arrogante, y creciendo en nuestra comprensión de la inmensa gracia del Señor, habiendo recibido un amor tan asombroso— debemos ofrecer nuestros propios cuerpos como sacrificio vivo al Señor, derramando no solo lágrimas de gratitud, sino también lágrimas de total dedicación (*Nuevo Himnario* n.º 149, «La cruz donde murió Jesús»). Además, dado que nuestros corazones se sienten atraídos hacia la cruz del Señor

—la cual fue recibida con escarnio y desprecio (*Nuevo Himnario* n.º 150, «En el monte del Calvario», estrofa 2)— debemos declarar: «Que el honor, la gloria y toda autoridad pertenezcan únicamente al Señor; en cuanto a mí, yo llevaré la cruz del escarnio y del desprecio». Así pues, debemos servir al Señor con gratitud, sin buscar fama ni reconocimiento (*Nuevo Himnario* n.º 323, «Llamados a servir», estrofa 3).

Las siete palabras desde la cruz (1)

[Lucas 23:34-43]

A partir de hoy, meditaremos sobre las siete palabras que Jesús pronunció desde la cruz. Desde el momento en que fue apresado en el Huerto de Getsemaní —detenido por los sumos sacerdotes, los ancianos, los escribas y los soldados que habían acudido para arrestarlo— hasta el momento en que fue clavado en la cruz, Jesús apenas habló. Las pocas palabras que sí pronunció eran pura verdad y Evangelio (Mateo 26:34; 27:11; Marcos 14:62; 15:2; Lucas 23:3, 28-31; Juan 18:20, 21, 23, 34, 36, 37; 19:11). Aparte de estas expresiones concretas, Jesús no pronunció ninguna otra palabra, ni a causa del intenso dolor físico ni por angustia emocional. Mientras conducían a Jesús hacia el Gólgota, junto a dos criminales, es probable que estos profirieran todo tipo de palabras; sin embargo, Jesús no abrió su boca. Con esto se cumplió la palabra profética que se encuentra en Isaías 53:7. Isaías 53:7 dice: «Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; fue llevado como un cordero al matadero, y como oveja que ante sus trasquiladores enmudece, así él no abrió su boca». Fue precisamente este Jesús —quien había permanecido tan silencioso— quien pronunció siete palabras específicas mientras estaba en la cruz: (1) La primera palabra se encuentra en Lucas 23:34: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». (2) La segunda palabra se encuentra en Lucas 23:43: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (estas palabras fueron dirigidas a uno de los criminales crucificados junto a Él). (3) La tercera palabra se encuentra en Juan 19:26–27: «Mujer, he ahí tu hijo» (v. 26) (dicha a «su propia madre»), y «He ahí tu madre» (v. 27) (dicha al «discípulo a quien Él amaba»). (4) La cuarta palabra se encuentra en Mateo 27:46 (Marcos 15:34): «¿Eli, Eli, ¿lama sabactani?» (cuyo significado es: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»). (5) La quinta palabra

se encuentra en Juan 19:28: «Tengo sed». (6) La sexta palabra se encuentra en Juan 19:30: «Consumado es». (7) La última, la séptima palabra, se encuentra en Lucas 23:46: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Al examinar estas siete palabras de Jesús desde la cruz, observamos que Mateo (27:46) y Marcos (15:34) registran exactamente la misma palabra, apareciendo como una única instancia de las palabras de Jesús; Lucas registra tres palabras de Jesús que no aparecen en los otros Evangelios (Mateo, Marcos o Juan); y Juan registra tres palabras de Jesús. Así, a lo largo de los cuatro Evangelios (Mateo, Marcos, Lucas y Juan), encontramos las siete palabras que Jesús pronunció mientras estaba en la cruz.

Hoy me gustaría compartir la gracia que Dios nos concede mientras meditamos en la primera palabra que Jesús pronunció desde la cruz, la cual se encuentra en Lucas 23:34. Debemos tener en la más alta estima estas palabras pronunciadas por Jesús desde la cruz. El pasaje proviene de Lucas 23:34: «Entonces Jesús dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"»... [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Entonces Jesús dijo: "Padre, perdona a estas personas. No saben lo que están haciendo"»].

Esta declaración fue dirigida por Jesús a Dios Padre; es una oración. (Nosotros también deberíamos ofrecer oraciones en las que conversemos con Dios, tal como lo hizo Jesús. En otras palabras, nuestras oraciones deberían centrarse en la Palabra de Dios). El objeto de esta oración de Jesús era el «Padre», y el contenido de la oración era: «Perdónalos». Aquí, «ellos» se refiere específicamente a las personas que estaban crucificando a Jesús, pero, en un sentido más amplio, nos incluye también a nosotros. Las personas que crucificaron a Jesús lo hicieron por ignorancia, porque no comprendían lo que estaban haciendo. [Nota: (Nuevo Himnario, Himno 144, «Jesús, por mí», Estrofa 2) «¿Qué pecado cargó Él para tener que tomar la cruz? Aquellas personas ignorantes mataron al Mesías»]. Nosotros cometemos muchos pecados, y hay ocasiones en las que pecamos sin siquiera darnos cuenta. Incluso los propios discípulos de Jesús no lograron comprender Sus palabras —específicamente: «Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré» (Juan 2:19)—, las cuales hacían referencia a Su propia muerte y resurrección. Fue solo más tarde, después de

que Jesús hubo resucitado de entre los muertos, cuando recordaron que Él había pronunciado estas palabras; solo entonces llegaron a creer en las Escrituras y en las palabras que Jesús había dicho (Versículo 22).

La Biblia enseña que existen pecados que pueden ser perdonados, y también hay pecados que no pueden ser perdonados. El pasaje proviene de 1 Juan 5:16-17: «Si alguno ve a su hermano cometer un pecado que no lleva a la muerte, debe pedir, y Dios le dará vida; esto es, a aquellos cuyo pecado no lleva a la muerte. Existe un pecado que lleva a la muerte; no digo que se deba orar por ese. Toda injusticia es pecado, pero también existe pecado que no lleva a la muerte» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Si ves a un hermano cometer un pecado —siempre y cuando no sea un pecado que lleve a la muerte—, pídele a Dios perdón por él. Entonces Dios le concederá la vida. Sin embargo, existe un pecado que lleva a la muerte; no digo que debas orar por ese. Toda injusticia es pecado, pero también existe pecado que no lleva a la muerte»]. Los pecados cometidos por ignorancia pueden ser perdonados. La oración que Jesús ofreció a Dios Padre en la cruz —pidiendo el perdón de los pecados con las palabras: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34)— fue respondida. ¿Cómo lo sabemos? Al examinar los Hechos de los Apóstoles —escritos por Lucas, el mismo autor que redactó el Evangelio de Lucas— vemos que Dios respondió la oración que Jesús ofreció en la cruz. En consecuencia, Él capacitó a innumerables personas —a quienes había elegido antes de la fundación del mundo— para oír el Evangelio de Jesucristo, creer en Él, arrepentirse, ser bautizadas en el nombre de Jesucristo y recibir el perdón de los pecados (Hechos 2:38), alcanzando así la salvación: (v. 41) «Así que los que recibieron su mensaje fueron bautizados, y aquel día se unieron a su número unas tres mil personas»; (4:4) «Muchos de los que oyeron el mensaje creyeron, y el número de hombres creció hasta llegar a unos cinco mil»; (5:14) «Sin embargo, cada vez más hombres y mujeres creían en el Señor y se unían a su número»; (6:1, 7) «En aquel tiempo, al aumentar el número de discípulos... la palabra de Dios seguía difundiéndose, y el número de discípulos en Jerusalén aumentaba considerablemente; e incluso un gran número de sacerdotes se hizo obediente a la fe»; (21:20) «Al oír esto, alabaron a Dios y le dijeron a Pablo:

“Hermano, como puedes ver, hay decenas de miles de creyentes entre los judíos…”». Incluso hoy, la oración que Jesús ofreció a Dios Padre en la cruz —pidiendo el perdón de los pecados— continúa siendo respondida.

En este preciso momento, Jesús está sentado a la diestra de Dios, intercediendo en nuestro favor (Rom 8:34). Hebreos 7:25 declara: «Por lo cual también puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos» [(Versión en Inglés Contemporáneo): «Por lo tanto, Jesús es capaz de salvar completamente a aquellos que se acercan a Dios a través de Él. Esto se debe a que Él vive siempre para ofrecer oraciones de intercesión por ellos»]. Jesús —quien posee un sacerdocio eterno y vive para siempre (v. 24, CEV)— está intercediendo por aquellos que se acercan a Dios a través de Él, para así poder salvarlos completamente (v. 25, CEV). La razón de esto es que Dios desea que todas las personas sean salvas y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2:4, CEV). Por consiguiente, nosotros también —siguiendo el ejemplo de Jesús— debemos suplicar a Dios Padre, diciendo: «Padre, perdónalos» [«Padre, por favor perdona a esas personas»] (Lucas 23:34). Al elevar nuestras súplicas, debemos pedir a Dios Padre el perdón de los pecados con fe; confiando en la promesa de que el Espíritu Santo, que habita en nosotros, nos ayuda en nuestra debilidad e intercede por nosotros con gemidos demasiado profundos para expresarse con palabras, conforme a la voluntad de Dios (Rom 8:26–27); y confiando en la promesa de que Cristo Jesús, quien está a la diestra de Dios, intercede en nuestro favor (v. 34). Además, al igual que Juan el Bautista, debemos «predicar un bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados» (Lucas 3:3). Al predicar, debemos hacerlo con valentía —llenos del Espíritu Santo, como el apóstol Pedro— proclamando el Evangelio de Jesucristo: Su muerte en la cruz y Su resurrección (Hechos 2:14–36). Cuando esto sucede —cuando las personas escuchan el Evangelio de Jesucristo a través de nosotros y se sienten profundamente conmovidas en su corazón, preguntando: «¿Qué debemos hacer?»— (v. 37)—debemos decirles: «Arrepiéntanse, todos ustedes, y bautícense en el nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados. Entonces recibirán el don del Espíritu Santo. Esta promesa es para ustedes, para sus hijos y para todos los que están lejos: todos aquellos a

quienes el Señor nuestro Dios llamará» (vv. 38–39, *Modern People's Bible*). Alternativamente, deberíamos decir: «Crean en el Señor Jesús, y ustedes y su casa serán salvos» (16:31). Por lo tanto, no solo ellos mismos, sino todas sus familias deben creer en Jesús y recibir la salvación (vv. 33–34). Cuando esto ocurra —cuando aquellos que estaban espiritualmente muertos en sus transgresiones y pecados sean devueltos a la vida (regenerados) (Ef. 2:1, *Modern People's Bible*)—, ciertamente nos regocijaremos y celebraremos (Lc. 15:32, *Modern People's Bible*). Hagamos todos de la letra del Nuevo Himno N.º 150, «En un monte lejano» (*The Old Rugged Cross*), nuestra petición de oración mientras ofrecemos nuestra alabanza: (Estrofa 1) En un monte lejano se alzaba una vieja y tosca cruz, emblema de sufrimiento y vergüenza; y yo amo esa vieja cruz donde el más amado y el mejor fue inmolado por un mundo de pecadores perdidos. (Estrofa 2) Oh, esa vieja y tosca cruz, tan despreciada por el mundo, tiene una atracción maravillosa para mí; pues el amado Cordero de Dios dejó Su gloria en lo alto para llevarla al oscuro Calvario. (Estrofa 3) En esa vieja y tosca cruz, teñida con sangre tan divina, veo una belleza maravillosa; pues fue en esa vieja cruz donde Jesús sufrió y murió para perdonarme y santificarme. (Estrofa 4) A esa vieja y tosca cruz seré siempre fiel; con gozo llevaré su vergüenza y su oprobio; entonces Él me llamará algún día a mi hogar lejano, donde compartiré Su gloria para siempre. (Estribillo) Así que atesoraré la vieja y tosca cruz, hasta que por fin deponga mis trofeos; me aferraré a la vieja y tosca cruz, y algún día la cambiaré por una corona. Apreciemos todos la cruz del Señor hasta alcanzar la victoria final. Pues es el símbolo del sufrimiento que el Señor padeció, y el lugar donde derramó su preciosa sangre. Resolvamos todos no saber nada, sino a Jesucristo, y a este crucificado (1 Corintios 2:2). Contemplemos todos, con un corazón lleno de fe, la sangre que el Señor derramó en aquella tosca cruz. Es la preciosa sangre que Él derramó para perdonarnos y expiar nuestros pecados. Aferrémonos todos con fe a la tosca cruz de Jesucristo hasta recibir nuestra resplandeciente corona.

Las siete palabras desde la cruz (2)

[Lucas 23:34–43]

Esta es la segunda palabra que Jesús pronunció desde la cruz: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43).

¿Quiénes son los individuos a los que Jesús se refiere aquí con el pronombre «tú»? En otras palabras, ¿a quién le dijo Jesús: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso»? Se trataba de uno de los «dos criminales» (v. 39) —o «dos ladrones» (Mateo 27:38)— que fueron crucificados junto a Jesús. Es imposible determinar si este individuo era el ladrón que colgaba a la derecha de Jesús o el que colgaba a su izquierda (Lucas 23:33; *Contemporary English Version*). Aunque la crucifixión no era la única forma de castigo para los ladrones en aquella época, el hecho de que estos dos fueran crucificados junto a Jesús sugiere que no eran criminales comunes y corrientes; eran lo peor de lo peor. Estos dos ladrones se burlaron de Jesús mientras Él colgaba de la cruz. Consideremos Mateo 27:44: «También los ladrones que fueron crucificados con él le lanzaban insultos de la misma manera». Aquí, la frase «de la misma manera» indica que estos dos ladrones se burlaron de Jesús tal como lo habían hecho anteriormente los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos cuando lo ridiculizaron. El pasaje proviene de Mateo 27:41–43: «De la misma manera, los sumos sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos se burlaban de él. "Salvó a otros —decían—, ¡pero no puede salvarse a sí mismo! ¡Él es el Rey de Israel! ¡Que baje ahora de la cruz, y creeremos en él! Confía en Dios; ¡que Dios lo rescate ahora si es que lo quiere, pues dijo: 'Soy el Hijo de Dios'!".» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Los sumos sacerdotes, junto con los maestros de la ley y los ancianos, también se burlaban de Jesús, diciendo: "¡Salvó a

otros, y sin embargo no puede salvarse a sí mismo! ¡Tú, que pretendes ser el Rey de Israel, baja de la cruz ahora mismo! Entonces nosotros también creeremos. Él confió en Dios y afirmó ser el Hijo de Dios; ciertamente, si Dios se complace en él, lo rescatará ahora".»] Uno de estos dos ladrones «lanzó insultos» contra Jesús —[«lo injurió» (Biblia Coreana Contemporánea)]— diciendo: «¿Acaso no eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!» (Lucas 23:39). En ese momento, el «otro» ladrón reprendió a «aquel hombre» (el ladrón), diciendo: «¿Acaso no temes a Dios, puesto que estás bajo la misma sentencia de condenación? Nosotros somos castigados con justicia, pues estamos recibiendo lo que merecen nuestros actos. Pero este hombre [Jesús] no ha hecho nada malo». [(Biblia Coreana Contemporánea) «El otro prisionero lo reprendió, diciendo: "¿Acaso no temes a Dios, aun cuando estás bajo la misma sentencia de muerte exacta? "Merecemos este castigo porque hemos cometido pecados, pero este hombre no ha hecho nada malo"» (vv. 40–41). Habiendo dicho esto, el ladrón se volvió hacia Jesús y le dijo: «Acuérdate de mí cuando entres en tu reino» (v. 42). Aquí, la frase «cuando entres en tu reino» se refiere a la Segunda Venida de Jesús. Este ladrón captó una verdad preciosa: el Evangelio. El Espíritu Santo le capacitó para comprender, otorgándole la bendición de depositar su fe en Jesús y confiar en Él. Jesús respondió a este ladrón: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso» (v. 43). En este contexto, «Paraíso» se refiere al Cielo.

Un punto interesante aquí es que, si bien Mateo 27:41–44 registra que ambos ladrones crucificados junto a Jesús lo injuriaron (v. 44) —y presumiblemente se habrían burlado de Él tal como lo hicieron los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos (v. 41), diciendo: «¡Salvó a otros, pero no puede salvarse a sí mismo! Si Él es el Rey de Israel, que baje ahora mismo de la cruz, y entonces creeremos en Él. Él confía en Dios; que Dios lo libre ahora si se deleita en Él, pues dijo: "Soy el Hijo de Dios"» (vv. 42–43)—, Lucas 23:39–41 revela que, en realidad, solo uno de los dos ladrones dijo efectivamente: «¿No eres tú el Cristo?». Uno de los ladrones «insultó a Jesús, diciendo: "¡Sálvate a ti mismo… y a nosotros!"» (v. 39, *Biblia Coreana Contemporánea*), mientras que el otro ladrón «reprendió» a aquel que se había burlado de Jesús, diciendo: «¿Acaso no temes a Dios, puesto que estás bajo la misma

condenación? Nosotros recibimos la justa retribución por nuestros hechos, y por tanto es lo correcto; «…pero este hombre no ha hecho nada malo» (vv. 40–41). ¿Cómo es posible que uno de los dos ladrones que habían injuriado a Jesús —preguntando: «¿No eres tú el Cristo?»— cambiara de actitud? Mientras que un ladrón insultaba (injuriaba) a Jesús diciendo: «Sálvate a ti mismo y a nosotros» (v. 39), ¿por qué el otro ladrón —tras reprender a quien insultaba a Jesús— le pidió: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino»? (v. 42). Las palabras pronunciadas por el ladrón que insultó a Jesús —«Sálvate a ti mismo y a nosotros» (v. 39)— constituían una injuria burlona que implicaba: «Si verdaderamente eres el Cristo, entonces sálvate a ti mismo y a nosotros (los dos ladrones) para que no suframos la pena de muerte bajo esta condena en la cruz, sino que, por el contrario, vivamos». En contraste, el otro ladrón —quien reprendió al primero— habló movido por el temor de Dios, declarando: «Nosotros merecemos esta sentencia de muerte porque hemos cometido pecados, pero Jesús no ha hecho nada malo» (vv. 40–41). En otras palabras, este ladrón reconoció que, aunque Jesús estaba sujeto a la misma condena que él y el otro ladrón, ellos dos merecían ser crucificados y castigados porque habían cometido pecados, mientras que Jesús no había cometido pecado alguno que justificara Su muerte en la cruz. Además, cuando este ladrón le dijo a Jesús: «Jesús, acuérdate de mí cuando entres en Tu reino» (v. 42), no buscaba una salvación física —es decir, la preservación de su vida física para evitar morir en la cruz— como lo había hecho el otro ladrón; más bien, deseaba que, cuando Jesús entrara en el reino de Dios, se acordara de él para que él también pudiera entrar en el «Paraíso» (el Cielo) junto a Jesús y vivir eternamente (vv. 42–43).

Esta es la obra de la salvación: la gracia soberana de salvación de Dios en su totalidad. Dios, conforme a Su propia voluntad, [trató con] este ladrón… Mientras que Dios mostró misericordia y otorgó la gracia de la salvación a uno de los ladrones, permitió que el otro permaneciera endurecido (Rom 9:15, 18). El ladrón que recibió la misericordia de Dios y fue salvo era, en verdad, un malhechor; un hombre impío cuyos pecados merecían plenamente el castigo de muerte por crucifixión. Sin embargo, mediante la gracia soberana de Dios, depositó su fe en el impecable Jesucristo, recibiendo así la salvación (vida eterna) y

obteniendo la entrada al Cielo. Tal como se hace eco en la letra del Himno 87, «La túnica que mi Señor vistió», Jesús —quien dejó la ciudad celestial, un lugar mucho más radiante que el Monte Sion, para venir a este mundo— soportó la amarga agonía de la cruz y nos amó hasta el mismo fin, incluso hasta el punto de ser clavado para morir (Juan 13:1); al hacerlo, extendió ese amor incluso a un ladrón criminal, otorgándole así la salvación (Lucas 23:43). Por lo tanto, aparte de Jesucristo —quien es el Camino, la …la Verdad y la Vida; nadie puede llegar a Dios Padre (Juan 14:6). Es únicamente a través de la fe en Jesucristo que uno puede recibir la salvación y entrar en el Cielo. «Cree en el Señor Jesús, y serás salvo —tú y toda tu casa» (Hechos 16:31).

Las siete palabras desde la cruz (3)

[Juan 19:25-27]

Esta es la tercera palabra que Jesús pronunció desde la cruz: «Mujer, he ahí tu hijo... ¡He ahí tu madre!» (Juan 19:26-27).

El texto de hoy proviene de Juan 19:25-27: «Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena. Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: "Mujer, he ahí tu hijo". Después dijo al discípulo: "He ahí tu madre". Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa». A partir de estos versículos, podemos observar que había cuatro mujeres y un hombre de pie junto a la cruz de Jesús.

En primer lugar, quisiera considerar a las cuatro mujeres: (1) «Su madre» se refiere a María, la madre de Jesús, quien fue crucificado. (2) «La hermana de su madre» se refiere a Salomé (Marcos 15:40), la hermana menor de María (la madre de Jesús) y esposa de Zebedeo —el padre de Jacobo y Juan, dos de los doce discípulos de Jesús (Mateo 27:56). ¿Cómo podemos saber esto? Comparando a las personas mencionadas en Mateo 27:56 y Marcos 15:40: (Mateo 27:56) María Magdalena, María la madre de Jacobo el Menor y de José, y «la madre de los hijos de Zebedeo»; (Marcos 15:40) María Magdalena, María la madre de Jacobo el Menor y de Joses, y «Salomé». (3) En cuanto a la mujer identificada como «María mujer de Cleofas» (Juan 19:25), no podemos afirmar de manera clara o definitiva quién era. Existen diversas teorías al respecto. Si observamos Mateo 10:2-4 y Marcos 3:18, pasajes que describen la escena en la que Jesús llama a sus doce discípulos, existe una teoría que

sugiere que los hijos de Alfeo son, de hecho, los hijos de Cleofas. En otras palabras, esta teoría postula que los nombres «Cleofás» y «Alfeo» se refieren a la misma persona. Al comparar los cuatro Evangelios, se puede inferir que Santiago el Menor y José eran hijos de Cleofás; además, dado que Santiago el Menor también es identificado como hijo de Alfeo, resulta razonable concluir que Alfeo era otro nombre para Cleofás (fuentes de Internet). (4) La mujer conocida como «María Magdalena» era una María que residía en la región de Magdala; ella había sufrido enormemente a causa de una posesión demoníaca —estando afligida por siete demonios— hasta que Jesús la sanó, tras lo cual se dedicó a servirle. Por favor, remítase a Lucas 8:2: «y también algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María (llamada Magdalena), de quien habían salido siete demonios». Estas cuatro mujeres no estuvieron al lado de Jesús desde el mismo comienzo (Juan 19:25). De hecho, inicialmente observaban a Jesús desde la distancia (Marcos 15:40). Para estas cuatro mujeres —quienes al principio habían observado a Jesús desde lejos— no debió de ser tarea fácil abrirse paso entre la inmensa multitud para llegar hasta el mismísimo pie de la cruz de Jesús cuando Él se dirigió al Gólgota para ser crucificado.

Entonces, ¿quién es la única figura masculina mencionada en el texto de hoy, Juan 19:25–27? Este hombre es identificado por Jesús como «el discípulo a quien Él amaba» (Juan 19:26) [Nota: La palabra «discípulo» aparece aquí en singular]. Entre sus doce discípulos, Jesús sentía un amor especial por Pedro, Juan y Santiago; por ello, cuando Jairo —el jefe de la sinagoga— perdió a su hija, Jesús no permitió que nadie le siguiera, salvo Pedro, Santiago y el hermano de Santiago, Juan (Marcos 5:37). De modo similar, cuando Jesús ascendió al Monte de la Transfiguración y se transfiguró, llevó consigo aparte únicamente a Pedro, Santiago y Juan (Mateo 17:1–2). Además, cuando Él oró en el Huerto de Getsemaní, dejó a ocho de los discípulos en la entrada del huerto y llevó consigo, más hacia el interior, únicamente a Pedro, Jacobo y Juan (Marcos 14:33). De estos tres discípulos, aquel a quien se hace referencia en el texto de hoy —Juan 19:26— como «el discípulo a quien Jesús amaba» es Juan. Podemos deducir esto por las siguientes razones: En primer lugar, el

apóstol Jacobo ya había sido ejecutado por Herodes (Hechos 12:2); por lo tanto, cuando Jesús habló desde la cruz —diciendo a «aquel discípulo»: «¡He ahí a tu madre!» (Juan 19:27)—, Jacobo ya no estaba vivo para proveer para la madre de Jesús, María. En segundo lugar, sabemos que no fue el apóstol Pedro debido a un incidente que ocurrió justo antes de la Pascua: Sabiendo que había llegado la hora de partir de este mundo y regresar al Padre —y habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo hasta el fin (Juan 13:1)—, Jesús lavó los pies de los discípulos y les habló, declarando: «En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará» (v. 21). En ese momento, Pedro hizo una señal a uno de los discípulos de Jesús —específicamente, a «aquel a quien Él amaba», quien estaba recostado cerca del costado de Jesús— y le instó a preguntar a quién se refería Jesús (vv. 23–24). Entonces, ¿dónde estaba el apóstol Pedro cuando Jesús fue crucificado? Según la Biblia, Pedro no estaba de pie junto a la cruz de Jesús —como sí lo estaban las cuatro mujeres mencionadas en el texto de hoy, Juan 19:25—; tampoco existe mención alguna de que siquiera observara a Jesús desde la distancia, tal como ellas lo hicieron (Marcos 15:40). Esto sugiere que el apóstol Pedro no estuvo presente allí en absoluto. Si Pedro —quien lloró amargamente tras recordar las palabras de Jesús después de sus tres negaciones— se hubiera arrepentido verdaderamente, ¿no debería haber seguido a Jesús aún más de cerca? ¿Qué hay de nosotros? ¿Estamos verdaderamente de pie junto a la cruz de Jesús? O, al menos, ¿no deberíamos estar observándolo desde la distancia? Al igual que las cuatro mujeres y el único hombre —Juan— mencionados en el texto de hoy (Juan 19:25–26), nosotros también debemos seguir a Jesús de cerca y permanecer junto a Su cruz.

El texto de hoy proviene de Juan 19:26–27: «Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo a quien él amaba que estaban allí cerca, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo"; y al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Desde aquel momento, este discípulo la recibió en su casa». El Dr. Park Yun-sun identificó aquí tres puntos significativos: (1) «Incluso mientras permanecía obediente a Dios hasta su último aliento, Jesús no descuidó sus obligaciones humanas. Cumplió plenamente con las responsabilidades que tenía para con su madre. Concedió el deber de cuidar a su madre a su discípulo amado, Juan. (2) Jesús confió a su

madre a su discípulo amado en aras de una misión espiritual. Esto sirve como una lección profunda, enseñándonos que todas las cosas pertenecientes al ámbito natural deben, en última instancia, servir a los propósitos del ámbito espiritual. (3) Jesús valoraba a su familia espiritual más que a sus parientes biológicos. Por esta razón, confió a su madre al apóstol Juan en lugar de a sus propios hermanos menores. Dado que la comunión espiritual es eterna y está centrada en Dios, cuanto más la prioricemos, más nos acercaremos a Dios».

Junto a la cruz de Jesús se encontraban cuatro mujeres —su madre María, su tía Salomé, María la esposa de Cleofas y María Magdalena—, junto con un hombre: el apóstol Juan. Como se afirma en Mateo 20:28, Jesús no vino para ser servido, sino para servir; derramó su preciosa sangre y murió en la cruz para ofrecer su vida como rescate por muchos —es decir, para pagar el precio por los pecados de muchas personas—. Romanos 8:35–37 dice: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada? Como está escrito: "Por causa tuya afrontamos la muerte todo el día; se nos considera como ovejas destinadas al matadero". Sin embargo, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó». Debido al amor inquebrantable de Cristo, nosotros también —al igual que la madre de Jesús, María; su tía Salomé; María, la esposa de Clopas; María Magdalena; y el apóstol Juan— debemos permanecer al lado de Jesús hasta el final. Además, por medio del Señor que nos ama, debemos triunfar sobre la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro y la espada (la muerte). Por consiguiente, cuando nuestro Señor se vista con sus ropas de gloria y nos abra la puerta, debemos entrar en su reino y vivir allí eternamente (Nuevo Himnario 87, «La vestidura que mi Señor lleva», estrofa 4).

Las siete palabras desde la cruz (4)

[Mateo 27:45-49]

Esta es la cuarta palabra que Jesús pronunció desde la cruz: «Eli, Eli, ¿lama sabactani?».

Mateo 27:46 dice: «Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: "Eli, Eli, ¿lama sabactani?" —que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"». Aquí, «la hora novena» se refiere a «alrededor de las 3:00 p. m.» (v. 46, *The Contemporary Bible*). Además, la frase de que Jesús «clamó a gran voz» significa que Él invocó a Dios Padre con gran intensidad; de hecho, algunos han descrito esto como Jesús profiriendo un «grito de angustia». En este contexto, la afirmación de que Jesús «clamó con angustia» desde la cruz significa que Él invocó a Dios Padre con todas sus fuerzas: fervientemente y con una profunda y agonizante desesperación.

Aproximadamente 700 años antes, el profeta Isaías predijo que el Mesías (Cristo) no abriría su boca: «Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; fue llevado como cordero al matadero, y como oveja que ante sus trasquiladores enmudece, así él no abrió su boca» (Isaías 53:7). En cumplimiento de esta palabra profética, Jesucristo permaneció en silencio no solo durante su interrogatorio y juicio, sino también mientras estaba siendo crucificado —específicamente durante el periodo «desde el mediodía hasta las tres de la tarde, cuando la oscuridad cubrió toda la tierra» (Mateo 27:45, *The Contemporary Bible*). Al considerar la afirmación aquí presente de que «la oscuridad cubrió toda la tierra» (v. 45, *Modern People's Bible*), debemos verla en relación con el pasaje de Éxodo 10:21–23: «Entonces el SEÑOR le dijo a Moisés: "Extiende tu mano hacia el cielo para que la oscuridad se extienda

sobre Egipto; una oscuridad que se pueda sentir". Así que Moisés extendió su mano hacia el cielo, y una oscuridad total cubrió todo Egipto durante tres días. Nadie podía ver a nadie ni levantarse de su lugar durante tres días; sin embargo, todos los israelitas tenían luz en los lugares donde vivían». Al observar esta novena plaga —una de las diez plagas que Dios infligió a Egipto para liberar al pueblo de Israel—, vemos que una «oscuridad total» cubrió toda la tierra de Egipto durante «tres días» (v. 22, *Modern People's Bible*); durante este tiempo, las personas no podían reconocerse entre sí, ni nadie se levantó de su asiento (v. 23, *Modern People's Bible*). Sin embargo, el punto intrigante es el hecho de que hubo luz en la tierra de Gosén, donde residían todos los descendientes de Israel (v. 23). En este contexto, el acto de Dios de enviar una oscuridad total sobre toda la tierra de Egipto durante tres días significa que Dios estaba infligiendo un castigo a los egipcios.

El hecho de que —mientras Jesucristo permanecía crucificado en la cruz durante tres horas, «desde el mediodía hasta las tres de la tarde» (Mateo 27:45, *Modern People's Bible*)— solo la oscuridad descendiera sobre toda la tierra (v. 45) y no hubiera luz alguna, significa que Dios Padre estaba infligiendo un castigo a Su Hijo unigénito, Jesucristo. Jesucristo, la Luz del mundo (Juan 9:5), soportó el castigo de la oscuridad durante tres horas mientras estaba en la cruz (Mateo 27:45). Mientras Jesús permanecía crucificado en la cruz, guardó silencio, sin abrir jamás la boca, incluso cuando los transeúntes sacudían la cabeza y lo insultaban (Mateo 27:39–40); y cuando los sumos sacerdotes, junto con los escribas y los ancianos, se burlaban de Él de la misma manera (vv. 41–43); y cuando los dos ladrones crucificados junto a Él también lo injuriaron (v. 44). Tras soportar tres horas de tal silencio, Jesús finalmente clamó a gran voz «alrededor de las tres de la tarde», diciendo: «¿Eli, Eli, lama sabactani?». El significado de estas palabras es: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46, *Modern People's Bible*). Dios —quien, en su deseo de librar al pueblo de Israel de Egipto, había enviado la novena plaga de tinieblas totales que duró tres días— desató finalmente la décima y última plaga sobre el faraón, rey de Egipto, y sobre su pueblo, pues estos habían persistido en endurecer sus corazones. Éxodo 11:5 (*Modern People's Bible*) dice: «En Egipto morirá todo primogénito: desde el primogénito del faraón, que se

sienta en el trono, hasta el primogénito de la sierva que muele en el molino; y también morirá todo primogénito del ganado». En cumplimiento de esta palabra, Dios hirió de muerte a todo primogénito en la tierra de Egipto en la oscuridad de la noche: desde el primogénito del faraón, que se sentaba en el trono, hasta el primogénito del prisionero en el calabozo, así como a todo primogénito del ganado. En consecuencia, aquella noche, el faraón, todos sus oficiales y toda la población egipcia se levantaron, y se oyó un gran clamor de lamento por toda la tierra de Egipto, pues no hubo ni un solo hogar que no hubiera sufrido una muerte (12:29–30). Esta fue la retribución exigida por los pecados del faraón, rey de Egipto, y de su pueblo. Fue porque sus pecados habían alcanzado su medida plena que Dios infligió tal castigo sobre ellos. Sin embargo, a pesar de estar totalmente libre de pecado, Jesucristo fue crucificado; y durante las «tres horas» —desde el «mediodía hasta las tres de la tarde» (Mateo 27:45)— que Él pendió de la cruz, no solo «las tinieblas cubrieron toda la tierra» (v. 45), sino que también soportó la agonía de ser desamparado por su amoroso Padre celestial (v. 46). La Biblia declara claramente que Jesucristo es alguien que está libre de pecado: (2 Co 5:21) «A quien no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» [(Biblia Coreana Contemporánea: «Dios puso la carga de nuestros pecados sobre Cristo —quien no conoció pecado alguno— para que, en Cristo, fuéramos reconocidos por Dios como justos»)]; (1 Pe 2:22) «El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca» [(Biblia Coreana Contemporánea: «Cristo no cometió pecado, y no hubo engaño en su boca»)]; (1 Jn 3:5) «Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él» [(Biblia Coreana Contemporánea: «Como también sabéis, Jesús vino al mundo para quitar los pecados, y no hay absolutamente ningún pecado en Él»)]. Aunque Jesús enfrentó muchas tentaciones durante sus treinta y tres años de vida en esta tierra, no cometió pecado alguno. Jesús es alguien que no tiene absolutamente ninguna experiencia de haber pecado jamás. Pero, ¿por qué Aquel que estaba totalmente libre de pecado no solo fue crucificado, sino que también soportó tres horas de oscuridad que descendieron sobre toda la tierra y, además, sufrió el castigo eterno de ser abandonado por Dios Padre? La razón de esto es, precisamente, por causa nuestra. Para salvarnos de

nuestros pecados, Jesús fue crucificado en nuestro lugar y soportó el castigo de ser abandonado por Dios Padre. Y, finalmente, Jesús murió en la cruz.

Un punto interesante es que Dios infligió la novena plaga —«oscuridad total»— sobre los egipcios durante «tres días» (Éxodo 10:22); asimismo, el desobediente profeta Jonás pasó «tres días y tres noches» dentro del vientre de un gran pez (Jonás 1:17); y el impecable Jesús no solo permaneció «en la oscuridad durante tres horas» en la cruz (Mateo 27:45), sino que, en última instancia, permaneció «en la tierra durante tres días y tres noches» (Mateo 12:40). El profeta Jonás describió el vientre de aquel gran pez como un «lugar semejante a una tumba» (Jonás 2:2) o la «tierra de la muerte» (v. 6). Tal como Jesús declaró —«Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de un pez enorme, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra» (Mateo 12:40)—, así sucedió: habiendo cargado con todos nuestros pecados y muerto en la cruz para salvarnos, Jesucristo permaneció en la tierra durante tres días y tres noches, tal como el profeta Jonás había permanecido dentro del gran pez durante tres días. Así como Dios confinó al desobediente profeta Jonás durante tres días y tres noches dentro del vientre de un gran pez —un lugar afín a una tumba o a la tierra de la muerte (Jonás 2:2, 6)—, del mismo modo confinó a Su Hijo unigénito, Jesucristo, dentro de la tierra de la muerte durante tres días. [El Credo de los Apóstoles, en su versión inglesa, describe estos tres días dentro de la tierra de la muerte con la frase: «Descendió a los infiernos». En otras palabras, Jesús verdaderamente soportó los tormentos del infierno durante tres días dentro de aquel reino de tinieblas absolutas.] La razón de esto es capacitarnos a nosotros —quienes estábamos destinados a permanecer eternamente en aquel reino de tinieblas absolutas, el infierno— para vivir eternamente en el Reino de los Cielos. Dios, quien arrojó al desobediente profeta Jonás fuera de Su vista (Jonás 2:4), arrojó a Jesús —quien fue obediente a Dios incluso hasta la muerte en la cruz (Fil. 2:8)— hacia las profundidades de la tierra; Él hizo esto para que nosotros —pecadores que éramos enemigos de Dios e inevitablemente destinados a ser arrojados al infierno eterno— pudiéramos entrar en el Cielo eterno. La razón por la que Jesús se humilló a sí mismo —descendiendo cada vez más abajo, incluso hasta el interior de la

tierra— es que Dios tenía el propósito de hacernos «aquellos que pertenecen al cielo» (1 Cor. 15:48). He aquí la letra de la primera estrofa de la canción cristiana contemporánea «En aquel tiempo, la multitud»: «En aquel tiempo, la multitud crucificó a Jesús / con tres clavos oxidados. / El sonido del martillo resonó, haciendo eco en lo profundo de mi corazón; / con Su sangre, mis pecados fueron lavados». En efecto, cuando Jesús fue clavado en la cruz, en el monte del Gólgota, con esos tres clavos oxidados, ¿acaso el sonido de aquel martillo resuena verdaderamente en nuestros corazones? ¿Acaso el grito de angustia que Jesús profirió a gran voz desde la cruz —«¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46)— resuena verdaderamente en nuestros corazones? Ruego a Dios que derrame Su gracia sobre todos nosotros, capacitándonos para escuchar verdaderamente esta cuarta palabra de Jesús desde la cruz: el grito de angustia: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?» (v. 46). Así pues, ruego que todos nosotros ofrezcamos nuestra acción de gracias y nuestra alabanza a Dios con todas nuestras fuerzas, declarando: «Fuimos nosotros quienes clavamos a Jesús en la cruz en aquel entonces, con esos tres clavos oxidados; Su grito de angustia resonó en lo profundo de mi alma y, por Su sangre, mis pecados fueron lavados».

«Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?»

[Marcos 15:33–36]

Este es el cuarto dicho que Jesús pronunció desde la cruz: «Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?».

Marcos 15:34 dice: «A la hora novena, Jesús clamó a gran voz: "Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?" —que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"». Durante nuestro servicio del miércoles de la semana pasada, meditamos sobre este cuarto dicho de Jesús desde la cruz —«Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?»—, centrándonos principalmente en el pasaje de Mateo 27:46. Aproximadamente 700 años antes de que Jesucristo viniera a este mundo, el profeta Isaías predijo en Isaías 53:7 que el Mesías —Jesucristo— guardaría silencio. En cumplimiento de esta profecía, Jesús, en efecto, guardó silencio hasta que, justo antes de morir en la cruz, clamó a gran voz: «Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?» (Mateo 27:46). Aunque Jesús estaba libre de pecado, fue desamparado por Dios Padre a causa de *nuestros* pecados; fue por esta razón que clamó a gran voz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

Hoy meditaremos una vez más sobre este cuarto dicho de Jesús desde la cruz —«Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?»—, centrándonos en nuestro texto de hoy, Marcos 15:33–36, y específicamente en el versículo 34. En primer lugar, cabe señalar que la frase «Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?» está en arameo. En otras palabras, desde la cruz, Jesús clamó a gran voz utilizando las palabras arameas: «Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?». En aquel tiempo, el pueblo de Israel también hablaba arameo. El siguiente punto que deseamos considerar es: «¿Cuándo desamparó Dios Padre a Dios Hijo, Jesús?». Nuestro texto de hoy proviene de

Marcos 15:33–34: «Cuando llegó la hora sexta, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y a la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: "Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?", que traducido significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"». ¿Cuándo exactamente clamó Jesús a gran voz: «Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?» («Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»)? No fue cuando estaba siendo interrogado por el sumo sacerdote Anás; ni cuando estaba siendo cuestionado por Caifás; ni cuando estaba siendo juzgado ante el Consejo del Sanedrín; ni cuando estaba siendo interrogado y juzgado por Pilato; ni cuando estaba siendo cuestionado por el rey Herodes. Es más, no pronunció estas palabras mientras cargaba la cruz camino al lugar de la ejecución —el Lugar de la Calavera (el Gólgota)—, donde sería crucificado y sufriría su castigo; tampoco las dijo en el preciso momento en que estaba siendo clavado en la cruz; ni las habló durante las tres horas (desde las 9:00 a. m. hasta las 12:00 p. m.) inmediatamente posteriores a su crucifixión; ni las dijo durante el periodo de total oscuridad que duró desde las 12:00 p. m. hasta las 3:00 p. m. Más bien, fue alrededor de las 3:00 p. m. —cuando toda la terrible prueba llegaba a su fin— que clamó a gran voz: «Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?». Jesús, «sabiendo que ya todo estaba consumado, y para que la Escritura se cumpliera, dijo: "Tengo sed"» (Juan 19:28). Después de recibir el vino agrio, declaró: «Consumado es». Luego, inclinando la cabeza, entregó su espíritu (v. 30); sin embargo, justo antes de su muerte, había clamado a gran voz: «Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?» (Marcos 15:34). Jesús clamó a gran voz desde la cruz: «Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?». Me gustaría considerar tres puntos con respecto a lo que esto nos revela:

En primer lugar, el clamor de Jesús: «Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?» nos demuestra que Dios es justo, equitativo y santo.

Si observamos la oración que Jesús enseñó a sus discípulos (el Padre Nuestro), esta comienza con las palabras: «Santificado sea tu nombre» (Mateo 6:9; Lucas 11:2). Dios es santo. La primera parte de Habacuc 1:13 dice: «Tus ojos son demasiado puros para mirar el mal; no puedes tolerar la iniquidad…» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Tus ojos son tan

puros que no puedes mirar el mal, ni puedes tolerar la maldad»]. Dado que Dios es santo, justo y equitativo, sus ojos puros no pueden soportar mirar el pecado. Un Dios santo, justo y equitativo aborrece el pecado, no puede tolerarlo e, inevitablemente —y sin misericordia—, inflige castigo sobre él. Dios es un Dios justo que, al impartir el castigo por el pecado sin misericordia, llegó incluso al extremo de desamparar en la cruz a su amado y unigénito Hijo, Jesucristo (Mateo 3:17).

En segundo lugar, el clamor de Jesús —«Eli, Eli, lama sabachthani»— nos revela cuán pesado y aterrador es verdaderamente el costo del pecado. En otras palabras, el clamor de Jesús demuestra que la paga del pecado es la muerte.

Según Génesis 2:16-17, Dios le ordenó a Adán que, si bien tenía la libertad de comer del fruto de cualquier árbol del Jardín del Edén, le estaba estrictamente prohibido comer del fruto de un árbol específico: el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Dios declaró que el día en que comiera de él, «ciertamente morirás» (v. 17, *Modern People's Bible*). Sin embargo, Adán desobedeció esta palabra de pacto de Dios; al comer del fruto prohibido (3:6), incurrió en la pena por el pecado: la muerte. Fue abandonado por Dios. En los capítulos 5 al 7 de Mateo —el pasaje donde Jesús proclamó la Ley desde la cima del monte—, Jesús afirmó lo siguiente en Mateo 5:26: «En verdad te digo: no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último centavo» [(Versión Coreana Revisada): «En verdad te digo: no saldrás de allí hasta que hayas pagado hasta la última moneda»]. Aquí, el término «centavo» se refiere a la denominación más baja de la moneda romana en uso durante la época de Jesús. La *Versión Coreana Revisada* utiliza el término «moneda» (*hori*); este se refiere a una unidad monetaria extremadamente pequeña, equivalente a una cuarta parte de un *assarion* (y un *assarion* era, a su vez, apenas una dieciseisava parte de un *denario* —una moneda que representaba el salario de un día completo de trabajo—) (fuente de internet) [En términos estadounidenses modernos, esto equivaldría a un centavo]. El significado de las palabras de Jesús aquí es que, si un deudor paga todo lo que debe pero deja de pagar incluso un solo centavo, no podrá salir de la prisión. En otras palabras, Jesús

enfatizó que es sumamente difícil escapar del castigo hasta que se haya saldado la deuda por completo, subrayando el hecho de que, para un deudor, pagar hasta el último centavo es, en realidad, una empresa totalmente desesperada. Por lo tanto, las palabras de Jesús en Mateo 5:26 significan el veredicto final de culpabilidad dictado a través del juicio de Dios. En las muchas prisiones de este mundo, no hay nadie encarcelado simplemente por haber dejado de pagar un solo centavo después de haber saldado todas las demás partes de su deuda. Aunque las leyes de este mundo operan de esta manera, bajo la ley de Dios, si uno deja de pagar incluso un solo penique, se enfrenta a un castigo eterno y nunca podrá escapar de la prisión eterna: el Infierno. Tal es el alcance de la justicia de Dios: Él es Aquel que inflige un castigo aterrador por el pecado. Incluso por un pecado tan trivial como un solo centavo —uno que puede ser invisible a los ojos humanos y, por lo tanto, ni siquiera considerado un pecado por nosotros—, Dios, que es santo, recto y justo, nos infligirá, aun así, un castigo temible. Por ejemplo, incluso si todos los demás pecados han sido plenamente resueltos, un pecado tan minúsculo como la mismísima punta de un solo cabello no puede ser tolerado ni ocultado en la presencia de Dios. Dios posee un conocimiento tan completo de nuestros pecados. Es por eso que Jesucristo fue abandonado por Dios Padre a causa de todos nuestros pecados. En resumen, Jesús fue abandonado por Dios precisamente para que Él pudiera cargar con el peso de cada uno de nuestros pecados: hasta el último penique, el último centavo, e incluso el pecado tan minúsculo como la mismísima punta de un solo cabello.

En tercer lugar, el clamor de Jesús: «Eli, Eli, ¿lama sabactani?», nos demuestra el cumplimiento de la profecía. Aquí, la profecía se refiere a las palabras que se encuentran en el Salmo 22:1; una profecía pronunciada por David aproximadamente 1.000 años antes de que Jesús viniera a este mundo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de salvarme, tan lejos de las palabras de mi gemido?» [(Biblia Coreana Contemporánea) «(Salmo de David. Cántico entonado al son de "El Ciervo de la Mañana", bajo la dirección del director del coro). Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué no me ayudas y por qué no inclinas tu oído al sonido de mi gemido?»]. Si se examina

la sobrescripción (prefacio) de este Salmo 22, esta dice: «Salmo de David. Al músico principal. Sobre "Ajelet-sahar"»; La *Contemporary Korean Bible* traduce esto de la siguiente manera: «Un salmo de David. Un cántico entonado con la melodía de "El ciervo de la mañana", bajo la dirección del director del coro» (v. 1, *Contemporary Korean Bible*). Sin embargo, el Salmo 22 funciona menos como un cántico y más como una profecía. Podemos discernir esto no solo a partir del versículo 1 —[donde las palabras proféticas: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» se cumplieron cuando Jesús clamó a gran voz desde la cruz: «Eloi, Eloi, ¿lama sabachthani?» («Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»)] (Marcos 15:34)— sino también, como otro ejemplo, al observar el versículo 18: «Reparten entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echan suertes». Esta profecía se cumplió en Juan 19:23-24: «Entonces los soldados, cuando hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos e hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y también la túnica. Pero la túnica era sin costura, tejida de una sola pieza de arriba abajo. Por tanto, se dijeron entre sí: "No la rompamos, sino echemos suertes sobre ella, para ver de quién será"; para que se cumpliera la Escritura que dice: "Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes". Y así lo hicieron los soldados».

Por consiguiente, la experiencia de Jesús de ser desamparado por Dios Padre sirvió para satisfacer la justicia de Dios. Jesús satisfizo la justicia de Dios al cargar con todos nuestros pecados —ya sean pecados tan insignificantes como un solo penique (un centavo), pecados invisibles, o incluso aquellos pecados que no logramos reconocer como tales— y al soportar el abandono por parte de Dios Padre, hasta el preciso momento en que clamó a gran voz desde la cruz: «¡Eloi, Eloi, lama sabachthani!». Esto se afirma en Isaías 53:11: «Verá el fruto de la angustia de su alma, y quedará satisfecho. Por su conocimiento, mi Siervo justo justificará a muchos, pues él llevará las iniquidades de ellos». El Hijo, Jesucristo, [satisfizo] a Dios… Dios contempló el trabajo de Su alma —la agonía de ser abandonado por el Padre— y quedó satisfecho. La razón de ello fue que esto constituía, precisamente, la voluntad de Dios. Jesús quedó satisfecho porque cumplió, en el Nuevo Testamento, aquello que Dios había predeterminado y profetizado a través de los profetas del Antiguo Testamento. Es más,

Dios Padre también quedó satisfecho y se regocijó. Para satisfacer a Dios Padre, Jesucristo cargó con todos nuestros pecados —no solo con nuestros pecados graves, sino incluso con aquellos tan insignificantes como una sola moneda— y, en la cruz, soportó el abandono supremo por parte de Dios Padre. Por consiguiente, debemos escuchar con fe el clamor que Jesucristo profirió a gran voz desde la cruz: «¿Eli, Eli, lama sabachthani?» («¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»). Además, debemos ofrecer a Dios nuestra acción de gracias, nuestra alabanza y nuestra adoración —durante toda nuestra vida y por la eternidad— por esta gracia asombrosa del perdón de los pecados; la verdad de que, debido a que Su Hijo unigénito, Jesucristo, fue abandonado por Dios Padre, nosotros hemos sido perdonados por Dios. Y debemos proclamar este Evangelio de Jesucristo con el amor de Jesucristo.

Las siete palabras desde la cruz (5)

[Juan 19:28–30]

La cuarta palabra que Jesús pronunció desde la cruz es: «Eli, Eli, ¿lama sabactani?» (Mateo 27:46). Esta declaración de Jesús está en arameo, y su significado es: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (v. 46). Lo que esta cuarta palabra desde la cruz nos revela es que, debido a que Dios es justo y santo —y, por lo tanto, no solo está libre de pecado, sino que es totalmente ajeno a él—, Él permitió que Su Hijo unigénito, Jesucristo —quien cargó con el peso de mi pecado, de nuestro pecado y de todos nuestros pecados— fuera desamparado en la cruz como pago por nuestras transgresiones, redimiéndonos y salvándonos de este modo. Además, esta cuarta palabra desde la cruz demuestra cuán pesado y aterrador es verdaderamente el costo de nuestro pecado. Es más, esta declaración cumple la profecía hecha por el rey David en el Antiguo Testamento, específicamente en el Salmo 22:1. Más allá de esto, las palabras «Eli, Eli, ¿lama sabactani?», pronunciadas por Jesús desde la cruz, nos ofrecen una demostración concreta e innegable del amor de Dios.

Cuando Jesús clamó a gran voz desde la cruz: «Eli, Eli, ¿lama sabactani?», se nos hace posible captar, de una manera concreta y certera, el amor de Dios: el Dios que es amor (1 Juan 4:8, 16). Romanos 5:8 (de *The Bible for Modern People*) dice: «Pero Dios demostró Su propio amor hacia nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros». Hemos sido pecadores desde el nacimiento [(Salmo 51:5, *The Bible in Today's English Version*: «He sido pecador desde el momento en que nací; desde el tiempo en que mi madre me concibió, he tenido una naturaleza pecaminosa»)]; sin embargo, mientras aún éramos pecadores, el Hijo unigénito de Dios, Jesucristo, fue desamparado por Dios Padre

en la cruz, por amor a nosotros y en nuestro lugar [«¿Eloi, Eloi, lama sabactani?»]. (Mateo 27:46)] —y murió, demostrando así de manera concluyente el amor de Dios por nosotros. Romanos 5:10 afirma: «Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡cuánto más, habiendo sido reconciliados, seremos salvados por su vida!». El pecado se interponía entre Dios y nosotros, haciendo que nos convirtiéramos en enemigos de Dios. Sin embargo, el Hijo de Dios, Jesucristo, cargó con todos nuestros pecados, fue abandonado por Dios Padre en la cruz [«¿Eloi, Eloi, lama sabachthani?» (Mateo 27:46)] y murió; mediante este acto, fuimos reconciliados con Dios (Romanos 5:10). En 1 Juan 4:9–10, el apóstol Juan describe de manera precisa y concluyente cómo se manifestó el amor de Dios en la cruz: «En esto se mostró el amor de Dios entre nosotros: en que envió a su Hijo único al mundo para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo como sacrificio expiatorio por nuestros pecados». El apóstol Juan explica cómo se nos manifestó el amor de Dios: específicamente, al enviar Dios a su Hijo unigénito, Jesucristo, a este mundo como sacrificio expiatorio para expiar nuestros pecados y concedernos la vida. El apóstol Pablo declaró en Romanos 8:32: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él, y gratuitamente, todas las cosas?». Debido a que Dios nos amó y deseó salvarnos, envió a su Hijo unigénito a este mundo como propiciación; lo entregó sin reservas a la cruz, perdonando así todos nuestros pecados y reconciliándonos consigo mismo.

La quinta frase que Jesús pronunció desde la cruz fue: «Tengo sed».

El pasaje bíblico de hoy proviene de Juan 19:28: «Después de esto, Jesús, sabiendo que ya todo se había consumado, y para que se cumpliera la Escritura, dijo: “Tengo sed”». Aquí, la frase «después de esto» se refiere al momento posterior al fuerte clamor de Jesús desde la cruz: «¿Eli, Eli, lama sabachthani?». (Mateo 27:46; Marcos 15:34). Además, cuando el texto afirma que «Jesús, sabiendo que ya todo estaba consumado» (Juan 19:28), la frase «todo» denota Su plena conciencia de que el propósito íntegro de Su venida a la tierra —ser

crucificado, derramar Su sangre y morir para salvarnos— se había cumplido ya a cabalidad. En otras palabras, Jesús sabía que la obra de redimirnos y salvarnos de la destrucción eterna ya había llegado a su culminación. Asimismo, el pasaje bíblico de hoy —Juan 19:28— declara que esto ocurrió «para que se cumpliera la Escritura». La «Escritura» a la que aquí se hace referencia remite al Salmo 69:21 del Antiguo Testamento: «Me dieron hiel por comida y me dieron vinagre para mi sed» [(Biblia en Lenguaje Sencillo) «Me dieron hiel en lugar de comida, y cuando tuve sed, me dieron vinagre»]. Antes de que Jesús clamara a gran voz desde la cruz: «¿Eli, Eli, lama sabactani?», los soldados romanos intentaron ofrecerle de beber «vino mezclado con hiel» (Mateo 27:34) o «vino mezclado con mirra» (Marcos 15:23); sin embargo, Jesús lo probó, pero se negó a beberlo. En este contexto, el «vino mezclado con hiel» o «vino mezclado con mirra» alude a un vino adulterado con un anestésico —una sustancia destinada a embotar los sentidos y, de este modo, mitigar el dolor físico—; y fue precisamente por esta razón que Jesús declinó beber el vino mezclado con hiel o mirra. No obstante, después de que Jesús hubo clamado a gran voz desde la cruz —¿Eli, Eli, lama sabactani?—, «una persona» de entre los presentes corrió de inmediato a buscar una «esponja» (un objeto similar a una esponja), la empapó en «vino agrio» (vinagre) y la sujetó a una caña (Mateo 27:48; Marcos 15:36) —[o bien, «fijó la esponja a un tallo de hisopo» (Juan 19:29, Biblia en Lenguaje Sencillo)]—, y la acercó a la boca de Jesús mientras Él pendía de la cruz; En ese momento, Jesús aceptó y bebió el vino agrio (Juan 19:29–30, Biblia Contemporánea). Con respecto a la cuestión de si el «vino agrio» es lo mismo que —o diferente de— el «vino mezclado con hiel» o el «vino mezclado con mirra», la mayoría de los eruditos sostienen que son lo mismo, mientras que una minoría argumenta que son distintos. Mi propia opinión es que el «vino agrio» es, de hecho, distinto del «vino mezclado con hiel» o del «vino mezclado con mirra». Existen tres razones para ello: (1) Los términos griegos originales utilizados para «vino agrio», «vino mezclado con hiel» y «vino mezclado con mirra» son diferentes. (2) El «vino mezclado con hiel» o el «vino mezclado con mirra» posee propiedades anestésicas, mientras que el «vino agrio» es simplemente vino mezclado con vinagre. (3) Jesús se negó a aceptar el «vino mezclado con hiel» o el «vino mezclado con mirra» —el cual contenía propiedades anestésicas (Mateo 27:34; Marcos 15:23)—; sin

embargo, sí aceptó el «vino agrio» (Juan 19:30). Creo que la razón por la que Jesús rechazó el «vino mezclado con hiel» o el «vino mezclado con mirra» fue que sabía que las propiedades anestésicas atenuarían su sensación de dolor; por el contrario, aceptó el «vino agrio» —que estaba mezclado con vinagre— porque sabía que intensificaría su sufrimiento. El fundamento de este razonamiento radica en que, cuando Jesús oró en el Huerto de Getsemaní, su oración fue respondida —en conformidad con la voluntad de Dios Padre— mediante su aceptación de la «copa del sufrimiento» (Lucas 22:42). [Nota: En el relato de la Última Cena de Jesús, Él «tomó la copa, dio gracias y se la ofreció a ellos [los discípulos], diciendo: "Bebed de ella todos vosotros. Esta es mi sangre del pacto, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados"» (Mateo 26:27–28; Marcos 14:23–24).] Creo que, tras soportar la agonía de ser abandonado por Dios Padre en la cruz —clamando: «¿Eli, Eli, lema sabachthani?» (Mateo 27:46; Marcos 15:34)—, Jesús aceptó el «vino agrio» (vinagre) (Juan 19:30) no tanto para saciar su sed (v. 28: «Tengo sed») como para infligirse a sí mismo un sufrimiento aún mayor. En otras palabras, sostengo que, para darnos vida a nosotros —quienes en otro tiempo estábamos muertos en nuestras transgresiones y pecados (Efesios 2:1)— y para entregar su propia vida voluntariamente (1 Juan 4:9; Juan 3:16), Jesús aceptó el «vino agrio» (vinagre) —el cual intensifica el dolor— en lugar del «vino mezclado con hiel» o «vino mezclado con mirra», que poseen propiedades anestésicas que habrían mitigado la sensación de dolor (Juan 19:28). Por favor, lean la letra del Himno 311, «Por ti morí»: (Estrofa 1) «Por ti morí; mi cuerpo fue quebrantado, mi sangre derramada; expié tus pecados y te di el camino a la vida. Aunque entregué mi cuerpo por ti, ¿qué das *tú*? Aunque entregué mi cuerpo por ti, ¿qué das *tú*?» (Estrofa 2) «Dejando atrás el trono y la gloria de mi Padre, descendí a este mundo —oscuro como la noche— para salvar a toda la humanidad; sacrifiqué mi cuerpo, mas ¿qué haces *tú*? Sacrifiqué mi cuerpo, mas ¿qué haces *tú*?» (Versículo 3) «Para salvar almas sumidas en el pecado —destinadas a la muerte eterna— derramé mi sangre. Aunque expié tus pecados, ¿qué haces *tú*? Aunque expié tus pecados, ¿qué haces *tú*?» (Versículo 4) «Con perdón ilimitado y amor verdadero, descendí a este mundo y me entregué libremente. Aunque este don es precioso, ¿qué das *tú*? Aunque este don es precioso, ¿qué das *tú*?» El Hijo unigénito de Dios, Jesucristo, descendió a este

mundo por amor a nosotros —seres humanos destinados a la muerte eterna— para expiar nuestros pecados, para concedernos la salvación gratuitamente y para proveernos el camino hacia la vida; Él sacrificó su cuerpo en la cruz y derramó su sangre al morir. Este Jesús amoroso nos habla ahora a ti y a mí, preguntando: «Aunque entregué mi cuerpo por ti, ¿qué das *tú*?» «Aunque sacrifiqué mi cuerpo, ¿qué haces *tú*?» «Aunque expié tus pecados, ¿qué haces *tú*?» y «Aunque este don es precioso, ¿qué das *tú*?»

Las siete palabras desde la cruz (6)

[Juan 19:28-30]

Esta es la quinta declaración que Jesús hizo desde la cruz: «Tengo sed» (Juan 19:28). En la cruz, habiendo obedecido a Dios en todas las cosas tal como Él había prometido, y «sabiendo que todo había quedado ya consumado» (v. 28), Jesús dijo: «Tengo sed», con el fin de cumplir la «Escritura» —específicamente el Salmo 69:21 (Juan 19:28). En ese momento, «una persona» de entre los presentes corrió de inmediato, tomó una «esponja» (un objeto similar a una esponja), la empapó en «vino agrio» y la sujetó a una caña (Mateo 27:48; Marcos 15:36) —[o bien: «sujetó la esponja a una rama de hisopo» (Juan 19:29, *Modern Man's Bible*)]— y la llevó a la boca de Jesús, quien estaba clavado en la cruz; en ese instante, Jesús recibió el vino agrio (Juan 19:29-30, *Modern Man's Bible*). El «vino agrio» que Jesús recibió aquí era, de hecho, vinagre. El hecho de que Jesús, quien ya tenía sed, recibiera vinagre significaba que su sed se habría intensificado aún más, que habría sufrido una angustia aún mayor y que habría quedado aún más cerca de la muerte. El erudito John Stott señaló que, después de que Jesús recibiera este vino agrio, declaró: «Todo está consumado», y luego murió, expirando en cuestión de segundos (menos de un minuto) (Stott). Esto indica cuán potente y nocivo era realmente aquel vino agrio.

Esta es la sexta declaración que Jesús hizo desde la cruz: «Todo está consumado» (Juan 19:30). El pasaje proviene de Juan 19:30: «Después de haber recibido Jesús el vino agrio, dijo: "Todo está consumado"; e inclinando la cabeza, entregó su espíritu». Aquí, aunque la declaración de Jesús «Todo está consumado» aparece como dos palabras en la Biblia coreana, se trata de una sola palabra en el texto griego original. A pesar de ser una palabra

breve y única, encierra una riqueza de significado profundo. El erudito Arthur Pink, en su libro *Las siete palabras de la cruz*, llegó a afirmar que dentro de esta única expresión de Jesús —«Consumado es»— «se halla contenido todo el Evangelio de Dios». (Además, señaló: «Es más, incrustado dentro de esta palabra yace el fundamento mismo de la seguridad del creyente; no solo se encuentra en ella todo gozo, sino que la totalidad del consuelo de Dios también está encapsulada en ella»). Él profundizó en la declaración de Jesús «Consumado es» identificando siete aspectos distintos; el primero de ellos es el hecho de que toda profecía escrita concerniente al Mesías (el Cristo) —específicamente aquellos acontecimientos que Jesucristo estaba destinado a cumplir antes de su muerte— se había llevado a una realización completa y perfecta. Una de esas profecías cumplidas se encuentra en Génesis 3:15 —a menudo referida como el *Protoevangelio* (el evangelio original)—: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella; él te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón». En este contexto, «la descendencia de la mujer» se refiere al Mesías, es decir, a Jesucristo. En otras palabras, se profetizó que Jesucristo sería concebido por el Espíritu Santo (Mateo 1:20) a través de la virgen María —la «mujer» (Lucas 1:34)— y que nacería en el mundo (v. 16). [Nota: (Gálatas 4:4) «Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la plena condición de hijos»]. Si bien todo ser humano desde Adán y Eva ha sido concebido mediante la unión de un padre y una madre, Jesucristo fue concebido por el Espíritu Santo a través de la virgen María y nació en este mundo. Esta es la palabra profética que declara que Jesucristo —la «descendencia de la mujer»— heriría «tu cabeza» (es decir, la cabeza de Satanás), mientras que Satanás heriría el talón de Jesucristo. Esto marca el comienzo de las profecías concernientes a Jesucristo. Aquí, la profecía de que Satanás heriría el talón de Jesucristo predice el sufrimiento que Jesús padecería en la cruz. Además, la profecía de que Jesucristo golpearía la cabeza de Satanás predice que Jesucristo pisotearía a Satanás y a sus huestes (su autoridad) —logrando así la victoria a través de la cruz (Col 2:15)— y que apresaría a la serpiente antigua (que es el Diablo y Satanás), lo ataría por mil años, lo arrojaría al Abismo y lo sellaría para que ya no pudiera engañar a las naciones hasta que

hubiera terminado el período de mil años (Ap 20:2–3); finalmente, en el mismo fin, Satanás sería arrojado del Abismo al lago de fuego que arde con azufre, donde sería atormentado día y noche por los siglos de los siglos, y no meramente por mil años (v. 10). Aunque Satanás hizo sufrir a Jesucristo en la cruz —de tal modo que Jesús soportó toda agonía y murió solo después de declarar: «Todo está consumado» (Jn 19:30)—, Jesús resucitó al tercer día, ascendió al cielo cuarenta días después y ahora se sienta sobre un trono resplandeciente y exaltado.

Jesucristo triunfó a través de la cruz. Colosenses 2:15 (de *The Bible for Modern Man*) declara: «Y Cristo pisoteó la autoridad de Satanás, logrando la victoria a través de la cruz, y de este modo exhibió abiertamente este triunfo ante todos». Mediante su propia muerte, Jesucristo destruyó al diablo —quien poseía el poder de la muerte— y liberó a todos aquellos que, a lo largo de sus vidas, estuvieron mantenidos en esclavitud por el temor a morir (Hebreos 2:14–15). Además, el Señor nos sostiene y nos ayuda a nosotros: aquellos que somos los descendientes espirituales de Abraham (v. 16). ¿Quién, entonces —según dice la Biblia, específicamente en Génesis 3:15—, fue quien capacitó a Jesucristo para aplastar la cabeza de Satanás en la cruz y lograr la victoria? No es otro que Dios el Padre, quien declaró: «Yo lo haré». Dios el Padre entregó a su Hijo, Jesús, a la cruz; y Jesús, en obediencia al Padre, soportó el sufrimiento en la cruz y murió solo después de proclamar: «Todo está consumado». Además, Dios el Espíritu Santo —quien es eterno— utiliza la sangre de Cristo (el inmaculado Jesús, a quien Él ofreció al Padre) para limpiar nuestras conciencias de las obras muertas, capacitándonos para servir al Dios vivo (Hebreos 9:14). Así, el Dios Trino —compuesto por Dios Padre, Dios Hijo (Jesús) y Dios Espíritu Santo— consumó nuestra salvación y nos concedió vida nueva. Por lo tanto, ya no tememos a la muerte. La razón de ello es que Jesucristo —el Sin pecado que, al igual que nosotros, poseyó carne y sangre— destruyó al diablo, quien detentaba el poder de la muerte, mediante Su propia muerte, y nos liberó a nosotros, quienes estuvimos esclavizados por el temor a la muerte durante toda nuestra vida (Hebreos 2:14-15). De este modo, podemos ofrecer alabanzas a Dios con fe, cantando la cuarta y quinta estrofas del Himno 27, «El trono

brillante y excelso»: (Estrofa 4) La vida que ahora poseo es solo por la gracia del Señor; pues Él ha conquistado el dominio de la muerte, y la alegría ahora desborda —¡sí, la alegría desborda!— (Estrofa 5) Cuando este humilde cuerpo llegue al trono del Señor en lo alto, y contemple Su gloria cara a cara, mi alegría desbordará —¡sí, mi alegría desbordará!— Amén. Es mi oración que, mientras recorremos este peregrinaje en medio de esta esperanza —creyendo que Jesús, quien declaró «Consumado es» (Juan 19:30), alcanzó la victoria a través de la Cruz (Colosenses 2:15)—, todos permanezcamos firmes: amando la Cruz del Señor hasta alcanzar nuestra victoria final, y aferrándonos a esa tosca Cruz hasta recibir nuestra radiante corona (del estribillo del Himno 150, «En un monte lejano»).

Las siete palabras desde la cruz (7)

[Lucas 23:44-46]

Esta es la séptima palabra que Jesús pronunció desde la cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23:46).

Un erudito llamado Arthur Pink se refirió a esta séptima palabra de Jesús como la «Palabra de Satisfacción». Afirmó: «Fue un acto de satisfacción, un acto de fe, un acto de confianza y un acto de amor». Arthur Pink profundizó en esta «Palabra de Satisfacción» dividiéndola en siete puntos: (1) Aquí contemplamos al Salvador restaurado una vez más a la comunión con el Padre. (2) Aquí observamos un contraste deliberado. (3) Aquí somos testigos de la perfecta sumisión de Cristo a Dios. (4) Aquí percibimos la singularidad absoluta e inigualable del Salvador. (5) Aquí descubrimos un refugio eternamente perfecto. (6) Aquí nos damos cuenta de cuán bendita es la comunión con Dios. (7) Aquí hallamos el verdadero lugar de descanso para el corazón. Hoy quisiera reflexionar sobre el primero de estos siete puntos: «Aquí contemplamos al Salvador restaurado una vez más a la comunión con el Padre».

Jesucristo es el Hijo unigénito. Dios Padre y su Hijo unigénito, Jesucristo, compartían una comunión incluso en el ámbito eterno, antes de la creación de todas las cosas. Tal como está escrito en Juan 17:5: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú a tu lado, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera». Cuando examinamos esta oración —que Jesús, actuando como Sumo Sacerdote, ofreció a Dios justo antes de su muerte en la cruz— vemos que, en efecto, Él compartía la gloria y gozaba de comunión con Dios en el ámbito eterno,

antes de la misma fundación del mundo. Es más, incluso con la cruz cerniéndose ante Él, su comunión con Dios continuó ininterrumpida. Esto se registra en Juan 18:11: «Jesús le dijo a Pedro: "Mete tu espada en su vaina. ¿Acaso no he de beber la copa que el Padre me ha dado?"». Estas palabras fueron pronunciadas por Jesús después de haber terminado de orar en el Huerto de Getsemaní y de haber salido al encuentro de aquellos que habían venido a arrestarlo; específicamente, en el momento en que Pedro desenvainó su espada y le cortó la oreja a Malco, uno de los hombres de la multitud que realizaba el arresto (v. 10). La «copa» a la que Jesús se refirió aquí es la «copa del sufrimiento». Es la copa de la ira y del juicio del Padre. No obstante, Jesús declaró que la bebería. De esta manera, Jesús continuó manteniendo su comunión con el Padre. Es más, incluso después de haber estado colgado en la cruz durante tres —o tal vez seis— horas, continuó sosteniendo esta comunión (relación). Entonces, cuando el período de oscuridad finalmente se disipó, Jesús clamó a gran voz por primera vez: «Eloi, Eloi, ¿lema sabachthani?» (que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?») (Marcos 15:33–34). Dios había desamparado a Jesús. Fue en este momento cuando la relación de Jesús con Dios quedó interrumpida. ¿Por qué desamparó Dios a Jesús? La razón es el pecado. Dado que Dios es justo, santo y puro, no puede tolerar el pecado. Dios castiga y destruye el pecado. Tal como está escrito en Habacuc 1:13: «Tus ojos son demasiado puros para contemplar el mal; no puedes mirar la iniquidad...». Por consiguiente, Dios es Aquel que no puede soportar mirar el mal, ni puede tolerar la iniquidad. Dios es Aquel que no puede condonar el pecado; sin embargo, Jesús es Aquel que está libre de pecado. No obstante, cargando sobre sus hombros mis pecados —nuestros pecados—, Jesús, el que no tenía pecado, llevó la cruz como un «pecador sin pecado». Este es el mensaje de Isaías 53:4–6: «Ciertamente Él llevó nuestras penas y cargó con nuestros dolores; con todo, nosotros le tuvimos por azotado, herido por Dios y afligido. Mas Él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades; el castigo para nuestra paz fue sobre Él, y por Sus llagas fuimos nosotros sanados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas; cada cual se apartó por su propio camino; y el SEÑOR cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros». Aunque Él era Aquel que no tenía pecado, cargó sobre Sus hombros todas nuestras iniquidades y murió en la cruz en nuestro lugar. Jesús fue

desamparado en nuestro lugar. Él hizo esto para que nosotros pudiéramos ser reconciliados con Dios. Este es el mensaje de Romanos 5:10: «Porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios mediante la muerte de Su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por Su vida». Así, Él obró nuestra reconciliación; pero ¿cómo se logró esto? Este es el mensaje de Lucas 23:46: «Y cuando Jesús hubo clamado a gran voz, dijo: "Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu". Habiendo dicho esto, exhaló el último suspiro». Al observar este pasaje, vemos que Jesús no clamó a gran voz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» (un estado que denota una relación rota con Dios); en cambio, clamó a gran voz: «Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu». Esto demuestra que Su relación con Dios Padre había sido restaurada.

Así pues, el Jesús sin pecado no se limitó a concluir Su obra soportando el castigo en la cruz y muriendo en nuestro lugar; tres días después, resucitó. Y lo primero que hizo Jesús fue enseñarnos que Dios es nuestro Padre. Esto se encuentra en Juan 20:17: «Jesús le dijo: “No me retengas, pues todavía no he ascendido al Padre. Ve, en cambio, a mis hermanos y diles: ‘Asciendo a mi Padre y Padre de ustedes, a mi Dios y Dios de ustedes’”». Aquí vemos a Jesús diciéndole a María: «Ve a mis hermanos», y refiriéndose a «mi Padre» —es decir, a Dios como el Padre de Jesucristo, estableciendo así una relación de padre e hijo entre ellos—, pero luego añade: «y Padre de ustedes», lo que significa que Dios es también nuestro Padre. En consecuencia, somos hijos de Dios. ¿Qué clase de hijos somos, entonces? Romanos 8:15 afirma: «Pues no recibieron un espíritu que los esclavice nuevamente al miedo, sino que recibieron el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: “¡Abba! ¡Padre!”». Nos hemos convertido en hijos de Dios que pueden clamar a Él diciendo: «¡Abba! ¡Padre!». Tal relación ha quedado ahora establecida. Romanos 8:17 dice: «Y si somos hijos, entonces somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad compartimos sus sufrimientos para que también compartamos su gloria». Como hijos de Dios, nos hemos convertido en «herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo». Por lo tanto, como coherederos con Cristo, también debemos sufrir con Él. El seguimiento de Jesucristo conlleva sufrimiento. Sin embargo, ese sufrimiento ni siquiera puede empezar a compararse

con la gloria que aún hemos de recibir [(Versículo 18): «Pues considero que los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de compararse con la gloria que se revelará en nosotros»].

Jesús, quien había permanecido en gran medida en silencio mientras estaba en la cruz, clamó en voz alta en dos ocasiones. En una ocasión, exclamó: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46); y en la otra ocasión, clamó: «¡Padre! En tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23:46). A través de estos dos fuertes clamores de Jesús, nos hemos convertido en herederos: aquellos que pueden llamar a Dios Padre «Padre» y heredar todo lo que le pertenece. Así, nuestra experiencia no termina con el sufrimiento que padecemos en esta tierra; más bien, es seguida por una gloria incomparable. Por ello, oro para que todos podamos vivir vidas de victoria —vidas llenas de esperanza— mientras fijamos nuestra mirada en esa gloria en medio de nuestras difíciles pruebas.

Jesús muere en la cruz

[Juan 19:30; Marcos 15:42–46]

El domingo pasado conmemoramos el Domingo de Ramos. Este día recibe el nombre de Domingo de Ramos porque se basa en el relato bíblico de la gente que recibió a Jesús mientras sostenía ramas de palma. Poco antes de una festividad importante, Jesús hizo su entrada triunfal en Jerusalén. Esa festividad era la Pascua. La Pascua también es conocida como la Fiesta de los Panes sin Levadura. Cincuenta días después llega la festividad conocida como Pentecostés —también llamada la Fiesta de las Semanas o la Fiesta de la Cosecha. A esta le sigue la Fiesta de los Tabernáculos (Juan 7:2). En el Antiguo Testamento, esta Fiesta de los Tabernáculos recibía el nombre de Fiesta de la Recolección (Éxodo 23:16; 34:22). Durante estas tres festividades principales, el pueblo de Israel —sin importar dónde se encontraran— viajaba en su totalidad a Jerusalén para celebrarlas. Si bien el número de residentes permanentes dentro de la propia Jerusalén podía ser relativamente pequeño, durante estas épocas festivas la ciudad se desbordaba de visitantes provenientes del exterior —alcanzando a veces hasta dos millones de personas—, todos congregados para celebrar. Así pues, cuando Jesús entró en Jerusalén durante la festividad de la Pascua, grandes multitudes salieron a recibirlo; mientras lo acompañaban hacia el interior de la ciudad, ondeaban ramas de palma y entonaban alabanzas, gritando: «¡Hosanna!» (Mateo 21:9, 15; Marcos 11:9–10; Juan 12:13). Eso fue lo que tuvo lugar el Domingo de Ramos; hoy —en este viernes de la Semana de la Pasión— dirigimos nuestra atención a reflexionar sobre lo que Jesús llevó a cabo en este día en particular.

Los acontecimientos de aquel viernes —lo que Jesús hizo y soportó— se relatan en los cuatro Evangelios; sin embargo, hoy centraremos nuestra reflexión principalmente en el relato que se encuentra en el capítulo 15 de Marcos. Leamos Marcos 15:1: «Muy temprano en la mañana, los sumos sacerdotes —junto con los ancianos, los maestros de la ley y todo el Sanedrín— tomaron una decisión. Ataron a Jesús, se lo llevaron y lo entregaron a Pilato». Aquí, el término «alba» probablemente se refiera al momento alrededor de las 6:00 de la mañana. A esa hora —impulsados por un sentido de urgencia— los sumos sacerdotes se reunieron «inmediatamente» con los ancianos y los escribas —es decir, con el Sanedrín, el consejo supremo que ostentaba el mayor poder— para deliberar sobre el asunto de Jesús. Luego, tras haber atado a Jesús, se lo llevaron y lo entregaron al gobernador romano, Pilato. Esto se registra en Marcos 15:2: «Pilato le preguntó: "¿Eres tú el Rey de los judíos?". Y Él le respondió: "Tú lo dices"». Pilato interrogó a Jesús, preguntándole: «¿Eres tú el Rey de los judíos?». La razón de esta indagación radicaba en que, cuando los sumos sacerdotes judíos presentaron sus acusaciones contra Jesús, habían afirmado que Él se había proclamado a sí mismo rey. La respuesta de Jesús fue: «Tú lo dices». Jesús respondió de esta manera porque es, en efecto, el Rey de reyes. Marcos 15:3 afirma: «Los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas». Así, los sumos sacerdotes lanzaron una multitud de acusaciones contra Él; buscaban, por cualquier medio necesario, procesar a Jesús vinculando su afirmación de ser rey con otros cargos diversos. Marcos 15:4-5 dice: «Pilato le preguntó de nuevo: "¿No tienes respuesta? ¡Mira cuántos cargos están presentando contra ti!". Pero Jesús no respondió nada más, de modo que Pilato quedó asombrado». Pilato interrogó a Jesús una vez más, preguntándole: «¿Por qué no ofreces ni una sola palabra de defensa, a pesar de que la gente está presentando tantos cargos en tu contra?» (v. 4; *Modern People's Bible*); sin embargo, Jesús permaneció en silencio (v. 5). Un punto que debemos considerar detenidamente aquí plantea una pregunta: el Domingo de Ramos, una multitud tan inmensa dio la bienvenida a Jesús en Jerusalén, agitando ramas de palma; ¿por qué, entonces, en el capítulo 15 de Marcos, estas mismas personas lo acusan e incluso buscan que sea condenado a muerte? La razón reside en la comprensión errónea que estos judíos tenían del Mesías. Si bien las profecías del Antiguo Testamento anunciaban la venida

del Hijo de Dios —el Mesías (o Cristo)—, estos judíos esperaban que, a su llegada, Él se convirtiera en su rey terrenal, liberándolos del dominio romano, estableciendo la paz y asegurando su prosperidad material. Sin embargo, Jesús —el verdadero Rey— no vino meramente para cumplir sus expectativas librándolos de Roma, estableciendo la paz o asegurando su bienestar material. Más bien, como Rey de reyes, vino para rescatarnos del dominio de Satanás, permitiéndonos entrar en el Reino de Dios y vivir allí eternamente. En consecuencia, dado que estas personas habían anticipado un Mesías que los libraría de la opresión romana —y ciertamente no uno que sería arrestado por un gobernador romano y sometido a juicio—, se volvieron contra Jesús y clamaron por su crucifixión. Esto se registra en Marcos 15:13-14: «Ellos gritaron en respuesta: "¡Crucifícalo!". "¿Por qué?", preguntó Pilato. "¿Qué delito ha cometido?". Pero ellos gritaron aún con más fuerza: "¡Crucifícalo!"». Como resultado, en un esfuerzo por apaciguar a la multitud, Pilato mandó flagelar a Jesús y lo entregó para que fuera crucificado (v. 15). Luego, los soldados romanos se burlaron de Jesús y lo humillaron antes de llevárselo para ser crucificado (vv. 16-20).

El pasaje de Marcos 15:22–25 dice: «Llevaron a Jesús al lugar llamado Gólgota (que significa "Lugar de la Calavera"). Le ofrecieron vino mezclado con mirra, pero él no lo tomó. Y lo crucificaron. Repartiéndose sus ropas, echaron suertes para ver qué se llevaría cada uno. Era la hora tercera cuando lo crucificaron». Los soldados romanos condujeron a Jesús al Gólgota —el Lugar de la Calavera— y lo crucificaron allí. Esto tuvo lugar a la «hora tercera»; según nuestro cómputo moderno del tiempo, esto significa que Jesús fue crucificado a las 9:00 a. m. de un viernes. Marcos 15:33–34 afirma: «A la hora sexta, la oscuridad cubrió toda la tierra hasta la hora novena. Y a la hora novena, Jesús clamó con voz fuerte: "Eloi, Eloi, ¿lema sabachthani?" (que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?")». Jesús fue crucificado a las 9:00 a. m. y, hasta la «hora sexta» —es decir, las 12:00 del mediodía—, soportó su sufrimiento únicamente bajo el sol abrasador. Luego, a partir de las 12:00 del mediodía, la oscuridad cayó sobre toda la tierra. A la hora novena —las 3:00 p. m.—, Jesús, que había permanecido en silencio hasta ese momento, clamó con voz fuerte: «Eloi, Eloi, ¿lema sabachthani?» (que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has

desamparado?»). Así, Jesús fue desamparado por Dios Padre. Tras clamar con voz fuerte, Jesús exhaló su último aliento (versículo 37). Al acudir a Lucas 23:46, encontramos un relato de Jesús clamando con voz fuerte: «Jesús clamó con voz fuerte: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Dicho esto, exhaló su último aliento». Marcos 15:38 afirma: «El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo». Después de que Jesús clamara a gran voz, diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Marcos 15:37; Lucas 23:46), y exhalara su último aliento, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo (Marcos 15:38). Había dos «velos» dentro del santuario del templo. En el interior del santuario se encontraban el Lugar Santo y el Lugar Santísimo; un velo colgaba en la entrada que conducía desde el Lugar Santo hacia el Lugar Santísimo. Era a través de este velo que se podía acceder al Lugar Santísimo desde el Lugar Santo. El otro velo era el que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo. Este «velo» en particular estaba tejido con los hilos más finos. Fue confeccionado utilizando hilos de color azul, púrpura y escarlata, junto con lino finamente retorcido. En consecuencia, tenía el grosor de la anchura de una mano humana (aproximadamente 2 cm). Ningún ser humano habría podido rasgar este velo. Bordados en la parte frontal de este velo había tres querubines (ángeles). El significado de esta imaginería radicaba en que, dado que los ángeles montaban guardia, nadie podía entrar presuntuosamente en el Lugar Santísimo a su antojo. La razón de ello era que el Lugar Santísimo servía como morada simbólica de la presencia de Dios. Por lo tanto, el Lugar Santísimo estaba velado por una cortina, pues era el lugar mismo donde residía el Dios santo; cualquiera que se atreviera a entrar presuntuosamente se enfrentaría a una muerte segura. En consecuencia, los ángeles montaban guardia ante el Lugar Santísimo para impedir cualquier entrada no autorizada. Sin embargo, una vez al año —y únicamente en el Día de la Expiación—, solo al Sumo Sacerdote se le permitía entrar en el Lugar Santísimo, pero solo después de haber completado plenamente los ritos de purificación prescritos, tanto en su propio nombre como en el del pueblo de Israel. Fue precisamente este velo el que se rasgó en dos, de arriba abajo, en el preciso instante en que Jesús exhaló su último aliento en la cruz. Esto plantea una interrogante: dado que el lugar donde Jesús fue crucificado y murió era el monte Gólgota, ¿cómo pudo alguien saber que el velo —situado

en el interior del santuario, dentro de las murallas de la ciudad— se había rasgado? Eran las tres de la tarde: el momento exacto en que los sacerdotes salían para ofrecer los sacrificios. Es por esto que, en Hechos 3:1–8, Pedro relata: «Un día, a las tres de la tarde —la hora de la oración» (v. 1)—, mientras subía al Templo, se encontró con un hombre cojo sentado a la puerta del Templo. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, Pedro le ordenó caminar; tomándolo de la mano derecha y levantándolo, hizo posible que el cojo se pusiera de pie de un salto al instante y comenzara a caminar. Así pues, dado que los sacerdotes se encontraban presentes en el Templo a esa misma hora —las tres de la tarde—, pudieron ser testigos de que el velo se había rasgado. Esto nos lleva a la siguiente pregunta: ¿Quién rasgó el velo? Fue Dios —a través de Su palabra y por Su mandato— quien hizo que ese velo se rasgara (según los comentaristas bíblicos). La pregunta final, entonces, es esta: ¿Qué significa el rasgamiento de ese velo? La respuesta se encuentra en Hebreos 10:19–20: «Por tanto, hermanos y hermanas, puesto que tenemos confianza para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús —por un camino nuevo y vivo abierto para nosotros a través del velo, es decir, su cuerpo». El autor de Hebreos declara que este velo representa el cuerpo físico de Jesucristo. Y el cuerpo físico de Jesucristo fue crucificado y murió en la cruz. Esa es la razón por la que el velo del santuario se rasgó. Así como el rasgamiento del velo del Templo abrió el camino para que las personas entraran y salieran del Lugar Santísimo, del mismo modo —a través de la muerte de Jesús en la cruz— se nos ha concedido acceso para acercarnos al Lugar Santísimo donde Dios habita; y, a su vez, Dios ha sido habilitado para venir y encontrarse con nosotros. La razón por la que no perecemos —incluso ahora que el Dios santo ha venido a habitar entre nosotros— es que nos hemos convertido en Sus hijos. Por lo tanto, empoderados por la sangre de Jesús, hemos adquirido la valentía para entrar en el Lugar Santísimo y acercarnos a la presencia del Dios santo. Cuando reflexionamos sobre cómo hemos vivido esta última semana, es posible que nuestras conciencias se sientan abrumadas por la culpa, que nuestras vidas parezcan profundamente vergonzosas y que nos sintamos indignos incluso de acercarnos a Dios; sin embargo, a través del poder de la sangre de Jesucristo, somos capacitados para acercarnos con confianza. Este es el mensaje de Hebreos 4:16: «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para

alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro». En última instancia, esto se refiere a nuestro futuro acercamiento al trono de Dios en el reino celestial donde Él habita. Sin embargo, no habla solo de esa realidad futura, sino también de nuestra capacidad presente para acercarnos a Dios ahora mismo. Hoy, en el Día del Señor, nos reunimos en este santuario para ofrecer adoración a Dios; no obstante, de manera más fundamental, debemos acercarnos a Su misma presencia para ofrecer dicha adoración. Para hacerlo, nos apoyamos en la sangre de Jesús, permitiendo que nuestras almas se acerquen con valentía a Dios y se encuentren con Él personalmente. Para recibir la gracia que nos socorre en nuestro tiempo de necesidad, tenemos la libertad de acercarnos a Dios en oración en cualquier momento. La razón de ello es que, mediante la muerte sacrificial de Jesús y el derramamiento de Su sangre en la cruz, el velo del templo se rasgó en dos. Dado que nuestras oraciones implican acercarnos a la presencia de Dios para hablar con Él, Él las responde con gracia.

El pasaje proviene de Marcos 15:42–45: «Era el Día de la Preparación (es decir, el día anterior al Sábado). Al acercarse la tarde, José de Arimatea —un miembro prominente del Consejo, quien a su vez esperaba el reino de Dios— fue con valentía ante Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se sorprendió al oír que ya había muerto. Llamando al centurión, le preguntó si Jesús ya había fallecido. Cuando supo por el centurión que así era, entregó el cuerpo a José». Aquí, el «Día de la Preparación» se refiere al día reservado para los preparativos de la Pascua. Al ser el día que precede al Sábado, se refiere específicamente al viernes. José de Arimatea era miembro del Sanedrín —el Consejo judío— y era un hombre de alto estatus social y autoridad. Pilato, habiendo presenciado la crucifixión y muerte de muchas personas, sabía que alguien crucificado, por lo general, no moría en tan solo seis horas; más bien, solían sobrevivir dos o tres días antes de sucumbir. Sin embargo, Jesús murió después de solo seis horas; por lo tanto, cuando José de Arimatea solicitó el cuerpo de Jesús, Pilato —desde su perspectiva— no pudo evitar sorprenderse de que Jesús hubiera muerto tan pronto (v. 44). En consecuencia, Pilato llamó al centurión para averiguar si, en efecto, Jesús llevaba ya algún tiempo muerto (v. 44). Tras confirmar el asunto con el centurión, Pilato entregó el

cuerpo de Jesús a José (v. 45). No obstante, en el preciso momento en que Jesús murió, los dos criminales crucificados junto a Él seguían con vida. La razón de esto era que aquellos sometidos a la crucifixión solían sobrevivir al menos dos días. Por consiguiente, los soldados fueron y quebraron las piernas de los dos hombres que habían sido crucificados junto a Jesús (Juan 19:32); una vez muertos, retiraron sus cuerpos. Sin embargo, al ver que Jesús ya estaba muerto, no le quebraron las piernas; en su lugar, uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza para verificar su muerte, e inmediatamente brotaron sangre y agua (vv. 33–34). De este modo, el cuerpo de Jesús les fue entregado. Además, Nicodemo —quien anteriormente había visitado a Jesús de noche— trajo una mezcla de mirra y áloes que pesaba aproximadamente 33 kilogramos. Juntos, José y Nicodemo tomaron el cuerpo de Jesús, aplicaron las especias de acuerdo con las costumbres funerarias judías, lo envolvieron en lienzos de lino y lo depositaron en la propia tumba de José (vv. 39–40; *The Contemporary Bible*). De esta manera, los acontecimientos de aquel viernes concluyeron con Jesús siendo finalmente depositado en la tumba nueva perteneciente al acaudalado José. Luego, el domingo, Jesús triunfó sobre el poder de la muerte y resucitó.

En última instancia, todo lo concerniente a Jesús se desarrolló exactamente tal como había sido profetizado. En otras palabras, Jesús cumplió cada una de las profecías. La primera profecía referente a Jesús se encuentra en Génesis 3:15: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella; Él te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón». Aquí, la «descendencia de la mujer» se refiere a Jesucristo, mientras que la «serpiente» se refiere a Satanás. En esencia, esta es una profecía que predice que Jesucristo aplastaría a Satanás. Comenzando con esta profecía, las Escrituras ofrecieron numerosas predicciones con respecto a la muerte de Jesús. Y cada una de esas profecías se cumplió exactamente tal como se había predicho. Como ejemplo, consideremos Isaías 53:9: «Él no había cometido violencia alguna, ni hubo engaño en su boca; sin embargo, hicieron su sepulcro con los impíos, y con los ricos en su muerte». Aquí, el «hombre rico» se refiere a José de Arimatea. De acuerdo con la profecía, Jesús obedeció plenamente la

voluntad de Dios. Nosotros también deberíamos esforzarnos por vivir enteramente de acuerdo con la voluntad de Dios —aceptando la disciplina si esa es Su voluntad, o soportando las adversidades si ese es Su deseo, y así sucesivamente—, pues al hacerlo, verdaderamente deleitaríamos a Dios. Por lo tanto, a medida que discernimos si un asunto se alinea con la voluntad y los deseos de Dios, y a medida que hacemos de la oración «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» la norma rectora de nuestras vidas, entonces, ya sea que vivamos o muramos, nuestra existencia se convierte en una fuente de gloria, una bendición y un deleite para Dios. Dado que Jesús —quien es el Camino, la Verdad y la Vida— soportó todo sufrimiento y murió en la cruz, exactamente como estaba profetizado, por amor a nosotros —abriendo así plenamente el camino para que nos acerquemos a Dios—, debemos seguir esa senda con corazones rebosantes de gratitud y alabanza. Al hacerlo, contemplaremos a Dios y participaremos de Sus bendiciones.

Jesús Resucitado (1)

[Juan 20:1–10]

El acontecimiento de la resurrección de Jesús está registrado en los cuatro Evangelios (Mateo, Marcos, Lucas y Juan). Hoy me gustaría compartir un mensaje acerca de Jesús resucitado, centrándome en el pasaje de Juan 20:1–10; la próxima semana, durante nuestro servicio del miércoles, tengo la intención de compartir un mensaje basado en Mateo 28.

Nuestro texto de hoy proviene de Juan 20:1: «El primer día de la semana, muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que la piedra había sido quitada del sepulcro». Aquí, «el primer día de la semana» se refiere al domingo —el Día del Señor—, dado que en aquel tiempo el día de reposo (el Sábado) caía en sábado. La Biblia registra que «María Magdalena» acudió al sepulcro de Jesús muy temprano en la mañana, cuando aún estaba oscuro; sin embargo, si observamos los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, vemos que al menos otras cuatro mujeres acompañaban a María Magdalena [«María Magdalena y la otra María» (Mateo 28:1); «María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé» (Marcos 16:1); «estas mujeres» (Lucas 24:1) —específicamente, «las mujeres que habían venido con Jesús desde Galilea» (23:55)]. La «piedra» (Juan 20:1) —la cual se había utilizado para bloquear y sellar de manera segura el sepulcro de Jesús (Mateo 27:66)— era una roca enorme que servía como una barrera similar a una puerta, sellando la entrada del sepulcro. Era una piedra de un tamaño tan inmenso que habría sido absolutamente imposible para cuatro mujeres moverla por sí solas. ¿Por qué, entonces, descendió del cielo un ángel del Señor y removió la piedra? (Mateo 28:2). La razón fue para revelar —para dar testimonio de— el sepulcro vacío. En otras palabras, el sepulcro vacío sirve para dar

testimonio de que Jesús ha resucitado, tal como Él lo había predicho. Nuestro texto de hoy proviene de Juan 20:2: «Entonces corrió y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel a quien Jesús amaba, y les dijo: "Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto"». Al ver el sepulcro vacío de Jesús, María Magdalena corrió hacia el apóstol Pedro —y hacia el otro discípulo a quien Jesús amaba, el apóstol Juan— para informarles que el Señor ya no se encontraba en el sepulcro. Esto revela la falta de fe de María Magdalena. Es decir, si María Magdalena hubiera creído verdaderamente —al ver el sepulcro vacío— que Jesús había resucitado tal como Él lo había predicho, habría corrido hacia Pedro y Juan para dar testimonio de la resurrección de Jesús; en cambio, dijo: «Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto» (v. 2). En otras palabras, debido a que aún no creía que Jesús hubiera resucitado, les dijo a Pedro y a Juan que no sabía dónde había sido colocado el cuerpo del Señor (sus restos mortales). El sepulcro vacío de Jesús da testimonio claro del Jesús resucitado. Jesús es el Señor glorioso que, incluso si una piedra enorme bloqueara la entrada, posee el poder para levantarse y salir del sepulcro. El Señor, habiendo resucitado en gloria, es plenamente capaz de salir del sepulcro, sin importar cuán grande sea la piedra que se interponga en Su camino.

Nuestro texto de hoy continúa en Juan 20:3: «Entonces Pedro y el otro discípulo salieron y se dirigieron hacia el sepulcro». La razón por la que Pedro y Juan se dirigieron hacia el sepulcro de Jesús fue que ellos también, al igual que ella, aún no creían en el Jesús resucitado. A pesar de haber seguido a Jesús durante tres años enteros —tiempo durante el cual Él predijo explícitamente Su propia resurrección en tres ocasiones distintas—, Pedro y Juan todavía carecían de la fe necesaria para creer plenamente en Sus palabras; es por eso que corrieron hacia el sepulcro de Jesús (v. 4). En lugar de simplemente confiar en la promesa de Jesús de que resucitaría tres días después de Su muerte —y dirigirse a Su sepulcro vacío con esa certeza—, deberían haber ido, por el contrario, a otros para dar testimonio del Jesús resucitado. El pasaje bíblico de hoy proviene de Juan 20:4–8: «Ambos corrían juntos, pero el otro discípulo adelantó a Pedro y llegó primero al sepulcro. E inclinándose para mirar adentro, vio las telas de lino allí puestas, pero no entró. Entonces llegó Simón Pedro,

siguiéndole, y entró en el sepulcro. Vio las telas de lino allí puestas, y el sudario que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto junto con las telas de lino, sino enrollado en un lugar aparte. Entonces el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, entró también; y vio, y creyó». El apóstol Juan, tras haber adelantado al apóstol Pedro, llegó primero al sepulcro de Jesús; se inclinó para mirar en su interior y vio las telas de lino allí puestas; sin embargo, no entró en el sepulcro vacío (vv. 4–5). Luego llegó Simón Pedro, quien venía siguiendo sus pasos, y entró en el sepulcro; allí observó que el sudario que había cubierto la cabeza de Jesús no estaba junto con las telas de lino, sino apartado en un lugar distinto, conservando aún la forma en la que había sido envuelto (vv. 6–7). Cuando se envuelve una tela alrededor de una cabeza, esta adopta inevitablemente una forma redondeada, dado que la cabeza humana es redonda. La tela que había cubierto la cabeza del Jesús resucitado permaneció con esa forma redondeada. Después de que Pedro examinara esto detenidamente y saliera de nuevo, el apóstol Juan entró finalmente también en el sepulcro, y solo entonces vio y creyó (v. 8).

El pasaje bíblico de hoy proviene de Juan 20:9–10: «(Porque aún no habían entendido la Escritura: que era necesario que Él resucitara de entre los muertos). Entonces los dos discípulos regresaron a sus propios hogares». La fe del apóstol Juan era una fe basada en ver y creer (v. 8); no era una fe en Jesús —Aquel que, «conforme a las Escrituras… murió por nuestros pecados… fue sepultado… y resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1 Co. 15:3–4). Al igual que el apóstol Juan, el apóstol Pedro tampoco había entendido aún la Escritura con respecto a la necesidad de que Jesús resucitara de entre los muertos (Juan 20:9). A pesar de que las Escrituras contienen claramente muchos pasajes referentes a la resurrección de Jesús, ellos no lograron captar la verdad de que Jesús *debía* resucitar. En consecuencia, los apóstoles Pedro y Juan regresaron a sus propios hogares (v. 10). Una fe de tal naturaleza —una basada únicamente en ver— es incapaz de salir y proclamar a otros al Jesús resucitado; en cambio, simplemente se repliega hacia el propio hogar.

Lucas 24:7–9 dice: «Diciendo: “Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, sea crucificado y resucite al tercer día”». Y ellas recordaron Sus palabras. Entonces regresaron del sepulcro y contaron todas estas cosas a los once y a todos los demás». Nuestra fe no debe ser como la del apóstol Juan —una fe basada meramente en ver—, sino más bien una fe que «recuerda las palabras de Jesús»: que «el Hijo del Hombre (Jesucristo) debe ser entregado en manos de hombres pecadores, ser crucificado y resucitar al tercer día». Debemos creer en la resurrección de Jesús y salir a dar testimonio del Jesús resucitado ante todos los demás. Un punto interesante es que los sumos sacerdotes y los fariseos —precisamente aquellos que habían hecho crucificar y dar muerte a Jesús—, mientras Jesús aún vivía... Ellos «recordaron» que Él había dicho que resucitaría al cabo de tres días; por ello, acudieron en masa al gobernador romano, Pilato, y le solicitaron que emitiera una orden para que unos guardias vigilaran estrechamente la tumba de Jesús hasta el tercer día. En consecuencia, habiendo obtenido el permiso de Pilato, los sumos sacerdotes y los fariseos fueron —acompañados por guardias— y aseguraron la tumba de Jesús sellando la piedra y manteniendo una estricta vigilancia sobre ella (Mateo 27:62–66). A la luz de este hecho, parece que los sumos sacerdotes y los fariseos, en realidad, creyeron en la resurrección de Jesús con más firmeza que los apóstoles Pedro o Juan. Nuestra fe es una fe que cree basándose en lo que se ve. Sin embargo, Jesús declaró: «Bienaventurados los que no han visto y, sin embargo, han creído» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Aquellos que creen sin ver son personas verdaderamente felices»]. Esto se registra en Juan 20:27–29: «Luego le dijo a Tomás: “Pon aquí tu dedo y mira mis manos; extiende tu mano y ponla en mi costado. No seas incrédulo, sino creyente”. Tomás respondió y le dijo: “¡Señor mío y Dios mío!”. Jesús le dijo: “¿Has creído porque me has visto? Bienaventurados los que no han visto y, sin embargo, han creído”».

El pasaje de 1 Corintios 15:3–4 dice: «Porque les transmití, como de primera importancia, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras». Jesús murió «conforme a las Escrituras» y resucitó al cabo de tres días «conforme a las Escrituras». Por lo tanto,

debemos creer de conformidad con las Escrituras. Creer basándose meramente en lo que se ve —como hizo el apóstol Juan— resulta insuficiente. Él simplemente regresó a casa. Hoy en día, nosotros los cristianos a menudo intentamos fundamentar nuestra fe únicamente en aquello que hemos visto. Hay quienes hoy afirman haber visitado el Cielo o el Infierno... Con frecuencia, las personas escuchan y depositan su confianza en las palabras de otros; sin embargo, tal fe se tambalea con facilidad. No obstante, si creemos de acuerdo con las Escrituras, podremos mantenernos firmes e inquebrantables, edificando así una vida de fe sólida y constante. Nuestra iglesia debe esforzarse por llegar a ser una iglesia semejante a la de Filadelfia (Ap. 3:7–13). Aun contando con «poca fuerza», debemos ser una iglesia que triunfa —recibiendo la alabanza del Señor— al guardar Su palabra de paciente perseverancia y al no negar jamás Su nombre, incluso en medio de las tribulaciones, persecuciones y adversidades infligidas por aquellos que militan en las filas de Satanás. Nunca debemos llegar a ser como la iglesia de Laodicea —que proclama: «Soy rico; he adquirido riquezas y no me hace falta nada»— para terminar enfrentando la reprensión y la disciplina del Señor por llevar una vida espiritual tibia, que no es ni fría ni caliente (vv. 14–19). El Señor resucitó de conformidad con las Escrituras; de hecho, Su Palabra da testimonio de este mismo hecho. Por consiguiente, debemos aceptar el relato bíblico de la resurrección del Señor con fe absoluta y convertirnos en evangelistas de Jesucristo, proclamando a todas las personas que Él murió y resucitó exactamente tal como las Escrituras lo habían predicho.

Jesús el Resucitado (2)

[Mateo 28:1–15]

Durante nuestro servicio del miércoles de la semana pasada, compartimos un mensaje de gracia titulado «Jesús el Resucitado (1)», centrándonos en el pasaje que se encuentra en Juan 20:1–10. Al parecer, ni una sola persona creyó que Jesucristo hubiera resucitado de entre los muertos. María Magdalena no acudió a la tumba de Jesús porque creyera que Él había resucitado. Tampoco los apóstoles Pedro y Juan acudieron a la tumba vacía porque creyeran en la resurrección de Jesús. No llegaron a creer en la resurrección de Jesús porque recordaran la Escritura que decía: «Él [Jesús] debe resucitar de entre los muertos» (v. 9); más bien, llegaron a creer solo después de ver las vendas de lino y el sudario que había cubierto la cabeza de Jesús, yaciendo dentro de la tumba vacía (vv. 6–7). Ni una sola persona creyó en la resurrección de Jesús basándose únicamente en el testimonio de la Escritura (v. 9).

Hoy me gustaría compartir un mensaje de gracia titulado «Jesús el Resucitado (2)», centrándome en el pasaje que se encuentra en Mateo 28:1–15.

Nuestro texto de hoy proviene de Mateo 28:1: «Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro». Una vez que el «día de reposo» (sábado) hubo transcurrido por completo —al «amanecer» del «primer día de la semana» (domingo, el Día del Señor)—, María Magdalena y «la otra María» (es decir, María, la madre de Jacobo) acudieron a la tumba de Jesús. Dado que aún no creían en la resurrección de Jesús, fueron allí con la intención de ungir el cuerpo de Jesús con mirra. El pasaje de las Escrituras de hoy proviene de Mateo 28:2–3: «De repente, ocurrió un gran

terremoto, pues un ángel del Señor descendió del cielo; se acercó, removió la piedra y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su ropa, blanca como la nieve». En este pasaje, el «gran terremoto» —y el subsiguiente descenso desde el cielo del «ángel del Señor» (cuya apariencia resplandecía como un relámpago y cuyas vestiduras eran blancas como la nieve) para remover la piedra que bloqueaba la tumba de Jesús y sentarse sobre ella— no fue algo que María Magdalena y María, la madre de Jacobo, presenciaran con sus propios ojos. Las dos mujeres llegaron a la tumba de Jesús *después* de que estos acontecimientos hubieran tenido lugar. El pasaje de hoy continúa en Mateo 28:4-5: «Los guardias quedaron tan aterrorizados ante él que temblaron y quedaron como muertos. El ángel dijo a las mujeres: "No tengan miedo, pues sé que buscan a Jesús, el que fue crucificado"». Aquí, los «guardias» se refieren a los centinelas (27:65-66); aterrorizados por el ángel, temblaron y quedaron como muertos (28:4). Un punto interesante a destacar es este: tal como la tierra tembló violentamente debido al «gran terremoto» (v. 2), los guardias que vigilaban la tumba de Jesús quedaron tan aterrorizados ante el ángel que sus corazones también —muy al igual que la tierra temblorosa— temblaron violentamente de miedo. Según el comentarista y pastor Hendricksen, la palabra que describe el temblor de la tierra y la palabra que describe el temblor de las personas comparten la misma raíz lingüística. Encontramos un caso similar de tal temblor registrado en Daniel 5:5-6. Aquel acontecimiento tuvo lugar precisamente cuando el rey Belsasar vio aparecer unos dedos humanos y escribir sobre la pared enlucida, frente al candelabro del palacio; al ver los dedos escribiendo, el semblante del rey cambió, sus rodillas chocaban entre sí y fue presa de tal terror que sintió como si sus piernas fueran a ceder bajo su peso. El apóstol Juan experimentó algo similar. Apocalipsis 1:17 dice: «Cuando lo vi, ca a sus pies como muerto. Entonces él puso su mano derecha sobre mí y dijo: “No temas. Yo soy el Primero y el Último”». El Señor puso su mano derecha sobre el apóstol Juan —quien yacía postrado a los pies del Hijo de Dios, Jesucristo, como si estuviera muerto— y le dijo: «No temas…». Del mismo modo, los guardias que habían intentado impedir la resurrección de Jesús cayeron derribados como muertos al presenciar las acciones del ángel (Mateo 28:4). Fue precisamente en ese momento cuando María Magdalena y María, la madre de Jacobo,

llegaron a la tumba de Jesús (v. 1). El ángel dijo a las dos mujeres: «No teman, pues sé que buscan a Jesús, el que fue crucificado» (v. 5).

El pasaje bíblico de hoy proviene de Mateo 28:6–7: «No está aquí, pues ha resucitado, tal como dijo. Vengan, vean el lugar donde yacía el Señor. Y vayan de prisa y digan a sus discípulos que Él ha resucitado de entre los muertos; y, en efecto, Él va delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán. ¡Miren, se lo he dicho!». Tal como declaró el ángel, Jesús ya no se encontraba en la tumba; había resucitado, exactamente como Él mismo había predicho (v. 6). El ángel instruyó a María Magdalena y a María, la madre de Jacobo, para que «vinieran y vieran el lugar donde Él [Jesús] yacía». Actuando conforme a esas palabras, al mirar el sitio donde Jesús había estado tendido, su cuerpo no se hallaba por ninguna parte. En consecuencia, al escuchar el mensaje del ángel, las dos mujeres —llenas a la vez de temor y de gran gozo— salieron apresuradamente de la tumba y corrieron a informar a los discípulos de Jesús (v. 8). Nuestra lectura continúa con Mateo 28:9–10: «Y mientras ellas iban a dar la noticia a sus discípulos, he aquí que Jesús les salió al encuentro, diciendo: "¡Alégrense!". Entonces ellas se acercaron, se asieron de sus pies y lo adoraron. Luego Jesús les dijo: "No teman. Vayan, digan a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán"». Mientras María Magdalena y María, la madre de Jacobo, corrían hacia los discípulos para compartir la noticia de la resurrección de Jesús, el propio Jesús resucitado se les apareció, les mostró su cuerpo resucitado y les dijo: «No teman…» (v. 10). Un punto interesante a destacar es que, tal como el ángel había dicho a las dos mujeres: «No teman» (v. 5), Jesús también les dirigió esas mismas palabras: «No teman» (v. 10). El pasaje bíblico de hoy proviene de Mateo 28:11–15: «Mientras las mujeres iban de camino, algunos de los guardias entraron en la ciudad e informaron a los sumos sacerdotes de todo lo que había sucedido. Cuando los sumos sacerdotes se reunieron con los ancianos y tramaron un plan, dieron a los soldados una gran suma de dinero, diciéndoles: “Ustedes deben decir: ‘Sus discípulos vinieron durante la noche y se lo robaron mientras nosotros dormíamos’. Si este informe llega a oídos del gobernador, nosotros lo convenceremos y nos aseguraremos de que ustedes no sean considerados responsables”. Así que los soldados tomaron el dinero e

hicieron tal como se les había instruido. Y esta historia ha circulado ampliamente entre los judíos hasta el día de hoy». Mientras María Magdalena y María, la madre de Jacobo, se apresuraban a contar a los discípulos de Jesús acerca de Su resurrección, algunos de los guardias —pues no todos habían huido ni se habían dispersado— entraron en la ciudad e informaron a los sumos sacerdotes de «todo lo que había sucedido» (v. 11). Aquí, «todo lo que había sucedido» se refiere a la resurrección de Jesús, al hecho de que ya no pudieron seguir custodiando la tumba de Jesús, y a la aparición del ángel. En consecuencia, los sumos sacerdotes se reunieron con los ancianos para tramar un plan; dieron a los guardias una gran suma de dinero (v. 12) y les instruyeron para que difundieran un rumor —destinado al gobernador romano, Pilato— afirmando que los discípulos de Jesús habían llegado mientras los guardias dormían y se habían robado el cuerpo de Jesús (v. 13). En aquel momento, los sumos sacerdotes —reconociendo la inquietud de los guardias ante la posibilidad de ser castigados por el gobernador romano por no haber logrado asegurar la tumba— prometieron intervenir y resolver el asunto en su favor (v. 14). Como resultado, los guardias romanos aceptaron el dinero e hicieron exactamente lo que se les había instruido —afirmando que los discípulos de Jesús habían venido de noche y se habían robado Su cuerpo—, y esta historia ha seguido circulando ampliamente entre los judíos hasta el día de hoy (v. 15). Incluso entre los teólogos que niegan la resurrección de Jesús, hay algunos que sostienen que Sus discípulos se robaron Su cuerpo.

¿Creemos verdaderamente que Jesús resucitó de entre los muertos? Debemos vivir nuestras vidas aferrándonos firmemente a la fe —creyendo y estando plenamente convencidos de la resurrección de Jesús— de que nosotros también resucitaremos. En el pasaje bíblico de hoy, Mateo 27:7, se instruye a María Magdalena y a María, la madre de Jacobo, a ir rápidamente a donde los discípulos de Jesús y decirles que Jesús ha resucitado. Mientras que la Biblia coreana afirma que Él resucitó «de entre los muertos», la Biblia china declara que Él resucitó «de la muerte». En este punto, aunque el concepto de que Jesús resucitó «de entre los muertos» y el de que resucitó «de la muerte» puedan parecer similares, en realidad existe una sutil diferencia entre ambos. Esta distinción radica en el hecho de que

la traducción que afirma que Jesús resucitó «de la muerte» da testimonio únicamente de la propia resurrección de Jesús; por el contrario, la traducción que afirma que Jesús resucitó «de entre los muertos» habla no solo de la resurrección de Jesús, sino también de la resurrección de aquellos que han muerto en Él. Esto se confirma en 1 Corintios 15:20: «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho». Este versículo declara que aquellos que han dormido (los muertos) en Cristo también resucitarán. Por medio de Jesucristo —quien se convirtió en las primicias de aquellos que han dormido— nosotros también seguiremos los pasos de Jesucristo, las Primicias, y aquellos que han muerto en el Señor resucitarán de nuevo. El pasaje proviene de 1 Tesalonicenses 4:13–17: «Hermanos y hermanas, no queremos que ignoren lo referente a los que duermen en la muerte, para que no se entristezcan como el resto de la humanidad, que no tiene esperanza. Pues creemos que Jesús murió y resucitó, y así creemos que Dios traerá consigo a Jesús a aquellos que se han dormido en él. Conforme a la palabra del Señor, les decimos que nosotros, los que aún vivimos y permanezcamos hasta la venida del Señor, ciertamente no precederemos a aquellos que se han dormido. Pues el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con el toque de trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Después de eso, nosotros, los que aún vivimos y permanezcamos, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre». Cuando Dios regrese en gloria junto con Jesucristo, aquellos que han muerto en Cristo resucitarán y estarán con el Señor para siempre. Por lo tanto, debemos mantenernos confiados en que, tal como Jesús resucitó, nosotros también resucitaremos; y nunca debemos olvidar que nosotros, quienes albergamos la esperanza de la resurrección, estaremos siempre con el Señor. Así pues, si es la voluntad buena, agradable y perfecta del Señor que un amado hermano sea llamado a casa para dormir en el Señor, entonces —de acuerdo con la palabra del Señor— no debemos temer su partida, sino más bien despedirlo con la fe de la resurrección, aguardando con anhelo el reencuentro en el Cielo mediante la esperanza de la resurrección y el vivir juntos eternamente.

Jesús Resucitado (3)

[Lucas 24:1-12]

Ya hemos meditado en dos ocasiones sobre el tema de «Jesús Resucitado» [centrándonos en Juan 20:1-10 para «Jesús Resucitado (1)» y en Mateo 28:1-15 para «Jesús Resucitado (2)»]. Hoy, bajo el título «Jesús Resucitado (3)», buscamos recibir la gracia que se nos otorga al meditar en este tercer mensaje, centrándonos en el pasaje que se encuentra en Lucas 24:1-12.

Al observar el texto de hoy —Lucas 24:1-2—, la Escritura declara: «El primer día de la semana, muy temprano en la mañana, estas mujeres tomaron las especias que habían preparado y fueron al sepulcro. Hallaron la piedra removida del sepulcro». Aquí, «el primer día de la semana» se refiere al domingo —el día siguiente al Sábado (que cae en sábado)—; es decir, el Día del Señor. Además, las «mujeres» que aquí se mencionan son identificadas como «María Magdalena, Juana, María la madre de Jacobo y las otras que estaban con ellas» (v. 10). Cuando estas mujeres acudieron al sepulcro de Jesús al amanecer del domingo, llevando consigo las especias que habían preparado, observaron que la piedra había sido removida del sepulcro. Obtenemos una comprensión más detallada al consultar Mateo 28:2: «De repente hubo un violento terremoto, pues un ángel del Señor descendió del cielo, removió la piedra y se sentó sobre ella». Dado que un ángel del Señor descendió del cielo y removió la piedra que sellaba el sepulcro de Jesús (v. 28), «estas mujeres» fueron testigos de que «la piedra había sido removida del sepulcro» (Lucas 24:1-2). ¿Por qué, entonces, descendió el ángel del cielo para apartar esta piedra del sepulcro? La razón no era permitir que Jesús resucitado saliera del sepulcro. Habiendo resucitado y revestido un cuerpo

glorioso, Jesús era plenamente capaz de salir del sepulcro, aun si una piedra bloqueaba su entrada. A modo de ilustración: en la tarde del domingo —el día siguiente al Sábado—, el Jesús resucitado apareció repentinamente ante sus discípulos mientras estos se hallaban reunidos con las puertas firmemente cerradas por temor a los líderes judíos; poniéndose en medio de ellos, declaró: «La paz sea con ustedes» (Juan 20:19). La razón por la cual un ángel descendió del cielo para remover la piedra que bloqueaba la tumba de Jesús fue para servir como testigo del hecho de que Jesús, en efecto, había resucitado; es decir, que había vuelto a la vida.

En el capítulo 11 del Evangelio de Juan, encontramos el relato de Jesús devolviendo la vida a Lázaro, a quien Él amaba. Un punto que debemos aclarar aquí es que el regreso de Lázaro a la vida no constituyó una «resurrección», sino más bien una «reanimación». La razón de esta distinción radica en que el cuerpo con el cual regresó a la vida no era un cuerpo glorioso. Cuando Jesús se dirigió a la tumba de Lázaro —una cueva sellada por una piedra— y ordenó: «Quiten la piedra» (Juan 11:38–40), lo hizo porque la piedra debía ser retirada para que el difunto Lázaro pudiera salir de la tumba-cueva una vez que Jesús le hubiera devuelto la vida. Alzando la vista hacia el cielo, Jesús oró a Dios Padre, diciendo: «Sé que siempre me escuchas; pero he dicho esto por causa de la multitud que me rodea, para que crean que Tú me has enviado». Luego, exclamó en voz alta: «¡Lázaro, sal fuera!» (vv. 41–42). Ante esa orden, el difunto Lázaro emergió de la tumba, con las manos y los pies aún atados con las vendas funerarias (v. 44). Sin embargo, el caso de Jesús es distinto al de Lázaro. La razón por la cual un ángel descendió del cielo y removió la piedra que bloqueaba la tumba no fue para permitir que el Jesús resucitado saliera de ella, sino más bien para dar testimonio de la resurrección de Jesús.

En cuanto a «estas mujeres» (Lucas 24:1, 10) —dado que un ángel había descendido del cielo y había removido la piedra de la tumba (Mateo 28:2)—, ellas vieron que la piedra había sido desplazada y entraron en la tumba de Jesús (Lucas 24:2–3). Al entrar en la tumba de Jesús, «estas mujeres» miraron en su interior; sin embargo, al descubrir que el cuerpo de

Jesús no se encontraba por ninguna parte, se sintieron «angustiadas» (v. 4). Habían acudido a la tumba de Jesús llevando las especias que habían preparado (v. 1) con la intención de ungir Su cuerpo con ellas; por lo tanto, al hallar ausente Su cuerpo, se sintieron naturalmente angustiadas. En este contexto, la palabra traducida como «angustiadas» —al ser examinada en el griego original— conlleva en realidad el significado de estar «desconcertadas» o «perplejas». En consecuencia, *The Bible for Modern Man* traduce la frase «mientras estaban angustiadas por esto» (v. 4) como «mientras estaban desconcertadas, sin saber qué había sucedido». La razón por la que estas mujeres se sintieron inevitablemente desconcertadas al entrar en la tumba de Jesús y descubrir que Su cuerpo faltaba es que habían presenciado claramente cómo el cuerpo de Jesús era depositado en la tumba de José de Arimatea. Esto se registra en Lucas 23:55: «Las mujeres que habían venido con Jesús desde Galilea lo siguieron y vieron la tumba y cómo fue colocado su cuerpo en ella». Fue por esta razón que regresaron a casa para preparar especias y perfumes (v. 56; *The Bible for Modern Man*). Luego, al amanecer del primer día de la semana —el día posterior al Sábado— acudieron a la tumba de Jesús, llevando las especias que habían preparado (24:1). Al ver que la piedra había sido removida de la entrada, entraron; sin embargo, al no poder hallar el cuerpo del Señor Jesús (vv. 2–3), se sintieron desconcertadas, sin saber qué había sucedido (v. 4; *Modern People's Bible*). Mientras permanecían allí desconcertadas, «dos hombres» —es decir, dos ángeles— vestidos con vestiduras deslumbrantes se aparecieron repentinamente junto a ellas (v. 4). Aterrorizadas, las mujeres inclinaron sus rostros hacia el suelo (v. 5). A lo largo de la Biblia, encontramos muchos ejemplos de personas que se ven sobrecogidas por el miedo al ver a un ángel. Una de esas personas fue Zacarías, el padre de Juan el Bautista. Cuando le tocó su turno de servir —según la rotación de su división sacerdotal—, entró en el Templo para cumplir con sus deberes ante Dios y se encontraba ofreciendo incienso. En ese momento, se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso. Al ver al ángel, Zacarías se sobresaltó y fue invadido por el miedo (1:8–12; *Modern People's Bible*). Dado que incluso Zacarías —un sumo sacerdote— quedó aterrorizado ante la visión de un ángel, resulta totalmente comprensible que las mujeres que se encontraron con dos ángeles en la tumba

de Jesús también se hubieran asustado (24:4–5). Entonces los ángeles les hablaron, diciendo: «¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? Él no está aquí; ¡ha resucitado! Recuerden lo que les dijo mientras aún estaba en Galilea» (vv. 5–6). Aquí, el mandato de los ángeles de «recordar» se refiere a recordar las palabras que Jesús había pronunciado mientras aún estaba con vida. Entonces, ¿cuáles eran exactamente las palabras que Jesús había dicho mientras aún vivía? Los pasajes se encuentran en Mateo 16:21, 17:23 y 20:19: «Desde entonces, Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas a manos de los ancianos, de los sumos sacerdotes y de los maestros de la ley; y que debía ser ejecutado y resucitar al tercer día» (Mateo 16:21); «…ser ejecutado y resucitar al tercer día…» (17:23); y «…ser entregado a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen. Al tercer día resucitará» (20:19). Así pues, en tres ocasiones distintas, Jesús predijo que sufriría, que sería crucificado y ejecutado, y que luego resucitaría tres días después. Fueron precisamente estas palabras de Jesús las que los ángeles pidieron a las mujeres que recordaran (Lucas 24:6).

Jesús cargó con mis pecados y con nuestros pecados; fue clavado en la cruz y murió en nuestro lugar. Jesús murió en la cruz para librarnos del castigo del pecado y del castigo del infierno, y resucitó al tercer día. Este es el Evangelio por excelencia. En otras palabras, la muerte y la resurrección de Jesús constituyen el núcleo del Evangelio. El Evangelio trata sobre «su Hijo», es decir, Jesucristo, el Hijo de Dios (Romanos 1:2). Jesús fue entregado a la muerte a causa de nuestros pecados y resucitó para que nosotros fuéramos justificados (4:25). La única manera de salvarnos del pecado es a través de la muerte de Jesucristo en la cruz. La única manera de hacernos justos (el camino de la justificación) es a través de la resurrección de Jesucristo. Las mujeres que acudieron a la tumba de Jesús (Lucas 24:1, 10) recordaron las tres palabras de Jesús (Mateo 16:21; 17:23; 20:19), tal como los ángeles les habían dicho: «Recuerden cómo les habló mientras estaba en Galilea» (versículo 6) [(Lucas 24:8) «Ellas recordaron las palabras de Jesús»]. En otras palabras, recordaron las palabras referentes a la muerte de Jesús en la cruz y a su resurrección. Es decir, recordaron el evangelio de Jesús. Nosotros también debemos recordar el evangelio de Jesús. Debemos

recordar la muerte y la resurrección de Jesús. Esto es, debemos recordar que Jesús murió en la cruz para salvarnos del pecado y resucitó para justificarnos.

Ellas recordaron, regresaron de la tumba y contaron todas estas cosas a los once apóstoles y a todos los demás (Lucas 24:9). Sin embargo, los apóstoles que escucharon sus palabras no les creyeron, pensando que eran disparates (versículo 11, *Modern English Version*). No obstante, Pedro se levantó y corrió hacia la tumba de Jesús; se inclinó y miró hacia el interior. Lo que vio fueron las sábanas de lino. Pedro quedó perplejo y regresó a casa (versículo 12, *Modern English Version*). El capítulo 20 del Evangelio de Juan ofrece un relato más detallado. La Biblia afirma que Simón Pedro entró en la tumba de Jesús y vio los lienzos finos y el sudario que había envuelto Su cabeza; y que el apóstol Juan, quien había llegado a la tumba antes que él, también entró, vio y creyó (Juan 20:3-8). Así pues, aunque los apóstoles Pedro y Juan creyeron después de ver los lienzos finos y el sudario que había envuelto la cabeza de Jesús dentro de la tumba, [no creyeron recordando las palabras que Jesús pronunció mientras estaba vivo]. Podemos saber esto al observar Juan 20:9: «Pues aún no habían entendido la Escritura: que era necesario que Él resucitara de entre los muertos». Las mujeres que acudieron a la tumba de Jesús creyeron en Su resurrección al recordar las tres palabras que Jesús había pronunciado mientras estaba vivo (Mateo 16:21; 17:23; 20:19), tal como los ángeles les habían dicho. En lugar de creer en la resurrección de Jesús basándonos en la evidencia visual —como hicieron los apóstoles Pedro y Juan—, nosotros debemos creer en Su resurrección recordando Sus palabras (el Evangelio), tal como hicieron aquellas mujeres. No debemos ser como Tomás, quien dijo: «Si no veo en Sus manos la señal de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en Su costado, no creeré» (Juan 20:25). Por el contrario, debemos convertirnos en aquellos que creen sin ver, tal como Jesús lo afirmó. Esta es la palabra de Juan 20:29: «Jesús le dijo: "¿Porque me has visto, has creído? Bienaventurados los que no vieron, y creyeron"». Y, al igual que aquellas mujeres, nosotros también debemos predicar el evangelio de la muerte de Jesucristo en la cruz y de Su resurrección de la tumba, con la profunda emoción que despierta la resurrección de Jesús.

Conclusión

Debemos llegar a conocer a Jesús con mayor profundidad. Debemos comprender la verdad de que el conocimiento de Jesucristo es del más alto valor (Fil. 3:8). Jesús es Aquel que se hizo carne: el Verbo hecho carne (Jn. 1:14). Jesús, quien es ese «Verbo», es el Ser Autoexistente (Éx. 3:14); Él estaba con Dios Padre, y este Verbo es Dios mismo (Jn. 1:1). Dios Padre, Dios Hijo (Jesús) y Dios Espíritu Santo son uno (el Dios Trino). Dios Hijo, Jesucristo, posee la naturaleza divina (atributos) que pertenece solo a Dios, y realiza obras que solo Dios puede llevar a cabo. La Biblia declara que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo son todos Dios, que todos son iguales y que hay un solo Dios. En otras palabras, la Biblia enseña que Dios —compuesto por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— existe como tres Personas distintas, pero permanece como un solo Dios unificado. Jesús —Dios que es el «Verbo», el Dios perfecto sin principio, y el Hombre perfecto y eterno— fue concebido por medio del Espíritu Santo y se hizo «carne» (un ser humano) a través de la Virgen María, descendiente de mujer. El propósito de esto fue habitar entre nosotros, servir como Mediador entre Dios y nosotros, y convertirse en la Propiciación por nuestros pecados. Por lo tanto, Jesús —el Verbo hecho carne— experimentó tanto un principio (nacimiento) como un fin (muerte) durante su tiempo en esta tierra. El propósito de esto fue capacitarnos a nosotros —quienes tenemos un principio y un fin en este ámbito terrenal, y que estábamos espiritualmente muertos y destinados a la muerte eterna— para convertirnos en seres eternos que vivan para siempre en el eterno Reino de los Cielos, un reino sin principio ni fin. Por consiguiente, debemos mantenernos firmes en nuestra convicción respecto a la verdad de que el Verbo se hizo carne. Debemos vivir una vida de victoria —luchando y triunfando en la guerra espiritual mediante el poder de Dios— cimentada en nuestra fe en nuestro Señor Jesucristo, quien es plenamente Dios, plenamente hombre y el Hombre Eterno. Además, debemos imitar a Jesús y vivir una vida de servicio. Al vivir esta vida de servicio, debemos

hacerlo con el mismo espíritu que Jesús: dispuestos a entregar incluso nuestra propia vida. En resumen, debemos servir hasta la muerte, tal como lo hizo Jesús (Fil. 2:8).

Mateo 20:28 afirma: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos». En un sentido amplio, este pasaje habla del sufrimiento de Jesucristo. Jesucristo se hizo humano y soportó sufrimientos a lo largo de los treinta y tres años que vivió en esta tierra. En una palabra, los treinta y tres años de vida de Jesús fueron una vida de sufrimiento. El sufrimiento de Jesús no se limitó a su muerte en la cruz a la edad de treinta y tres años; también soportó sufrimientos durante su infancia. Específicamente, Jesús experimentó la vida como refugiado durante sus primeros años (Mat. 2:13–18). Jesús —quien vino a esta tierra para morir en el tiempo señalado por Dios (Gál. 4:4)— huyó a Egipto porque el momento específico señalado por Dios para su muerte aún no había llegado. A lo largo de sus treinta y tres años de vida en la tierra, Jesús se retiraba con frecuencia y se ocultaba; la razón de ello era que el tiempo señalado por Dios para su muerte aún no había llegado. Finalmente, Jesús murió en el tiempo señalado por Dios (Rom. 5:6); antes de ese momento, había predicho que moriría en Jerusalén, el lugar específico señalado por Dios (Mat. 16:21). Jesús no solo declaró que Jerusalén sería el lugar de su muerte, sino que también afirmó que «debía resucitar al tercer día» (v. 21). En otras palabras, profetizó que resucitaría tres días después de su muerte. Posteriormente, en el proceso de cumplir esta profecía, Jesús subió a Jerusalén, soportó sufrimientos y oró en el Huerto de Getsemaní (Luc. 22:39–46): «¡Abba, Padre! Todo es posible para ti. Aparta de mí esta copa; sin embargo, no sea lo que yo quiero, sino lo que tú quieres» (Mar. 14:36). Jesús oró con aún mayor fervor, agonizando en su lucha (Lucas 22:44). Y continuó orando hasta que Dios Padre le concedió su respuesta (Mateo 26:42, 44). Habiendo recibido la respuesta a su oración, Jesús dio un paso al frente con valentía para enfrentarse a la turba malvada que había venido a apresarlo a él y a sus once discípulos (Mateo 26:46). El asombroso poder (autoridad) del Señor se manifestó (Juan 18:4–6). Así, tras elevar su oración en Getsemaní, Jesús —a pesar de tener la capacidad de escapar cuando la gran multitud vino a arrestarlo— decidió no huir y permitió ser detenido. Fue entonces llevado a juicio ante el gobernador romano, Pilato (Juan

18:28–19:16). Aunque el gobernador Pilato reconoció que Jesús era inocente (Juan 18:38; 19:4, 6) e hizo cuatro intentos por liberarlo, sus esfuerzos resultaron inútiles (19:12; Lucas 23:23); finalmente, dictó el veredicto de que Jesús fuera crucificado. En consecuencia, los sumos sacerdotes dispusieron que otros dos criminales —dos ladrones notorios (Mateo 27:38, 44; Marcos 15:27)— fueran llevados al Gólgota junto con Jesús. Su motivo era sugerir sutilmente a las multitudes que Jesús no era diferente de esos dos ladrones despiadados. Jesús fue entonces crucificado junto a estos dos ladrones; en ese momento, los transeúntes —a los que se unieron los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos— se burlaron y lo ridiculizaron. ¿Por qué Jesús, mientras pendía de la cruz, soportó tal desprecio, burla e insultos? Fue a causa de nuestros pecados. Jesús cargó con todo el peso del desprecio, la burla y los insultos que, por derecho, nos correspondían a nosotros. Desde la cruz, Jesús pronunció siete frases: (1) «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34); (2) «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (23:43); (3) «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Juan 19:26); (4) «Eloi, Eloi, ¿lema sabachthani?» (que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?») (Mateo 27:46); (5) «Tengo sed» (Juan 19:28); (6) «Consumado es» (v. 30); y (7) «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23:46). Habiendo pronunciado estas siete palabras, Jesús murió en la cruz. Así, conforme a las Escrituras —habiendo muerto por nuestros pecados y sido sepultado— Jesús resucitó al tercer día (1 Corintios 15:3–4). «Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Él a los que durmieron por medio de Jesús. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tesalonicenses 4:13-17). Así pues, Jesús —quien vino a esta tierra en el tiempo señalado por Dios (Gálatas 4:4) y murió en el tiempo señalado por Dios (Romanos 5:6)— regresará a esta tierra en el tiempo señalado por Dios (1 Timoteo 6:14-15). Jesús, quien vino a esta tierra para cumplir la voluntad de Dios, ciertamente cumplió la

voluntad de Dios en el tiempo señalado por Dios. Nosotros también debemos seguir el ejemplo de Jesús y cumplir la voluntad de Dios en el tiempo señalado por Dios.